

DISCURSOS Y RADIOMENSAJES  
DE SU SANTIDAD  
PIO XII

III

TERCER AÑO DE PONTIFICADO  
2 MARZO 1941 — 1 MARZO 1942

III-II



DISCURSOS Y RADIOMENSAJES  
DE SU SANTIDAD PIO XII

DISCURSOS Y RADIOMENSAJES  
DE SU SANTIDAD  
PIO XII

III

TERCER AÑO DE PONTIFICADO  
2 MARZO 1941 — 1 MARZO 1942

III - II



# S U M A R I O

	<i>pág.</i>
Preliminar ... ..	VII
Discursos y Radiomensajes de Su Santidad .. ...	1
Apéndice ... ..	417
ÍNDICES	
Criterio de los índices y de la edición... ..	619
I. — Índice cronológico ... ..	623
II. — Índice sistemático ... ..	627
III. — Índice analítico . ...	632
IV. — Índice onomástico ...	683
V. — Índice toponímico ... ..	687
VI. — Índice literario ...	689



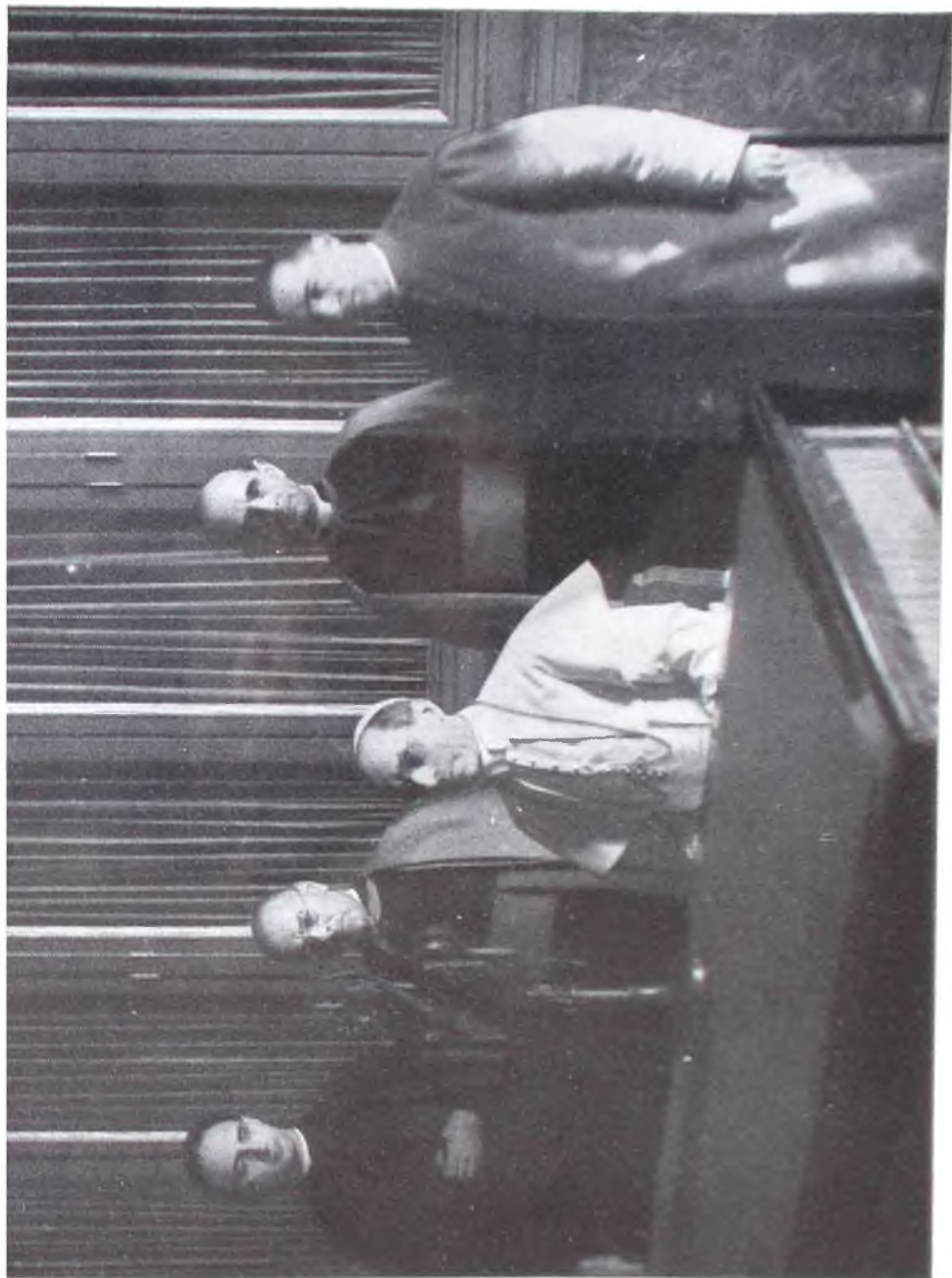
# IMPRIMATUR

Barcinone, 7 Januarii 1946.

† GREGORIUS, Episcopus Barcinonensis.

## DE LA PRESENTE OBRA SE HAN IMPRESO :

- 150 ejemplares en papel de hilo Guarro, con filigrana pontificia, numerados de I a CL. Los números I a LXXV no han sido puestos a la venta.
- 3.000 ejemplares en papel especial Comercial Papelera Torras, de los cuales 300 numerados de 1 a 300.



Desde su Biblioteca, por Radio Vaticana,  
SU SANTIDAD SEÑALA LAS CONDICIONES  
PARA EL NUEVO ORDEN INTERNACIONAL

Roma, 24 diciembre 1941

TRADUCCIÓN E ÍNDICES

POR

MONS. PASCUAL GALINDO

Prelado Doméstico de Su Santidad

**AÑO 1941**  
**(CONCLUSIÓN)**

## XXXVIII

24 DE DICIEMBRE DE 1941

# RADIOMENSAJE NAVIDEÑO AL MUNDO

## LAS CONDICIONES PARA UN NUEVO ORDEN INTERNACIONAL

*A las 12.30 de dicho día, hablando el Augusto Pontífice por el micrófono desde su Biblioteca, dirigía a todo el mundo su palabra de Padre. Una vez indicados los orígenes del feroz conflicto, anunció los principios fundamentales y las características de un nuevo orden de la familia humana, sólido y duradero.*

**E**N el alba luminosa que brilla cual preparación a la fiesta de la Santa Navidad, esperada siempre con vivo anhelo de suave y penetrante alegría, cuando todas las frentes se disponen a inclinarse y todas las rodillas a doblarse en adoración ante el inefable misterio de la bondad misericordiosa de Dios, que en su infinita caridad quiso dar su Hijo Unigénito a la humanidad, cual don el más grande y augusto, Nuestro corazón se abre a vosotros, amados hijos e hijas esparcidos sobre la faz de la tierra, y, sin olvidar a ésta, se eleva y se abisma en el cielo.

#### LA ESTRELLA, EN EL CIELO DE LA CRISTIANDAD

Hace ya veinte siglos que en el cielo de la cristiandad resplandece prodigiosa aquella estrella que mostró la cuna del Redentor recién nacido. Aunque los pueblos se agiten y las naciones se conjuren contra Dios y contra su Mesías (*Ps. II, 1-2*), a través de las tempestades del mundo humano la estrella no conoció, no conoce ni conocerá ocasos; lo pasado, lo presente y lo por venir son suyos. Ella enseña a no desesperar jamás: resplandece sobre los pueblos, hasta cuando sobre la tierra, como sobre océano rugiente por la tempestad, se condensan negros nubarrones, saturados de ruinas y de calamidades. Su luz es luz de consuelo, de esperanza, de inquebrantable fe, de vida y de seguridad en el triunfo final del Redentor, que desembocará, cual torrente de salvación, en la paz interior y en la gloria para todos cuantos, elevados

al orden sobrenatural de la gracia, habrán recibido el poder de hacerse hijos de Dios, porque de Dios han nacido.

Por ello, Nos, que en estos amargos tiempos de convulsiones bélicas estamos afligidos por vuestras aflicciones y dolores con vuestros dolores; Nos, que vivimos como vosotros bajo la gravísima pesadilla de un azote que desgarrar ya por tercer año a la humanidad, queremos, en la vigilia de tan gran solemnidad, dirigiros la palabra con el corazón conmovido de padre, para exhortaros a permanecer firmes en la fe y para comunicaros el consuelo de aquella verdadera, exuberante y sobrehumana esperanza y seguridad que irradian de la cuna del Salvador recién nacido.

#### HEROÍSMO, ANGUSTIA, AMARGURA

En verdad, amados hijos, que si Nuestros ojos no mirasen más allá de la materia y de la carne, apenas si podrían encontrar motivo alguno de consuelo. Ciertamente que las campanas difunden el alegre mensaje de Navidad; iglesias y capillas se iluminan; las armonías religiosas alegran los espíritus; todo es fiesta y ornato en los templos sagrados; pero la humanidad no cesa de desgarrarse en una guerra exterminadora. En la sacra liturgia resuena, por los labios de la Iglesia, la magnífica antífona: «Rex pacificus magnificatus est, cuius vultum desiderat universa terra»: «El rey pacífico se ha mostrado magnífico; toda la tierra desea ver su rostro» (*In Nativ. Domini, in I Vesp. Antiph. I*); antífona que resuena en estridente contraste con los acontecimientos, los cuales con espantoso fragor se precipitan ruidosos por montes y llanuras, devastan tierras y casas en extensas regiones y lanzan millones de hombres con sus familias a la desgracia, a la miseria y a la muerte. Ciertamente que son admirables los múltiples espectáculos de valor indomable en defensa del derecho y de la tierra patria; de serenidad en el dolor; de almas que viven como llamas de holocausto por el triunfo de la verdad y de la justicia. Pero también, con angustia que Nos oprime el alma, recordamos y, como en sueños, contempla-

mos los terribles y sangrientos choques de armas en el año que declina hacia su ocaso; la desgraciada suerte de los heridos y de los prisioneros; los sufrimientos corporales y espirituales, los estragos, destrucciones y ruinas que la guerra aérea lleva consigo y vuelca sobre grandes y populosas ciudades, sobre centros y dilatados territorios industriales; las riquezas de los Estados dilapidadas; los millones de hombres que el formidable conflicto y la dura violencia están lanzando a la miseria y al hambre.

Y mientras la lozanía y la salud de una gran parte de la juventud, que se acercaba a la madurez, sufren harto quebranto por las privaciones que impone el presente azote, van por el contrario subiendo a alturas vertiginosas los gastos y contribuciones de guerra que, al originar la disminución de las fuerzas productivas en el campo civil y social, no pueden menos de inquietar angustiosamente a quienes, preocupados, vuelven su mirada hacia lo por venir. La idea de la fuerza ahoga y pervierte la norma del derecho. Haced posible y dad rienda suelta a los individuos y a los grupos sociales o políticos para atentar contra los bienes y la vida ajenos: dejad también que cualesquiera otras destrucciones morales lleven la perturbación y tempestuoso incendio a la atmósfera civil; y veréis cómo las nociones del bien y del mal, del derecho y de la injusticia, pierden sus precisos contornos, se embotan, se confunden y amenazan desaparecer. Quien por virtud del ministerio pastoral tiene medio para penetrar en los corazones, sabe y ve cuán gran cúmulo de dolores y de angustias inenarrables pesa y se extiende sobre tantas almas, quitándoles el deseo y la alegría de trabajar y de vivir; cómo ahoga los espíritus y los torna mudos e indolentes, suspicaces y casi desesperados ante los acontecimientos y las necesidades: perturbaciones de alma que nadie puede tomar a la ligera, si le preocupa el verdadero bien de los pueblos y desea promover una vuelta no lejana a las condiciones normales y ordenadas de la vida y del trabajo. Ante semejante visión de lo presente nace una amargura que oprime el corazón, tanto más cuanto que aun no aparece hoy abierto



ningún sendero que conduzca a la inteligencia entre los beligerantes, cuyos recíprocos ideales y programas de guerra parecen estar en oposición irreconciliable.

### EL CRISTIANISMO HA CUMPLIDO SU MISIÓN

Cuando se investigan las causas de las ruinas actuales, que dejan atónita a la humanidad que las contempla, se oye a veces afirmar que el Cristianismo no ha cumplido su misión. ¿De quién y de dónde viene semejante acusación? ¿Tal vez de aquellos apóstoles, gloria de Cristo, de aquellos heroicos celadores de la fe y de la justicia, de aquellos pastores y sacerdotes, heraldos del Cristianismo, que sufriendo persecuciones y martirios ennoblecieron la barbarie y la rindieron devota ante el altar de Cristo, iniciaron la civilización cristiana, salvaron los restos de la sabiduría y del arte de Atenas y de Roma, reunieron a los pueblos en el nombre de Cristo, propagaron el saber y la virtud, elevaron la cruz sobre los altos pináculos y las bóvedas de las catedrales, imágenes del cielo, monumentos de fe y de piedad, que todavía alzan su veneranda cabeza entre las ruinas de Europa? No, el Cristianismo, cuya fuerza se deriva de Aquel que es camino, verdad y vida, y que está y estará con él hasta la consumación de los siglos, no ha faltado a su misión. Son los hombres quienes se han rebelado contra el Cristianismo verdadero y fiel a Cristo y a su doctrina; se han forjado un cristianismo a su gusto, un nuevo ídolo que no salva, que no se opone a las pasiones de la concupiscencia de la carne, a la codicia del oro y de la plata que deslumbra la vista, y a la soberbia de la vida; una nueva religión sin alma, o un alma sin religión, un disfraz de cristianismo muerto, sin el espíritu de Cristo; y luego ¡han proclamado que el Cristianismo ha faltado a su misión!

### DESCRISTIANIZACIÓN INDIVIDUAL Y SOCIAL

Ahondemos en la conciencia de la sociedad moderna, investiguemos la raíz del mal: ¿dónde está? No queremos ciertamente omitir la alabanza debida a la prudencia de aquellos

gobernantes que, en beneficio del pueblo, o favorecieron siempre, o quisieron y supieron otorgar su puesto de honor a los valores de la civilización cristiana en las buenas relaciones entre la Iglesia y el Estado, en la tutela de la santidad del matrimonio y en la educación religiosa de la juventud. Pero no podemos cerrar los ojos ante el triste cuadro de la progresiva descristianización individual y social, que de la relajación de las costumbres ha pasado al debilitamiento y a la abierta negación de verdades y de fuerzas destinadas a iluminar las inteligencias acerca del bien y el mal, a vigorizar la vida familiar, la vida privada, la vida estatal y la pública. Una anemia religiosa, cual contagio que se propaga, ha atacado así a muchos pueblos de Europa y del mundo, produciendo en las almas tal vacío moral, que ninguna ideología religiosa o mitología nacional e internacional es capaz de llenarlo. Con palabras, con hechos y con disposiciones, ¿qué se ha logrado hacer, mejor o peor, en decenios y en siglos, sino arrancar de los corazones de los hombres, desde la infancia hasta la vejez, la fe en Dios Creador y Padre de todos, remunerador del bien y vengador del mal, desnaturalizando la educación y la instrucción, combatiendo y oprimiendo con todas artes y medios, con la difusión de la palabra y de la prensa, con el abuso de la ciencia y del poder, la religión y la Iglesia de Cristo?

Arrastrado así el espíritu al abismo moral, al apartarse de Dios y de las prácticas cristianas, era obligado que los pensamientos, ideales, directrices, estima de las cosas, acción y trabajo de los hombres, se dirigieran y orientaran al mundo material, afanándose y trabajando por dilatarse en el espacio, por crecer como nunca, fuera de todo límite, en la conquista de las riquezas y del poder, por competir en la velocidad de producir más y mejor todo cuanto el adelanto y el progreso material parecían exigir. De aquí, en la política, el predominio de un impulso desenfrenado hacia la expansión y el mero crédito político despreocupado de la moral; en la economía, el dominio de las grandes y gigantescas empresas y asociacio-

nes; en la vida social, el afluir y condensarse de las masas del pueblo en las grandes ciudades y en los centros industriales y comerciales con gravoso exceso, con aquella inestabilidad que sigue y acompaña a una multitud de hombres que cambian de casa y residencia, de país y oficio, de pasiones y amistades.

#### MATERIALISMO: SUS CONSECUENCIAS

Consecuencia de todo esto fué el que las recíprocas relaciones de la vida social adquirieron un carácter exclusivamente físico y mecánico. Despreciado todo freno y límite razonable, el imperio de la violencia externa y la escueta posesión del poder se sobrepusieron a las normas del orden, regidor de la convivencia humana, normas que, dimanando de Dios, establecen qué relaciones naturales y sobrenaturales median entre el derecho y el amor hacia los individuos y hacia la sociedad. La majestad y la dignidad de la persona humana y de las sociedades particulares resultó herida, rebajada y suprimida por la idea de que la fuerza crea el derecho; la propiedad privada llegó a ser para los unos un poder dirigido a explotar el trabajo de los demás, y en los otros engendró celos, envidias, descontento y odio; la consiguiente organización acabó por convertirse en fuerte arma de lucha para hacer prevalecer los intereses de clase. En algunas naciones una concepción atea o anticristiana del Estado vinculó a sí con sus vastos tentáculos al individuo, de tal suerte, que casi lo despojó de su independencia así en la vida privada como en la pública.

¿Quién podrá hoy maravillarse de que tan radical oposición a los principios de la doctrina cristiana haya terminado por transformarse en ardiente choque de tensiones internas y externas hasta conducir al exterminio de vidas humanas y a la destrucción de bienes, que estamos viendo y que presenciamos con tan profunda pena? Funesta consecuencia y fruto de las condiciones sociales descritas es la guerra que, en vez de detener su influjo y desarrollo, lo promueve, lo acelera y

lo amplía, con tanta mayor ruina cuanto más se prolonga, haciendo cada día más general la catástrofe.

Mal argumentaría quien de Nuestras palabras contra el materialismo del último siglo y del tiempo presente dedujera una condenación del progreso técnico. No, Nos no condenamos lo que es don de Dios, quien, así como nos hace surgir el pan de las parcelas de la tierra, así en los días de la creación del mundo escondió en las entrañas más profundas del suelo tesoros de fuego, de metales y de piedras preciosas, que la mano del hombre había de excavar para sus necesidades, para sus obras y para su progreso. La Iglesia, madre de tantas Universidades de Europa, que aun hoy enaltece y reúne a los más intrépidos maestros de las ciencias, investigadores de la naturaleza, no ignora, sin embargo, que de todos los bienes, así como del mismo albedrío, puede hacerse un uso digno de alabanza y de premio o bien de censura y de condena. Así ha sucedido que el espíritu y la tendencia con que muchas veces se ha utilizado el progreso técnico, hayan sido la propia causa de que en el momento presente la técnica tenga que expiar su error y ser casi la vengadora de sí misma, creando instrumentos de ruina encargados de destruir hoy lo que ella misma había edificado ayer.

#### LA VUELTA A LOS ALTARES ANTE EL «ORDEN NUEVO»

Frente a tan vasto desastre, originado por los errores indicados, no existe hoy otro remedio que la vuelta a los altares, a cuyo pie innumerables generaciones de creyentes lograron en otros tiempos la bendición y la energía moral necesarias para el cumplimiento de los propios deberes; a la fe, que iluminó a individuos y a sociedades, enseñándoles los derechos y los deberes propios de cada uno; a las sabias e inquebrantables normas de un orden social, que, tanto en el terreno nacional como en el internacional, levantan una eficaz barrera así contra el abuso de la libertad como con-

tra el abuso del poder. Pero el llamamiento a estas fuentes tan benéficas debe resonar alto, continuo y universal en esta hora en que el viejo orden está para desaparecer, cediendo paso y lugar a uno nuevo.

La futura reconstrucción podrá presentar y ofrecer preciosas posibilidades de promover el bien, no exentas tampoco de los peligros de caer en errores y con ellos favorecer el mal; y exigirá seriedad prudente y madura reflexión, no sólo por la gigantesca dificultad de la obra, sino también por las graves consecuencias que, si fallara, ocasionaría en el campo material y en el espiritual; exigirá inteligencias de amplia visión y voluntades de firmes propósitos, hombres valerosos y trabajadores; pero sobre todo y ante todo, conciencias que en los proyectos, en las deliberaciones y en las acciones se hallen animadas, movidas y sostenidas por un vivo sentido de responsabilidad, y que no rehuyan el inclinarse ante las santas leyes de Dios; porque, si a la fuerza plasmadora del orden material no se juntare una suma ponderación y un sincero propósito en el orden moral, se cumplirá sin duda alguna la sentencia de San Agustín: «Bene currunt, sed in via non currunt. Quanto plus currunt, plus errant, quia a via recedunt»: «Corren bien, pero no corren por el camino. Cuanto más corren, más se equivocan, porque se apartan del camino» (*Sermo CXLi*, cap. 4: Migne *PL*, LXXXIII, 777). Y tampoco sería la primera vez que hombres, que están esperando ceñir el laurel de las victorias guerreras, soñasen con dar al mundo un orden nuevo, señalándole los nuevos caminos que, a su parecer, conducen al bienestar, a la prosperidad y al progreso. Pero siempre que cayeron en la tentación de imponer su propia teoría contra el dictamen de la razón, de la moderación, de la justicia y de la noble humanidad, se encontraron caídos y estupefactos al contemplar las ruinas de sus esperanzas fallidas y de sus proyectos fracasados. Y así enseña la Historia que los tratados de paz estipulados con espíritu y condiciones opuestos, ya a las normas morales, ya a una genuina prudencia política, nunca tuvieron sino una vida mezquina y breve, po-

niendo así al descubierto y demostrando un error de cálculo, humano sin duda, pero no por ello menos funesto.

Ahora bien, las ruinas de esta guerra son ya demasiado enormes para añadirles también las de una paz frustrada e ilusoria; por ello, para evitar desgracia tan grande, conviene que con voluntad tan sincera como enérgica, con propósito de generosa cooperación, colaboren a la paz no sólo este grupo o aquél, ni sólo este pueblo o aquel otro, sino todos los pueblos e incluso la humanidad entera. Es una empresa universal, de bien común, que requiere la colaboración de la Cristiandad, a causa de los aspectos religiosos y morales del nuevo edificio que se desea construir.

Hacemos, pues, uso de un derecho Nuestro, mejor dicho, cumplimos un deber Nuestro cuando hoy, en la víspera de la Natividad, aurora divina de esperanza y de paz para el mundo, con la autoridad de Nuestro ministerio apostólico y con el ardiente estímulo de Nuestro corazón, de nuevo llamamos la atención y la meditación de todo el mundo sobre los peligros que acechan y amenazan a una paz que sea la base de un verdadero orden nuevo y que responda a la esperanza y a los deseos que de un porvenir más tranquilo tienen los pueblos.

#### CONDICIONES ESENCIALES PARA UN «ORDEN NUEVO»

Este orden nuevo, que todos los pueblos anhelan ver realizado después de las pruebas y ruinas de esta guerra, ha de alzarse sobre la roca indestructible e inmutable de la ley moral, manifestada por el mismo Creador mediante el orden natural y esculpida por Él con caracteres indelebles en los corazones de los hombres; ley moral cuya observancia debe ser inculcada y promovida por la opinión pública de todas las naciones y de todos los Estados con tal unanimidad de voz y de fuerza, que ninguno pueda atreverse a ponerla en duda o a debilitar su fuerza obligatoria. Es ella la que con el brillo de sus principios debe dirigir, cual faro resplande-

ciente, la ruta de la actividad de los hombres y de los Estados, los cuales habrán de seguir sus indicaciones amonestadoras, saludables y provechosas, si no quieren condenar a la tempestad y al naufragio todo trabajo y esfuerzo para establecer un orden nuevo. Resumiendo, pues, y completando lo que Nos ya hemos expuesto en otras ocasiones, también ahora insistimos sobre algunas condiciones esenciales para un orden internacional que, al asegurar a todos los pueblos una paz justa y duradera, sea fecundo en bienestar y prosperidad.

#### 1.ª EL DERECHO DE TODAS LAS NACIONES

En el campo de un nuevo orden, fundado sobre los principios morales, no hay puesto para la lesión de la libertad, de la integridad y de la seguridad de otras naciones, cualquiera que sea su extensión territorial o su capacidad defensiva. Si es inevitable que los grandes Estados, por sus mayores posibilidades y su poderío, tracen el camino para la constitución de grupos económicos entre ellos y las naciones menores y más débiles, es, sin embargo, indiscutible — como para todos, en el conjunto del interés general — el derecho de éstas al respeto de su libertad en el campo político, a la eficaz guarda de la neutralidad en las luchas entre los Estados, que les corresponde según el derecho natural y de gentes, y a la tutela de su propio desarrollo económico, pues tan sólo así podrán conseguir adecuadamente el bien común, el bienestar material y espiritual del propio pueblo.

#### 2.ª LAS MINORÍAS NACIONALES

En el campo de un nuevo orden fundado sobre principios morales, no hay lugar para oprimir abierta o encubiertamente las peculiaridades culturales y lingüísticas de las minorías nacionales, ni para impedir o reducir su propia capacidad económica, ni para limitar o abolir su natural fecundidad. Cuanto mayor sea la conciencia con que la au-

toridad competente del Estado respete los derechos de las minorías, tanto más segura y eficazmente podrá exigir de sus miembros el cumplimiento leal de sus deberes políticos, comunes a los demás ciudadanos.

### 3.ª DERECHO DE TODOS A LOS BIENES

En el campo de un nuevo orden fundado sobre principios morales no hay lugar para los estrechos cálculos egoístas que tienden a acaparar las fuentes económicas y las materias de uso común, de suerte que las naciones menos favorecidas por la naturaleza queden excluidas. A este propósito Nos es sumo consuelo ver cómo se afirma la necesidad de una participación de todos en los bienes de la tierra, afirmación reconocida aun por aquellas naciones que en el cumplimiento de este principio pertenecerían a la categoría de aquellos «que dan» y no a la de aquellos «que reciben». Pero la equidad exige que una solución de esta cuestión, decisiva para la economía del mundo, se logre metódica y progresivamente, con las debidas garantías y aprovechando la lección de los errores y omisiones de lo pasado. Si en la futura paz no se llegase a afrontar con todo valor este punto, quedaría en las relaciones entre los pueblos una profunda y vasta raíz que sería fuente de amargas desigualdades y de envidias exasperadas, que terminarían conduciendo a nuevos conflictos. Pero es necesario observar bien de qué manera la solución satisfactoria de este problema se halla estrechamente unida con otra base fundamental del nuevo orden, de la que hablamos en el punto siguiente.

### 4.ª ELIMINACIÓN DE GUERRAS Y ARMAMENTOS. «PACTA SERVANDA»

En el campo de un nuevo orden fundado sobre principios morales, no hay lugar — una vez eliminados los focos más peligrosos de conflictos armados — para una guerra total ni para una desenfrenada carrera de armamentos. No se



debe permitir que la tragedia de una guerra mundial, con sus ruinas económicas y sociales y con sus aberraciones y perturbaciones morales, caiga por tercera vez sobre la humanidad. Y para que ésta sea protegida de tal azote, es necesario que con seriedad y honradez se proceda a una limitación progresiva y adecuada de los armamentos. El desequilibrio entre un exagerado armamento de los Estados poderosos y el deficiente armamento de los Estados débiles crea un peligro para la conservación de la tranquilidad y de la paz de los pueblos, y aconseja llegar a un límite amplio y proporcionado en la fabricación y en la posesión de armas ofensivas.

Y luego, conforme a la medida en que se realice el desarme, habrán de establecerse medios apropiados, honrosos para todos y eficaces para devolver a la norma *Pacta sunt servanda* — «los pactos deben ser observados» — la función vital y moral que le corresponde en las relaciones jurídicas entre los Estados. Tal norma, que ha sufrido en lo pasado crisis angustiosas e innegables infracciones, ha encontrado por ello contra sí una desconfianza casi incurable entre los diversos pueblos y los respectivos gobernantes. A fin de que renazca la recíproca confianza, han de surgir instituciones que, al ganarse el respeto general, se dediquen al nobilísimo oficio tanto de garantizar el sincero cumplimiento de los tratados como de promover, según todos los principios del derecho y de la equidad, las oportunas correcciones o revisiones.

No se Nos oculta el cúmulo de dificultades que habrán de superarse y la casi sobrehumana fuerza de buena voluntad necesaria en todos los beligerantes, para que se pongan de acuerdo en dar una feliz solución a la noble empresa aquí propuesta. Pero este trabajo común es tan esencial para una paz duradera, que nada debe retraer a los hombres de Estado responsables de emprenderlo y de cooperar a él con las fuerzas de una buena voluntad que, mirando al bien

futuro, venza los dolorosos recuerdos de las tentativas que fracasaron en lo pasado y no se asuste al advertir el gigantesco esfuerzo que se requiere para tal empresa.

### 5.º LIBERTAD PARA LA IGLESIA. LA CUESTIÓN SOCIAL

En el campo de un nuevo orden fundado sobre principios morales no hay lugar para la persecución de la religión y de la Iglesia. De una fe viva en un Dios personal y trascendente surge necesariamente una clara y resistente energía moral que informa todo el curso de la vida; porque la fe es no sólo una virtud, sino la puerta divina por la cual entran en el templo del alma todas las virtudes y se forma aquel carácter fuerte y tenaz que jamás vacila cuando corren peligro la razón y la justicia. Esto es siempre verdad; pero mucho más ha de cumplirse cuando tanto al hombre de Estado cuanto al último de los ciudadanos se les exige el máximo de valor y de energía moral para reconstruir una nueva Europa y un mundo nuevo sobre las ruinas que el conflicto mundial ha acumulado con su violencia, con el odio y con la división de los espíritus. En cuanto a la cuestión social en particular, que al terminar la guerra se presentará mucho más aguda, Nuestros Predecesores y Nos mismo hemos señalado las normas de su solución. Conviene, sin embargo, considerar que solamente podrán observarse en su integridad y ser plenamente eficaces cuando los hombres de Estado y los pueblos, los patronos y los obreros, estén animados por la fe en un Dios personal, legislador y juez supremo, a quien deben responder de sus acciones. Porque, mientras la incredulidad que se enfrenta con Dios, ordenador del universo, es el más peligroso enemigo de un justo orden nuevo, en cambio, todo hombre que cree en Dios es su potente defensor y paladín. Quien cree en Cristo, en su divinidad, en su ley, en su obra de amor y de hermandad entre los hombres, aportará elementos particularmente preciosos para la recons-

trucción social; y sin duda que los aportarán en número aun mayor los hombres de Estado, cuando se mostraren dispuestos a abrir las puertas y a allanar el camino a la Iglesia de Cristo para que, libre y sin trabas, poniendo sus energías sobrenaturales al servicio de la inteligencia entre los pueblos y al servicio de la paz, pueda cooperar con su celo y con su amor al inmenso trabajo de restañar las heridas de la guerra.

Nos resulta, pues, inexplicable que en algunas regiones múltiples disposiciones impidan el camino al mensaje de la fe cristiana, mientras conceden amplio y libre paso a una propaganda que la combate. Sustraen la juventud a la bienhechora influencia de la familia cristiana y la alejan de la Iglesia; la educan en un espíritu contrario a Cristo, inyectándole ideas, máximas y prácticas anticristianas; dificultan y aun perturban la obra de la Iglesia en la cura de almas y en las instituciones de caridad; desconocen y rechazan su influjo moral sobre el individuo y sobre la sociedad: determinaciones todas que, lejos de haberse mitigado o de haber sido abolidas en el decurso de la guerra, en no pocos aspectos todavía se han ido exasperando más duramente. Que todo esto, y más aún, pueda continuar en medio de los sufrimientos del momento presente, es un triste síntoma del espíritu con que los enemigos de la Iglesia imponen a los fieles, en medio de tantos otros sacrificios no ligeros, hasta el peso angustioso de una amarga ansiedad, que oprime las conciencias.

Nos amamos, Dios es buen testigo de ello, con igual afecto a todos los pueblos sin excepción alguna, y para evitar aun la sola apariencia de que nos mueva espíritu partidista Nos hemos impuesto hasta ahora la máxima reserva; pero las disposiciones contra la Iglesia y los fines que ellas se proponen son tales, que Nos sentimos obligados, en nombre de la verdad, a pronunciar una palabra para evitar siquiera que, aun entre los mismos fieles, pueda surgir cualquier extravío.

CANTO A ROMA  
BENDICIÓN A TODOS

Amados hijos, Nos miramos hoy al Hombre-Dios, nacido en una gruta para levantar de nuevo al hombre a aquella grandeza de la que había caído por su culpa, para volverlo a colocar en el trono de libertad, de justicia y de honor que los siglos de los dioses falsos le habían negado. El fundamento de aquel trono será el Calvario; su ornamento no será el oro o la plata, sino la sangre de Cristo, sangre divina que hace veinte siglos corre sobre el mundo y tiñe de púrpura las mejillas de su Esposa, la Iglesia, y, purificando, consagrando, santificando, glorificando a sus hijos, se convierte en candor de cielo.

¡Oh Roma cristiana! Aquella sangre es tu vida: por aquella sangre eres tú grande e iluminas con tu grandeza aun los restos y las ruinas de tu grandeza pagana, purificas y consagras los códigos de la sabiduría jurídica de los pretores y de los césares. Tú eres madre de una justicia más alta y más humana, que te honra, y honra por igual a tu autoridad y a quien te escucha. Tú eres faro de civilización; la civilizadora Europa y el mundo te deben cuanto de más sacro y de más santo, cuanto de más sabio y más honesto realza a los pueblos y embellece su historia. Tú eres madre de caridad: tus anales, tus monumentos, tus hospitales, tus monasterios y tus conventos, tus héroes y tus heroínas, tus viajes y tus misiones, tus épocas y tus siglos, con sus escuelas y sus universidades, ponen de relieve los triunfos de tu caridad, que todo lo abraza, todo lo sufre, todo lo espera, todo lo realiza por hacerse todo para todos, para consolar y aliviar a todos, sanar a todos y llamarlos a la libertad dada al hombre por Cristo, y tranquilizar a todos con aquella paz que hermana a los pueblos y que de todos los hombres, bajo cualquier cielo, cualquier lengua y costumbre que los separe, hace una sola familia, y del mundo una patria común.

Desde esta Roma, centro, roca y maestra del Cristianismo, ciudad eterna en el tiempo más por Cristo que por los Césares, Nos, movidos por el ardiente y vivísimo deseo del bien de cada uno de los pueblos y de toda la humanidad, dirigimos a todos Nuestra palabra, rogando y conjurando que no se retrase el día en que por todos los lugares donde la hostilidad contra Dios y su Cristo arrastra hoy a los hombres a su ruina temporal y eterna, prevalezcan mayores conocimientos religiosos y nuevos ideales; el día, en que sobre la cuna del nuevo orden de los pueblos resplandezca la estrella de Belén, heraldo de un nuevo espíritu que mueva a cantar con los ángeles *Gloria in excelsis Deo*, y a proclamar ante todas las gentes, como don al fin otorgado por el cielo, *pax hominibus bonae voluntatis*. Luego que haya amanecido la aurora de aquel día, ¡con qué gozo Naciones y Gobernantes, libre ya el espíritu de los temores de amenazas y de renovación de conflictos, transformarán las espadas, desgarradoras de pechos humanos, en arados que surquen bajo el sol de la divina bendición el fecundo seno de la tierra, a fin de arrancarle un pan, bañado en verdad con el sudor, pero nunca más con sangre y lágrimas!

Así lo esperamos, y con esta anhelante oración en los labios, mandamos Nuestro saludo y Nuestra bendición a todos Nuestros hijos de todo el mundo. Descienda Nuestra bendición más efusiva sobre todos cuantos — sacerdotes, religiosos y seglares — sufren penas y angustias por su fe; descienda también sobre todos aquellos que, aun no perteneciendo al cuerpo visible de la Iglesia católica, Nos son allegados por la fe en Dios y en Jesucristo y están acordes con Nos sobre el ordenamiento y los fines fundamentales de la paz; descienda con particulares latidos de afecto sobre cuantos gimen en la tristeza y en la dura angustia de los sufrimientos de esta hora. Que sea escudo para cuantos militan bajo las armas; medicina, para los enfermos y heridos; consuelo, para los prisioneros, para los expulsados de su tierra nativa, para los alejados del hogar doméstico, para los deportados a tierras extrañas, para los millones de desgra-

## RADIOMENSAJE NAVIDEÑO AL MUNDO

ciados que luchan en todo momento contra los espantosos mordiscos del hambre. Que sea bálsamo para todo dolor y desventura; que sea sostén y consuelo para todos los desgraciados y necesitados que esperan una palabra amiga que les derrame en sus corazones fuerza, valor, dulzura de compasión y de ayuda fraterna. Que descanse, por fin, Nuestra bendición sobre aquellas almas y aquellas manos piadosas que, con inagotable y generoso sacrificio, Nos han proporcionado medios con que suplir la deficiencia de los Nuestros para enjugar las lágrimas, suavizar la pobreza de muchos, especialmente de los más pobres y abandonados entre las víctimas de la guerra, haciendo experimentar de esta suerte cómo la bondad y la benignidad de Dios, cuya suma e inefable revelación es el Niño del pesebre, que con su pobreza nos quiso hacer ricos, no cesan jamás, en el sucederse de los tiempos y de las desgracias, de ser vivas y activas en la Iglesia.

De la plenitud de Nuestro corazón concedemos a todos con profundo amor paternal la Bendición Apostólica.

## XXXIX

26 DE DICIEMBRE DE 1941

### A LA GUARDIA NOBLE PONTIFICIA

NATURALEZA, PRERROGATIVAS Y VIRTUD  
DE LA NOBLEZA QUE VIENE DE DIOS

*Respondiendo a la devotísima felicitación que le fué presentada por su Guardia Noble en el discurso del Capitán Comandante, S. E. el Príncipe Don Francisco Chigi della Rovere, el Padre Santo explicó a los asistentes las principales cualidades y virtudes que han de adornar su vida, obligadas por su propio origen y por su morada junto al Vicario de Jesucristo.*

**A** las filiales felicitaciones navideñas que tan noblemente Nos ha ofrecido vuestro amado y digno Capitán Comandante, oh amados hijos, responde Nuestro paterno ánimo con aquella gratitud que ya por tercera vez conmueve Nuestro espíritu en esta solemne fiesta. Ocupáis el puesto de honor entre los Cuerpos armados pontificios, y vuestros votos Nos son, no tan sólo clara prenda de vuestra devoción, sino también una prueba de la íntima fe de donde nace, se anima y vive, mientras se hace más alta ante Dios y los hombres la nobleza de vuestra sangre, y más fervorosos los votos que por Nos ofrecéis al cielo para que en este mar de tempestuosas borrascas y tormentas humanas cese la furia de los vientos, vuelva la tranquilidad de las olas y sobre la nave jamás perturbada se den las manos la bondad y la fidelidad y se abracen la justicia y la paz (Ps. LXXXIV, 11).

Sí, la fe os ennoblece más aún, porque toda nobleza viene de Dios, ser nobilísimo y fuente de toda perfección. Todo en Él es nobleza del ser. Cuando Moisés, al ser enviado para libertar al pueblo de Israel del yugo de Faraón, preguntó a Dios en el monte Horeb cuál era su nombre a fin de manifestarlo al pueblo, el Señor le dijo: «Yo soy el que soy: *Ego sum qui sum*. Y así dirás a los hijos de Israel: El que es, *Qui est*, me ha enviado a vosotros» (Ex. III, 14). ¿Qué es, por lo tanto, la nobleza? Toda nobleza — enseña el Angélico Doctor Santo Tomás — de cualquier cosa pertenece a ésta según su ser; de hecho sería nula



la nobleza que al hombre le viene de su sabiduría, si por ella no fuera hecho sabio; y así de las otras perfecciones. Así pues, el modo de la nobleza de una cosa corresponde al modo con que posee el ser; ya que se dice que una cosa es más o menos noble, según que su ser se restringe a un especial grado mayor o menor de nobleza... Mas Dios, que es el ser por esencia, tiene el ser según toda la virtud del ser mismo; luego no puede faltarle ninguna nobleza que a ser alguno convenga» (*Contra Gent.*, l. I, c. 28).

De Dios también tenéis vuestro ser; Él os ha hecho, y no vosotros mismos. «Ipse fecit nos, et non ipsi nos» (*Ps.* XCIX, 3). Os ha dado nobleza de sangre, nobleza de valor, nobleza de virtud, nobleza de fe y de gracia cristiana. La nobleza de sangre la ponéis al servicio de la Iglesia y en la guardia del Sucesor de Pedro; nobleza de las hazañas de vuestros mayores, que os ennoblecen a vosotros mismos, si cada día tenéis buen cuidado de añadirle la nobleza de la virtud del santo valor que procede del espíritu y que transforma aun el cuerpo en alto instrumento de virtud. Si es verdad, como escribió Dante, que «è nobilitade dovunque è virtude, e non virtude dovunque è nobilitade», en vosotros ha de resplandecer aquella piedad y religión que exaltan la nobleza, la cual es mucho más realzada por el ejemplo que de aquellas diere (1). La nobleza unida a la virtud brilla tan digna de alabanza que con frecuencia la luz de la virtud eclipsa a la misma claridad de la nobleza; y en los fastos y en los atrios de las grandes familias queda a veces como única nobleza el nombre de la virtud, como no dudó afirmar aun el pagano Juvenal (2):

Tota licet veteres exornent undique cerae  
atria, nobilitas sola est atque unica virtus.

La virtud, más que las armas, ennoblece a las Casas y a sus descendientes; y mucha sangre romana debe a la vir-

(1) *Convivio*, tr. IV, c. 19.

(2) *Juvenalis Satir.* VIII, 19-20.

tud, asentada en el trono pontificio, una nobleza que la hizo veneranda junto al Tíber y a la faz del mundo, porque también la Iglesia, Esposa de Cristo, y la supereminente paternidad de su Vicario saben originar y conceder una noble grandeza, no sólo de Jerarquía sagrada, sino hasta de esplendor familiar. Pero, donde la Iglesia y el magisterio pontificio aparecen como fuente sublime de nobleza, es en la glorificación de los héroes y de las heroínas de la fe y de la gracia, cuando la voz de Pedro bajo la bóveda del cielo miguelangelesco exalta y proclama, entre el fulgor de las luces y la admiración de los pueblos, la nobleza espiritual de los Santos y de los Beatos. Ante semejante nobleza se inclina hasta la alta voz que la proclama; se inclinan todos los hijos de la Iglesia; os inclináis también vosotros, que estáis como guardia del Sumo Pontífice y veis aumentarse en el cielo, para defensa y protección de la Iglesia y del pueblo cristiano, la bienaventurada falange de los Santos, Guardia Noble celestial, esplendidísimo ornamento del eterno trono de Cristo y potentísima defensa de su reino en el mundo: falange nobilísima entre las nobles falanges del empíreo; falange coronada con los laureles de todas las virtudes y victoriosa en las batallas contra el demonio, el mundo y la carne, salida de los desiertos, de los claustros, de los anfiteatros y de las cárceles, de los hospitales y de las escuelas, de los hogares domésticos, descendida de los patíbulos y de las hogueras, venida de tierras lejanas e inhospitalarias, ascendida de este valle de lágrimas y de sangre a la gloria, para junto al trono de Cristo ser nuestra guardia, nuestra piadosa protectora y nuestra perenne intercesora. Ved, amados hijos, el nobilísimo triunfo de la virtud cristiana; ved la primera y la última nobleza del alma y del hombre, creado para adorar, amar y servir a Dios, al servir más de cerca también a la persona del Sucesor de Pedro.

Elevad vuestro espíritu en el noble servicio que prestáis: que vuestra viva fe aumente vuestra virtud; que vuestra virtud vivifique y acompañe todos vuestros pasos; que todos vuestros pasos sean un mérito para el cielo. Y en vuestros pasos

## DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

no temáis entrar en la apartada y humilde gruta de Belén, donde se hallan presentes una Virgen Madre y un virginal Custodio de los secretos de Dios; donde se digna nacer hombre entre los hombres y habitar en medio de nosotros el Verbo de Dios, por el cual fué hecho el universo y sin el cual nada se hizo. Postraos delante de aquel Niño, incomparablemente bello con toda la nobleza del ser divino. Por sus venas corre la nobilísima sangre de David; en su corazón palpita un inmenso amor que abraza a todas las gentes; en sus ojos brilla una sabiduría mayor que la de Salomón. Él es más que profeta: es el Esperado de los Profetas, y en Él se cumplen y se cumplirán todos los vaticinios. Él es el camino, la verdad y la vida: en su cuna comenzará la nueva era de la redención y de la historia del género humano, hasta el día postrero en que ha de juzgar al mundo, sus paces y sus guerras. Heredero inmortal de todas las promesas y victorias del Hijo del Hombre, su reino no tendrá jamás fin, y desde la consumación de los siglos humanos se prolongará por los siglos eternos. Postraos ante Él; adoradlo con su Madre y con su Custodio, con los ángeles y con los sabios de Oriente; rogadle por vosotros, por Nos, por su Iglesia, por los pueblos y por las naciones, para que la suspirada paz sonría a los hombres de buena voluntad.

Paterno agradecimiento por las felicitaciones que Nos habéis ofrecido, por vuestra devoción a la Sede Apostólica, por el fiel cumplimiento de vuestro oficio en torno a Nuestra persona, sea la Bendición Apostólica que de corazón os damos a vosotros, a vuestras familias, a todos cuantos tenéis en la mente y en el corazón, como prenda de los más selectos favores celestiales, para gozo de estas santas fiestas navideñas y como auspicio de un año nuevo menos triste y más feliz.

AÑO 1942

## XL

5 DE ENERO DE 1942

### AL PATRICIADO Y A LA NOBLEZA ROMANOS

#### DIGNIDAD Y PRIVILEGIOS — OFICIOS Y DEBERES

*La tradicional presentación del homenaje y felicitación al Sumo Pontífice por parte del Patriciado y de la Nobleza romanos — por medio de un discurso de inquebrantable devoción del Príncipe S. E. Don Marco Antonio Colonna — dió ocasión a Su Santidad para ilustrar la distinción y ejemplaridad de que ha de rodearse la dignidad de quienes, por origen y tradición, se hallan tan cercanos al trono del Sucesor de Pedro.*

**L**A felicitación que vuestro ilustre intérprete, dilectos hijos e hijas, Nos ha presentado con tan elevadas palabras, tiene como principal objeto, según vuestra intención, manifestar a la Sede Apostólica la filial adhesión que anima vuestra fe y que es la gloria más hermosa del Patriciado y de la Nobleza romanos. De todo corazón y profundamente os damos las gracias, y la correspondencia de Nuestro amor con toda justicia torna Nuestros deseos hacia vosotros y hacia vuestras familias, para manifestaros una vez más Nuestra gratitud y particular afecto por los sentimientos tan vivos de vuestra tradicional fidelidad al Vicario de Cristo.

Este filial y paterno encuentro en la casa del Padre común no puede con su anual repetición perder dulzura y gratitud por imperio de la costumbre, como la vuelta anual de las fiestas navideñas no disminuye su religiosa alegría ni las auroras del año nuevo cierran el horizonte a las esperanzas. ¿No se parece acaso a la renovación del día, del año y de la naturaleza el renovarse de la sagrada alegría del espíritu? También el espíritu tiene su renovación y su renacimiento. Nosotros renacemos, nosotros revivimos, al conmemorar los misterios de nuestra fe, y en la gruta de Belén volvemos a adorar al Niño Jesús, Nuestro Salvador, luz y sol nuevo del mundo, como en los altares se renueva el perenne Calvario de un Dios crucificado y muerto por nuestro amor.

#### PATRICIADO Y NOBLEZA DE ROMA

Al recordar a vuestros antepasados, vosotros casi los tornáis a la vida, y vuestros antepasados reviven en vuestros

nombres y en los títulos que os han dejado de sus méritos y de sus grandezas. ¿Acaso no son dos palabras llenas de gloria y ricas de sentido: *Patriciado* y *Nobleza* de esta *Roma*, cuyo nombre trasciende los siglos y brilla en el mundo cual sello de la fe y de la verdad descendida del cielo para elevar al hombre hasta él?

Humanamente, el nombre de Patriciado romano resucita en nosotros el recuerdo de aquellas antiguas *gentes*, cuyos orígenes se pierden entre nebulosidades de leyenda, pero que aparecen en la clara luz de la historia cual genios y voluntades que determinaron esencialmente el poder y la grandeza romanos en los tiempos más gloriosos de la República y del Imperio, cuando los Césares, al mandar, lo hacían por la razón y no por el capricho. Hombres rudos, los más antiguos, penetrados todos del sentimiento de los destinos de la Urbe, que identificaban sus propios intereses con los de la cosa pública y proseguían sus vastos y atrevidos planes con una constancia, una perseverancia, una sabiduría y una energía que no se desmintieron jamás; hoy todavía excitan la admiración de quienquiera que recuerde la historia de aquellos siglos lejanos. Eran los *patres* y sus descendientes, «*Patres certe ab honore, patriciique progenies eorum appellati*» (1), que con el patriciado de la sangre sabían unir la nobleza de la sabiduría, del valor y de la virtud civil en el proponerse y continuar la conquista del mundo que, contra su pensamiento, Dios cambiaría un día, según su eterno designio, en campo abierto y preparado de luchas y de victorias santas para los héroes de su Evangelio, para de la Urbe hacer la Roma de las gentes que creen en Cristo, elevando, sobre los mudos recuerdos de los Pontífices Máximos del paganismo, el perenne Pontificado y Magisterio de Pedro.

Ésta es la razón de que cristiana y sobrenaturalmente el nombre de Patriciado Romano despierte en Nuestro espíritu un pensamiento y una visión de historia todavía mucho más grandes. Si la palabra patricio, *patricius*, significaba en la

---

(1) Tit. Livii lib. I, c. 8, n. 7.

Roma pagana el hecho de tener antepasados, de pertenecer, no a una descendencia de grado común, sino a una clase privilegiada y dominante, a la luz cristiana toma un aspecto mucho más luminoso y resuena más profundo, pues asocia la idea de la superioridad social a la de ilustre paternidad. Tal es el patriciado de la Roma cristiana, que tuvo sus mayores y más antiguos fulgores, no tanto en la sangre, cuanto en la dignidad de protectores de Roma y de la Iglesia: *Patricius Romanorum*, título de los Exarcas de Rávena hasta Carlomagno y Enrique III. Los Papas tuvieron también, a través de los siglos, defensores armados, procedentes de las familias del Patriciado Romano; Lepanto consagró y eternizó en los fastos de la Historia un ilustre nombre de estas familias. Hoy, dilectos hijos e hijas, el Patriciado y la Nobleza romanos están llamados a defender y a proteger el honor de la Iglesia con el arma brillante de una virtud moral, social y religiosa, que resplandezca en medio del pueblo romano y ante el mundo.

### DESIGUALDADES SOCIALES Y JUSTICIA

Inevitables son las desigualdades sociales, aun las que van ligadas al nacimiento: la naturaleza benigna y la bendición de Dios a la humanidad iluminan y protegen las cunas, las besan, pero no las igualan. Mirad aun las sociedades más inexorablemente niveladas. Nunca se ha podido lograr que el hijo de un gran jefe, de un gran conductor de masas, continuase por completo en el mismo estado que un oscuro ciudadano perdido entre el pueblo. Pero si desigualdades tan inevitables pueden aparecer paganamente como una consecuencia inflexible del conflicto de las fuerzas sociales y del poder adquirido por los unos sobre los otros, por las leyes ciegas que al parecer rigen la actividad humana y que regulan tanto el triunfo de los unos como el sacrificio de los otros; ante una mente instruída y educada cristianamente no pueden considerarse sino como una disposición querida por Dios con la misma finalidad que las desigualdades en



el interior de la familia, y destinadas por lo tanto a unir más aún a los hombres entre sí en su viaje de la vida presente hacia la patria del cielo, ayudándose los unos a los otros, a la manera que el padre ayuda a la madre y a los hijos.

Y si esta concepción paterna de la superioridad social excitó a veces, por el choque de las pasiones humanas, los ánimos hacia desviaciones entre las personas de rango más elevado y las de condición humilde, la historia de la humanidad decaída no se maravilla de ello. Semejantes desviaciones no pueden disminuir ni oscurecer la verdad fundamental de que para el cristiano las desigualdades sociales se funden en una gran familia humana; que, por lo tanto, las relaciones entre las clases y categorías desiguales han de subsistir gobernadas por una justicia recta e igual, y estar al mismo tiempo animadas por el respeto y afecto mutuos, de suerte que, aun sin desaparecer la desigualdad, se disminuyan las distancias y se suavicen las diferencias. ¿No vemos acaso, dentro de las familias verdaderamente cristianas, a los mayores patricios y patricias vigilantes y solícitos en conservar para con sus domésticos y cuantos les rodean un modo de portarse, conforme sin duda a su clase, pero libre de toda afectación, benévolo y cortés en palabras y en modales, que demuestran la nobleza de corazón de los que en ellos no ven sino hombres, hermanos, cristianos como ellos, que les están unidos en Cristo por los vínculos de la caridad; de aquella caridad que, aun en los palacios más antiguos consuela, sostiene, alegra y endulza la vida entre los grandes y los humildes, principalmente en los tiempos de tristeza y de dolor, que nunca faltan en este mundo?

Vosotros, dilectos hijos e hijas, como Patriciado y Nobleza romanos, vosotros en esta Roma, en el centro del mundo cristiano, en la Iglesia Madre y Cabeza de todas las Iglesias del mundo católico, en torno a Aquel que Cristo ha establecido por Vicario suyo, Padre común de todos los fieles; vosotros habéis sido puestos por la divina Providencia tan en alto para que vuestra dignidad brille a la faz del mun-

do, en la devoción a la Sede de Pedro, cual ejemplo de virtud civil y de grandeza cristiana. Si toda preeminencia social lleva consigo oficios y deberes, la que por disposición de Dios os ha tocado en suerte exige de vosotros, especialmente en esta hora tan grave y tempestuosa en que vivimos — hora oscura de discordias y de grandes luchas cruentas humanas, hora que llama a la oración y penitencia para transformar y corregir en todos, en mayor conformidad con la ley divina, las costumbres de la vida, como indudablemente nos avisan las presentes angustias y la incertidumbre de los futuros peligros —; exige de vosotros, decimos, una plenitud de vida cristiana, una conducta irreprochable y austera, una fidelidad a todos vuestros deberes de familia, a todas vuestras obligaciones privadas y públicas, que nunca se contradigan, sino que resplandezcan clara y vivamente ante los ojos de cuantos os observan y os miran, a quienes en vuestros actos y en vuestros pasos habéis de mostrar, junto con el verdadero camino para avanzar en el bien, que el mejor ornamento del Patriciado y de la Nobleza romanos es la excelencia de la virtud.

Por ello, mientras pedimos al humilde y pobre Niño Jesús, de progenie real, Rey humanado de los Ángeles y de los hombres, que os sirva de guía en el cumplimiento de la misión que se os ha señalado, y que os ilumine y fortifique con su gracia, os damos, con la efusión del corazón, dilectos hijos e hijas, Nuestra paternal Bendición Apostólica; que deseamos se extienda y permanezca también sobre todos vuestros seres queridos y especialmente sobre aquellos que se hallan alejados de vosotros y que en el cumplimiento de su deber se encuentran ahora expuestos a peligros, afrontándolos con un valor que corre parejas con la nobleza de su sangre, y que tal vez se encuentran dispersos, heridos o prisioneros. ¡Que esta Bendición descienda y sea para vosotros bálsamo, consuelo, protección, auspicio de los mejores y más abundantes favores y auxilios celestiales; y que sea también esperanza de tranquilidad y de paz para el mundo inquieto y trastornado!

## XLI

21 DE ENERO DE 1942

### «POR QUÉ HABLAMOS A LOS RECIÉN CASADOS»

*Una gran muchedumbre de recién casados llenaba la Sala de la Bendición para escuchar la palabra tan deseada como aclamada del Pastor de todas las almas. El Padre Santo, al reanudar en este año la serie de sus instrucciones tan preciosas para una parte tan querida de la gran familia humana, indicaba precisamente los motivos que, entre tantas solicitudes del gobierno de la Iglesia universal, le inducen a multiplicar, con la mayor frecuencia posible, sus saludables enseñanzas a las nuevas familias cristianas.*

VUESTRA grata presencia, dilectos nuevos esposos, hace revivir y recordar en Nuestro pensamiento y añade a Nuestra visión los numerosos grupos de otros esposos que, como hoy vosotros, han venido a pedir la Bendición Apostólica sobre su rosada aurora y sobre las encendidas esperanzas de sus nuevas familias, a los cuales Nos ya en muchas ocasiones hemos dirigido la palabra, que, recogida por los periódicos católicos o en pequeños volúmenes, antes de ahora tal vez haya sido objeto de vuestras lecturas. Mas Nos parece que hoy, junto con el deseo de Nuestra Bendición, lleváis quizá escondida en el pecho la pregunta de por qué Nos empeñamos con tal solicitud en multiplicar, cuanto Nos es posible, Nuestra enseñanza a los dilectos nuevos esposos. ¿Qué podemos, qué debemos responder? Queréis penetrar en Nuestro corazón; deseáis sorprender sus latidos, los pensamientos que proceden del corazón y se inflaman en los labios de un Padre de la universal familia cristiana; de un Padre que, como Pedro, de quien es sucesor, arde con aquella caridad por Cristo y su Esposa, la Iglesia, que le hace amar a las ovejas y a los corderos; que en los retoños de la familia cristiana ve regenerarse a los hijos de Dios, dilatarse el jardín de la fe y de la gracia, educarse y multiplicarse las flores del cielo; de un Padre que habla con sus hijos, cuales sois vosotros, sobre las cosas de la familia, resucitando así ante vosotros un recuerdo que le anima, un viejo y hermoso recuerdo de familia apostólica, que se remonta a los orígenes mismos de la Iglesia, la gran Madre de la familia cristiana.

Un día los jefes de esta familia, los Doce — el primero de los cuales era Pedro, cuyo lugar ocupamos Nos ahora indignamente —, en medio de los sufrimientos de su apostolado, comprendieron que, al crecer más cada día el número de los discípulos, no podrían proveer por sí mismos a todo lo necesario para su grey, especialmente en la cotidiana asistencia de las viudas y en el servicio de las mesas. Y así convocaron a los fieles y les invitaron a escoger entre sí siete hombres de buena reputación, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría — los diáconos —, a quienes confiarían tal oficio mientras ellos — Pedro y los demás apóstoles — continuarían dedicados «a la oración y al ministerio de la palabra»: «Nos vero orationi et ministerio verbi instantes erimus» (*Act. VI, 4*). Apóstoles, escogidos por Cristo y enviados como maestros de todas las gentes, ¿no deberían ante todo dar testimonio de la misión divina de Él y comunicar la buena nueva? En realidad, jamás se dispensaron de hacerlo, de viva voz y por escrito, entre peligros y persecuciones, dentro y fuera de los límites del Imperio Romano, prontos a sellar con su sangre la palabra infatigable y altamente anunciada a las gentes.

Han pasado ya diecinueve siglos; y su voz, que es camino, verdad y vida, desde las tierras de Palestina, de edad en edad, de región en región, de monte en monte, de mar en mar, de continente en continente, de pueblo en pueblo, ha llegado de boca en boca, repetida por ardientes heraldos de su fe, hasta los confines de la tierra. El pequeño grano de mostaza, germinado entonces en Jerusalén, ha crecido ya en árbol inmenso; sus ramas cubren el mundo; sus frondas prestan asilo a unos cuatrocientos millones de creyentes.

Éste es el reino de Dios, del Padre celestial, que el divino Redentor nos hace pedir, en la oración dominical, que venga sobre la tierra; reino espiritual, sin duda, pero que se desarrolla y opera en este mundo, en el que somos peregrinos en camino a una patria más allá de las estrellas; gran reino, en el que se ha dilatado y crecido, ávida y segura de un porvenir que se cerrará con los siglos humanos, la pequeña familia de los primeros años. La cual, compuesta de hombres

visiblemente unidos entre sí, como una inmensa grey bajo un solo Sumo Pastor, no puede menos de tener un orden de gobierno, una subordinación de personas, una administración de cosas. Por ello son numerosos los que, emulando a los primeros diáconos, ayudan con tanto celo, aquí en Roma y a través del mundo, al Papa, sucesor de Pedro, en el cumplimiento de su grave oficio.

#### MINISTERIO DE LA PALABRA

Mas, por muy vasta y múltiple que haya llegado a ser su preocupación en el gobierno de la Iglesia, ¿podría quien se sienta en la Cátedra apostólica olvidar aquel «ministerio de la palabra» que San Pedro consideraba, junto con la oración, como el principal entre sus deberes de apóstol? ¿No le había dicho Cristo, a él y a los otros apóstoles: Id, sed maestros de todas las gentes en todo lo que yo os he enseñado? (cf. *Matth.* XXVIII, 19). Y ¿no gritaba el apóstol Pablo: Soy deudor de mi palabra a los sabios y a los ignorantes? (cf. *Rom.* I, 14). Y la fe, ¿acaso no entra por los oídos en los corazones? Y la palabra de Dios, ¿no es camino, verdad y vida? Ella es viva y eficaz, más tajante que una espada de dos filos, penetrante hasta dividir el alma y el espíritu, los tendones y la médula, escudriñadora de los pensamientos y de las intenciones del corazón (*Hebr.* IV, 12). Amamos la palabra de Dios; porque por ella ilumina, se manifiesta y casi se encarna por segunda vez para nosotros el Verbo divino.

Sin duda que ejercitamos Nos tal ministerio, en primer lugar, cuando en solemnes ocasiones Nos dirigimos a toda la Iglesia, a los Obispos, Nuestros Hermanos en el episcopado; pero, siendo — como somos — Padre de todos, aun de los más humildes, Pastor no tan sólo de las ovejas, sino también de los corderitos, ¿cómo tendríamos ánimo para renunciar al ejercicio sencillo y santo del ministerio de la palabra, a llevar directamente con Nuestra voz a Nuestros hijos las enseñanzas que Nos ha confiado Cristo Nuestro

Maestro? Y en el corazón de todo sacerdote, de todo Obispo, por la gracia misma de la ordenación sacerdotal y de la consagración episcopal, ¿acaso no ha puesto y encendido Dios una sed inextinguible de este sacro ministerio en medio del pueblo cristiano? Y ¿no es también todo ministro de Dios un maestro de las almas?

Por ello comprenderéis, dilectos hijos e hijas, la íntima alegría y el verdadero consuelo que penetra e inflama Nuestra alma cuando — en medio de las grandes solicitudes de la Iglesia universal — podemos venir aquí entre vosotros, con el sentimiento del Padre que se goza en conversar con sus hijos; del sacerdote que reparte el pan vivo y alimenticio de la palabra evangélica a los oyentes, que Dios le envía, cooperando directamente al trabajo de la gracia, para fortalecer, aumentar, consolidar en su espíritu la fe, la confianza y el amor a Dios, virtudes que santifican para el cielo la carrera, alegre o triste según el Señor lo disponga, de la vida en este mundo.

Ved, pues, abierto Nuestro corazón, por qué gustamos de hablaros; mas tampoco esta vez os dejaremos marchar sin añadir alguna enseñanza para vuestras almas. Y en verdad, estas mismas confidencias Nuestras, ¿no son ya en sí una enseñanza? ¿No os muestran el gran valor de la palabra de Dios? ¿No os manifiestan el gran aprecio que habéis de hacer de ella, cuando os es distribuída, aun en la forma más sencilla y desaliñada, en la más humilde de vuestras parroquias? El apóstol San Pablo daba gracias al Señor porque sus amados tesalonicenses «habían acogido la palabra de Dios, no cual palabra de hombres, sino (como es en verdad) cual palabra de Dios, que se muestra eficaz en quienes han creído en ella» (cf. *I Thes.* II, 13).

#### EL PAN ESPIRITUAL PARA LAS FAMILIAS

Si en estos tiempos tan difíciles uno de vuestros primeros pensamientos, al fundar un nuevo hogar, ha sido conocer y prever cómo podréis asegurar a vuestra familia su pan

cotidiano, no tengáis menor solicitud en procurar también a vuestras almas un seguro pan espiritual. La más grave de las penas con que Dios, por medio del profeta Amós, amenazaba al pueblo de Israel en castigo de sus iniquidades, era que mandaría sobre la tierra el hambre: «Hambre, no de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Dios... Se agitarán buscando la palabra de Dios, y no la encontrarán» (*Am.* VIII, 11-12). Temed, pues, dilectos nuevos esposos, por el hambre y la falta de la palabra de Dios, mucho más aún que por todas las dificultades y privaciones del aprovisionamiento material a que las actuales circunstancias puedan exponeros. Amad, buscad el pan para vuestras almas, la palabra de la fe, el conocimiento de la verdad, necesaria para la salvación humana, de suerte que vuestro entendimiento no sea oscurecido con diversos errores e ignorancias por los fabricantes de sofismas y de inmoralidad. Que vuestras almas, las almas de vuestros hijos y de vuestras hijas, no desfallezcan en el camino de la virtud, del deber y del bien, por no haberse saciado con la comida de la palabra de Dios, manjar sobresubstancial, que infunde fuerza y vigor para cumplir el camino de esta vida y llegar así a la ciudad bienaventurada donde los elegidos «no tendrán ya más hambre ni sed» (*Apoc.* VII, 16).

No seáis negligentes, ni tardos, ni sordos para la palabra de Dios. La hora dolorosa que vivimos es la hora en que Dios nos habla, más que en los piadosos regocijos de alegría, en los campos ensangrentados por un feroz conflicto y en la desolación de las ciudades. Dios es el señor de las nubes y de las tempestades, a las que manda con su palabra. Entre nubes, relámpagos y truenos habló un día desde el Sinaí para promulgar el decálogo de su ley, tan violada después por los hombres; hoy da la palabra a los vientos y a las tormentas, en medio del terror de los mortales, y parece callar, mientras se pasea sobre el movedizo elemento de los mares y de los océanos, en medio del bramar de las borrascas que sacuden las navecillas formadas por la mano de los hombres en sus fábricas y arsenales. Adoremus sus



## DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

pasos y su silencio. Esta hora tempestuosa es la hora de volver a Dios y la de pensar en Él (cf. *Ps. LXXVII*, 34-35); es la hora de la oración y de la invocación al Altísimo; es la hora de aquella verdad que declara que el Señor trastorna los planes de las naciones y vuelve vanos los designios de los pueblos (*Ps. XXXII*, 10). Él gobierna y rige los timones de toda nave humana para conducirla por entre las olas hacia el bien que Él ha propuesto y querido.

En estos momentos de pruebas tan grandes, la palabra de Dios, escuchada con humildad y meditada en ferviente oración, es la única voz que desciende hasta el corazón para tranquilizar sus temores y sus angustias, para animar su confianza y su resignación; es la única voz que se alza para iluminar la mente sobre los misterios de los inescrutables designios divinos; es la única voz que ha de confortar, sostener y caldear vuestras almas, oh dilectos nuevos esposos, y os ha de mantener y avivar la fe, la esperanza y el amor. Escuchadla, pues, y recogedla ávida y dócilmente de los labios de vuestros pastores. Que caiga en vosotros, en vuestros bien dispuestos corazones; y a fin de que en ellos produzca los frutos tan abundantes del treinta, del sesenta y del ciento por uno, de que Nuestro Señor habla en su parábola (*Matth. XIII*, 8-23), Nos suplicamos al divino Maestro que Él mismo fecunde la buena simiente con su copiosa gracia, de la que sea prenda la Bendición Apostólica, que os damos con todo corazón.

## XLII

17 DE FEBRERO DE 1942

### A LOS PÁRROCOS Y A LOS CUARESMEROS DE ROMA

#### LAS VERDADES DE LA SEGUNDA PARTE DEL SÍMBOLO APOSTÓLICO

*En la víspera del comienzo de la sagrada predicación cuaresmal, el Sumo Pontífice, que continuó tratando el tema iniciado en 1941, dió a los Párrocos y a los Cuaresmeros de Roma, reunidos en su augusta presencia con densas representaciones de alumnos de los Seminarios y Colegios, luminosas reglas para su ministerio en provecho de la mística grey de Cristo.*

**E**n medio de los pensamientos y de las preocupaciones de la hora presente, es gratísima a Nuestro corazón vuestra venida aquí en torno a Nos, oh amados hijos, a quienes se halla confiada la cura de almas en las parroquias cada día más numerosas de la Urbe, y vosotros también, sagrados oradores del tiempo cuaresmal, preparados y dispuestos para haceros con vuestra palabra maestros y ministros de reconciliación de los hombres con Dios. Vuestra presencia reanima en Nos el amor que, al ser y sentirnos por profundo designio divino Obispo de Roma, Nos une en forma tan especial al amado pueblo romano, parte selecta del rebaño de Cristo y centro de Nuestro inmenso deber de Pastor universal de la Iglesia. Vosotros apacentáis por Nos el gran pueblo de la Ciudad Eterna; por Nos le habláis vosotros; obedientes y fieles a Nuestro carísimo Cardenal Vicario, sois los padres y guías en el camino de la salud espiritual con aquella sabiduría cuyo sumo faro de fe es la doctrina apostólica. En el Símbolo de los Apóstoles resplandece la fulgidísima luz de la ciencia de la fe y del resurgimiento del espíritu; Símbolo cuya segunda parte, densa en las verdades que se refieren a los últimos y supremos destinos del hombre, vais a explicar desde la sagrada cátedra.

De tales destinos hablaréis al pueblo en la santa Cuaresma. No os sea molestia si también Nos discurremos sobre aquéllos ante vosotros. Quisiéramos, empero, que mejor que la Nuestra resonase en vuestros oídos la voz de San Agustín, quien, razonando sobre el método universal de libertar el

alma abierto por la divina misericordia a todas las gentes, proclama a Cristo camino, verdad y vida, profetizado y aparecido en carne mortal, y recuerda al mismo tiempo las cosas admirables en Él cumplidas o realizadas en su nombre, así como las anunciadas y prometidas, de las cuales, dice el Santo, las muchas que ya vemos realizadas nos hacen esperar recta y piadosamente que también habrán de cumplirse las que han de venir (*De Civ. Dei*, lib. X, c. 32).

Los grandes misterios contenidos en los seis primeros artículos del Símbolo apostólico, relativos a Dios, uno y trino, creador del Universo, y al Verbo de Dios encarnado, Maestro y Redentor, vencedor de la muerte con su resurrección y su ascensión al cielo, fueron ya predicados y explicados al pueblo en el año pasado; pero no menos grandes son los otros seis artículos que restan, capitales para la salvación del hombre.

«(CRISTO) HA DE VENIR DESDE ALLÍ A  
JUZGAR A LOS VIVOS Y A LOS MUERTOS»

Ved a Cristo sentado como Abogado nuestro (*I Io.* II, 1) a la diestra del Padre. En su forma visible ya no se halla entre nosotros; pero se digna estar con nosotros invisible bajo las especies de pan y vino en el sacramento de su amor hasta la consumación de los siglos. Es el gran misterio de un Dios presente y escondido, de aquel Dios que un día vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos: «*Inde venturus est iudicare vivos et mortuos*». Cuando nos concentramos en la meditación del inexorable correr del tiempo y contemplamos las ruinas de ciudades y de pueblos que sobre la faz de la tierra va acumulando el huracán de la guerra presente, y comparamos el vuelo del tiempo con la inflexible inmutabilidad de la palabra de Cristo que, aunque pasen el cielo y la tierra, no pasará (*Matth.* XXIV, 35); cuando en el centro de la plenitud del tiempo miramos a Cristo, que ante el tribunal de Caifás se afirma Hijo de Dios, que ha de venir un día sobre las nubes del cielo (*Matth.* XXVI, 64); nuestra fe, a la par que tiembla nuestro

corazón, sobrepasando los siglos, ve terminarse el incesante alternar de las guerras y de las paces en el mundo; ve cerrarse el gran volumen de la historia del género humano; ve pasar el cielo y la tierra, y aparecer entre las nubes rasgadas la señal del Hijo del Hombre (*Matth.* XXIV, 30), que de la diestra del Padre desciende al juicio universal de los elegidos y de los réprobos. Ahora es el tiempo aceptable de la gracia, y el tiempo del caminar con nuestra vida en este mundo, de nuestra fausta o infausta peregrinación hacia el tribunal del eterno Juez, en el que ante la presencia de todo el universo aparecerá nuestra gloria o nuestra infamia, nuestra alegría o nuestra desesperación eterna. ¡Tremendo día aquél: *dies irae, dies illa!*

Mas antes de aquel gran día, cada alma de los hijos y de las hijas de Adán habrá ya comparecido, siendo juzgada particularmente, ante el tribunal de Cristo en el momento del tránsito de esta fugaz vida a un mundo que sólo es de Dios y de su justicia, mundo eternamente inmutable como el juicio divino soberanamente infalible sobre las obras, las palabras y los pensamientos de los hombres. Pero ¿basta tal juicio particular o privado a la suma justicia de Cristo que, aun como hombre, ha sido constituido por el Padre como juez de toda la humanidad? ¿No es Él además el renovador de la familia y de la sociedad humana, de la sumisión de la carne al espíritu y del alma al plan divino en la distribución de los bienes y de los males entre los hombres de este mundo? Parte de la familia y de la sociedad es el hombre, que, al morir, con frecuencia deja sobrevivientes a sus hijos, sus discípulos, los imitadores de sus acciones buenas o malas, que en el correr del tiempo vienen a aumentar su premio o su castigo (cf. *S. Th.* III, q. 59, a. 5 in corp. et ad 1; *Catech. Conc. Trid.*, p. I, a. 7, n. 3-4). Tiene el hombre un cuerpo que fué compañero e instrumento del bien y del mal hecho a sí mismo y a los demás, y revestido del cual reaparecerá sólo en el juicio universal a la vista del cielo y de la tierra entre los demás hombres, para alegrarse o sonrojarse; para alegrarse o sonrojarse aun de aquella

fama que con frecuencia el juicio humano cambia y confunde entre los mortales, «pisoteando a los buenos y alzando a los malos» (1), infamando a los piadosos y glorificando a los impíos. Justo por lo tanto es que en el tribunal de Cristo, Rey de reyes y Señor de los que dominan (*Apoc.* XIX, 16), aparezcan al mismo tiempo y en el mismo lugar padres e hijos, maestros y discípulos, príncipes y súbditos, mártires y santos con sus cuerpos gloriosos, y los perseguidores con sus manos ensangrentadas; los lobos celebrados en otro tiempo como corderos y también los corderos calumniados en otro tiempo como lobos, para que definitivamente, ante los ojos de todos, triunfe el bien al ser premiado y quede humillado el mal al ser castigado.

Predicad, sagrados oradores, estas altísimas verdades. En nuestros días corre grave peligro de ofuscarse cada vez más el concepto cristiano de la muerte, de la que depende toda la eternidad. Reavivadlo en la conciencia de los fieles y explicadles cómo la seriedad de la muerte no tanto consiste en sus circunstancias exteriores cuanto más bien en la verdad de que todo hombre es el responsable de su eterno destino y de que éste queda fijado en el momento de su partida de este mundo. Defended la infinita sabiduría y justicia de Dios, que en los acontecimientos faustos o adversos del mundo a veces no distingue a los buenos de los malos, y que hace brillar su sol sobre los unos y sobre los otros (*Matth.* V, 45). Sus últimos juicios no son dados en esta vida, sino en el otro mundo. Dad, pues, alabanza a Él, que en su divino gobierno reserva no sólo premios a los buenos sino también suplicios a los malos, y haced que enmudezca aquel lamento que a veces surge de los labios aun de personas piadosas ante la visión de los malvados, potentes en riquezas, soberbios por honores, afortunados en sus éxitos. Por ello decía el Salmista: «Estaban ya deslizándose mis pies, y casi habían resbalado mis pasos, porque con envidia miré a los impíos, al ver prosperar a los malos... ¡Mirad a los

---

(1) *Inf.* XIX, 105.

impíos! Son los afortunados del mundo y amontonan las riquezas. Y dije entonces: Luego en vano habré mantenido puro mi corazón y conservado limpias e inocentes mis manos. Pues que he sido azotado todo el día y cada mañana comienza mi castigo» (*Ps. LXXII, 2-3 y 12-14*) (cf. *Catech. Conc. Trident.*, p. I, a. 7, n. 4). En ese lamento de los santos está el grito de la débil naturaleza humana, pero en modo alguno la voz de aquel espíritu con que estaban animados y adoraban el misterio del gobierno de Dios en los acontecimientos prósperos y contrarios del mundo. Lamento es que oye la Iglesia a muchos de sus hijos fieles, pero que ella, confiada en los designios de aquel providente «Imperator che lassù regna», deposita a los pies de su trono, para que las balanzas de la misericordia y de los consuelos venzan a las de la justicia y de los dolores. No dudéis: en aquel día las tinieblas serán disipadas por los resplandores de la Cruz, bandera de la Iglesia militante y triunfante, que iluminará las mentes y confortará los corazones de sus fieles hijos.

#### «CREO EN EL ESPÍRITU SANTO»

Toda la humanidad de los siglos pasados, del presente y de los venideros camina hacia aquel gran día de Dios; hacia aquel día se encamina la Iglesia, maestra de la fe y de la moral para todas las gentes, a las que bautiza en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; y nosotros, así como creemos en el Padre, creador del cielo y de la tierra, y en el Hijo, redentor de la humanidad, creemos también en el Espíritu Santo: *Credo in Spiritum Sanctum*. Él es el Espíritu que procede del Padre y del Hijo como su amor consubstancial, prometido y enviado (cf. *Io. XVI, 7*) por Cristo a los Apóstoles en el día de Pentecostés, como virtud de lo alto que los invistiese, como Paráclito y Consolador que con ellos se quedase para siempre, Espíritu de verdad, Espíritu invisible, desconocido al mundo, que les enseñase y recordase cuanto Jesús les había dicho (*Io. XIV, 16-17, 26*). Mostrad al pueblo cristiano el infinito y divino poder de este

Espíritu Creador, don de Dios altísimo, dador de todo carisma espiritual, benignísimo consolador, luz de los corazones, que en nuestras almas purifica lo que es sórdido, riega lo que es árido y sana lo que está herido. De Él, amor eterno, desciende el fuego de aquella caridad que Cristo quiso se encendiese en la tierra; caridad que hace una, santa y católica a la Iglesia; caridad que la anima, la sostiene y la hace invencible contra los asaltos de la sinagoga de Satanás; caridad que une en la comunión de los santos; caridad que renueva la amistad con Dios y perdona el pecado. ¿No son éstas acaso las grandes maravillas de la gracia del Espíritu Santo? ¿No es Él, con sus dones, el santificador de la Iglesia y de la unión del pueblo cristiano, el vivificador de los muertos a la gracia y el libertador de los esclavos de la culpa?

«...LA SANTA IGLESIA CATÓLICA,  
LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS»

¡Oh santa Iglesia católica! Por la gracia del Espíritu Santo creemos que tú eres, que tú vives, que tú «sufres, combates y ruegas, y que plantas tus tiendas de uno a otro mar»: *Credo sanctam Ecclesiam catholicam*. Como campo de los que creen, de los que esperan, de los que aman en lo íntimo de su espíritu, señalad, amados hijos, a esta Iglesia, Madre de las almas, visible sobre el monte (cf. *Matth.* V, 14), señal de los pueblos (cf. *Is.*, XI, 10); visible en su historia, en sus luchas y en sus triunfos, en su culto, en sus sacramentos, en sus ministros y en su Jerarquía; visible en esta Roma, donde el Vicario de Cristo es el centro de su unidad y la fuente de la autoridad, pues a él deben estar unidos todos los demás Pastores, que de él reciben inmediatamente su jurisdicción y su misión; a él corresponde confirmarlos en la fe, como Pastor primero y universal, y, como Pastor de los Pastores, prevenir y corregir los abusos, guardar inviolable el depósito de la doctrina de Cristo y de la santidad de la moral, condenar auténticamente el error. Sólo él, sucesor de Pedro, Piedra fundamental de la Iglesia, puede sur-



gir, como Pedro entre los Apóstoles en el primer Concilio de Jerusalén — Pedro, «cuius dignitas etiam in indigno herede non deficit» (S. Leonis M. *Sermo III in anniv. die assumpt. suae*, cap. 4: Migne *PL*, LIV, 147) — y, consciente de la dignidad recibida de Cristo, hablar y decir: «Sabéis cómo Dios desde los primeros días entre nosotros determinó que los gentiles oyese por mi boca la palabra del Evangelio y creyesen»: «Viri fratres, vos scitis quoniam ab antiquis diebus Deus in nobis elegit, per os meum audire gentes verbum evangelii, et credere» (*Act. XV*, 7).

No, la Iglesia, aunque está en este mundo y se halla compuesta de hombres, semejantes a los peces buenos y malos de la red (cf. *Matth. XIII*, 47-48), no es un reino de este mundo: su política no es ni puede ser otra que el trabajo incesante y el sacrificio fecundo en servicio de la verdad y del amor, de la justicia y de la paz entre los hombres, los pueblos y las naciones; y el nombre de católico no puede ser forzado, si no es torcidamente y con error, a significar y promover otros afectos y pensamientos entre hijos de una misma fe y de una misma Madre, la Iglesia, de cuyo carácter de católica, igualmente que del Evangelio, ningún cristiano debería sonrojarse, cual cumple a todo hijo bien nacido. Haced amar y venerar a Madre tan santa, que regenera a sus hijos con la gracia; que los fortalece en las luchas espirituales con el pan de los fuertes; que los acompaña con sus ministros en todos los pasos alegres y tristes de la vida; que los hace participar de todo su tesoro y favor en la comunión de los santos, con sus oraciones, con sus sacros misterios, con todos aquellos bienes que de la fuente de la caridad en el vínculo de la paz dimanar a guisa de un río para investir aun a los pecadores y exaltar la maternidad tan benigna como generosa de la Esposa de Cristo.

Despertad y reavivad en los fieles, especialmente en la juventud, aquella fuerza espiritual hoy tan necesaria, que con demasiada frecuencia les falta: sentir el honor católico. Es el orgullo y la admiración del hijo por la Madre. Es el *sentire cum Ecclesia*. Es la conciencia de que para los

fieles religión, Cristo e Iglesia son una misma cosa, Conciencia de que la Iglesia es una sociedad perfecta con derecho soberano a cuanto para el cumplimiento de su divina misión le sea necesario. Conciencia de que la Iglesia es Cristo mismo que continúa viviendo en la tierra y de que el amor de Cristo equivale al amor de la Iglesia, y viceversa.

*Credo Sanctorum communionem.* Pertenecer a la Iglesia de Cristo, una, santa y católica, en la que todos los fieles tienen el mismo derecho de ciudadanía; única fe, que hace a todos ser una misma cosa en el sentido más alto y elevado; única mesa sagrada, que a través de montes y mares une a todos en Cristo; único Espíritu Santo, del cual todos son templo en virtud de la gracia santificante; única cabeza visible de la Iglesia católica, que abraza a todos en el mismo amor; todo esto, por su naturaleza y por la experiencia de los siglos, constituye el medio más poderoso para sanar las heridas de las guerras, para reconciliar y volver a pacificar los pueblos.

Que vuestra exhortadora palabra, oh sagrados pastores y oradores, sea invitación y estímulo para que la comunión de los Santos se sublime en el banquete pascual y divino del Cuerpo de Cristo, memoria de su pasión, riqueza de gracias, prenda de la vida eterna. Allí es donde deberán aparecer juntos el joven y la doncella, y toda la familia cristiana; porque allí se les da el pan vivo bajado del cielo que, al alimentar las almas, fortifica a las débiles, sostiene a las vacilantes, guía a las indecisas, conforta y consuela a las agobiadas por sufrimientos y luchas, y las hace superiores a sí mismas y al mundo mismo que las acecha y las combate. ¡Cuánto se complace Cristo y cuánto confía la Iglesia en un mayor progreso espiritual del pueblo cristiano, al ver como las muchedumbres de sus fieles de toda edad y condición se reúnen con piedad e inflamada devoción en torno al banquete eucarístico! ¡Cuánto se alegran por ello los sagrados templos y cómo gozan los ángeles, que con santa

veneración custodian el divino tabernáculo! La experiencia enseña que hoy, en la difícil lucha entre el bien y el mal, entre Dios y Satanás, no se puede contar demasiado con quienes tan sólo una vez al año se acercan a la Sagrada Comunión. Necesitamos fuertes y cerradas falanges de hombres y de jóvenes que, manteniéndose estrechamente unidos a Cristo, reciban el pan de vida al menos todos los meses y animen a los demás a seguir su ejemplo. Y creemos que éste es uno de los más urgentes e importantes deberes del ministerio parroquial.

«... LA REMISIÓN DE LOS PECADOS»

Mas como sin la caridad, difundida en nuestro corazón por el Espíritu Santo, no se participa plenamente en la Comunión de los Santos, tampoco sin la pureza de conciencia se acerca ninguno dignamente a la mesa celestial del Cuerpo de Cristo, ante la cual el hombre ha de probarse a sí mismo. Es el gran misterio del perdón de los pecados: *Credo remissionem peccatorum*. Es el misterio de la justicia y del amor de Dios, de un Dios hecho hombre que, al morir crucificado en el Gólgota por la salvación del mundo, ofrece al divino Padre con su propia sangre el precio del perdón de las culpas humanas; y, después de resucitar, antes de su ascensión, entrega a la Iglesia las llaves del cielo para perdonar o retener los pecados (S. Th. III, Suppl., q. 17 ss.). A quien os escuche señalad en ese misterio la infinita bondad de Dios que, en el secreto coloquio del sacerdote y del penitente, se digna alzar el inviolable tribunal de su reconciliación con el hombre y de su perdón, sea cualquiera la culpa que grave una conciencia arrepentida. Altísima y veneranda como ninguna otra es la potestad concedida al sacerdote, como instrumento y ministro de Dios, de transformar los pecadores en justos y de abrirles las puertas del cielo; y una vez más, la santa Iglesia, al conducir de nuevo hacia el bien a las almas descarriadas y al volverlas herederas de una vida feliz y digna de la visión divina, se hace y se manifiesta

Madre de los Santos, cuando enseña que la esencia de la salvación consiste en la reconciliación con Dios y en la amistad con Él.

Y vosotros, custodios, padres y médicos de las almas, elegidos y puestos por Cristo «ad dandam scientiam salutis plebi eius in remissionem peccatorum eorum» (*Luc. I, 77*), sed para el pueblo cristiano maestros de esta ciencia de la salvación. Que se estudien norabuena todas las ciencias y disciplinas, todas las artes y oficios; escudríñense los cielos, los mares, la tierra y los abismos de la naturaleza y de sus reinos; pero que el hombre, dotado de un espíritu inmortal, aprenda a examinar seriamente la profundidad de su corazón, a sentir el primer ímpetu que le arrastra hacia Dios, a distinguir los bienes eternos de los temporales y fugaces, la virtud del vicio, los méritos de los deméritos ante el tribunal de Dios, a meditar la ofensa así como el remordimiento y el dolor que la borra. Los fieles anhelan buenos confesores, de doctrina sólida y madura, que con claridad les indiquen los límites de lo lícito y de lo ilícito y, sin imponer pesos no necesarios, les auxilien cuando la justicia lo requiere y la caridad lo aconseja; confesores delicados y prudentes, a quienes sus penitentes puedan confiarlo todo sin peligro de heridas espirituales; confesores llenos del espíritu de Dios, que sepan conducirlos a la perfección que a su estado corresponde. Amados hijos, ¡mostraos dignos de tan alto ministerio!

#### «... LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE»

Y ¿qué es la ciencia de la salvación sino el conocimiento de sí mismo, del fin supremo de esta vida, del resurgir de la muerte del pecado a la vida de la gracia y del bien obrar, de suerte que, como nos exhorta el apóstol San Pablo, «quomodo Christus surrexit a mortuis per gloriam Patris, ita et nos in novitate vitae ambulemus»? (*Rom. VI, 4*). Y ¿qué otra cosa sino esto es la intención y la meta de vuestra predicación cuaresmal, del preparar al pueblo cristiano para los gozos de la resurrección de Cristo? Ved la resurrección espiritual de las

almas figurada en la resurrección corporal del Redentor, crucificado para la remisión de los pecados, y resucitado cual primogénito de los muertos (*Apoc.* I, 5) y primicia de los que duermen (*I Cor.* XV, 20). Por Él creemos también en la resurrección de la carne: *Credo carnis resurrectionem*. Vencedor de la muerte causada por el primer Adán a todos sus hijos, que por generación descienden de él, Cristo, el nuevo Adán, más poderoso que el primero, restituirá en el último día la vida a todo el género humano. Todos, sí, todos resucitarán, electos y réprobos. De las cavernas de la tierra, de los abismos de los mares y de los océanos, de las innumerables tumbas de los cementerios y de los campos de batalla, de millones y millones de rincones, levantará su cabeza la muerte, que, estupefacta tanto como la naturaleza, exclamará: ¿Dónde está mi victoria? ¿Dónde está el poder de mi brazo? (cf. *I Cor.* XV, 55). Pero desde entonces quedará eternamente vencida por la resurrección.

Los modernos pensadores sienten cierta predilección por tornarse al cristianismo primitivo. Pues tal vez no haya ninguna idea tan dominante en las mentes de los primitivos cristianos como la ἀνάστασις, la resurrección. Importa, pues, que imprimáis profundamente esta seguridad en la conciencia de vuestros oyentes, seguridad que confiere una fuerza sobrehumana cuando se trata de permanecer fieles, aun con grandes sacrificios, a Cristo y a su Iglesia.

Dios, que, como creó el alma del primer hombre y la vistió con un cuerpo de barro, viene plasmando, en el correr de los tiempos y en el volar de los siglos, en el seno de la mujer los miembros de cada hijo y de cada hija de Adán, sabrá plasmarlos de nuevo y volver a presentar a cada uno en su propia persona ante el tribunal de su divino Hijo, que a todos juzgará según sus obras: «Et procedent qui bona fecerunt in resurrectionem vitae; qui vero mala egerunt in resurrectionem iudicii» (*Io.* V, 29). Cada uno volverá a tomar su cuerpo y con sus propios ojos contemplará a Cristo. Justo es que el cuerpo, compañero en el bien y en el mal durante la vida transitoria de este mundo, sea también

compañero del alma en la vida feliz o infeliz de la eternidad. ¿Por qué ser castigada sólo el alma? ¿Acaso no fué la carne, no solamente la cómplice en el mal, sino la consejera, la instigadora, la excitadora con los halagos, con las promesas traidoras, con las violentas sugerencias? Y en el bien, ¿no les fueron comunes, al alma y a la carne, las fatigas y los méritos, el obrar y el sufrir? De la carne eran el hambre y el frío, los sudores y el cansancio, los azotes y las disciplinas, los ayunos y las vigiliass, el postrarse en la oración y los cantos nocturnos, las cadenas y los martirios, la soledad y los duros tratos. ¿Acaso el alma del justo no se hace gloriosa con las penas del cuerpo, feliz con sus sufrimientos y con sus lágrimas, y no conquista el cielo con los sudores de la carne? Sea, pues, el cuerpo compañero de la felicidad del alma, sea impasible, sea fúlgido, sea ágil, y, por la sumisión al alma bienaventurada, participe de la virtud del espíritu.

Vivimos una época de «cultura física», y se acusa a la Iglesia de darle poca importancia. ¡Afirmación infundada! Jamás la Iglesia ha condenado los ejercicios físicos en lo que tienen de natural, de sano y de útil; más, ella misma se sirve de ellos (donde no se lo impiden) con el mejor éxito en la educación y en las organizaciones de la juventud; y si afirma y practica el principio de que las cosas del cuerpo han de estar subordinadas a las del espíritu, no hace sino poner un dique a las ondas depravadoras de un culto de la carne paganizado, sin alma y sin conciencia. Pero precisamente de tal concepción se sigue que, allí donde para los demás termina el cuidado del cuerpo, es donde por el contrario comienza, en el verdadero sentido de la palabra, para el cristiano. Sabe éste que el cuerpo del que vive en estado de gracia es templo del Espíritu Santo (*I Cor. VI, 19*), que está destinado a la resurrección, a una vida eterna y gloriosa. Éste es el más noble honor, la más alta estima del cuerpo, infinitamente más rica y elevada que todas las formas derivadas de una visión puramente terrena y materialista del cuerpo mismo.

## «... LA VIDA ETERNA. AMÉN»

Inclinemos, pues, la frente, amados hijos, ante la fe; dígase cada uno de nosotros a sí mismo: *Credo vitam aeternam*; creo en aquella vida feliz que ya no tiene fin. Por ahora todavía no está desierta e inhabitada esta «aiula che ci fa tanto feroci». Hoy aun se halla el hombre camino de la eternidad; hoy es tiempo aceptable y de misericordia, de gracia y de remisión de los pecados, de esperanza y de salud. Aun somos peregrinos hacia la patria del Cielo, hacia la vida eterna que el Símbolo nos muestra como término de nuestro viaje por la vida mortal, meta en la que siempre hemos de tener fija la mirada, dirigiendo así hacia ella todos nuestros pasos y nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor. Eterna será también aquella vida inmortal, que es la segunda muerte de los impíos; miseria, pena y tormentos sin fin. La vida eterna, para la cual fuimos creados y elevados por la divina benignidad, es gozo sempiterno, felicidad perpetua, convite inefable con los ángeles y con los santos en la clara visión de Dios uno y trino. Ésta es la vida eterna que por su propia vida, muerte y resurrección, da el Verbo encarnado a quien cree en Él: «Haec est autem vita aeterna: ut cognoscant — dijo Él en su oración a su divino Padre — te, solum Deum verum, et quem misisti Iesum Christum» (Io. XVII, 3). Predicad esta vida eterna, esta felicidad interminable; ensalzá su grandeza y sus maravillas; excitad su profundo deseo en los corazones de los hombres, porque en el fondo de todo corazón Dios ha puesto un ímpetu irrefrenable hacia la felicidad, ímpetu que los filósofos y los sabios del mundo sintieron e investigaron insaciado en los bienes terrenales, pero cuya meta y saciedad sólo señaló la fe, mientras el Símbolo apostólico, compendio de la fe, signó y selló su nombre. En la vida eterna, en aquella santa ciudad de Dios, Dios será nuestro Dios, y nosotros seremos su pueblo (cf. *Levit.* XXVI, 12). Él será en quien nos saciaremos; Él será todas las cosas honestamente deseadas por los hom-

bres, vida y salud, comida y riqueza, gloria y honor, paz y todo bien. Él será el fin de nuestros deseos, fin que sin fin será visto, sin fastidio será amado, sin cansancio será alabado. «Hoc munus, hic affectus, hic actus profecto erit omnibus, sicut ipsa vita aeterna, communis» (S. August., *De Civ. Dei*, lib. XXII, c. 30, n. 1: Migne *PL*, XLI, 801-802).

Estas profundas verdades de la fe apostólica, que nos enseñan sobre el destino de nuestra vida mortal hacia una vida mejor, y que vosotros, amados párrocos y sacros oradores, explicaréis más en particular al pueblo cristiano preparándole para la renovación del espíritu y el gozo pascual, meditémoslas también nosotros; a fin de que el fuego que Cristo vino a traer a la tierra y que no quiere sino verlo encendido, el fuego del celo apostólico y pastoral, brote de la abundancia del corazón, reinflamado en la meditación. Vosotros predicaréis en Roma, Nuestra diócesis particular, en estas basílicas, iglesias y templos desde cuyos altares y desde cuyas paredes servirán de mudo testigo a vuestra palabra las pinturas, las imágenes y las santas escenas que un arte sublime vivificó con piedad y devoción. Dad sólido alimento a las almas, hambrientas de alimento espiritual, sedientas del agua que salta a la vida eterna, agua que no se logra en las fuentes de la ciencia y sabiduría profana, por alta y desmesurada que sea; almas que van a vosotros desde las cátedras, desde las Universidades, desde las aulas de la investigación de la naturaleza y del pensamiento, desde los laboratorios, desde las escuelas, desde las oficinas, desde las fábricas, desde las casas y desde los comercios, para elevarse a las regiones de la fe, para aquietar aquel impulso del ánimo, que de nuevo las llama a los rudimentos religiosos y cristianos de la adolescencia y de la juventud, jamás borrados por las luchas y vicisitudes del espíritu y que reaparecen siempre en las horas del silencio de las pasiones o del grito de la conciencia del bien y del mal. Iluminadlas, confortadlas. Mostradles la ciencia de la salvación y el camino que conduce al perdón y al beso de Cristo, al banquete de la amistad divina y del



## A LOS PÁRROCOS Y A LOS CUARESMEROS DE ROMA

resucitar en el gozo de un Dios resucitado. Sed padres, maestros y médicos tan sabios como ardientes que sólo a Dios tengan en el corazón y el corazón en Dios sólo; y Dios dará a vuestra palabra, anunciadora de la verdad bajada del cielo para alzarnos allá arriba, la eficacia penetrante y convincente que sólo es honra y gloria de la fe en Cristo, el cual ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos y a dar, a quien le sirve y le ama, la vida eterna.

## XLIII

25 DE FEBRERO DE 1942

# LA MUJER EN LA FAMILIA

## I

### RESPONSABILIDAD DE LA MUJER EN LA VIDA CONYUGAL

*Este tema, de tan alto interés y rico en oportunísimas consideraciones y aplicaciones, fué tratado con singular bondad por el Padre Santo en la Audiencia general, en la que se hallaban muchísimos recién casados.*

**S**i la vida del hombre es, dilectos nuevos esposos, como tantas veces habéis oído decir, una milicia sobre la tierra, también la vida de dos esposos cristianos es una milicia de dos almas, acordes en prepararse de buen grado para sufrir los peligros y las luchas a que está expuesto a veces el campo cerrado de la familia, en donde, según las palabras del apóstol Pablo, no están ausentes las aflicciones y las angustias: «Tribulationem tamen carnis habebunt huiusmodi» (*I Cor.* VII, 28). Entráis con alegría en el sendero de la vida conyugal; el sacerdote ha bendecido la unión de vuestros corazones; también Nos os bendecimos con aquel deseo de gracias y de consuelos que la oración de la Iglesia ha invocado sobre vosotros para alegría de vuestro hogar. Mas desde el umbral de vuestra casa dirigid una mirada en torno a vosotros, hacia las muchas familias que veis, que conocéis, que habéis conocido o de las que habéis oído hablar y narrar su historia, familias vecinas o lejanas, humildes o grandes. ¿Fueron y son felices todos los matrimonios que las fundaron?, ¿alegres todos en la paz y tranquilidad?, ¿saciados todos en sus deseos y en sus rosadas ansias de felicidad? Vanidad sería esperarlos así. Las molestias, aunque no se busquen, aunque no se les dé ocasión o motivo, de por sí vienen con frecuencia a buscar las paredes domésticas. «Los males, diremos con el gran novelista cristiano, vienen con harta frecuencia porque se les ha dado ocasión; pero la conducta más cauta y la más inocente no basta para tenerlos a buen recaudo; y cuando vienen, con culpa o sin ella, la confianza en

Dios los endulza y aun los hace útiles para una vida mejor» (1).

Vuestros matrimonios, dilectos hijos e hijas — bien queremos Nos creerlo así —, son todos matrimonios felices, pues les sonríe en el Señor una recíproca confianza, un mutuo amor, una voluntad y un entusiasmo concordes frente al porvenir que el cielo os prepara. Estáis en la aurora de una nueva vida común: el hermoso amanecer inicia también un bello día, y todos os desean que el mediodía de una larga jornada de vuestra vida resplandezca siempre fúlgido y tranquilo, sin que jamás lo enturbien las nieblas, los vientos, las nubes ni las tormentas. Mas, para bien asegurar el curso firme y duradero de vuestra presente felicidad, ¿no es acaso oportuno el investigar cómo podría ésta verse disminuída y oscurecida, y qué causas la podrían poner en peligro, más o menos próximo, de perderse totalmente?

Las vidas conyugales más infelices son aquellas en que la ley de Dios es violada gravemente por una de las dos partes o quizá por las dos. Aunque tales culpas son la fuente más funesta de las desventuras familiares, no queremos hoy ocuparnos de ellas. Pensamos ahora más bien en los esposos que, aun siendo ordenados en su conducta y fieles a los deberes esenciales de su estado, por otra parte no son felices en su matrimonio, resintiéndose de enñados, malestar, alejamiento, frialdad y choques. ¿A quién atribuir la responsabilidad y la culpa de semejante turbación y desconsuelo en la vida común?

#### LA FELICIDAD DEL HOGAR ESTÁ MÁS EN LA MUJER

Es cierto e indudable que en la felicidad de un hogar doméstico puede mucho más la mujer que el hombre. Al marido corresponde la parte principal en asegurar la subsistencia y el porvenir de las personas y de la casa, en las decisiones que comprometan a él y a sus hijos para lo futuro; a la

---

(1) Manzoni, *I Promessi Sposi*, al final.

mujer, aquellos mil detalles tan singulares como dignos de atención, aquellas intrascendentes atenciones y cuidados cotidianos, que son los elementos de la atmósfera interior de una familia y que, según que se realicen rectamente, o por lo contrario se alteren o falten, la hacen, ora sana, alegre y consoladora, ora pesada, viciada e irrespirable. Dentro del hogar doméstico, el trabajo de la esposa debe ser siempre la obra de la mujer fuerte, tan ensalzada por la Sagrada Escritura; de la mujer a quien se confía el corazón de su esposo, y que le devolverá bien y nunca mal en todos los días de su vida (*Prov. XXXI, 11-12*).

¿No es acaso una verdad antigua y siempre nueva — verdad fundada hasta en las mismas condiciones físicas de la vida de la mujer, verdad inexorablemente proclamada, no sólo por las experiencias de los siglos remotos, sino también por las más recientes de nuestra época de industrias devoradoras, de reivindicaciones de igualdad, de concursos deportivos — que la mujer es la que hace el hogar y tiene su cuidado, y que el hombre jamás podrá suplirla en ello? Es la misión que la naturaleza y la unión con el hombre le han impuesto en bien de la misma sociedad. Arrastradla, llevadla fuera y lejos de su familia, con el atractivo de una de las muchas causas que rivalizan por vencerla y atarla; veréis cómo la mujer descuida su hogar; sin este fuego, se enfriará el aire de la casa; el hogar dejará de existir prácticamente, muy pronto se cambiará en precario refugio de algunas horas; el centro de la vida diaria se desplazará a otra parte para el marido, para ella misma y para los hijos.

Ahora bien, se quiera o no se quiera, para todo el que, hombre o mujer, está casado y al mismo tiempo resuelto a permanecer fiel a los deberes de su estado, el hermoso edificio de la felicidad no puede alzarse sino sobre el estable fundamento de la vida de familia. Mas ¿dónde encontráis la verdadera vida de familia sin un hogar, sin un centro visible, real, de reunión, que concentre, arraigue, mantenga, profundice, desarrolle y haga florecer esta vida? No digáis que materialmente existe el hogar desde el día en que dos manos se

han unido y cambiado sus anillos, y los dos nuevos esposos tienen ya común morada bajo un mismo techo, en su casa, en su habitación, amplia o reducida, rica o pobre. No, no basta el hogar material para el edificio espiritual de la felicidad. Precisa elevar la materia a una atmósfera más respirable, y hacer surgir del fuego terrestre la llama viva y vivificante de la nueva familia. No será obra de un día, especialmente si se vive, no en un hogar preparado ya por las precedentes generaciones, sino — como es hoy lo más frecuente, al menos en las ciudades — en un domicilio pasajero, simplemente alquilado. ¿Quién creará entonces, poco a poco, día tras día, el verdadero hogar espiritual, sino el trabajo por excelencia de la que ha llegado a ser una señora de casa, de aquella a quien se confía el corazón de su esposo? Sea el marido obrero, agricultor, oficinista, hombre de letras o de ciencias, artista, empleado o funcionario, es inevitable que su trabajo se ejerza la mayor parte del tiempo fuera de casa, o que en casa se retire durante largo tiempo al silencio de su estudio, que escapa a la vida de familia. El hogar doméstico será para él un lugar donde, al terminar el trabajo cotidiano, restaurará sus fuerzas físicas y morales en el descanso, en la calma y en la alegría íntima. Para la mujer, en cambio, ordinariamente este hogar será el refugio y el nido de su labor principal, de aquella su labor con que, poco a poco, hará de aquel retiro, por muy pobre que sea, una *casa* de alegre y tranquila convivencia, que se embellecerá, no con muebles y objetos propios de hotel, sin estilo ni sello personal, sin expresión propia, sino más bien con los recuerdos, que dejan en los muebles o muestran en las paredes los acontecimientos de la vida juntamente vivida, los gustos, los pensamientos, las alegrías y las penas comunes, huellas y signos a veces visibles, otras veces casi imperceptibles, gracias a los cuales con el correr del tiempo también el hogar material tendrá su alma. Pero el alma de todo será la mano y el arte femenino con que la esposa hará atrayente cada rincón de la casa, siquiera sea tan sólo con la vigilancia, con el orden, con la pulcritud, teniendo pronta y dis-

puesta cada cosa para cada necesidad y para el momento oportuno: manjares para reponerse de las fatigas, lecho para el descanso. Dios ha concedido más a la mujer que al hombre, junto con el sentido de la gracia y del agrado, el don de hacer delicadas y agradables aun las cosas más sencillas, precisamente porque ella, formada semejante al hombre como ayuda para con él constituir la familia, ha nacido hecha para difundir la gracia y la dulzura en torno al hogar de su marido, y así hacer que la vida de los dos se armonice, se afirme fecunda y florezca en su real desarrollo.

#### LA MUJER, ESPOSA Y MADRE

Y cuando el Señor en su bondad haya concedido a la esposa la dignidad de madre junto a una cuna, el sollozo del recién nacido no disminuirá ni destruirá la felicidad del hogar; antes bien la acrecentará y la realzará con aquella aureola divina en la que resplandecen los ángeles celestiales y de donde descende un rayo de vida que vence a la naturaleza y que a los hijos de los hombres los regenera como hijos de Dios. ¡Ésa es la santidad del tálamo nupcial! ¡Ésa la majestad de la maternidad cristiana! ¡Ésa la salvación de la mujer casada! Pues la mujer, proclama el gran apóstol Pablo, se salvará por su misión de madre, con tal que permanezca en la fe, en la caridad y en la santidad con modestia (cf. *I Tim.* II, 15). Ahora comprenderéis cómo la «piedad es útil para todo, pues tiene promesas de vida, de la presente y de la futura» (*I Tim.* IV, 8), y es, como explica San Ambrosio, el fundamento de todas las virtudes (*Exposit. in Psalm. CXVIII*, Serm. 18, n. 44: Migne *PL*, XV, 1544). Una cuna consagra a una madre de familia; varias cunas la santifican y la glorifican ante el marido y los hijos, ante la Iglesia y la Patria. ¡Necias, ignorantes de sí mismas y desgraciadas, aquellas madres que se quejan cuando un nuevo niño se estrecha contra su pecho y les pide alimento a la fuente de su seno! Enemigo de la felicidad del hogar doméstico es lamentarse de la bendición divina cuando lo en-

## DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

vuelve y lo aumenta. El heroísmo de la maternidad es orgullo y gloria de la esposa cristiana; en la desolación de su casa, si está sin la alegría de un angelito, su soledad se convierte en oración e invocación al cielo; sus lágrimas se juntan con el llanto de Ana, cuando en la puerta del templo suplicaba al Señor el don de su Samuel (*I Reg. I, 7*).

Alzad, pues, dilectos nuevos esposos, constantemente vuestro pensamiento a la consideración de vuestra responsabilidad en la serena alegría de la vida conyugal, cuyos deberes arduos y graves no os son desconocidos. Hoy Nos contentamos confortándoos, invocando del Señor los más exquisitos favores de su gracia contra toda turbación de vuestra alegría, mientras con paternal afecto os damos Nuestra Bendición Apostólica.



## XLIV

11 DE MARZO DE 1942

# LA MUJER EN LA FAMILIA

## II

### LA ESPOSA Y LA MADRE, SOL Y ALEGRÍA DEL HOGAR DOMÉSTICO

*A continuación del precedente Discurso del 25 de febrero sobre el tema general «La mujer en la familia», en el cual Su Santidad había tratado sobre la «Responsabilidad de la mujer en la vida conyugal», el Padre Santo explicó magistralmente, en la Audiencia del miércoles 11 de marzo — vigilia del fausto aniversario de su Coronación —, cómo la mujer y la madre debe ser «sol y alegría del hogar doméstico». Los dos Discursos coronan así, felizmente, toda la vital enseñanza dada a los esposos en el tercer año de Pontificado.*

**E**N el decurso de vuestra vida, dilectos nuevos esposos, el recuerdo, que conservaréis, de la casa del Padre común y de su Bendición Apostólica os acompañará cual dulce consuelo y auspicio en el camino iniciado con mil alegres esperanzas, bajo la protección divina, en un tiempo tan turbulento como el presente, hacia una meta que apenas podéis vislumbrar por la oscuridad de lo futuro. Pero ante oscuridad tal no teme vuestro corazón; os asisten el ardor y el valor de vuestra juventud; la unión de las almas y de los deseos, de las acciones y de la vida, el mismo sendero que pisáis, no os turban la tranquilidad del espíritu, sino que os la renuevan y ensanchan. Sois felices dentro del hogar doméstico; no veis oscuridad; vuestra familia tiene un sol propio: la esposa.

#### CANTO A LA ESPOSA, SOL DE LA FAMILIA

Escuchad cómo habla y discurre la Sagrada Escritura sobre ella: «La gracia de la mujer diligente es el gozo de su marido; su saber lo torna activo y risueño. Don de Dios es la mujer callada, y no tiene precio la discreta. Gracia sobre gracia es una mujer santa y honesta, y no tiene precio la mujer casta. Como el sol resplandece sobre el mundo, en lo más alto de los cielos, así la belleza de una mujer virtuosa es el ornamento de su casa» (*Eccli.* XXVI, 16-21).

Sí, la esposa y la madre es el sol de la familia. Es el sol con su generosidad y abnegación, con su constante prontitud, con su delicadeza vigilante y previsor en todo cuanto pueda alegrar la vida a su marido y a sus hijos. Ella difunde

en torno a sí luz y calor; y, si suele decirse de un matrimonio que es feliz cuando cada uno de los cónyuges, al contraerlo, se consagra a hacer feliz, no a sí mismo, sino al otro, este noble sentimiento e intención, aunque les obligue a ambos, es sin embargo virtud principal de la mujer, que le nace con las palpitaciones de madre y con la madurez del corazón; madurez que, si recibe amarguras, no quiere dar sino alegrías; si recibe humillaciones, no quiere devolver sino dignidad y respeto, semejante al sol que con sus albores alegra la nebulosa mañana y dora las nubes con los rayos de su ocaso.

La esposa es el sol de la familia con la claridad de su mirada y con el fuego de su palabra; mirada y palabra que penetran dulcemente en el alma, la vencen y enternecen y la alzan fuera del tumulto de las pasiones, arrastrando al hombre a la alegría del bien y de la convivencia familiar, después de una larga jornada de continuado y muchas veces fatigoso trabajo en la oficina o en el campo, o en las exigentes actividades del comercio o de la industria. Sus ojos y sus labios derraman una luz y un acento que tienen mil brillos en un rayo y mil afectos en un sonido. Rayos y sonidos que saltan del corazón de madre, crean y vivifican el paraíso de la infancia e irradian siempre bondad y dulzura, hasta cuando avisan o reprenden, porque las almas juveniles, cuanto más fuertemente sienten, más íntima y profundamente acogen las sugerencias del amor.

La esposa es el sol de la familia con su ingenua naturaleza, con su digna sencillez y con su majestad cristiana y honesta, así en el recogimiento y en la rectitud del espíritu como en la sutil armonía de su porte y de su vestir, de su adorno y de su continente, reservado a la par que afectuoso. Sentimientos delicados, graciosos gestos de la cara, ingenuos silencios y sonrisas, una condescendiente señal de cabeza, le dan la gracia de una flor selecta y sin embargo sencilla que abre su corola para recibir y reflejar los colores del sol. ¡Oh, si supieseis cuán profundos sentimientos de amor y de gratitud suscita e imprime en el corazón del padre de familia

y de los hijos semejante imagen de esposa y de madre! ¡Oh ángeles que custodiáis su casa y escucháis su oración, saturad con aromas celestiales aquel hogar de cristiana felicidad!

#### RESPONSABILIDAD DE LA ESPOSA

Mas ¿qué sucede cuando la familia queda privada de este sol; si la esposa continuamente y a cada momento, aun en las relaciones más íntimas, no duda en dar a entender cuántos sacrificios le cuesta la vida conyugal? ¿Dónde está su amorosa dulzura cuando una excesiva dureza en la educación, una excitabilidad jamás dominada y una irritada frialdad en la mirada y en las palabras sofocan en los hijos el sentimiento de encontrar alegría y feliz consuelo junto a la madre; cuando ella no hace otra cosa que perturbar y amargar tristemente, con áspera voz, con lamentos y reprensiones, la fiel convivencia en el seno de la familia? ¿Dónde está su generosa delicadeza y su tierno amor cuando ella, en vez de crear con sencillez natural y discreta una atmósfera de apacible tranquilidad en la morada doméstica, toma una actitud de intranquila, nerviosa y exigente señora según la moda? ¿Es acaso esto difundir rayos solares bienhechores y vivificantes, o no es más bien helar el jardín de la familia con el glacial viento del norte? ¿Quién se maravillará entonces de que el hombre, al no encontrar en su hogar lo que le atraiga, le retenga y le consuele, se aleje de él cuanto le sea posible, provocando a su vez la ausencia de la mujer, de la madre, si no es que no ha sido ésta la primera que con su propio alejamiento haya preparado la del marido, dirigiéndose de esta suerte el uno y la otra a buscar fuera — con grave peligro espiritual y con daño para la unión familiar — el descanso, el reposo y el placer que no les concede la propia casa? En tal estado de cosas, los más desventurados en sufrirlas son, sin duda alguna, los hijos.

Ved, oh esposas, hasta dónde puede llegar vuestra peculiar responsabilidad en la concordia de la felicidad doméstica. Si pertenece a vuestro marido y a su trabajo cuidar

y hacer estable la vida del hogar, a vosotras y a vuestra discreción pertenece hacer desear su conveniente bienestar y asegurar la pacífica serenidad común de vuestras dos vidas. Esto es para vosotras no sólo una obligación natural, sino también un deber religioso y una obligación de virtud cristiana, gracias a cuyos actos y méritos crecéis vosotras en el amor y en la gracia de Dios.

#### VIDA DE SACRIFICIO Y DE AMOR

«Pero — dirá tal vez alguna de vosotras — ¡de suerte que se me pide una vida de sacrificio!» Sí, vuestra vida es vida de sacrificio, pero no sólo de sacrificio. ¿Creéis, acaso, vosotras, que en la tierra se puede gozar una verdadera y sólida felicidad sin conquistarla con alguna privación o renuncia; que haya algún rincón en este mundo donde se encuentre la plena y perfecta felicidad del paraíso terrenal? ¿Pensáis tal vez que vuestro marido no tiene que hacer sacrificios, a veces muchos y muy graves, por lograr un pan honrado y seguro para la familia? Precisamente estos mutuos sacrificios, soportados juntos y con beneficio común, dan al amor conyugal y a la felicidad de la familia su cordialidad y estabilidad, su santa profundidad y aquella exquisita nobleza que se imprime en el mutuo respeto de los cónyuges y que los exalta en el amor y en la gratitud de sus hijos. Si el sacrificio materno es el más agudo y doloroso, lo temple la virtud de lo alto. Con su sacrificio la mujer aprende la compasión por los dolores de los demás. El amor a la felicidad de su casa no la encierra en sí misma; el amor de Dios, que sobre sí misma la eleva por su sacrificio, le abre el corazón a toda piedad y la santifica.

«Pero — se dirá tal vez aún — la moderna organización social, obrera, industrial y profesional empuja a un gran número de mujeres, hasta casadas, a salir de la familia y a penetrar en el campo del trabajo y de la vida pública.» Nos no lo ignoramos, dilectas hijas. Pero es muy dudoso que tal estado de cosas, para la mujer casada, sea precisamente un

ideal social. Es cierto que no se puede prescindir de la realidad. La Providencia, sin embargo, siempre vigilante en el gobierno de la humanidad, ha inyectado en el espíritu de la familia cristiana fuerzas superiores capaces de mitigar y de vencer la dureza de semejante estado social y de hacer frente a los peligros que indudablemente encierra en sí. ¿Acaso no habéis observado vosotras cómo el sacrificio de una madre que, por especiales circunstancias, se ve obligada, además de cumplir sus deberes domésticos, a ingeniar para proveer con su duro trabajo cotidiano al alimento para la familia, no sólo conserva sino que vivifica y aumenta en los hijos su amor y veneración hacia ella, y logra de ellos una mayor gratitud por sus angustias y por sus sufrimientos, siempre que el sentimiento religioso y la confianza en Dios constituyan el fundamento de la vida familiar? Si tal es el caso de vuestro matrimonio, a la plena confianza en Dios, que siempre ayuda a quien le teme y le sirve, añadid, en las horas y en los días que podáis consagrar íntegramente a vuestros seres queridos, con redoblado amor el cuidado diligente no sólo de asegurar el *mínimum* indispensable a la verdadera vida de familia, sino de hacer también que de vosotras lleguen al corazón del marido y de los hijos tantos rayos luminosos de sol que consuelen, fomenten y fecunden la espiritual unión del hogar, aun durante las horas de la separación exterior.

#### COLABORACIÓN DE LOS ESPOSOS

Y vosotros, oh esposos, puestos por Dios como cabeza de vuestras esposas y de vuestras familias, mientras contribuís con vuestro trabajo a su sustento, deberéis ayudar también a la obra de vuestras mujeres en el cumplimiento de su misión tan santa y tan alta, pero no pocas veces muy fatigosa; colaborar con ellas, con aquella solicitud y con aquel amor que de vuestros dos corazones hace un solo corazón, una misma fuerza y un mismo amor. Pero sobre esta colaboración, sobre los deberes y la responsabilidad que de ella resultan para el

## DISCURSOS DE SU SANTIDAD PÍO XII

marido, habría mucho que decir, por lo cual Nos reservamos el hablar de todo ello en otras audiencias.

Ante vosotros, nuevos esposos, que sucedéis a otros grupos semejantes que os precedieron ante Nos y fueron bendecidos por Nos, Nuestro pensamiento trae a la mente la gran sentencia del Eclesiastés: «Una generación pasa, y otra le sucede; pero la tierra permanece siempre» (*Eccl.* I, 4). Corren nuevos siglos, pero Dios no cambia; ni cambia el Evangelio, ni el destino del hombre a la eternidad. No cambia la ley de la familia; no cambia el inefable ejemplo de la familia de Nazaret, gran sol de tres soles, el uno más divinamente luminoso y ardiente que los otros dos que le rodean. Mirad a aquella morada modesta y humilde, oh padres y madres; contemplad al que, tenido como «Hijo del carpintero» (*Matth.* XIII, 55), nació del Espíritu Santo y de la Virgen, esclava del Señor; y confortaos en los sacrificios y en las penas de la vida. Arrodillaos ante ellos, como niños; invocadlos, suplicadles; y aprended de ellos cómo las contrariedades de la vida familiar no humillan, sino que exaltan; cómo no hacen al hombre y a la mujer menos grandes y queridos para el cielo, sino que les valen por una felicidad que en vano se busca entre las comodidades del mundo, donde todo es efímero y fugaz.

Nos queremos terminar Nuestras palabras elevando a la Santa Familia de Nazaret una ardiente oración por todos y cada uno de vuestros hogares a fin de que, dilectos hijos e hijas, cumpláis vuestro propio oficio a imitación de María y de José, y que de esta suerte podáis en ellos educar y hacer crecer aquellos niños cristianos, miembros vivos de Cristo (*I Cor.* VI, 15), que están destinados a gozar con vosotros un día la eterna felicidad del cielo. Eso es lo que pedimos al divino Maestro, mientras de todo corazón os damos Nuestra paternal Bendición Apostólica.

# I

## LA PRIMERA CARTA ENCÍCLICA DE SU SANTIDAD EL PAPA PÍO XII «*SUMMI PONTIFICATUS*»

*El día 20 de octubre de 1939 Su Santidad el Papa dirigía a los Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y demás Ordinarios en paz y en comunión con la Sede Apostólica su primera Carta Encíclica que, por la sabia profundidad de doctrina, la abundante riqueza de enseñanzas y la inefable firmeza de normas, logró doquier general consentimiento y admiración. Documento tan venerado fué difundido por todo el mundo mediante múltiples ediciones en todos los idiomas, y mereció ser comentado como un verdadero código fundamental de restauración cristiana de la sociedad.*



## PIUS PP. XII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

**S**UMMI PONTIFICATUS dignitatem gravissimasque curas, nullis Nostris meritis, arcano consilio suo Deus Nobis concedidit quadragesimo vertente anno, ex quo Decessor Noster immortalis memoriae Leo XIII, superiore iam iam labente saeculo, proximeque adventante Anno Sacro, humani generis consecrationem divinissimo Cordi Iesu ubique terrarum agendam indixit.

Intima consensione oblectationeque maxima tum veluti supernum nuntium Encyclicas eas excepimus Litteras *Annum Sacrum* (*Acta Leonis*, vol. XIX, p. 71), cum, Nobis sacerdotale munus auspiciantibus, ad aram operaturis, «Introibo ad altare Dei» (*Ps.* XLII, 4) recitare licuit. Et quo ardenti studio cogitationibus consiliisque animum adiecimus Nostrum, quibus mandatum illud conformabatur, non sine providentis Dei instinctu a Pontifice susceptum, qui manifesta et occulta aetatis suae vulnera necessitatesque tam acri ingenii sui acie inspexerat. Quamobrem gratam non profiteri voluntatem Nostram caelesti Numini non possumus, quod Pontificatus Nostri initium in hunc iussit incidere annum, quo eventus ille memoratu dignus recolitur, qui primum sacerdotii Nostri annum suavissime affecit; ac libentissime hanc opportunitatem nacti, sanctissimisque eiusdem Decessoris Nostri consiliis obsecuti, cultum «Regi regum et Domino dominantium»

(cf. *I Tim.* VI, 15; *Apoc.* XIX, 16) debitum, quasi auspica-  
lem precem esse volumus pontificalis muneris Nostri. Estoque  
idem cultus et principium, quo nituntur, et propositum, quo  
intendunt cum voluntas ac spes Nostra, tum doctrina ac pasto-  
ralis navitas, tum denique laborum aerumnarumque toleran-  
tia, quam quidem ad Iesu Christi regnum propagandum  
unice devovemus.

Si externarum rerum casus interioraque animorum incre-  
menta per quadraginta hos annos habita sub luce aeternitatis  
meditamur, atque hinc ortas amplitudines, illinc vero defe-  
ctiones metimur, illa profecto humani generis Iesu Christo Regi  
dedicatio luculentius usque Nobis praebet quantum sacrae  
significationis habeat, quid, quasi indito signo, hortetur omnes,  
ac quantopere eos purificet, relevet, sancteque corroborando  
tueatur; itemque non minus luculenter oculis observatur  
Nostris quam sapientissime eadem enitatur universam homi-  
num communitatem persanare eiusque vere nominis prosperi-  
tatem provehere. Atque haec eadem dedicatio videtur Nobis  
quasi hortationis divinaeque gratiae nuntius non modo Eccle-  
siae, sed cuncto etiam humano generi datus, quod, incitamen-  
tis ac regimine indigens, e via abstraheretur recta, atque in  
terrenas res se ingurgitans, easque solummodo affectans, mi-  
serrime conficiebatur; nuntius hominibus omnibus, qui nu-  
mero increbrescentes cotidie magis a Iesu Christi fide, immo  
etiam ab agnoscenda observandaque eius lege abducebantur;  
nuntius denique qui illam vitae rationem aversabatur, passim  
iam invectam, qua caritatis praecepta seseque ac sua abne-  
gandi doctrina, per evangelicum in monte habitum sermonem  
promulgata, itemque divina amoris actio in Cruce patrata  
offensio atque stultitia videbantur. Quemadmodum olim Red-  
emptoris Praecursor iis, qui studiose sciscitabantur, idcirco  
proclamabat: «Ecce Agnus Dei» (*Io.* I, 29), ut eos admone-  
ret Exspectatum gentium (cf. *Agg.* II, 8), etsi ignotum, inter  
eos commorari, ita Iesu Christi Vicarius iis omnibus, qui  
— infitiores, nutantes, ancipites — vel gloriosum sequi  
Redemptorem renuebant, nullo non tempore in Ecclesia sua  
viventem operantemque, vel eum segniter neglegenterque se-

quebantur, obsecrando obtestandoque acclamabat: «Ecce Rex vester» (*Io. XIX, 14*).

Iamvero ex propagato auctoque in animis cotidie magis cultu Sacratissimi Cordis Iesu — quod quidem non modo ex humani generis consecratione, vergente ad exitum superiore saeculo, eidem facta, sed ex instituto etiam a proximo p. r. Decessore Nostro Iesu Christi Regis festo evenit (cf. Litt. Enc. *Quas primas*, A. A. S., 1925) — innumerabilia prorsus christifidelibus orta sunt bona, quasi «fluminis impetus» qui «laetificat civitatem Dei» (cf. *Ps. XLV, 5*). Ac quaenam, magis quam nostra aetas, hisce bonis indiguit? Quaenam, magis quam nostra, quamvis machinamentorum omne genus exter narumque rerum progressionem protulerit, animi ieiunitate intimaque egestate spiritus laboravit? Quadrat utique in eam perspicuum illud Apocalypsis: «Dicis: dives sum, et locupletatus, et nullius egeo; et nescis, quia tu es miser et miserabilis, et pauper, et caecus, et nudus?» (*Apoc. III, 17*).

Nihil profecto magis urget, Venerabiles Fratres, quam nostrorum temporum hominibus «evangelizare investigabiles divitias Christi» (*Eph. III, 8*). Nihil sane nobilius, quam divini Regis vexilla pandere ac sublime coram eis ventilare, qui fallacia signa subsecuti sint, atque ad victricem Crucem eos feliciter reducere, qui ab ea misere discesserint. Quis igitur, cum tam magnam fratrum sororumque multitudinem cernat, qui erroribus obcaccati, cupiditatibus deleniti, ac praeiudicatis opinionibus devii, a germana Dei fide aberraverint et a salutare Iesu Christi evangelio, quisnam, dicimus, caritate non ferveat atque iisdem ultro libenterque suppetias non veniat? Quicumque enim sive ex sacerdotali, sive ex laicorum ordine, *Christi militiam* participat, cur ad vigilandum magis ad tuendamque acrius rem nostram se excitatum non sentiat, cum Christi inimicorum turbas formidolosius usque increscentes videat, atque mendacis huiuscemodi doctrinae praecones aspiciat, qui, ut salutiferam christianae fidei veritatem virtutemque renuunt, vel ab actione vitae prohibent, ita videntur impietate summa Dei praeceptorum tabulas infringere, ut in earum locum alias normas sufficiant, in quibus et moralis

disciplinae principia per Sinaiticam revelationem proposita et divinus ille afflatus, qui ex Cruce Christi ex eiusque sermone in monte habito profluit, omnino respuuntur? Omnes procul dubio exploratum habent, non sine animi aegritudine, horum errorum germina mortiferam sane segetem in eis edere, qui, etsi cum quietis securisque fruebantur rebus, Christi sectatores se profitebantur, cum tamen indurata vi insistere, contendere, perpeti, et occultas apertasve insectationes tolerare oporteat, christianos nomine tenus, dubios, ignavos imbecillosque se gerunt, et a iacturis abhorrentes, quas religionis professio iubeat, cruenta divini Redemptoris vestigia persequi non valent.

Afferat igitur omnibus, Venerabiles Fratres, in his rerum temporumque condicionibus, Iesu Christi Regis festum, quod iam appetit, et quo Encyclicas primum a Nobis datas Litteras accipietis, divinae gratiae munera, quibus quidem mortalium animi evangelica virtute redintegrentur, et Christi Regnum usque quaque producat ac virescat. Dedicatio humani generis Sacratissimo Iesu Christi Cordi, quae eo die sollemni ritu peculiarique pietate agetur, populorum ac nationum omnium fideles ad Aeterni Regis aram congreget, ut eum iidem adorent, sua ceterorumque piacula expient, atque eidem sanctissimaeque veritatis amorisque legi suae fidem per omne aevum religiose iurent. Tum supernam hauriant gratiam christiani omnes, in quibus caelestis ignis, quem Christus Dominus nobis attulit, flammescat ac fulgeat. Gratiam itidem hauriant qui languescunt animo, qui fatigati, qui pertaesi iacent; atque adeo spiritus integritatem virtutemque renovent. Gratiam denique ii etiam sumant, qui divinum Redemptorem vel ignorant, vel miserrime deseruere; ac christifidelium multitudines, ad decies centena milia bene multa, ita sollemni eo die Deum comprecantur: «Lux vera quae illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum» (cf. *Io.* I, 9) salutis iter collustrando indicet, ac superna gratia in inquietis aberrantium animis illud incensum aeternorum bonorum desiderium excitet, quod omnes ad eum ipsum compellat, qui ex cruento

Crucis throno eos studiosissime advocat, eorumque etiam fieri percipit «via, et veritas et vita» (cf. *Io.* XIV, 6).

Dum Encyclicas has Litteras, quas primas post initum Pontificatum edimus, sub Iesu Christi Regis signo atque auspicio fidentes sperantesque ponimus, pro certo habemus universum Dominicum gregem unanima impensissimaque consensione hoc esse prosecuturum. Quae aetate hac nostra experti sumus rerum discrimina anxitudinesque catholicorum hominum animos ad mutuam necessitudinem excitant, eiusdemque fraternae necessitudinis sensum purificant magisque exacuunt, quam fortasse numquam alias; atque in iis omnibus, qui Deum esse credunt ac Iesum Christum sequuntur ducem ac magistrum, conscientiam reviviscere iubent commune periculum in universos una simul impendere minaciter.

Mutuae huius catholicorum necessitudinis sensus, quem, ut diximus, periclitatae res tantopere auxere, quique mentes recolligendo confirmat futuraeque victoriae voluntatem alit, suavissima Nos delectatione summoque solacio iis diebus affecit, cum trepido gressu, at Deo fidentes ad eam rite obtinendam Cathedram processimus, quam magnus Decessor Noster vacantem reliquerat.

In praesens vero, dum vivida subit animum recordatio illius observantiae significationum, quae — ut arctissimam cum Ecclesia et cum Iesu Christi Vicario filiorum coniunctionem testarentur — tum ad Nos ultro libenterque pervenerunt cum Summi Pontificatus apicem attigimus, eiusque insigne sollemni ritu accepimus, contineri non possumus quin vobis, Venerabiles Fratres, iisque omnibus, quotquot catholicam familiam participant, impensas persolvamus grates ob amoris, venerationis inconcussaeque fidelitatis testimonia undique Romano Pontifici attributa, in quo quidem Summi Sacerdotis Supremique Pastoris munus, Dei numine constitutum, agnoscebatur. Haec siquidem testimonia non humili personae Nostrae, sed nobilissimo gravissimoque officio unice deferebantur, ad cuius Nos onus subeundum Christus Dominus vocabat. Quod si iam tum magnam accepti ponderis gravitatem experiebamur, quam summa potestas Nobis imposuerat providentissimi Dei

nutu data, at maximo afficiebamur solacio, dum luculentissime testatam individuum cernebamus unitatem Catholicae Ecclesiae, quae, quasi in vallum ac propugnaculum conformata, tum invictae Beati Petri arci firmitus arctiusque coniungitur, cum acrior increscit inimicorum Christi iactantia.

Universa haec catholicae unitatis ac fraternae divinitusque inditae populorum necessitudinis testificatio erga communem omnium Patrem, eo Nobis uberiolem videbatur feliciorisque spem afferre, quo formidolosiora in res in animosque impendebant tempora. Ac iucunda eiusmodi recordatio per primos Pontificatus Nostri menses suavissime Nos affecit, dum labores sollicitudinesque perpeti ac discrimina superare necesse fuit, quibus mysticae Iesu Christi Sponsae iter contextitur.

Ac praeterire silentio nolumus quam accepta Nobis fuerint eorum quoque omina ac vota, qui, etsi ad aspectabilem non pertinent Catholicae Ecclesiae compagem, pro sua tamen ipsorum ingenua nobilitate sinceritateque animi, id omne oblivione obrui noluere, quo vel ob amorem erga Christi personam, vel ob Dei fidem Nobiscum copulantur. Hi igitur omnes pergratae habeant voluntatis Nostrae significationem. Eos Nos singulos universos divinae committimus tutelae divinoque regimini; dum sollempniter asseveramus hoc uno Nos consilio moveri ac dirigere, Boni scilicet Pastoris exempla sedulo imitandi, ut omnes ad veri nominis felicitatem adducamus, utque omnes «vitam habeant et abundantius habeant» (cf. *Io. X*, 10).

Ac singulari modo grati animi Nostri sensa heic profiteri cupimus Imperatoribus Regibusque augustis, summis civitatum moderatoribus publicisque magistratibus, qui, earum nationum nomine, quibus cum Apostolica Sede amicitiae vincula intercedunt, humanissimis observantiae officiis ea faustitate Nos prosequi voluere. Quarum in numerum, in primis hisce Encyclicis Litteris ad universos datis terrarum orbis populos, peculiari laetitia Italiam adscribere licet; Italiam dicimus, quae, quasi frugiferum catholicae fidei viridarium ab Apostolorum Principe invectae, post initum non sine providentis Dei consilio Lateranense conventum, honoris locum

in iis civitatibus occupat, quae legitimis necessitudinum rationibus cum Romano Pontifice continentur. Ex pactionibus hisce «pax Christi Italiae reddita» veluti aurora feliciter effulsit, tranquillam fraternamque animorum coniunctionem praenuntians in sacris religionis rebus in civilique consortione; quae quidem pax, serenos semper referens dies, ut enixe Deum rogamus, Italorum gentis animos, qui tam prope Nobis adsunt, quique eodem ac Nos fruuntur vitae halitu, pervadat, recreet, augeat, intimaque indita vi corroboret. Supplici nempe adhibita prece, id ex animo ominamur, ut populus hic, Decessoribus Nostris Nobisque sane carissimus, praeclara avitae religionis facinora fidelitate summa repetens, ac divino praesidio tutus, magis in dies magisque veritatem experiatur a sacro Psalte hisce verbis declaratam: «Beatus populus, cuius Dominus Deus eius» (*Ps. CXLIII, 15*).

Novus hic auspicatissimus rerum ordo, in iuridicali ac spiritali causa statutus, quem eventus ille, indelebili per omne aevum memoria dignus, Italiae cunctaeque catholicorum consortioni impertiit ac sollemniter sanxit, numquam visus est Nobis tam magnam affere animorum consensionem, quam cum primum ex externo elatoque Vaticanae Basilicae podio paternas Nostras pendentes atque extollentes manus, tum Romae, Summi Pontificatus sedi, dilectissimaeque urbi unde ortum duximus, tum Italiae icto foedere Catholicae Ecclesiae coniunctae, tum denique universis terrarum orbis populis effusa voluntate benediximus.

\* \* \*

Utpote eius Vicarius, qui, gravissimo horae momento coram eo, qui maximae illius temporis auctoritatis partes gerebat, grande illud protulit effatum: «Ego in hoc natus sum, et ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati; omnis qui est ex veritate, audit vocem meam» (*Io. XVIII, 37*), nihil Nos muneri Nostro Nostraeque aetati magis debere profiteamur, quam «testimonium perhibere veritati». Hoc officium, cui satis Nos apostolica firmitudine fa-

cere opus est, id necessario postulat ut errores hominumque culpas ita exponamus ac refutemus, ut iisdem perspectis ac cognitis fas sit medicinam curationemque praebere: «cognoscetis veritatem, et veritas liberabit vos» (*Io. VIII, 32*). Hoc autem in obeundo munere, non humanis Nos terrenisque opinionationibus movebimur; itemque a suscepto proposito non diffidentiae, non discrepantiae, non denique repulsae causa abstinebimus; neque Nos idcirco ab eiusmodi consiliis timor abstrahet, quod aut actio Nostra aliorum cogitatione non percipiatur, aut falso dignoscatur. Verumtamen, hoc sollerter diligenterque persequentes, paterna ea caritate compellemur, quae dum Nos iubet ob filiorum mala ac damna summa maestitia laborare, iubet itidem ut iisdem opportuna remedia praebeamus, divinum illud Pastorum exemplar Christum Dominum imitati, qui lucem pariterque amorem pandit: «veritatem facientes in caritate» (*Eph. IV, 15*).

Iamvero, nefastum illud facinus, quo Christum Dominum non pauci e suo Regno depellere annituntur, veritatisque legem ab eo datae renuunt, ac praecepta illius caritatis respuunt, quae imperium eius quasi almo divinoque afflatu refovet atque corroborat, initium malorum est, quibus per primum ac praeceptum iter ad spiritualem animorum indigentiam virtutisque inopiam nostra haec aetas collabitur. Quamobrem Christum in regali suo solio revereri, eidem regiae potestatis iura agnoscere, idque efficere ut singuli universaque societas ad christianae veritatis caritatisque legem redeant, haec omnia solummodo possunt homines ad salutis viam revocare.

Dum, Venerabiles Fratres, has lineas exaramus, terrificus affertur Nobis nuntius nefandum iam belli incendium, quod enixe deprecari conati sumus, miserrime conflatum esse. Scriptorius calamus paene consistit, quandoquidem innumeras recogitamus eorum calamitates, qui usque adhuc in domestico suo ipsorum convictu quadam, etsi tenui ac modica, prosperitate laetabantur. Summa aegritudine paternus oppletur animus, dum ea omnia mente prospicimus, quae ex tenebricoso violentiae simultatisque semine oritura sunt, cui iam gladius cruentos facit sulcos. Attamen, cum ingruentes tot malorum



acerbitates consideramus, ac vel maiores reformidamus in posterum, officii Nostri ducimus oculos animosque eorum, quibus proba adhuc inest voluntas, ad eum etiam atque etiam dirigere, a quo uno salus humano generi datur; ad eum, inquimus, unum, cuius misericors ac praepotens manus tempestati huic finem imponere potest; ad eum denique unum, cuius veritas cuiusque amor intellegentias collustrare ac proposita incendere tot hominum possunt, qui errorum fluctibus suique ipsorum immoderati amoris aestu iactati ac discrepantiae luctationisque undis paene submersi, ad sanctissimum Iesu Christi regimen ad eiusque spiritum reducendi ac reformandi sunt.

At forsitan sperare licet — quod quidem ut Deus optimus ad rem adducat precamur — fore ut miserrima haec tempora nostra cogitationes ac consilia multorum in melius commutari iubeant, qui fallacibus opinionibus tam late hodie diffusis caeca mente fidentes, inconsulte imprudenterque per iter incedebant dubium insidiarumque plenum. Ac multi, qui minime perpendebant quam valeret ac valeat pastorale Ecclesiae munus ad rite sancteque educandos animos, nunc forsitan eiusdem Ecclesiae monita, quae faciliore tutioreque tempore posthabuerant, magis intellegunt magisque aestimant. Praesentes igitur angustiae afflictissimaeque res christianae doctrinae praecepta ita collaudant, ut id magis animos ad veritatem commovere possit, quam quod maxime. Siquidem ex ingenti istiusmodi errorum cumulo placitorumque colluvie, christianum nomen aversantium, tam venenosi maturuere fructus, ut opinionum earumdem reprobationem indicent damnationemque constituent, cuius probativa vis quamlibet, ratione habitam, refutationem exsuperet.

Interdum enim, cum spes deluditur ac fallitur, divina gratia trepidis animis arridet: «transitus Domini» (cf. *Ex.* XII, 11) percipitur; ac Redemptori ita alloquenti: «Ecce sto ad ostium et pulso» (*Apoc.* III, 20), saepenumero ianuae reserantur, secus numquam aperiendae. Testis est Deus qua vehementi miseratione, quo sanctissimo gaudio ad eos animum convertamus Nostrum, qui, acerbos hos experientes

## A P É N D I C E

luctus, salutare atque impellens ex praecordiis oriri sentiunt veritatis, iustitiae christianaeque pacis desiderium. Verumtamen erga eos etiam, quibus superna nondum affulsere lumina, nihil aliud nisi amorem spirat animus Noster; ac labia Nostra supplices preces ad Deum admovent, ut eorum mentibus, quae Christum neglegunt vel contemnunt, aliquantulum illius lucis splendescere iubeat, quae olim Saulum in Paulum convertit, quaeque difficilioribus ipsis Ecclesiae temporibus arcanam vim suam exseruit.

In praesens vero, cum perturbati eventus calamitatesque occupent omnes, non plenam heic, edisserendo, proponere mens est errorum aetatis huius nostrae refutationem, quod quidem, si opportunitas obvenerit, facturi erimus; sed praecipuas solummodo hac super re animadversiones scribendo persequi.

Homines hodie, Venerabiles Fratres, superiorum temporum fallacias novis commentis falsisque opinationibus coagmentantes, haec omnia ita transversum ad extrema usque adegerunt, ut nihil aliud nisi conturbatio ac ruina consequi posset. Ac principio, compertum omnino est primum altioremque malorum fontem, quibus hodierna afflictaur civitas, ex eo scatere, quod universalis de morum probitate pernegetur ac reiiciatur norma, cum in privata singulorum vita, tum in ipsa re publica atque in mutuis necessitudinum rationibus, quae inter gentes nationesque intercedunt; ipsa videlicet naturalis lex detrectatione oblivioneque obruitur.

Haec naturalis lex veluti fundamento innititur Deo, omnipotenti omnium creatore ac patre, eodemque et supremo perfectissimoque legum latore et sapientissimo iustissimoque humanarum actionum vindice. Cum temere aeternum renuitur Numen, iam cuiuslibet honestatis principium labat nutans, iamque naturae vox silet vel pedetemptim debilitatur, quae indoctos etiam ac vel eos edocet, qui nondum ad civilis cultus usum pervenerunt, quid fas sit, quid nefas, quid liceat quidque non liceat; eosque admonet se aliquando coram Supremo Iudice de bene maleque factis suis rationem esse reddituros.

Ut profecto nostis, Venerabiles Fratres, ea de causa omnis in ordine morum probitatis fundamentum in Europa olim reici coeptum est, quod homines non pauci a Iesu Christi doctrina abducti sunt, cuius Beati Petri cathedra custos est atque magistra. Qua quidem doctrina ita per revoluta saecula Europae populi coaluere christianoque spiritu conformati sunt, ut Cruce nobilitati, et humaniores cultioresque effecti, ad tam propectam publicae civilisque rei progressionem pervenirent, ut ceteras quoque gentes ac terras omne genus disciplinis excolerent. At cum ab inerranti Ecclesiae magisterio se vindicavissent plures a Nobis seiuncti fratres eo, proh dolor, processerunt, ut ipsam Servatoris nostri divinitatem, quod christianae doctrinae caput est ac veluti centrum, respuendo subverterent, religionis conversionem dissolutionemque maturantes.

Cum Christus Dominus, quemadmodum Evangelii narrat historia, cruci affixus est, «tenebrae factae sunt super universam terram» (*Matth.* XXVII, 45); quod ea luctuose significare videtur, quae acciderunt continenterque accidunt, cum qui de religionis rebus increduli sunt homines, caligine obcaecati sibi que nimium fidentes, divinum Redemptorem ex hodiernae vitae actione ac praesertim ex publica re quasi extorrem exigunt, atque, una cum Christi fide, Dei etiam fidem debilitant. Id siquidem consequitur. ut omnia de conformandis moribus principia ac normae, quibus superiore tempore rationes privatim publiceque vivendi diiudicabantur, quasi obsoleta facta sint; utque, ubi civilis societas omnino ad laicismi, quem vocant, effata ac placita redacta fuerit — quod quidem citatiore cotidie gradu evenit, summisque laudibus extollitur — atque ubi eo usque incesserit, ut singulos cives, domesticum convictum universamque civitatem ab almo ac benefico Dei Ecclesiaeque afflatu subtraxerit, luculentiora cotidie ac miseriora manifestentur signa ac vestigia corruptricis ethnicorum veterum falsitatis. Quod quidem in iis etiam regionibus contingit, in quibus per tot saeculorum decursum christianae urbanitatis iubar refulsit: «Tenebrae factae sunt dum crucifixissent Iesum» (*Brev. Rom.*, Parasc., respons. 4).

At multi forsitan, dum a Iesu Christi praeceptis abstraherentur, non omnino animadvertabant se mira quadam falli veri specie splendentibus verborum luminibus fucata, quibus haec evangelicae doctrinae repulsa quasi impositae servitutis liberatio praedicabatur; neque prospiciebant quid inde consecuturum esset, cum veritas, quae liberat, in errorem fuisset, qui servos facit, commutata; neque denique perpendebant arbitrio sese esse dedituros fluxae ac miserae hominum sagacitatis, cum paternam infiniteque sapientem Dei legem ac Iesu Christi mandata respuissent, quae caritatem redolent, homines inter se coniungunt eosque ad excelsa erigunt. Rerum omnium progressionem iactabant, dum contra ad deteriora regrediebantur; ad nobilissima quaeque se provehi reputabant, dum e suae infelicitate removebantur dignitatis gradu; ac saeculum hoc nostrum maturitatem perfectionemque afferre asseverabant, cum in servitutem veterem miserrime redigerentur. Non perspiciebant enim quemlibet hominum nisum, qui eo contenderet ut quiddam simile in christianae legis locum sufficeret, fallacem omnino vanumque esse; «evanuerunt» scilicet «in cogitationibus suis» (*Rom. I, 21*).

Siquidem remissa ac debilitata Dei divinique Redemptoris fide, ac luce obumbrata in animis, quae ex universalibus probitatis honestatisque normis oritur, iam unum illud atque unicum labefactatur stabilitatis tranquillitatisque fundamentum, quo privatus ac publicus animorum rerumque ordo innititur, qui quidem solummodo potest civitatum prosperitatem gignere ac sartam tectamque servare.

Tum etiam pro certo, cum Europae gentes fraterno illo continebantur foedere, quod eadem alebant christiana instituta ac praecepta, non dissidia, non rerum conversiones, non populantia bella deerant; sed numquam alias forsitan, ut in praesens, tam fracto homines afflictoque fuere animo, quandoquidem acri trepidatione cernunt quam difficile sit suis mederi malis. Dum contra superiore aetate praesens mentibus animisque erat quid fas, quid nefas esset, quid liceret, quid denique illicitum esset: quod quidem et consensiones faciliores reddit, et concitatas cupidines coercet et ad honestam re-

rum compositionem viam pandit ac munit. Hisce tamen diebus non ex vehementi tantummodo intemperantis animi impetu oriuntur dissidia, sed ex intimae potius conscientiae perturbatione defectioneque, ex qua privatae ac publicae probitatis honestatisque normae temere subvertuntur.

\* \* \*

In multiplicibus variisque erroribus, qui ex neglectis detrectatisque religionis praeceptis morumque probitatis normis, quasi e venenoso fonte scatent, duo capita peculiari modo, Venerabiles Fratres, considerationi diligentiaeque vestrae proponimus, quippe quae impossibile paene, vel precarium incertumque reddant populos inter se pacifice tranquilleque vivere.

Quorum primum, tam late in praesens pernicioseque vulgatum, oblivione continetur mutuae illius hominum necessitudinis caritatisque, quam quidem cum communis origo postulat, ac rationabilis omnium hominum naturae aequalitas, ad quaslibet iidem gentes pertineant, tum Redemptionis sacrificium praecipit, quod Christus Dominus expiandis animis Aeterno Patri in ara crucis obtulit.

Narrat enim prima Sacrarum Litterarum pagina, ingenua illa sua verborum granditate, creatorem Deum, ut inceptum opus consummaret, fecisse «hominem ad imaginem suam» (cf. *Gen.* I, 26-27); itemque Biblia edocent eum, supernis donis dotibusque ditatum, arcanae fuisse sempiternaeque destinatum beatitati. Ac praeterea narrant ex primo hominis feminaeque coniugio duxisse originem ceteros omnes; quos referunt — rem verbis vivide significanterque effigendo — variis tribus fuisse gentibusque distinctos, per variasque terrarum orbis partes disseminatos. Et cum etiam misere a suo ipsorum aberrarent Creatore, paternum animum in eos Deum gerere non praetermisisse, quos ex divinae misericordiae suae consilio iterum aliquando secum una amicitiae foedere coniuncturus esset (cf. *Gen.* XII, 3).

Atque Apostolus gentium, utpote huius praeco veritatis, qua homines in magnam familiam fraterne coalescunt, haec nuntiat Graecorum genti: «Fecit... (Deus) ex uno omne genus hominum inhabitare super universam faciem terrae, definiens statuta tempora, et terminos habitationis eorum, quaerere Deum...» (*Act. XVII*, 26-27). Quapropter miro quodam mentis obtutu humanum genus, ob communem a Creatore originem unum, intueri ac contemplari possumus secundum illud: «Unus Deus et Pater omnium, qui est super omnes et per omnia et in omnibus nobis» (*Eph. IV*, 6); itemque natura unum, quae ex corporis concrezione et ex immortalis spirituale animo constat; unum ob proxime omnibus assequendum finem, obque commune per praesentis huius vitae decursum fungendum munus; unum ob eandem habitationem, terrarum nempe orbem, cuius opibus naturali iure omnes frui possunt, ut sese alere queant seseque ad auctiora incrementa provehere; unum denique ob supernum finem, Deum ipsum, quo contendant omnes oportet, et ob res atque adiumenta, quibus eundem finem tandem aliquando contingere valeant.

Atque idem gentium Apostolus humanae familiae unitatem ex rationum vinculis demonstrat, quibus cum aeterna haud adspectabilis Numinis imagine, Dei Filio, coniungimur, in quo «condita sunt universa» (*Col. I*, 16); itemque ex una eademque Redemptione, quam Christus per acerbissimos cruciatus omnibus dilargitus est, cum abruptam Dei amicitiam, iam ab origine inditam, redintegravit ac caelestis Patris hominumque conciliator exstitit: «unus enim Deus, unus et mediator Dei et hominum homo Christus Iesus» (*I Tim. II*, 5).

Ut vero eiusmodi Dei humanaeque gentis amicitiam coniunctiorem firmioremque redderet, universalis ille salutis pacisque sequester, in Caenaculi silentio supremum sui ipsius sacrificium obiturus, haec e sanctissimis labiis edidit verba, quae altissima per saeculorum spatia resonant, animisque amore vacuis simultateque laceratis praeclare excitata caritatis facinora ostendunt: «Hoc est praeceptum meum ut diligatis invicem, sicut dilexi vos» (*Io. XV*, 12).

Haec supernae veritatis capita ima constituunt fundamenta arctissimaque communis omnium unitatis vincula, Dei divinique Redemptoris amore solidata, ex quo singuli universi salutem accipiunt «in aedificationem corporis Christi, donec occurramus omnes in unitatem fidei et agnitionis Filii Dei, in virum perfectum, in mensuram aetatis plenitudinis Christi» (*Eph.* IV, 12-13).

Quamobrem, si hanc iure ac reapse datam totius humani generis unitatem intente consideramus, non seiuncti nobis singuli cives, quasi arenarum grana, videntur, sed inter se potius apto compositoque ordine ac mutua variaque ob temporum diversitatem necessitudine congregati ex naturali ac superna impulsione destinationeque. Et cum gentes ad humaniorem cultum evehantur, et pro rerum vitaeque condicionibus inter se dissimiles fiant, non idcirco debent humanae familiae unitatem infringere, sed eandem potius familiam, suis ipsarum communicatis dotibus animique ornamentis, ditare, itemque mutuo illo bonorum commercio, quod tum solummodo efficienterque haberi potest, cum vivida ac flagrans caritas omnes eiusdem Patris filios omnesque eodem divino cruore redemptos homines fraterno foedere coagmentat.

Iesu Christi Ecclesia, utpote fidelissima almae divinaeque sapientiae custos, non ea pro certo nititur deprimere vel parvi facere, quae peculiare cuiusvis nationis notas proprietatesque constituent, quas quidem populi iure meritoque quasi sacram hereditatem religiose acerrimeque tueantur. Ea siquidem ad unitatem contendit, superno illo amore conformatam et altam, quo omnes actuose exerceantur; non vero ad unam assequendam rerum omnium aequabilitatem, externam tantummodo atque adeo insitas vires debilitantem. Et curas omnes ac normas, quae facultatibus viribusque sapienter explicandis temperateque augendis inserviunt — quae quidem ex occultis cuiusvis stirpis latebris oriuntur — Ecclesia approbat maternisque votis prosequitur, si modo officiis non adversentur, quae communis mortalium omnium origo communisque destinatio imponant. Quod profecto ex impensa opera, quam sacrarum expeditionum praecones navant, iterum ite-

rumque ostendit; idque esse profitetur quasi rectricem stellam, ad quam in suo universalis apostolatus itinere intentis oculis respiciat. Qui quidem divini verbi praecones, innumeris pervestigationibus per temporum decursum summo labore summoque studio habitis, civilem enisi sunt variarum gentium cultum earumque instituta satius digniusque agnoscere, atque sua ipsarum animi ornamenta ac dotes ita colere ac provehere, ut faciliora inibi atque uberiora Iesu Christi evangelium incrementa caperet. Quidquid in populorum moribus indissolubili vinculo superstitionibus erroribusque non adstipulatur, benevole nullo non tempore perpenditur ac, si potest, sartum tectumque servatur. Ac proximus p. r. Decessor Noster, in peculiari istiusmodi causa, quae multum prudentiae et consilii postulabat, in eam sententiam nobili animo discessit, quae sui ingenii aciem suique apostolatus ardorem praesenti futuraeque aetati commendat. Iamvero vix attinet declarare vobis, Venerabiles Fratres, idem Nos iter non dubitanter esse persecuturos. Ac pro certo habeant omnes, quotquot cuiusvis originis vel sermonis catholicam amplectuntur Ecclesiam, sese in hac communis Patris domo, in qua Iesu Christi lege ac pace fruuntur omnes, ipsissima habere filiorum iura. Etenim ut hae aequabilitatis normae ad effectum pedetemptim deducantur, ex indigenarum gentibus lectissimi seliguntur viri, qui sacerdotum episcoporumque ordines gradatim apud suos adaugeant. Eaque de causa, ut videlicet mentem hanc Nostram exemplo demonstremus, volumus in proximo Iesu Christi Regis festo sacerdotes duodecim, qui suas cuiusque stirpium populorumque quodammodo personas gerant, ad Apostolorum Principis sepulcrum episcopali ornare dignitate.

Ita quidem ut, dum acerrimae contentiones animos lacerant, et compagem humanae familiae rescindunt, ex hoc sollemni ritu intellegant universi filii Nostri, per terrarum orbem disseminati, doctrinam, operam, voluntatemque Ecclesiae non alienam umquam esse futuram ab gentium Apostoli sententia haec adhortantis: «Induentes novum [hominem], eum qui renovatur in agnitionem, secundum imaginem eius, qui creavit illum; ubi non est Gentilis et Iudaeus, circumcisio et prae-



putium, Barbarus et Scythia, servus et liber, sed omnia et in omnibus Christus» (*Col.* III, 10-11).

Heic vero animadvertendum putamus fraternae universalisque necessitudinis conscientiam, quam christianae doctrinae praecepta in animis excitant ac refovent, non amorem aversari erga patriae cuiusque suae memorias gloriasque; neque prohibere quominus auctior usque prosperitas ac legitime potiunda bona promoveantur, quandoquidem eadem doctrina edocemur Deum ipsum in exercenda caritate rectum statuuisse rerum ordinem, ex quo impensius ii adamandi sint, uberioribusque bene factis donandi, qui peculiaribus sint vinculis nobiscum copulati. Hoc Divinus ipse Magister ex sua agendi ratione patefecit, cum potiore amore erga patrium solum exarsit, atque imminenti Urbis Sanctae ruinae maestissime illacrimavit. At patria caritas, iure meritoque alenda, christianae in universos homines caritatis praecepta non obstat, non officiat, quod ceteros quoque omnes eorumque profectus in paciferi amoris luce collocat.

Mira huiusmodi doctrina non uno nomine ad religiosas civilisque rei progressionem dignissime contulit. Eius siquidem praecones, superni afflatus ardore incensi atque permoti, non modo rude solum arare atque excolere, omneque genus morbis mederi conati sunt, sed eo potissimum contenderunt ut sibi creditos animos ad excelsa divinaque prorsus erigerent, conformarent, eosque ad summa sanctitudinis fastigia impellerent, ubi omnia circum quaque quasi sub uno Dei obtutu cernantur. Monumenta iidem ac templa excitarunt, ex quibus luculenter patet ad quam elatum granditatis verticem christianae affulgens perfectionis species animos evehat; at praesertim homines, sapientes vel indoctos, potentes vel debiles, quasi animata Dei templa eiusdemque vitis, quae Christus est, palmites effecerunt. Sapientiae veteris ingenuarumque artium thesauros advenientibus aetatibus tradiderunt, at hoc imprimis enisi sunt, ut eas arcani illius aeternae sapientiae muneris participes redderent, quod homines, Dei subolem caelesti gratia effectos, amico fraternoque foedere coniungat.

\* \* \*

Quodsi, Venerabiles Fratres, ex oblivione illius legis, quae in singulos universos caritatem praecipit, quaeque odia restinguens, contentionesque extenuans, una potest solidare pacem, tot tantaque communi pacataeque populorum vitae obveniunt mala, at procul dubio nationibus omnibus cunctaeque hominum cuiusvis gentis familiae non minora eorum error detrimenta parit, qui, temerario ausu, publicae rei potestatem a quolibet nexu cum Sempiterno Numine vindicant, ex quo quidem veluti primo auctore supremoque domino cum singuli, tum humana congregatio pendent; idque eo vel magis quod a quibusvis superioribus normis, quae ex Deo ut primo fonte oriuntur, eandem potestatem liberant, eidemque plenissimam attribuunt agendi facultatem, quae nutanti solum fluxoque arbitrio permittitur, illisve placitis, quae rerum gerendarum condicionibus peculiaribusque adipiscendis bonis tantummodo conformentur.

Itaque divina posthabita auctoritate eiusque legis imperio, id necessario consequitur ut civilis potestas absolutissima nulloque obnoxia iura usurpet, quae ad summum Creatorem unice pertinent; utque, in eiusdem Creatoris locum suffecta, rem publicam vel civium communitatem efferat quasi supremam totius humanae vitae metam maximamque normam in iuris morumque ordine habendam; atque adeo omnes prohibeat quominus ad naturalis rationis christianaeque conscientiae praecepta refugiant.

Non diffitemur utique errata opinionum principia non omnino semper detrimentosam vim suam moribus inferre; idque praesertim cum christianae vitae consuetudo, quae plurimis iam saeculis a maioribus accepta populorum animos informet, altissimas, etsi hoc non percipitur, radices egerit. Nihilo secius accurate diligenterque animadvertendum est quamlibet socialis vitae normam infirmam labantemque fore, quae in humano solummodo fundamento consistat, quae terrenis tantum consiliis propositisque dirigatur, quaeque unice

ex externae auctoritatis sanctione vim suam virtutemque eruat.

Ubi humana iura a divinis pendere renuitur, ubi non nisi ad adumbratam incertamque terrenae auctoritatis speciem provocatur, ac iura vindicantur, quae nulli sint obnoxia, quaeque non prohibitis, sed utilitatis tantum rationibus regantur, inibi ipsum hominum ius, in actione agitationeque vitae, interna in animos vi necessario exiit; qua dempta, rite agnosci rerumque iacturas a civibus postulare non potest.

Interdum utique accidit ut publica potestas, quamquam nutantibus id genus fulciminibus subnixa, per fortuitos casus rerumque adiuncta, terrena eiusmodi incrementa assequatur, quae iis admirationem iniiciant, qui in res ipsas non penitus introspiciant; necessitate tamen contingit ut ineluctabilis illa lex victrix emergat, qua incepta omnia collabantur, quae fuerint ex impari prorsus, aperta vel occulta, ratione exorta, cum nempe adeptus in externis rebus magnitudinis exitus probitatis honestatisque normis intima firmaque vi sua non respondeat. Quae quidem impar ratio tum non haberi non potest, cum publica auctoritas Summi Legislatoris dominatum vel infitiat, vel respuit, qui dum civitatis moderatoribus potestatem attribuit, eiusdem tamen potestatis terminos decrevit.

Etenim civitatis imperium, quemadmodum per Encyclicas Litteras *Immortale Dei* (*Acta Leonis XIII*, vol. V, p. 118) sapientissimus Decessor Noster p. m. Leo XIII edocet, idcirco a summo omnium Creatore statutum est, ut ex illius ordinis praescriptione, qui in universalibus, quibus regitur, principiis ac normis incommutabilis consistit, publicam rem moderetur; ut humanae personae, in praesenti hac vita, ad corporis mentisque vires quod attinet et ad rite componendos mores, perfectionis adaptionem faciliorem reddat; utque cives adiuvet ad supernum sibi destinatum finem assequendum.

Eo igitur nobilissimo munere fungitur res publica, ut, in nationis vita, privata singulorum incepta et opera recognoscat, temperet atque promoveat, eaque ad commune omnium bonum convenienter dirigat, quod quidem non ex alicuius arbitrio, neque solummodo a terrena civilis societatis prosperi-

tate, veluti a primaria ratione sua definiatur, sed ex naturali potius hominis perfectione congruenter provehenda, ad quam civitas ipsa a supremo Creatore, quasi instrumentum atque praesidium, destinatur.

Quisquis rem publicam quasi finem considerat, ad quem omnia confluant, cuique omnia obtemperent, facere is non potest quin mansuris verique nominis nationum incrementis noceat, officiat. Quod profecto contingit, sive infinitus eiusmodi dominatus ex nationis, vel populi, vel ex alicuius civium ordinis mandato, rei publicae attribuat, sive ipsamet eandem imperandi rationem sibi sumat civitas, utpote dominatrix absolutissima, nulli prorsus obnoxia.

Si enim res publica privatae navitatis incepta ad se trahit ac vindicat, eadem profecto incepta — quippe quae multiplicibus normis, peculiaribus ac propriis, regantur, quae quidem ad propositum tute assequendum conducant — non sine publici boni iactura, detrimenta accipere queunt, cum a naturali rerum ordine abstrahantur, quarum rationem ac periculum privati in se recipiant.

Ex hoc cogitandi agendique modo id discriminis oriri potest, ut domesticus etiam convictus, primus ille ac necessarius humanae societatis fons, atque eius profectus eiusque commoda, perinde considerentur, quasi ad nationis imperium dominationemque unice respiciant; itemque ut oblivioni detur homines eorumque familias suapte natura civitatem antecedere, ac divinum Creatorem peculiaria utrisque dedisse iura facultatesque, iisdemque destinasse munus, quod naturalibus ac certis necessitatibus respondeat.

Eademque opinandi ratione novae subolis educatio non eo spectat, ut omnes corporis, mentis animique vires convenienter conformentur et adaugeantur, sed ut illa tantum civica virtus efferatur summopereque excitetur, quae ad prosperos politicae rei eventus necessaria videatur; quapropter quae animi ornamenta nobilitatem, observantiam humanitatemque redolent, minus ea commendantur, quasi acrem juvenilis ingenii fortitudinem minuant ac deprimant.

Quapropter ea paene oculis observantur Nostris pericula ac discrimina, quae ex imminutis ac sensim abolitis domestici convictus iuribus praesenti huic nostrae futuraeque aetati obventura formidamus. Nostrarum igitur esse partium ducimus ex officii conscientia, quod gravissimum ministerium Nostrum postulat, eiusmodi iura religiose affirmateque tueri; quandoquidem nostrorum temporum angustias, cum ad res externas ac terrenas, tum ad spiritualia bona quod attinet, itemque innumeras errorum fallacias atque ea quae inde misere consequuntur, nemo procul dubio tam acerbe perpetitur quam domestica societas. Ita quidem ut cotidianum asperitatum miseriarumque pondus atque increscens ea undique indigentia, quam nulla forsitan superior aetas tam luctuosam experta est, cuiusque causa veraque necessitas saepenumero cerni nequeunt, tolerari utique non possint sine tenaci illa animi firmitate magnitudineque, quae admirationem omnibus commoveant. Qui, pastoralis munere fungentes, intimas conscientiae latebras inspicunt, et occultas matrum lacrimas tacitumque patrum familias maerorem atque innumeros angores cognoscere possunt — de quibus ulla publica rerum rationaria nec loquuntur, nec loqui queunt — ii procul dubio gliscentem formidolose cotidie magis hunc aegritudinum cumulum anxio sollicitoque animo vident; ac probe norunt tenebricosas improborum hominum vires, qui hoc unum annuntuntur, ut, iisdem rerum asperitatibus abutentes, omnia misceant atque subvertant, in insidiis esse opportunitatem aucupantes, qua impia sibi assignata proposita exsequi valeant.

Quisnam prudens atque cordatus, in gravissimis hisce rerum condicionibus, rei publicae ampliora iura ultraque solita deneget, quae iisdem condicionibus respondeant, quibusque plebis necessitatibus subveniat? Sed postulat tamen statuta a Deo ratio in ordine morum, ut diligentius perpendatur, ex boni nempe communis norma, quid fas sit, in hisce decernendis, quae tempora moneant, quid nefas: itemque quid reapse necessitas exposcat.

Ceterum quo graviora incommoda rerumque iacturas a singulis civibus et a domestica societate exposcit publica po-

Quapropter ea paene oculis observantur Nostris pericula ac discrimina, quae ex imminutis ac sensim abolitis domestici convictus iuribus praesenti huic nostrae futuraeque aetati obventura formidamus. Nostrarum igitur esse partium ducimus ex officii conscientia, quod gravissimum ministerium Nostrum postulat, eiusmodi iura religiose affirmateque tueri; quandoquidem nostrorum temporum angustias, cum ad res externas ac terrenas, tum ad spiritualia bona quod attinet, itemque innumeras errorum fallacias atque ea quae inde misere consequuntur, nemo procul dubio tam acerbe perpetitur quam domestica societas. Ita quidem ut cotidianum asperitatum miseriarumque pondus atque increscens ea undique indigentia, quam nulla forsitan superior aetas tam luctuosam experta est, cuiusque causa veraque necessitas saepenumero cerni nequeunt, tolerari utique non possint sine tenaci illa animi firmitate magnitudineque, quae admirationem omnibus commoveant. Qui, pastoralis munere fungentes, intimas conscientiae latebras inspiciunt, et occultas matrum lacrimas tacitumque patrum familias maerorem atque innumeros angores cognoscere possunt — de quibus ulla publica rerum rationaria nec loquuntur, nec loqui queunt — ii procul dubio gliscentem formidolose cotidie magis hunc aegritudinum cumulum anxio sollicitoque animo vident; ac probe norunt tenebricosas improborum hominum vires, qui hoc unum annuntantur, ut, iisdem rerum asperitatibus abutentes, omnia misceant atque subvertant, in insidiis esse opportunitatem aucupantes, qua impia sibi assignata proposita exsequi valeant.

Quisnam prudens atque cordatus, in gravissimis hisce rerum condicionibus, rei publicae ampliora iura ultraque solita deneget, quae iisdem condicionibus respondeant, quibusque plebis necessitatibus subveniatur? Sed postulat tamen statuta a Deo ratio in ordine morum, ut diligentius perpendatur, ex boni nempe communis norma, quid fas sit, in hisce decernendis, quae tempora moneant, quid nefas; itemque quid reapse necessitas exposcat.

Ceterum quo graviora incommoda rerumque iacturas a singulis civibus et a domestica societate exposcit publica po-

testas, eo magis debet animorum iura sancta inviolataque servare. Ipsa siquidem potest opes cruoremque expetere, at numquam animam a Deo redemptam potest. Quamobrem, quod sempiternum Numen patribus matribusque familias munus concredidit, hoc est consulendi subolis cuiusque suae bono, ad praesentem futuramque vitam quod attinet, itemque filios ad vera religionis praecepta apte conformandi, id nemo unus, sine gravi iuris detrimento, ad se rapere potest. Quae quidem apta conformatio eo etiam pro certo spectat ut adulescentium animos ad nobilissima ea patriae caritatis officia excitet atque compellat, ex quibus, alacri mente hilarique voluntate exsequendis, eiusdem amoris studium in patriae solum actuose demonstretur. Attamen iuvenilis institutio, quae ex consulto oblivioseque praetermiserit iuvenum oculos ad caelestem quoque patriam dirigere, cum in ipsam iuventutem, tum in christianae familiae officia ac iura, numquam quidem abalienanda, iniusta prorsus evaserit; atque adeo, utpote fuerit statutos sibi fines transgressa, ipsum populi civitatisque bonum remedia adhibenda postulat. Istiusmodi educatio iis videatur forsitan, qui eius rationem ac periculum in se receperint, auctioris roboris firmitatisque fons; at qui consecuturi erunt eventus huius rei fallaciam ostendent. Maiestatis crimen adversus «Regem regum et Dominum dominantium» (cf. *I Tim.* VI, 15; *Apoc.* XIX, 16) in puerorum institutione patratum, quae christianos spiritus christianosque sensus neglexerit vel aversata fuerit, cum divinam illam Iesu Christi invitationem praepediat ac prohibeat «sinite parvulos venire ad me» (*Marc.* X, 14), acerbissimos procul dubio proferet fructus. At contra publica potestas, quae patrum matrumque familias animos, ob id genus discrimina summo dolore affectos, ab eiusmodi sollicitudinibus liberat, eorumque iura redintegrat, internam procul dubio civitatis tranquillitatem provehit, ac tutum constituit fundamentum, quo futura patriae prosperitas innitatur. Quos parentibus Creator largitus est, filiorum animi, sacro fonte expiati ac regio distincti Iesu Christi signo, quasi sacrum constituunt thesaurum, cui sollicitus Dei amor invigilat. Divinus ipse Redemptor, qui quondam Apostolis

edixerat: «Sinite parvulos venire ad me», etsi benignitatis misericordiaeque plenus, iis tamen atrocita mala comminatus est, qui puerulos, sibi carissimos, pravo exemplo offendant. At quaenam flagitiosior offensio haberi potest, quaenam suboli detrimentosior ac magis in posterum nocitura, quam ea puerilium morum conformatio, quae iuventam transversam agat ad metam, quae longe absit a Christo «via, veritate et vita», eamque a divino Redemptore vel occulte vel palam abalienari iubeat? Qui quidem divinus Redemptor, a quo praesens ac futura iuvenilis aetas miserrime abstrahitur, idem ipse est, qui omnem ab Aeterno Patre potestatem accepit, cuiusque ex manibus pendet civitatum, gentium nationumque fortuna. Earum siquidem vitam contrahi vel produci, earumque incrementa amplitudinemque provehi, ad eum unum pertinet. Animus tantummodo ex rebus omnibus, quae in terra habentur, immortalitate fruitur. Quapropter ea educationis ratio, quae sacra christianae familiae saepta, divinae legis praesidio tuta, sarta tectaque non servaverit, quae eorum fundamenta subverterit, atque iter ad Christum adolescentibus praecluserit, ne «aquas in gaudio hauriant de fontibus Salvatoris» (cf. *Is.* XII, 3); quae denique ab eodem Christo et ab Ecclesia abalienationem praedicaverit, quasi in nationem vel in aliquem civium ordinem fidelitatis indicem, ea procul dubio in semetipsam damnationis poena animadverterit, eritque stato tempore ineluctabilem sententiae veritatem experta sacri vatis admonentis: «Recedentes a Te in terra scribentur» (*Ier.* XVII, 13).

\* \* \*

Opinatio illa, Venerabiles Fratres, quae imperium paene infinitum rei publicae attribuit, non internae tantum nationum vitae et auctioribus componendis incrementis perniciosus error evadit, sed mutuis etiam populorum rationibus detrimentum affert; quandoquidem unitatem illam infringit, qua civitates universae inter se contineantur oportet, gentium iura vi firmitateque exuit, atque, viam sternens ad aliena violanda iura, pacate una simul tranquilleque vivere perdifficile reddit.



Etenim hominum genus, quamquam ex naturalis ordinis a Deo statuta lege in civium classes disponitur, itemque in nationes civitatesque, quae ad suam quod attinet interni regiminis temperationem, aliae ab aliis non pendent, mutuis tamen in iuridicali ac morali re vinculis obstringitur, et in universam magnamque coalescit populorum congregationem, quae ad assequendum omnium gentium bonum destinatur, ac peculiaribus regitur normis, quae et unitatem tutantur, et ad res cotidie magis prosperas dirigunt.

Iamvero nemo est qui non videat asseverata illa rei publicae iura, absolutissima nullique prorsus obnoxia, legi huic naturali et insitae omnino adversari, eandemque funditus refellere; itemque patet eadem iura illas legitime initas necessitudines, quibus nationes inter se coniunguntur, civitatis moderatorum arbitrio permittere, ac praepedire quominus recta habeatur animorum omnium consensio ac mutua adiutricis operae collatio. Id siquidem postulant, Venerabiles Fratres, congruenter compositae perpetuoque mansurae civitatum rationes, postulant amicitiae vincula, e quibus uberes oriantur fructus, ut naturalis iuris principia ac normas, quibus nationes inter se contineantur, rite populi agnoscant, iisdemque obtemperent. Parque modo eadem ipsa principia iubent libertatem cuique suam servari incolumen, eaque omnibus tribui iura, quibus vivant, ac per civilis progressionis iter ad res magis cotidie prosperas adveniant; iubent denique pacta conventa, ex gentium iure stipulata ac sancta, integra inviolataque permanere.

Haud dubium est tum gentes solummodo posse una simul quieteque vivere, tum solummodo posse publice iureque statutis necessitudinibus regi, cum mutua intersit fiducia, cum omnibus persuasum sit datam fidem incolumem utrinque servatum iri, cum omnes denique illud pro certo accipiant «melio-rem esse sapientiam quam arma bellica» (cf. *Eccl.* IX, 18); ac praeterea cum ad rem suam aptius inquirendam disceptandamque omnes parati sint, non vero ad discriminis causam vi minaciterque decernendam, si morae, si controversiae, si difficultates mutationesque obvenerint, quae quidem omnia

non ex prava tantum voluntate, sed ex mutatis etiam vicissitudinibus et ex repugnantibus invicem suis cuiusque utilitatibus oriri queunt.

Ceterum, ius gentium idcirco a divino iure vindicare, ut in rei publicae moderatorum arbitrio veluti fundamento unice innitatur, nihil aliud significat quam illud ipsum ex honoris sui suaeque firmitatis solio detrudere, idemque nimio concitatoque privati publicique commodi studio permittere, quod non alio contendit, nisi ut propria iura efferat, aliena deneget.

Asservandum utique est, temporis decursu ob graviter immutata rerum adiuncta — quae, dum pactio transigebatur, nec prospiciebantur, nec prospici quidem forsitan poterant — aut integras conventiones, aut quasdam earumdem partes alteri ex adstipulantibus iniustas quandoque evadere vel videri posse, vel saltem nimio graviores evenire, vel denique eiusmodi fieri ut ad rem deduci nequeant. Quod si contingat, procul dubio necesse est tempestive ad sinceram honestamque disceptationem confugere, ut pactio vel opportunas immutationes accipiat, vel iterum omnino componatur. Sed contra, pacta conventa aequae ac res fluxas et caducas habere, sibi quae tacitam facultatem tribuere, quotiescumque propria utilitas id postulare videtur, eadem infringendi sua sponte, inconsulto nempe vel posthabito altero paciscente, hoc pro certo debita mutuaeque fide civitates exiit; atque adeo naturae ordo funditus subruitur, ac populi nationesque quasi praeruptis immensisque voraginibus invicem segregantur.

Hodie, Venerabiles Fratres, trepidi omnes malorum cumulum considerant, quem et errores simulataeque normae, de quibus explicando diximus, et ea, quae inde consecuta sunt, miserrime coegerunt. Falsae ac superbae infinitae progressionis species, quae multorum illiciebant animos, evanuerunt; iamque ingruentia ruinarum discrimina nondum expectos e somno expergefacerere videntur, quasi illa iterata sacri vatis sententia: «Surdi, audite, et caeci, intuemini» (*Is.* XLII, 18). Quae externo ordine composita videbantur, reapse nihil aliud erant, nisi omnia invadens rerum perturbatio: perturbationem dicimus, quae ipsa morum praecepta attige-

rat, cum eadem, a divinae legis maiestate avulsa, omnem infecissent humanae navitatis campum. At iam non ad praeterita, sed ad futura illa tempora mentis oculos convertamus, quae, ut ii pollicentur, a quibus populorum sors ac fortuna pendet — praesentibus cruentisque conflictationibus tandem aliquando pacatis — novam rerum rationumque temperationem afferent, iustitiae prosperitatisque fundamento suffultam. Verumtamen numquid alia reapse et, quod praecipuum est, melior atque felicior orietur aetas? Ac nova pacis conventa, novaque inter nationes constituta ordinatio, quae huius belli finem consequentur, num iustitia aequitateque erga omnes ac redintegranti paciferoque spiritu conformabuntur, vel potius veteres recentesque errores luctuose repetent? Vanum profecto est ac fallax, quod experiendo comprobatur, e belli solummodo conflagratione ex eiusdemque exitu novum sperare ordinem. Dies, quo victoria affulget, ei utique, qui eam ad se rapuit, triumphum affert; attamen illius horae momentum, dum iustitiae angelus cum violentiae daemone contendit, non discrimine caret. Siquidem nimio saepius victoris animus obdurescit; eidemque temperantia et sagax longeque prospiciens prudentia infirmitas animique debilitas videtur. Ac praeterea popularium animorum concitatio, quam tot tantaeque factae iacturae tolerataeque acerbitates exacuerunt, eorum quoque oculos saepenumero quadam caligine obtendere videtur, qui decernendarum rerum rationem in se recipiunt: eosdemque paene iubet aures habere clausas admonenti humanitatis aequitatisque voci, quae immani illo clamore opprimitur ac restringitur: «vae victis». Quamobrem si in hisce rerum adiunctis consilia ineantur, exortaeque quaestiones diiudicentur, id contingere potest ut non nisi iniustitiae facinora habeantur fucata iustitiae specie.

Non ex externis igitur rebus, Venerabiles Fratres, non ex gladio, qui pacis condiciones imponere, non pacem gignere potest, salus civitatibus oritur. Vires virtutesque, quae faciem terrae renovent, ex animorum praecordiis proficiscuntur. Novus rerum ordo, qui nationum vitam moderetur, mutuasque earundem necessitudines temperet, dirigat — cum aliquando

immania certamina saevaeque atrocitates conquieverint — non iam fluxis illis, quasi infidis mobilibusque arenis, suffulciatur normis quas nimium invexerit ex arbitrio privatae publicaeque utilitatis studium, sed inconcusso potius firmissimoque naturalis iuris divinaeque revelationis fundamento subnixus consistat. Indidem enim legislator illius aequilibratae rationes illamque suscepti officii conscientiam ac prudentiam hauriat, quibus praetermissis, facile profecto est statutos terminos non agnoscere, qui legitimum ab iniusto potestatis usum discernant. Hoc tantum agendi modo latae ab eo sententiae intima firmitudine, nobili dignitate religionisque sanctione fruuntur; non vero immoderate sui cuiusque commodi affectationi animorumque cupidinibus inservient. Etenim si mala, quibus hodie hominum genus laborat, ex inordinatae etiam scatent rei oeconomicae perturbatione, itemque ex concito illo certamine, quo ad magis aequam contenditur bonorum assignationem, quae quidem mortalibus Deus dilargitus est ut se sustentent seseque ad civilem progressionem provehant; at certissime omnino patet eorumdem malorum radicem altiore esse, quippe quae ad religionis fidem et ad unitatem in ordine morum opiniones susceptasque normas pertineat, quae profecto ea de causa corruptae ac pessumdatae sint, quod populi ab honestatis principiis et ab christianae fidei christianaeque doctrinae unitate, pedetemptim digrediantur, quam olim indefatigabilis ac benefica Ecclesiae opera provexerat. Quamobrem nova hominum institutio ac reformatio, ut suos queat edere fructus, religionis praesertim spiritu imbuatur oportet; a divino igitur Redemptore, veluti ab necessario capite, oriatur, integra iustitia actuose temperetur, caritate denique consummetur ac perficiatur.

Hanc vero efficere animorum renovationem, cuius rationes cum mutatis temporum condicionibus mutatisque hominum necessitatibus exaequari debent, potissimum materni Ecclesiae muneris officium est. Enimvero, quam eidem divinus Conditor commisit, Evangelii praedicatio, qua veritatis, iustitiae caritatisque praecepta hominibus traduntur, itemque studium eo contendens ut eadem praecepta firmas in animis

et altas radices agant, haec quidem tam apta ad assequendam pacem, tam nobilis ac frugifera opera est, ut nihil aptius ac nobilius, nihil fructuosius haberi possit. Quod quidem munus, pro sua gravitate amplitudineque, eorum pectora frangere videatur, qui militantis Ecclesiae ordinibus adsciscuntur; sed tamen id eniti ut Dei regnum pro facultate provehatur — quod per saeculorum decursum variis est ac multiplicibus modis, nec sine ingentibus laborum asperitatibus, ad effectum deductum — officium est, quo omnes adstringuntur, quotquot, divina aspirante gratia e Satanae servitute liberati, per sacrum baptismatis lavacrum ad Dei regnum vocati sunt. Quodsi huius regni participem fieri ad eiusque praecepta vitam conformare suam, idque conari ut, eius finibus magis in dies magisque productis, novi usque cives queant spiritualibus eius bonis potiri, si haec omnia nostris hisce diebus postulant ut quaevis impedimenta difficultatesque superanda sint, ex composito congesta atque ita gravia, ut numquam forsitan alias; nihilo secius christifideles non idcirco sincera atque animosa catholicae fidei professione eximuntur, sed potius eiusmodi causam, suae quoque vitae suarumque rerum iactura, etiam atque etiam urgere debent. Quisquis ex Iesu Christi spiritu vivit, non iis quae obveniant, difficultatibus frangitur, sed Deo omnino confisus, quoslibet volenti animo labores tolerat; non angustias, non necessitates, quas tempora ingerant, refugit, sed eas potius oppetit, paratus semper caritate illa suppetias ire, quae, morte fortior, nec incommoda renuit nec aerumnarum fluctibus submergitur.

Ac Nos, Venerabiles Fratres, intimo solacio caelestique gaudio perfundimur, ac cotidie summas Deo optimo persolvimus grates, dum in omnibus catholici terrarum orbis regionibus praeclara ac luculentissima exempla cernere fas est incensi illius christiani studii, quod ea omnia, quae nostra haec aetas deposcit, animose aggreditur, quodque nobili nisu et propriam cuiusque adipiscendam sanctimoniam curat — quod primum ac praecipuum est — et, ad augenda divini regni incrementa, apostolatus incepta atque opera provehit. Siquidem ex invectis passim Eucharisticis Conventibus, quos Deces-

sores Nostri impensissima cura refovere non destiterunt, atque ex adiutrice laicorum hominum opera, qui in Catholicae Actionis ordinibus ad sui officii suique muneris conscientiam actuose informantur, tam uberes gratiae virtutisque fontes profluunt, ut, dum saeculum maiora videtur detrimenta minitari, maioresque afferre necessitates, dumque christianum nomen cotidie acrius ab impietatis viribus impugnatur, tantum momenti opportunitatisque habent, ut magis quam pro merito aestimari non possint.

Quandoquidem, proh dolor, sacerdotes hodie numero pauciores sunt quam eorum munera expetunt, et in nostram quoque aetatem haec divini Servatoris sententia convenit «messis quidem multa, operarii autem pauci» (*Matth.* IX, 37; *Luc.* X, 2), consociata illa laicorum hominum navitas, ecclesiasticae hierarchiae praestita, quae sit cotidie increbescens ac nobili ardentique se devovendi studio animata, auxiliares opes sacrorum administris praebet pretiosissimas, atque eiusmodi profectus spondet, qui optime sperare iubeant. Preces ab Ecclesia admotae ad Dominum messis, ut mittat operarios in vineam suam (cf. *Matth.* IX, 38; *Luc.* X, 2), ea ratione admissae videntur, qua peculiares temporum necessitates postulant; ita scilicet ut sacerdotum opera, impar saepenumero ac praepedita, feliciter substituatur atque compleatur. Alacres hominum vel mulierum, iuvenum vel puellarum phalanges, dicto audientes Summo Pontifici, Episcoporumque cuiusque suorum normis obtemperantes, toto pectore incensoque ardore apostolatus operibus se devovent, ut populi multitudines, quae a Iesu Christo misere aberraverint, ad eum tandem aliquando remigrent. Habeant igitur illi, hac hora, Ecclesiae humanaeque consortioni gravissima, paternam salutationem Nostram; gratiam habeant, quam iisdem effuso animo referimus, ac probe noscant eos Nos paterno fidentique animo prosequi. Cum Iesu Christi Regis signa volentes libentesque sequantur, eidemque se, operam vitamque suam addixerint, haec sacri Psaltis verba iure usurpare possunt: «Dico ego opera mea Regi» (*Ps.* XLIV, 2); ac non modo precando sed operando etiam id efficere annuntur ut Dei regnum ad-

et altas radices agant, haec quidem tam apta ad assequendam pacem, tam nobilis ac frugifera opera est, ut nihil aptius ac nobilius, nihil fructuosius haberi possit. Quod quidem munus, pro sua gravitate amplitudineque, eorum pectora frangere videatur, qui militantis Ecclesiae ordinibus adsciscuntur; sed tamen id eniti ut Dei regnum pro facultate provehatur — quod per saeculorum decursum variis est ac multiplicibus modis, nec sine ingentibus laborum asperitatibus, ad effectum deductum — officium est, quo omnes adstringuntur, quotquot, divina aspirante gratia e Satanae servitute liberati, per sacrum baptismatis lavacrum ad Dei regnum vocati sunt. Quodsi huius regni participem fieri ad eiusque praecepta vitam conformare suam, idque conari ut, eius finibus magis in dies magisque productis, novi usque cives queant spiritualibus eius bonis potiri, si haec omnia nostris hisce diebus postulant ut quaevis impedimenta difficultatesque superanda sint, ex composito congesta atque ita gravia, ut numquam forsitan alias; nihilo secius christifideles non idcirco sincera atque animosa catholicae fidei professione eximuntur, sed potius eiusmodi causam, suae quoque vitae suarumque rerum iactura, etiam atque etiam urgere debent. Quisquis ex Iesu Christi spiritu vivit, non iis quae obveniant, difficultatibus frangitur, sed Deo omnino confisus, quoslibet volenti animo labores tolerat; non angustias, non necessitates, quas tempora ingerant, refugit, sed eas potius oppetit, paratus semper caritate illa suppetias ire, quae, morte fortior, nec incommoda renuit nec aerumnarum fluctibus submergitur.

Ac Nos, Venerabiles Fratres, intimo solacio caelestique gaudio perfundimur, ac cotidie summas Deo optimo persolvimus grates, dum in omnibus catholici terrarum orbis regionibus praeclara ac luculentissima exempla cernere fas est incensi illius christiani studii, quod ea omnia, quae nostra haec aetas deposcit, animose aggreditur, quodque nobili nisu et propriam cuiusque adipiscendam sanctimoniam curat — quod primum ac praecipuum est — et, ad augenda divini regni incrementa, apostolatus incepta atque opera provehit. Siquidem ex invectis passim Eucharisticis Conventibus, quos Deces-

sores Nostri impensissima cura refovere non destiterunt, atque ex adiutrice laicorum hominum opera, qui in Catholicae Actionis ordinibus ad sui officii suique muneris conscientiam actuose informantur, tam uberes gratiae virtutisque fontes profluunt, ut, dum saeculum maiora videtur detrimenta minitari, maioresque afferre necessitates, dumque christianum nomen cotidie acrius ab impietatis viribus impugnatur, tantum momenti opportunitatisque habent, ut magis quam pro merito aestimari non possint.

Quandoquidem, proh dolor, sacerdotes hodie numero pauciores sunt quam eorum munera expetunt, et in nostram quoque aetatem haec divini Servatoris sententia convenit «messis quidem multa, operarii autem pauci» (*Matth. IX, 37; Luc. X, 2*), consociata illa laicorum hominum navitas, ecclesiasticae hierarchiae praestita, quae sit cotidie increbescens ac nobili ardentique se devovendi studio animata, auxiliares opes sacrorum administris praebet pretiosissimas, atque eiusmodi profectus spondet, qui optime sperare iubeant. Preces ab Ecclesia admotae ad Dominum messis, ut mittat operarios in vineam suam (cf. *Matth. IX, 38; Luc. X, 2*), ea ratione admissae videntur, qua peculiares temporum necessitates postulant; ita scilicet ut sacerdotum opera, impar saepenumero ac praepedita, feliciter substituatur atque compleatur. Alacres hominum vel mulierum, iuvenum vel puellarum phalanges, dicto audientes Summo Pontifici, Episcoporumque cuiusque suorum normis obtemperantes, toto pectore incensoque ardore apostolatus operibus se devovent, ut populi multitudines, quae a Iesu Christo misere aberraverint, ad eum tandem aliquando remigrent. Habeant igitur illi, hac hora, Ecclesiae humanaeque consortioni gravissima, paternam salutationem Nostram; gratiam habeant, quam iisdem effuso animo referimus, ac probe noscant eos Nos paterno fidenti-que animo prosequi. Cum Iesu Christi Regis signa volentes libentesque sequantur, eidemque se, operam vitamque suam ad-dixerint, haec sacri Psaltis verba iure usurpare possunt: «Dico ego opera mea Regi» (*Ps. XLIV, 2*); ac non modo precando sed operando etiam id efficere annituntur ut Dei regnum ad-



veniat. In omnibus civium classibus atque ordinibus eorum adiutrix navitas, sacrorum administris data, vires exserit pretiosissimas, quibus id muneris committitur, quod nobilissimus nemo ac fidelissimus nec pulcrius, nec maioris solacii optare possit. Apostolicus hic labor, ex Ecclesiae afflatu ac normis exantlatus, ea ratione laicos homines quasi Christi ministros consecrat, qua S. Augustinus luculenter explicat: «Cum... auditis, fratres, Dominum dicentem: *Ubi ego sum, ibi et minister meus erit*, nolite tantummodo bonos Episcopos et clericos cogitare. Etiam vos pro modo vestro ministrare Christo, bene vivendo, eleemosynas faciendo, nomen doctrinaeque eius quibus potueritis praedicando, ut unusquisque etiam pater familias hoc nomine agnoscat paternum affectum suae familiae se debere. Pro Christo et pro vita aeterna suos omnes admoneat, doceat, hortetur, corripiat, impendat benevolentiam, exercent disciplinam; ita in domo sua ecclesiasticum et quodammodo episcopale implebit officium, ministrans Christo, ut in aeternum sit cum ipso» (*In Ev. Io.* tract. LI, n. 13).

Atque heic animadvertendum est domesticam societatem, hac in laicorum adiutrice opera promovenda, quae in praesens, ut diximus, tantum momenti habet, peculiare obtinere partes, cum familiae regimen ac temperatio ad informandos filiorum animos multum possit ac valeat. Usquedum in domesticis focus sacra fulgebit christianae fidei flamma, ac patres matresque familias subolis animos hac fide imbuent, procul dubio nostra iuventus regiam Iesu Christi potestatem prompte actuoseque agnoscet, iisque omnibus, qui Redemptorem ex hominum communitate quasi extorrem exigere conentur, in eiusque sanctissima iura sacrilego facinore invadant, pro virili parte strenuoque pectore adversabuntur. Ubi sacrae aedes operiuntur, ubi Iesu Christi cruci affixi imago e scholis, e litterarum ludis eiicitur, ibi domesticus convictus unicum restat quodammodo impervium christianae vitae perfugium, quasi a providentissimi Dei benignitate datum. Immortales igitur Deo grates agimus, quod innumeras cernimus familias hoc munus exsequi studiosa illa fidelitate, quae neque rerum iactu-

ris, neque oppugnationibus frangatur. Potens iuvenum puel-  
larumque instructa acies, in iis etiam regionibus, in quibus  
Iesu Christi fides cum iniqua insectatione omneque genus ma-  
lorum tolerantia arctissime coniungitur, ad divini Redem-  
ptoris solium ita impavida ac segura consistit, ut praeclara  
martyrum exempla in memoriam reducat. Quodsi Ecclesiae  
ubique gentium, iustitiae caritatisque magistrae, libera illa  
tribuatur agendi facultas, cuius ius ex divino mandato eidem  
est indubium ac sacrosanctum, tum uberes profecto bono-  
rum fontes usque quaque profluant, tum lux mentibus ac paca-  
tus rerum ordo civitatibus oriantur, tum denique necessariis  
pretiosisque viribus vera humani generis incrementa promo-  
veantur. Ac si suscepta illa consilia, quae eo contendunt ut in  
civilis societatis ordinibus interque nationes pax tandem constabi-  
liatur, iis evangelicis temperentur normis — quibus adver-  
sus immodica suae cuiusque utilitatis studia, quae singulos  
multitudinesque exagitant, christianus amor effertur ac prae-  
dicatur — tot procul dubio tantique devitentur luctus ac felix  
tranquillitas mortalibus concedatur.

Enimvero leges, quibus christianorum vita regitur, ac ge-  
nuinae germanaeque humanitatis praecepta non sibi invicem  
obstant, sed communi mutuoque praesidio inter se adjuvant.  
Nos igitur, qui humano generi laboranti ac spiritualium ter-  
renarumque rerum detrimentis perturbato prospicere ac con-  
sulere tantopere cupimus, nihil magis optamus quam ut prae-  
sentes angustiae ex oculis multorum caliginem discutiant, qui  
Christum Dominum Ecclesiaeque munus intentis animis consi-  
derent in suaque luce ponant; utque ii omnes, qui publicae  
rei gubernacula moderantur, liberum iter Ecclesiae praebeant,  
quae idcirco queat ex iustitiae pacisque rationibus novam  
effingere aetatem atque componere. Pacificatoria eiusmodi  
opera id profecto postulat, ut Ecclesia ab exercendo munere,  
sibi a Deo concredito, repagulis ne impediatur, neve eiusdem  
Ecclesiae navitatis campus iniustis definiatur terminis, neve  
denique populi multitudines, ac iuventus praesertim, a bene-  
fico eius afflatu abstrahantur. Quamobrem Nos, ut eius in  
terris vices gerimus, qui a sacro vate «Princeps pacis»

(*Is.* IX, 6) appellatur, civitatum rectores eosque omnes, e quorum opera quovis modo publica res pendet, compellamus vehementerque obtestamur ut Ecclesia plena semper libertate fruatur debita, qua suam possit educationis operam exsequi, ac veritatem impertire mentibus, animis inculcare iustitiam, eosque divina Iesu Christi refovere caritate.

Etenim, ut Ecclesia nequit exercendo munere suo se abdicare, cuius est divinum illud consilium pro sua parte exsequi, videlicet «instaurare omnia in Christo, quae in caelis et quae in terra sunt» (*Eph.* I, 10), ita eius opera magis in praesens necessaria videtur quam umquam alias; quandoquidem experiendo edocemur externas solummodo rationes, humana praesidia atque ea omnia, quae politica periclitatur disciplina, gravissimis malis quibus homines afficiantur, efficacia non posse lenimenta praebere.

Haud pauci igitur, cum fractos noverint dolore summo hominum nisus, eo spectantes ut tempestates compescant atque coerceant, quae civilem cultum humanitatemque subvertere contendant, oculos experrecta spe ad Ecclesiam, veritatis caritatisque arcem, et ad hanc Beati Petri Cathedram erigunt, unde intellegunt eam restitui posse religionis moralisque disciplinae unitatem, quae superiore aetate mutuas populorum necessitudines tutas ac pacatas consistere iusserit. Ad quam quidem unitatem tot homines, a quibus nationum fortuna pendet, incenso respiciunt desiderio, cum continenter earum rerum fallaciam experiantur, quibus tantopere olim confisi erant; unitatem dicimus, quam impensis votis studiisque innumera Nostrorum filiorum agmina expetunt, qui «Deum pacis et dilectionis» (cf. *II Cor.* XIII, 11), cotidie comprecantur; unitatem denique, quam non pauci nobiles animi, a Nobis seiuncti, praestolantur, qui quidem cum esuriant ac sitiant iustitiam et pacem, ad Petrianam Sedem oculos convertunt, ab eaque consilium, lucem opperiuntur.

Ii siquidem Catholicae Ecclesiae inconcussam agnoscunt profitendae fidei vitaeque christianis praeceptis componendae firmitudinem per viginti paene saecula comprobata; itemque arctissimam agnoscunt unitatem ecclesiasticae hierarchiae,

quae, Apostolorum Principis successori obstricta, evangelicae doctrinae veritate mentes actuose collustrat, homines ad morum sanctitudinem dirigit, atque dum omnibus materno animo indulget, stat tamen impavida vel acerrimos cruciatus ipsumque martyrium oppetens, cum hisce verbis omnino rem decernere oportet: Non licet!

Nihilo secius, Venerabiles Fratres, Iesu Christi doctrina, quae una potest hominibus fidei principia praebere, quaeque et mentis aciem exacuit, et animos divinitus auget, et opportuna ingravescentibus difficultatibus remedia proponit, parique modo Ecclesiae navitas, quae eandem doctrinam, usque quaque propagatam, homines edocet, eosque ad evangelica instituta conformat, haec quidem interdum hostilibus suspicionibus obtrectantur, quasi civilis auctoritatis cardines concutiant, in eiusque iura involent.

Quas adversus suspensiones Nos — salvis iis omnibus atque integris, quae Decessor Noster im. m. Pius XI, per Encyclicas Litteras *Quas primas* die XI mensis Decembris a. MDCCCXXV datas, edocuit de Iesu Christi Regis eiusque Ecclesiae potestate — apostolica sinceritate declaramus Ecclesiam esse prorsus ab eiusmodi propositis alienam, cum eadem ad homines omnes materna brachia pandat, non ut in eos dominetur, sed ut iisdem qua potest ope inserviat. Neque in peculiarem ac proprium ceterarum legitimarum auctoritatum locum se sufficere conatur, sed potius easdem adiuvat, divini Conditoris sui spiritu pervasa, eiusque vestigiis insistens, qui «pertransiit bene faciendo» (*Act. X, 38*).

Ecclesia enim edicit ac praedicat oboedientiam observantiamque terrenis potestatibus deberi, quae suam a Deo nobilem originem obtinent; ac Christi Domini praecepto obsequitur dicentis: «Reddite quae sunt Caesaris, Caesari» (*Matth. XXII, 21*). Quae in sacra Liturgia concinit «non eripit mortalia, qui regna dat caelestia» (*Hymn. Fest. Epiph.*), non ea ad se rapere aliena iura contendit. Neque eadem humanas vires deprimat, sed ad magnanima et ad nobilissima quaeque erigit, strenuos effringendo animos, qui suae conscientiae officium non prodant. Quae tot populos ac gentes ad humaniorem

cultum provexit, ea numquam pro certo homines ab civili progressionem remorata est, cuius splendore potius materna gaudet voluntate. Propositum, quo Ecclesia nititur, ab Angelis, super Incarnati Verbi cunabula volitantibus, mirando prorsus modo declaratum est, cum haec cecinere: «Gloria in excelsis Deo et in terra pax hominibus bonae voluntatis» (cf. *Luc.* II, 14). Hanc pacem quam mundus dare non potest, divinus ipse Redemptor quasi sacram hereditatem hisce verbis discipulis tradidit: «Pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis» (*Io.* XIV, 27); atque adeo eam innumeri homines volenti animo Iesu Christi praecepta amplectentes, quae Dei proximorumque caritate quasi compendiarie lege continentur, quemadmodum consecuti sunt, ita in praesens consequuntur et in posterum consequentur. Ac per viginti paene saecula rerum gestarum historia, quam summus orator significanter fatetur «magistram vitae» (1), illam Sacrarum Litterarum veritatem praeclare demonstrat, eum nempe, qui Deo resistit, non habere pacem (cf. *Iob* IX, 4); solummodo enim Christus «lapis angularis» (cf. *Eph.* II, 20) est, in quo uno cum civilis societas, tum singuli homines possunt salvi consistere.

Iam vero, cum super hoc angulari lapide condita sit Ecclesia, numquam procul dubio ab adversis potestatibus obrui poterit, numquam deprimi: «Portae inferi non praevallebunt» (*Matth.* XVI, 18), immo potius domestica externaque certamina ut eius vim virtutemque augment, ita ei novas victorias pariunt, novasque tribuunt coronas. Contra vero, aedificia quaelibet alia, quae in Iesu Christi doctrina veluti fundamento non innitantur, quasi in mobili arena exstructa videntur, atque adeo aliquando misere collabentur (cf. *Matth.* VII, 26-27).

\* \* \*

Dum has primas, Venerabiles Fratres, vobis damus Encyclicas Litteras, non una de causa videtur Nobis in homines ingruere hora tenebrarum (cf. *Luc.* XXII, 53), qua violentiae

---

(1) Cic. *Orat.* lib. II, 9.

discordiaeque turbines veluti ex cruento calice innumeros luctus innumerosque dolores profundunt. Num igitur opus est ut vobis asseveremus paternum animum Nostrum, vehementi miseratione permotum, filiis omnibus adesse, iisque praesertim qui aerumnis insectationeque laborant? Quamvis enim populi, belli vortice submersi, adhuc «initia dolorum» (*Matth.* XXIV, 8) forsitan solummodo perpetiantur, innumeras tamen familias mors, vastitas, plangor, miseria occupant. Atque tot hominum cruor, eorum etiam, qui, exercitus ordinibus non adsciti, misere occubuere, lugubrem videtur gemitum ex dilecta praesertim ea natione extollere, ex Polonia dicimus, quae ob tenacem suam erga Ecclesiam fidelitatem, itemque ob praeclara in christianum tutandum civilemque cultum promerita, historiae fastis inscripta immortalitatisque commendata, humanam fraternamque iure meritoque postulat ab omnibus commiserationem; ac Deiparae Virgini fidens «Christianorum auxilio», optatum praestolatur diem, quo, ex iustitiae solidaeque pacis rationibus, sibi tandem aliquando liceat quasi e fluctibus sospiti emergere.

Quod proxime factum est, quod hisce etiam fit diebus, Nostris tunc oculis quasi praemonstrata specie offerebatur cum, nondum conciliationis spe omnino praecisa, nihil sane inexpertum, nihil inexploratum omisimus ut ea ratione, quam sive apostolicum munus sive permissa Nobis instrumenta suaderent, prohiberemus ne ad vim et arma descenderetur, neve aditus omnes praecluderentur cum utriusque partis honore contentionem dirimendi. Cum enim persuasum habere-mus, si ab altero concertantium vis adhibita esset, ab altero etiam arma adhibitum iri, apostolici officii Nostri christianaeque caritatis partes esse duximus omnia conari si tam ab universa hominum consortione quam a christiana re atrocitates cohiberemus, quae omnium gentium bellum haud dubie essent consecutura; quamquam timendum Nobis erat ne patefacta a Nobis consilia ac proposita in haud rectam acciperentur partem. At quae monebamus, si obsequenter audita sunt, non iis tamen obtemperatum est. Ac dum Noster Pastoris animus, dolore ac sollicitudine affectus, rem graviter consi-

derat, Nostros quasi ante oculos Boni Pastoris obversatur imago; a quo mutuatis verbis, ad universum hominum genus videtur Nobis merito gemitus ille iterandus: «si cognovisses... quae ad pacem tibi! nunc autem abscondita sunt ab oculis tuis!» (*Luc. XIX, 42*).

In hac hominum societate, quae in praesens tantopere cum pace Christi in regno Christi discrepat, Ecclesia mater cum suis fidelibus eiusmodi exercetur molestiis sacri quas eius annales, lutationibus utique rebusque adversis referti, minus saepe referunt. Sed qui in tam difficili rerum cursu sibi in fide constant, ac forti et magno animo sunt, Christum Regem iidem sentiunt propius numquam astare sibi quam discriminis tempore, cum fidelitas videlicet re ipsa est praestanda. Ob tot filiorum suorum aerumnas cruciatusque maerore confecta, sed constantia virtuteque erecta quam e divinis derivat pollicitationibus, Christi Sponsa, tantas perpressa miseras, in impendentes sibi procellas contendit. Ea siquidem non dubitat quin e veritate, quam docet, itemque e caritate quam simul praecipit, in rem simul deducit, sinceræ voluntatis hominibus incitamenta atque adiumenta oritura aliquando sint ad novum in populis ordinem ex iustitia caritateque restituendum, postquam mortales, erroris tandem iter per taesi, de tristibus invidiae violentiaeque fructibus degustaverint.

Interea vero, Venerabiles Fratres, enitendum est ut omnes, at ii praesertim qui belli calamitatibus affligantur, percipiant christianae caritatis officium, praecipuum quidem Christi Regni cardinem, tantum abesse ut inane sit verbum, ut praesens etiam res sit et veritas. Infinitae propemodum hoc tempore opportunitates multiplicibus christianae caritatis inceptis praebentur. Quam ob rem maximopere confidimus universos filios Nostros, eos praecipue qui belli eximuntur asperitatibus, divinum imitatos Samaritanum, iis omnibus pro viribus esse consulturos qui, quod bello opprimuntur, non modo miserationis affectum, sed opem etiam peculiari iure mereantur.

Catholica Ecclesia, *civitas Dei*, «cuius rex veritas, cuius lex caritas, cuius modus aeternitas» (S. Aug. *Ep. CXXXVIII ad Marcellinum*, c. 3, n. 17) cum christianas veritates docens, qualibet fallacia extenuationeque immunes, tum materni animi impulsu in christianae caritatis operibus desudans, ipsos errorum et cupiditatum fluctus, veluti *beata pacis visio*, supereminet, ac dies opperitur, in quibus omnium potentissima Christi Regis manus tumescentes comprimat tempestates atque dissensionis spiritus eiiciat, qui eas concitaverint. Quantum in Nobis potestatis est ad diem illum maturandum cum pacis columba in hac terra, discidorum obruta diluvio, ubi considat reperiet, totum illud Nos praetermissuri non sumus, cum eorum civitatum moderatorum opera freti, qui, antequam belli conflagratio erumperet, immanem eiusmodi procellam nobili nisu repellere conati sunt, tum iis confisi innumeris prorsus, qui ex quavis natione et ex quovis civium ordine, non modo iustitiam, sed caritatem etiam ac misericordiam inclamant, tum denique potissimum omnipotenti Dei Numine fidentes, ad quem precatione hac cotidiana utimur: «In umbra alarum tuarum sperabo, donec transeat iniquitas» (*Ps. LVI, 2*).

Infinita sane Deus potestate fruitur; quapropter non minus is prosperitatem fortunamque populorum quam singulorum hominum consilia moderatur, in quam maluerit partem leniter haec convertens; eo scilicet usque ut ea ipsa quae inferantur impedimenta, haec pro sua potestate in instrumenta mutet, quibus rerum eventus fingat atque hominum mentes voluntatemque liberam ad sua inflectat proposita.

Ad Deum igitur, Venerabiles Fratres, admovete preces, admovete continuas, tunc maxime admovete, ubi divina amoris Hostia litatis. Deo vos supplicate, quibus animose professi fides gravia, molesta, plus quam humana haud raro incommoda parit; ad Christum Iesum vos ipsi precamini, aerumnis doloribusque confecta Ecclesiae membra, cum vos ille de laboribus vestris consolaturus ac recreaturus accedit.

Ac recta adhibita sui ipsius suarumque cupiditatum refrenatione, dignisque paenitentiae operibus susceptis, ne praeter-



mittatis supplicationes vestras ei magis acceptas reddere, qui «allevat omnes, qui corruunt, et erigit omnes elisos» (*Ps.* CXLIV, 14), ut miseren- tissimus Redemptor harum angustiarum finem maturet; atque ita haec sacri Psaltis verba precibus quoque vestris respondeant: «Clamaverunt ad Dominum cum tribularentur, et de necessitatibus eorum liberavit eos» (*Ps.* CVI, 13).

Ac vos item, candida puellorum agmina, quos Christus Dominus in deliciis habet, castas preces cum Ecclesiae precibus coniunctas, ubi potissimum Angelorum vescimini Pane, ex ingenuo pectore fundite. Ac profecto Sacratissimum Cor Iesu, quod tanta vos caritate complectitur, innocentium animorum obsecrationes neutiquam respuet. Precatione utimini omnes, continenterque utimini, «*sine intermissione orate*» (*I Thess.* V, 17).

Ita enim illud in rem deducetis, quod Divinus Magister praecipit sacroque Cordis sui testamento cavet: «ut omnes unum sint» (*Io.* XVII, 21); ut omnes videlicet in eiusdem fidei caritatisque consensu atque unitate vivant, unde perspiciant homines quid valeant quidve efficienter gignere possint cum peracta a Christo redemptio, tum constitutae ab eo Ecclesiae opus et labor.

Priscorum Ecclesiae temporum fideles divinum hoc praeceptum, quod et intellegentia tenebant et ad effectum operibus deducebant, signifianti quadam precatione complexi sunt; cum iis igitur coniuncti eadem vos orando exprimate sensa, quae tam sunt nostrae huius aetatis necessitatibus accommodata: «Recordare, Domine, Ecclesiae tuae, ut eam liberes ab omni malo, eamque perficias in caritate tua; et collige eam a quattuor ventis sanctificatam in regnum tuum, quod ei parasti; quoniam tua est virtus et gloria in saecula» (*Doctrina Apost.* c. 10).

Postremo id vehementer cupientes ut Deus, *auctor pacis et amator*, Ecclesiae suae obtestationes benignus admittat, supernorum conciliatricem munerum atque propensae volun-

LA PRIMERA ENCÍCLICA DEL PADRE SANTO PÍO XII

tatis Nostrae testem, Apostolicam vobis omnibus Benedictionem paterno animo impertimus.

Datum ex Arce Gandulphi, prope Romam, die XX mensis Octobris, anno MDCCCXXXIX, Pontificatus Nostri primo.

PIUS PP. XII

**PÍO PAPA XII**  
**VENERABLES HERMANOS**  
**SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA**

**INTRODUCCIÓN**

**E**L ARCANO designio del Señor Nos ha confiado, sin ningún merecimiento Nuestro, la altísima dignidad y las gravísimas preocupaciones del Pontificado Supremo, precisamente el año que coincide con el cuadragésimo aniversario de la consagración del género humano al Sacratísimo Corazón del Redentor, prescrita por Nuestro inmortal Predecesor León XIII, al declinar el pasado siglo, en los umbrales del Año Santo.

¡Con qué júbilo, emoción e íntima aprobación acogimos entonces como celestial mensaje la Encíclica *Annum Sacrum*, precisamente cuando, novel sacerdote, habíamos podido recitar: *Introibo ad altare Dei!* (Ps. XLII, 4). Y ¡con qué ardiente entusiasmo unimos Nuestro corazón a los pensamientos y a las intenciones que animaban y guiaban aquel acto verdaderamente providencial de un Pontífice que, con tan profunda agudeza, conocía las necesidades y las llagas, manifiestas y ocultas, de su tiempo! ¿Cómo, pues, no sentiremos hoy profundo reconocimiento a la Providencia, que ha querido hacer coincidir Nuestro primer año de Pontificado con un recuerdo tan importante y querido de Nuestro primer año de sacerdocio? ¿Cómo no acoger con júbilo tal coyuntura para hacer del culto al «Rey de reyes y Señor de los señores» (cf. *1 Tim.* VI, 15; *Apoc.* XIX, 16) como la plegaria del

## PÍO PAPA XII

### VENERABLES HERMANOS SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA

#### INTRODUCCIÓN

**E**L ARCANO designio del Señor Nos ha confiado, sin ningún merecimiento Nuestro, la altísima dignidad y las gravísimas preocupaciones del Pontificado Supremo, precisamente el año que coincide con el cuadragésimo aniversario de la consagración del género humano al Sacratísimo Corazón del Redentor, prescrita por Nuestro inmortal Predecesor León XIII, al declinar el pasado siglo, en los umbrales del Año Santo.

¡Con qué júbilo, emoción e íntima aprobación acogimos entonces como celestial mensaje la Encíclica *Annum Sacrum*, precisamente cuando, novel sacerdote, habíamos podido recitar: *Introibo ad altare Dei!* (Ps. XLII, 4). Y ¡con qué ardiente entusiasmo unimos Nuestro corazón a los pensamientos y a las intenciones que animaban y guiaban aquel acto verdaderamente providencial de un Pontífice que, con tan profunda agudeza, conocía las necesidades y las llagas, manifiestas y ocultas, de su tiempo! ¿Cómo, pues, no sentiremos hoy profundo reconocimiento a la Providencia, que ha querido hacer coincidir Nuestro primer año de Pontificado con un recuerdo tan importante y querido de Nuestro primer año de sacerdocio? ¿Cómo no acoger con júbilo tal coyuntura para hacer del culto al «Rey de reyes y Señor de los señores» (cf. *I Tim.* VI, 15; *Apoc.* XIX, 16) como la plegaria del

*introito* de este Nuestro Pontificado, con el espíritu de Nuestro inolvidable Predecesor y para la fiel realización de sus intenciones? ¿Cómo no hacer de él el alfa y la omega de Nuestra voluntad, de Nuestra esperanza, de Nuestra enseñanza y de Nuestra actividad, de Nuestra paciencia y de Nuestros sufrimientos, consagrados todos ellos a la difusión del reino de Cristo?

#### FUENTE DE INEFABLES BIENES

Si Nos contemplamos a la luz de la eternidad — *sub specie aeternitatis* — los acontecimientos externos y el íntimo desenvolvimiento de los últimos cuarenta años, y si medimos sus grandezas y deficiencias, aquella consagración universal a Cristo Rey se manifiesta cada vez más a Nuestro espíritu en el significado sagrado, en el simbolismo exhortador, en el intento de purificación y de elevación, de robustecimiento y de defensa de las almas, y, al mismo tiempo, en la previsoría sabiduría, atenta a curar y ennoblecer toda la sociedad humana y a promover su verdadero bien. Cada vez con mayor claridad se nos revela como mensaje de exhortación y de gracia de Dios, no sólo para su Iglesia, sino aun para un mundo, tan necesitado de estímulo y de guía, que, sumergido en el culto de lo presente, se extraviaba cada vez más, y se agotaba en la fría rebusca de ideales terrenos; mensaje para una humanidad que, en escuadrones cada vez más nutridos, se alejaba de la fe en Cristo, y, más aún, del reconocimiento y de la observancia de su ley; mensaje contra una ideología del mundo para la cual eran escándalo y locura la doctrina de amor y de renuncia del Sermón de la Montaña y la prueba divina de amor de la Cruz. Como un día el Precursor del Señor a los que le preguntaban con deseo de instruirse proclamaba: «He ahí el Cordero de Dios» (*Io.* I, 29), para prevenirles que el Deseado de los pueblos (cf. *Agg.* II, 8), si bien todavía desconocido, moraba en medio de ellos, de la misma manera el representante de Cristo, con aquel poderoso grito de conjuro: «He ahí vuestro Rey» (*Io.* XIX, 14), se dirigía a los renegados, a los dudosos, a los indecisos, a los fluctuantes, que o se ne-

gaban a seguir al Redentor glorioso, viviente y operante siempre en su Iglesia, o lo seguían con descuido y flojedad.

De la difusión y del arraigo del culto al Divino Corazón del Redentor, que encontró su espléndida corona, no sólo en la consagración del género humano al declinar del pasado siglo, sino también en la introducción de la fiesta de la Realeza de Cristo por nuestro inmediato Predecesor de venerada memoria, han brotado inefables bienes para innumerables almas —un «impetuoso río», que «alegra la ciudad de Dios» (cf. *Ps.* XLV, 5). ¿Qué época necesitó más que la nuestra de tales bienes? ¿Qué época sufrió el tormento del vacío espiritual y de profunda indigencia interior más que la nuestra, a pesar de toda clase de progresos en el orden técnico y puramente civil? ¿No se le puede, quizás, aplicar la palabra reveladora del Apocalipsis: «Dices: rico soy y opulento y de nada necesito. Y ¿no sabes que eres necesitado, miserable, y pobre, ciego y desnudo?» (*Apoc.* III, 17).

¡Venerables Hermanos! ¿Cabe obligación mayor y más urgente que la de «evangelizar las inconmensurables riquezas de Cristo» (*Eph.* III, 8), a los hombres de nuestra época? ¿Cabe cosa más noble que desplegar al viento las «banderas del Rey» ante los que siguieron y siguen banderas falaces, y reconquistar para el victorioso estandarte de la Cruz a los que lo han abandonado? ¿Qué corazón no debería arder y sentirse empujado a prestar su ayuda, a la vista de tantos hermanos y hermanas que, por errores, pasiones, instigaciones y prejuicios, se han alejado de la fe en el verdadero Dios y se han separado del alegre y salvador mensaje de Jesucristo? Quien pertenece a la «milicia de Cristo», sea eclesiástico o seglar, ¿no debería sentirse estimulado y excitado a mayor vigilancia, a defensa más decidida, cuando ve crecer, cada vez más, los escuadrones de los enemigos de Cristo, cuando contempla cómo los portavoces de tales tendencias, renegando o despreciándose, en la práctica, de las verdades vivificadoras y de los valores encerrados en la fe en Dios y en Cristo, rompen sacrílegamente las tablas de los mandamientos de Dios, para sustituirlas con tablas y normas de las que está desterrada la

sustancia ética de la revelación del Sinaí, el espíritu del Sermón de la Montaña y de la Cruz? ¿Quién podrá mirar sin profundo dolor cómo semejantes desviaciones preparan una trágica cosecha en los que, en días de calma y de seguridad, se agrupaban entre los seguidores de Cristo, pero que, desgraciadamente, cristianos más de nombre que de hecho, en la hora en que es menester perseverar, luchar, sufrir, hacer frente a las persecuciones ocultas o descubiertas, sucumben víctimas de la pusilanimidad, de la debilidad, de la incertidumbre, y, atemorizados ante los sacrificios impuestos por su profesión cristiana, no encuentran fuerza para beber el amargo cáliz de los fieles de Cristo?

## GRATITUD Y DEBER DEL PADRE SANTO

En estas condiciones de tiempo y de espíritu, Venerables Hermanos, la próxima fiesta de Cristo Rey (para la cual os llegará esta Nuestra primera Encíclica) sea día de gracia y de profunda renovación y despertar en el espíritu del Reino de Cristo. Sea día en el que la consagración del género humano al Corazón Divino, que debe celebrarse en modo particularmente solemne, reúna cabe el trono del Eterno Rey a los fieles de todos los pueblos y de todas las naciones en adoración y en reparación, para renovarle a Él y a su ley de verdad y de amor, ahora y siempre, el juramento de fidelidad. Sea día de gracia para los fieles, en los cuales el fuego que el Señor vino a traer a la tierra se convierta en llama cada vez más luminosa y pura. Sea día de gracia para los tibios, los cansados, los hastiados, y en su corazón pusilánime maduren nuevos frutos de renovación de espíritu y de robustecimiento de ánimos. Sea también día de gracia para los que no han conocido a Cristo o lo han perdido; día en el que se eleve al cielo la oración de millones de corazones fieles; «la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo» (cf. *Io.* I, 9) pueda esclarecerles el camino de la salvación y su gracia suscitar en el corazón inquieto de los extraviados la nostalgia de los bienes eternos, nostalgia que los empuje a volver a

Aquel que desde el doloroso trono de la Cruz tiene sed de sus almas y ardiente deseo de llegar a ser también para ellas «camino, verdad y vida» (cf. *Io.* XIV, 6).

Al poner esta primera Encíclica de Nuestro Pontificado, con el corazón rebosante de confiada esperanza, bajo el signo de Cristo Rey, Nos sentimos absolutamente seguros del consentimiento unánime y entusiástico de toda la «grey del Señor». Las experiencias, las ansiedades y las pruebas de la hora actual despiertan, agudizan y purifican el sentimiento de solidaridad de la familia católica en grado raras veces conseguido. Ellas igualmente suscitan, en todos los que creen en Dios y en Cristo, la conciencia de una amenaza común proveniente de un común peligro. De este espíritu de solidaridad católica, que es recogimiento y firmeza, resolución y voluntad de victoria, poderosamente aumentado en tan arduas circunstancias, Nos experimentamos un soplo consolador e inolvidable en aquellos días en los que, con trémulo paso, pero confiando en Dios, tomamos posesión de la Cátedra que la muerte de Nuestro gran Predecesor había dejado vacante.

#### PATERNAL GRATITUD

Ante el vivo recuerdo del sinnúmero de testimonios de adhesión filial a la Iglesia y al Vicario de Cristo, y de las manifestaciones tan afectuosas, entusiásticas y espontáneas que con motivo de Nuestra elección y coronación recibimos, Nos place aprovechar esta ocasión propicia para dirigiros a vosotros, Venerables Hermanos, y a cuantos pertenecen a la grey del Señor, palabras de conmovido agradecimiento por aquel plebiscito pacífico de amor reverente y de inquebrantable fidelidad al Papado, en el que se reconocía la providencial misión del Sumo Sacerdote y del Pastor Supremo. Porque ciertamente todas aquellas manifestaciones no iban ni podían ir dirigidas a Nuestra humilde persona, sino únicamente al oficio altísimo a que el Señor Nos había elevado. Y si ya desde aquel primer momento sentíamos todo el peso de las graves responsabilidades anejas a la suma potestad que Nos confería la



Providencia divina, al mismo tiempo Nos consolaba grandemente ver aquella grandiosa y palpable demostración de la indivisible unidad de la Iglesia Católica, que tanto más compacta se abraza a la indestructible roca de Pedro y le forma a su alrededor muros y defensas más fuertes, cuanto más crece la altivez de los enemigos de Cristo. Este mismo plebiscito de unidad católica mundial y de sobrenatural fraternidad de pueblos, en torno al Padre común, Nos parecía tanto más rico en felices esperanzas cuanto más trágicas eran las circunstancias materiales y espirituales del momento en que acaecía; y su recuerdo Nos siguió confortando aún en los primeros meses de Nuestro Pontificado, cuando experimentamos ya las fatigas, las ansiedades y las pruebas de que está sembrado el camino de la Esposa de Cristo a través del mundo.

Ni queremos pasar en silencio el profundo eco de conmovido reconocimiento que en Nuestro corazón suscitó la felicitación de todos cuantos, sin pertenecer al cuerpo visible de la Iglesia Católica, en su nobleza y sinceridad, no han dejado de sentir todo lo que, o por el amor a la persona de Cristo o por la fe en Dios, les une a Nos. Vaya a todos ellos la expresión de Nuestra gratitud. A todos y a cada uno los encomendamos a la protección y a la dirección del Señor, y solemnemente les aseguramos que sólo un pensamiento domina Nuestra mente: imitar el ejemplo del Buen Pastor para conducir a todos a la verdadera felicidad, «para que tengan vida y la tengan más abundante» (cf. *Io.* X, 10).

#### LA OBRA PROVIDENCIAL DE LOS PACTOS DE LETRÁN

Pero de manera particular Nos sentimos movidos en Nuestro ánimo a patentizar Nuestra íntima gratitud por las manifestaciones de reverente homenaje que Nos han llegado de Soberanos, de Jefes de Estado y de Autoridades públicas de naciones con las que la Santa Sede se halla en relaciones amistosas. Y siente particular alegría Nuestro corazón al poder incluir en este número, con ocasión de esta primera En-

cíclica dirigida a todo el pueblo cristiano esparcido por el mundo, la amada Italia, fecundo jardín de la fe plantado por los Príncipes de los Apóstoles, la cual, gracias a la obra providencial de los pactos Lateranenses, ocupa en la actualidad un puesto de honor en la categoría de los Estados oficialmente representados cerca de la Santa Sede. En estos Pactos tuvo feliz principio, como aurora de tranquila y fraterna unión de ánimos, ante los sagrados altares y en el consorcio civil, la *Paz de Cristo restituída a Italia*; paz, por cuyo sereno cielo suplicamos al Señor penetre, avive, dilate y corrobore fuerte y profundamente el alma del pueblo italiano, a Nos tan cercano, en medio del cual respiramos el mismo hálito de vida; ansiamos, y así lo pedimos a Dios, que este pueblo, tan querido por Nuestros Predecesores y por Nos, fiel a sus gloriosas tradiciones católicas, sienta cada vez más en la elevada protección divina la verdad de las palabras del Salmista: «Bienaventurado el pueblo que tiene al Señor por su Dios» (*Ps. CXLIII, 15*). Esta tan deseada nueva situación jurídica y espiritual, que creó y selló para Italia y todo el orbe católico aquella obra destinada a dejar una huella indeleble en la historia, jamás se Nos presentó tan grandiosa y unificadora como cuando desde la excelsa *loggia* de la Basílica Vaticana abrimos y levantamos por primera vez Nuestros brazos y Nuestra mano para bendecir a Roma, sede del Papado y Nuestra amadísimas ciudad natal, y a Italia reconciliada con la Iglesia, y a los pueblos del mundo entero.

#### EL DEBER DEL VICARIO DE CRISTO

Somos Vicario de Aquel que, en una hora decisiva, delante del representante de la más alta autoridad terrena de entonces, pronunció la augusta palabra: «Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio a la verdad: todo aquel que pertenece a la verdad, oye mi voz» (*Jo. XVIII, 37*). Y por ello estamos Nos persuadidos de que el principal deber que Nos impone Nuestro oficio, aun en estos nuestros tiempos, es dar testimonio a la verdad con fortaleza apostólica. Este

deber implica necesariamente la exposición y la refutación de errores y de culpas humanas que es menester conocer para que sea posible el tratamiento y la cura: «Conoceréis la verdad y la verdad os librará» (*Jo. VIII, 32*). En el cumplimiento de este Nuestro deber no Nos dejaremos influir por consideraciones terrenas ni titubearemos por desconfianzas y contradicciones, por repulsas e incomprensiones, ni por temor de malas inteligencias y de falsas interpretaciones. Nuestra conducta estará siempre animada de aquella caridad paternal que, mientras sufre por los males que atormentan a los hijos, les señala el remedio; en una palabra, Nos esforzaremos por imitar al divino modelo de los Pastores, Jesús el Buen Pastor, que es al mismo tiempo luz y amor: «Siguiendo la verdad con amor» (*Eph. IV, 15*).

En el comienzo del camino, que conduce a la indigencia espiritual y moral de los tiempos presentes, se yerguen los nefastos esfuerzos de no pocos por destronar a Cristo, el apartamiento de la ley de la verdad que Él anunció, de la ley del amor, aliento vital de su reino.

El reconocimiento de los derechos reales de Cristo y la vuelta de los particulares y de la sociedad a la ley de su verdad y de su amor son la única vía de salvación.

En el momento en que escribimos estas líneas, Venerables Hermanos, Nos llega la espantosa noticia de que, no obstante todos Nuestros esfuerzos por conjurarlo, el terrible huracán de la guerra se ha desencadenado ya. Nuestra pluma quisiera detenerse ante el pensamiento que Nos abruma del abismo de sufrimientos de un sinnúmero de personas a las que todavía ayer sonreía un rayo de modesto bienestar en el ambiente familiar. Nuestro corazón paternal se llena de angustia al prever todo lo que podrá brotar de la tenebrosa semilla de la violencia y del odio, a los que la espada abre hoy surcos sangrientos. Pero precisamente ante estas apocalípticas previsiones de inminentes y futuras desventuras, juzgamos como deber Nuestro levantar con creciente insistencia los ojos y los corazones de aquellos en quienes todavía queda un sentimiento de buena voluntad, hacia el Único de quien viene la salvación

del mundo; hacia el Único que con mano omnipotente y misericordiosa puede poner fin a esta tempestad; hacia el Único que con su verdad y amor puede iluminar las inteligencias y encender los ánimos de una parte tan ingente de la humanidad, sumergida en el error, en el egoísmo, en altercados y en luchas, para encaminarla nuevamente conforme al espíritu de la Realeza de Cristo.

Tal vez — ¡Dios lo quiera! — se puede esperar que esta hora de máxima indigencia cambie la manera de pensar y de sentir de muchos que hasta ahora, con ciega confianza, avanzaban por el camino de los errores modernos tan extendidos, sin sospechar lo insidioso e incierto del terreno que pisaban. Tal vez muchos que no entendían la importancia de la misión educadora y pastoral de la Iglesia comprenderán ahora mejor sus amonestaciones, que ellos desatendieron con la falsa seguridad de tiempos pasados. Las angustias presentes son la apología más impresionante del Cristianismo, tal que no puede haber mayor. De la gigantesca vorágine de errores y movimientos anticristianos se han cosechado frutos tan amargos que constituyen una condenación, cuya eficacia supera a toda refutación teórica.

Horas de desilusión tan penosa son con frecuencia horas de gracia — «un paso del Señor» (cf. *Ex.* XII, 11) en el que, ante la palabra del Salvador: «He aquí que estoy a la puerta y llamo» (*Apoc.* III, 20), se abren puertas que, de otro modo, permanecerían cerradas. Sabe Dios con qué amor de compasión, con qué santo júbilo se vuelve Nuestro corazón a los que, como efecto de tan dolorosas experiencias, sienten nacer en sí el deseo impelente y saludable de la verdad, de la justicia y de la paz de Cristo. Pero aun para aquellos para quienes no ha sonado todavía la hora de la iluminación celestial, Nuestro corazón no conoce sino amor, y Nuestros labios no tienen sino plegarias al Padre de las luces, para que haga brillar en su ánimo, indiferente o enemigo de Cristo, un rayo de aquella luz que un día transformó a Saulo en Pablo, de aquella luz que ha patentizado su fuerza misteriosa precisamente en los tiempos más difíciles para la Iglesia.

## ANTE LOS ERRORES MODERNOS

### LA RAÍZ DE ELLOS

Para una afirmación doctrinal completa de las verdades contra los errores de los tiempos presentes, si hay necesidad de hacerla, se pueden escoger circunstancias menos perturbadas por los infortunios de acontecimientos exteriores; por ahora Nos limitamos a algunas observaciones fundamentales.

La época actual, Venerables Hermanos, además de añadir a las desviaciones doctrinales del pasado nuevos errores, los ha empujado a extremos de los que no se pueden seguir sino extravío y ruina. Y, ante todo, es cierto que la raíz profunda y última de los males que deploramos en la sociedad moderna es el negar y rechazar una norma de moralidad universal, así en la vida individual como en la vida social y en las relaciones internacionales; el desconocimiento, en una palabra, tan extendido en nuestros tiempos, y el olvido de la misma ley natural, la cual tiene su fundamento en Dios, criador omnipotente y padre de todos, supremo y absoluto legislador, omnisciente y justo juez de las acciones humanas. Cuando se reniega de Dios, queda también sacudida toda base de moralidad, se ahoga, o al menos se apaga notablemente, la voz de la naturaleza que enseña, aun a los ignorantes y a las tribus no civilizadas, lo que es bueno o malo, lícito o ilícito, y hace sentir la responsabilidad de las propias acciones ante un Juez supremo.

Ahora bien, la negación de la base fundamental de la moralidad tuvo en Europa su raíz originaria en haberse separado de la doctrina de Cristo, cuya depositaria y maestra es la Cátedra de Pedro; doctrina que en otro tiempo dió cohesión espiritual a Europa, cuando educada, ennoblecida y civilizada por la Cruz, llegó a tal grado de progreso civil, que se hizo maestra de otros pueblos y de otros continentes. Pero, al abandonar el magisterio infalible de la Iglesia, no pocos hermanos separados llegaron hasta negar el dogma cen-

tral del Cristianismo, la divinidad del Salvador, acelerando así el proceso de disolución espiritual.

### SEÑALES DE PAGANISMO

Narra el sagrado Evangelio que, cuando Jesús fué crucificado: «las tinieblas invadieron toda la superficie de la tierra» (*Matth.* XXVII, 45): símbolo espantoso de lo que sucede y sigue sucediendo espiritualmente dondequiera que la incredulidad, ciega y orgullosa de sí, ha excluído de hecho a Cristo de la vida moderna, especialmente de la pública, y con la fe en Cristo ha sacudido también la fe en Dios. Los valores morales, según los cuales en otros tiempos se juzgaban las acciones privadas y públicas, han caído, por consecuencia, como en desuso; y el tan decantado laicismo de la sociedad, que ha hecho cada vez más rápidos progresos, sustrayendo el hombre, la familia y el Estado al influjo benéfico y regenerador de la idea de Dios y de la enseñanza de la Iglesia, ha hecho reaparecer, hasta en regiones donde por tantos siglos brillaron los fulgores de la civilización cristiana, las señales de un paganismo corrompido y corruptor, cada vez más claras, cada vez más palpables, cada vez más angustiosas: «Doquier se extendieron las tinieblas, después que crucificaron a Jesús» (*Brev. Rom.*, Parasc., respons. 4).

Muchos, tal vez, al alejarse de la doctrina de Cristo, no tuvieron pleno conocimiento de que eran engañados por el falso espejismo de frases brillantes que proclamaban aquella separación como liberación de la servidumbre en que anteriormente estuvieran retenidos, ni preveían las amargas consecuencias del lamentable cambio entre la verdad que liberta y el error que reduce a la esclavitud; ni pensaban que renunciando a la ley de Dios, infinitamente sabia y paterna, y a la unificadora y ennoblecedora doctrina de amor de Cristo, se entregaban al capricho de una prudencia humana pobre y mudable; hablaban de progreso, cuando retrocedían; de elevación, cuando se degradaban; de ascensión a la madurez, cuando se esclavizaban; no percibían la vanidad de todo es-

fuerzo humano para sustituir la ley de Cristo por algo que la iguale: «se infatuaron en sus pensamientos» (*Rom. I, 21*).

Debilitada la fe en Dios y en Jesucristo, y oscurecida en los ánimos la luz de los principios morales, se quitó el apoyo al único e insustituible fundamento de aquella estabilidad y tranquilidad, de aquel orden interno y externo, privado y público, el único que puede promover y salvaguardar la prosperidad de los Estados.

Es cierto que, cuando Europa estaba hermanada por idénticos ideales recibidos de la predicación cristiana, no faltaron disensiones, trastornos y guerras que la desolaron; pero, tal vez, jamás se experimentó tan agudo ese descorazonamiento de nuestros días sobre la posibilidad de hallarles un fin; entonces estaba muy viva aquella conciencia de lo justo y de lo injusto, de lo lícito y de lo ilícito, que facilita los acuerdos, mientras refrena el desencadenarse de las pasiones y deja abierta la vía a una honesta inteligencia. En nuestros días, por el contrario, las disensiones no provienen únicamente del ímpetu de pasiones rebeldes, sino de una profunda crisis espiritual, que ha trastornado los sanos principios de la moral privada y pública.

## *EL OLVIDO DE LA LEY DE SOLIDARIDAD Y DE CARIDAD*

Entre los múltiples errores que brotan de la fuente envenenada del agnosticismo religioso y moral hay dos sobre los que queremos llamar de manera particular vuestra atención, Venerables Hermanos, porque ellos hacen casi imposible, o al menos precaria e incierta, la pacífica convivencia de los pueblos.

El primero de estos perniciosos errores, en la actualidad enormemente extendido, es el olvido de la ley de solidaridad y caridad humana, que es dictada e impuesta por un origen común y por la igualdad de la naturaleza racional en todos los hombres, sea cual fuere el pueblo a que pertenezcan, y por el sacrificio de la redención ofrecido por Jesucristo en el

ara de la Cruz a su Padre celestial en favor de la humanidad pecadora.

Efectivamente, la primera página de la Escritura nos narra con una grandiosa sencillez cómo Dios, a guisa de corona de su obra creadora, hizo al hombre a su imagen y semejanza (cf. *Gen.* I, 26-27); y la misma Escritura nos enseña que lo enriqueció de dones y privilegios sobrenaturales, destinándolo a una felicidad eterna e inefable. Nos muestra, además, cómo de la primera pareja proceden los demás hombres, cuya división en varios grupos y su dispersión por las diversas partes del mundo nos hace presenciar con una insuperable plasticidad de lenguaje. Aun cuando se alejaron de su Criador, Dios no cesó de considerarlos como hijos que, según sus misericordiosos designios, todavía estaban destinados a reunirse un día nuevamente en su amistad (cf. *Gen.* XII, 3).

El Apóstol de las Gentes se constituye, a su vez, en heraldo de esta verdad, que hermana a los hombres en una gran familia, cuando anuncia al mundo griego que Dios «sacó de un mismo tronco todo el linaje de los hombres, para que habitase sobre toda la faz de la tierra, fijando la duración de su existencia y los límites de la habitación de cada pueblo, para que buscasen al Señor» (*Act.* XVII, 26-27).

#### UNIDAD DE LA FAMILIA HUMANA

Maravillosa visión, que nos hace contemplar al género humano en la unidad de su origen común en Dios: «Uno el Dios y Padre de todos, el cual está sobre todos y por todos y en todos nosotros» (*Eph.* IV, 6); en la unidad de naturaleza, que consta igualmente en todos los hombres de cuerpo material y de alma espiritual e inmortal; en la unidad del fin inmediato y de su misión en el mundo, en la unidad de habitación, la tierra, de cuyos bienes todos los hombres pueden ayudarse por derecho natural, para sustentar y desarrollar la vida; en la unidad del fin sobrenatural, que es Dios mismo, al cual todos deben tender; en la unidad de los medios para conseguir tal fin.



Y el mismo Apóstol nos muestra la humanidad en la unidad de relaciones con el Hijo de Dios, imagen del Dios invisible, en quien todas las cosas han sido criadas (*Col. I, 16*); en la unidad de su rescate, efectuado para todos por Cristo, que restableció, mediante su santa y acerbísima pasión, la destruída amistad originaria con Dios, constituyéndose mediador entre Dios y los hombres: «porque uno es Dios, y uno también el mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo Hombre» (*I Tim. II, 5*).

Y para hacer más íntima esta amistad entre Dios y la humanidad, el mismo Mediador divino y universal de salvación y de paz, en el sagrado silencio del Cenáculo, mientras se preparaba al sacrificio supremo, dejó caer de sus labios divinos la palabra que repercute vivísima a través de los siglos, suscitando heroísmos de caridad en medio de un mundo sin amor y destrozado por el odio: «Este es mi mandato: que os améis los unos a los otros, como Yo os he amado» (*Io. XV, 12*).

Verdades sobrenaturales son éstas, que establecen profundas bases y fortísimos vínculos de la unión común, reforzados por el amor de Dios y del Redentor divino, de quien todos y cada uno reciben la salud «para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe, al conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, según la medida de la plenitud de Cristo» (*Eph. IV, 12-13*).

A la luz de esta unidad, en derecho y en hecho, de la humanidad entera, no se nos presentan los individuos desligados entre sí como granos de arena; sino, por el contrario, unidos — por destino e impulso natural a la vez que sobrenatural — con relaciones orgánicas, armónicas y mutuas, que varían con el variar de los tiempos.

Y los pueblos, al separarse y diferenciarse según las diversas condiciones de vida y de cultura, no están destinados a romper la unidad del género humano, sino a enriquecerlo y embellecerlo con la comunicación de sus peculiares dotes y con el recíproco intercambio de bienes, que puede ser, a la vez, posible y eficaz únicamente cuando el amor

mutuo y la caridad sentida vivamente unen a todos los hijos del mismo Padre y a todos los redimidos por la misma Sangre divina.

La Iglesia de Cristo, fidelísima depositaria de la divina prudencia educadora, no puede pensar ni piensa en menoscabar y desestimar las características particulares que cada pueblo, con celoso cariño y comprensible orgullo, custodia y guarda cual precioso patrimonio. Su fin es la unidad sobrenatural en el amor universal, sentido y practicado; no la uniformidad exclusivamente externa, superficial y, como tal, debilitadora. Todas las normas y cuidados que sirven para el desenvolvimiento prudente y ordenado de fuerzas y tendencias particulares y tienen su raíz en las más recónditas entrañas de toda stirpe, si es que no se oponen a las obligaciones que a la humanidad sobrevienen de la unidad de origen y común destino, la Iglesia los saluda con júbilo y los acompaña con sus maternos plácemes. Ella ha demostrado repetidas veces, en su actividad misionera, que norma tan fundamental es la estrella polar de su apostolado universal. Misioneros de todos tiempos, con innumerables ensayos e intentos de pioneros, que se llevaron a cabo con sacrificio, abnegación y amor, se han propuesto facilitar la interna comprensión y el respeto de las civilizaciones más diversas y hacer fecundos sus valores espirituales para la predicación viva y vivificante del Evangelio de Cristo. Todo lo que en tales usos y costumbres indígenas no esté indisolublemente ligado a errores religiosos, encontrará siempre examen benévolo y, si es posible, tutela y favor. Nuestro inmediato Predecesor, de santa y venerada memoria, aplicando tales normas a una cuestión sobremanera delicada, tomó decisiones generosas que levantan un monumento a su intuición vasta y al ardor de su espíritu apostólico. Ni es necesario, Venerables Hermanos, anunciaros que Nosotros queremos también avanzar sin indecisiones por el mismo camino. Todos aquellos que ingresan en la Iglesia, sean cuales fueren su origen y su lengua, han de saber que tienen igual derecho de hijos en la casa del Señor, donde impera la ley y la paz de Cristo. En confor-

midad con tales normas de igualdad, la Iglesia consagra sus cuidados a formar un clero indígena culto y aumentar gradualmente las filas de los Obispos indígenas. Y para dar a estas Nuestras intenciones expresión palpable, hemos escogido la inmediata fiesta de Cristo Rey para elevar a la dignidad episcopal, sobre el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, doce representantes de los pueblos y estirpes más diversas. En medio de las desgarradoras luchas que dividen la familia humana, proclame este acto solemne a la faz de todos Nuestros hijos, diseminados por el mundo, que el espíritu, la enseñanza y la actuación de la Iglesia jamás podrá ser diverso de lo que el Apóstol de las Gentes predicaba: «Vestíos del [hombre] nuevo, que se renueva mostrándose conforme a la imagen de Aquel que lo ha criado; en Él no existe griego ni judío, circunciso o incircunciso, bárbaro o escita, esclavo o libre, sino que todo y en todos es Cristo» (*Col. III, 10-11*).

#### CRISTIANO AMOR A LA PATRIA

Ni se ha de temer que la conciencia de la fraternidad universal, fomentada por la doctrina cristiana, y el sentimiento que ella inspira, se opongan al amor, a la tradición y a las glorias de la propia patria, o impidan promover la prosperidad y los intereses legítimos; pues la misma doctrina enseña que en el ejercicio de la caridad existe un orden establecido por Dios, según el cual se debe amar más intensamente y ayudar preferentemente a los que nos están unidos con especiales vínculos. Aun el Divino Maestro dió ejemplo de esta preferencia a su tierra y a su patria, llorando sobre las inminentes ruinas de la Ciudad Santa. Pero el legítimo y justo amor a la propia patria no nos debe cerrar los ojos cuanto a la universalidad de la caridad cristiana, que nos enseña también a considerar los demás y su bienestar a la luz pacificadora del amor.

Tal es la maravillosa doctrina de amor y de paz, que ha contribuído tan noblemente al progreso civil y religioso de la humanidad.

Y los heraldos que la anunciaron, animados de caridad sobrenatural, no sólo roturaron terrenos y curaron enfermos, sino que, sobre todo, mejoraron, modelaron y elevaron la vida a alturas divinas, lanzándola hacia las cumbres de la santidad, donde todo se ve en la claridad de Dios; levantaron monumentos y templos que demuestran a qué vuelos de geniales alturas empuja el ideal cristiano; pero, sobre todo, hicieron de los hombres, sabios o ignorantes, poderosos o débiles, templos vivos de Dios y sarmientos de la misma vid, Cristo; transmitieron a las generaciones venideras los tesoros de arte y de sabiduría antigua; pero, sobre todo, las hicieron participantes de aquel inefable don de la sabiduría eterna, que hermana y une a los hombres con vínculo de parentesco sobrenatural.

#### *NEGACION DE LA AUTORIDAD DE DIOS*

Venerables Hermanos: Si el olvido de la ley de caridad universal, única que puede consolidar la paz apagando los odios y atenuando los rencores y las desavenencias, es fuente de gravísimos males para la convivencia pacífica de los pueblos, no menos nocivo al bienestar de las naciones y a la prosperidad de la gran sociedad humana, que recoge y abraza dentro de sus confines a todos los pueblos, aparece el error contenido en aquellas teorías que no dudan en separar la autoridad civil de toda dependencia del Ser supremo — causa primera y Señor absoluto tanto del hombre como de la sociedad — y de toda ligadura de ley trascendente que se deriva de Dios, como de fuente primaria, y conceden a esa misma autoridad una facultad ilimitada de acción, abandonada a las ondas mudables del libre albedrío, o exclusivamente a los dictámenes de exigencias históricas contingentes y de intereses relativos.

Cuando así se ha negado la autoridad de Dios y el imperio de su ley, el poder civil, por consecuencia ineluctable, tiende a apropiarse aquella absoluta autonomía que sólo compete al Supremo Hacedor, y a hacer las veces del Omnipotente, elevando el Estado o la colectividad a fin último de

la vida, a supremo criterio del orden moral y jurídico, y a prohibir, consiguientemente, toda apelación a los principios de la razón natural y de la conciencia cristiana.

No ignoramos, es verdad, que afortunadamente no siempre los principios erróneos ejercitan absolutamente su influjo, sobre todo cuando las tradiciones cristianas multiseculares, de las que se han nutrido los pueblos, perseveran todavía profunda, aunque inconscientemente, arraigadas en los corazones.

Aun así, no se debe olvidar la esencial insuficiencia y fragilidad de toda norma de vida social que descansa sobre fundamento exclusivamente humano, se inspire en motivos meramente terrenos y haga consistir su fuerza en la sanción de una autoridad meramente externa.

Donde se niega que el derecho humano dependa del derecho divino; donde no queda como fundamento sino una idea inconsistente de autoridad meramente terrena y se reivindica una autonomía fundada únicamente en una moral utilitaria, allí, hasta el mismo derecho humano pierde justamente en las exigencias más difíciles de su cumplimiento la fuerza moral, que es la condición esencial para ser reconocido y exigir hasta sacrificios.

Bien es verdad que el poder apoyado sobre fundamentos tan débiles y vacilantes puede conseguir alguna vez, gracias a determinadas circunstancias, éxitos materiales de que se maravillan observadores no muy profundos; pero llega un momento en que triunfa la ineludible ley que sacude todo cuanto se ha construído sobre una velada o manifiesta desproporción entre la magnitud del éxito material y externo y la fragilidad del valor interno y de su fundamento moral. Desproporción que subsiste siempre que la autoridad pública desconoce o niega el dominio del Legislador supremo que, si ha dado la autoridad a los gobernantes, también les ha señalado y determinado los límites de la misma.

#### MISIÓN DEL ESTADO

De hecho, la soberanía civil ha sido establecida por el Criador (como sabiamente enseña nuestro gran Predecesor

León XIII en la encíclica *Immortale Dei*) para que regule la vida social según las prescripciones de un orden inmutable en sus principios universales, haga más factible a la persona humana, en el orden temporal, la consecución de la perfección física, intelectual y moral, y le ayude a conseguir el fin sobrenatural.

Es, por tanto, noble prerrogativa y misión del Estado inspeccionar, ayudar y ordenar las actividades privadas e individuales de la vida nacional, para hacerlas converger armónicamente al bien común, el cual no puede ser determinado por conceptos arbitrarios, ni recibir su norma, en primer término, de la prosperidad material de la sociedad, sino, más bien, del desenvolvimiento armónico y de la perfección natural del hombre, fines a que el Criador ha destinado la sociedad como medio.

Considerar el Estado como fin, al que deba subordinarse y dirigirse todo, sólo podría tener consecuencias nocivas para la prosperidad verdadera y estable de las naciones. Y esto sucede, o cuando este dominio ilimitado se atribuye al Estado, como mandatario de la nación, del pueblo, o sólo de una clase social; o cuando lo reclama el mismo Estado como absoluto señor, independientemente de todo mandato.

Si, en efecto, el Estado se atribuye y ordena las iniciativas privadas, éstas, gobernadas como están por normas internas, delicadas y complejas, que garantizan y aseguran la consecución del fin que les es propio, pueden recibir daño, a costa del mismo bien público, cuando se las arranca de su ambiente natural, es decir, de su responsable actividad privada.

Tanto la célula primaria y esencial de la sociedad, la familia, como su bienestar y su crecimiento, correrían entonces el peligro de ser considerados exclusivamente con el criterio del poderío nacional, olvidando que la persona y la familia son por naturaleza anteriores al Estado, y que a ambas dió el Criador fuerzas y derechos y les señaló una misión que corresponde a inequívocas exigencias naturales.

La educación de las nuevas generaciones no tendería a un desarrollo equilibrado y armónico de las fuerzas físicas y de

todas las cualidades intelectuales y morales, sino a una formación unilateral de aquellas virtudes cívicas que se consideran necesarias para la consecución de éxitos políticos; y, por el contrario, aquellas virtudes, que dan a la sociedad un perfume de nobleza, de humanidad y de respeto, dejarían de inculcarse como si deprimiesen la valentía del ciudadano.

## DERECHOS DE LA FAMILIA

Se yerguen con dolorosa claridad ante Nuestra mirada los peligros que sobre la actual y futuras generaciones tememos que puedan venir del desconocimiento, de la disminución y de la progresiva abolición de los derechos propios de la familia. Por eso Nos levantamos como firmes defensores de tales derechos con la plena conciencia del deber que Nos impone Nuestro apostólico ministerio. Las angustias de nuestros tiempos, tanto externas como internas y tanto materiales como espirituales, los múltiples errores con sus innumerables repercusiones, ninguno los saborea más amargamente que la reducida y noble célula familiar. Muchas veces es necesario un verdadero valor y, aun en su misma sencillez, un heroísmo digno de admiración y respeto, para soportar la dureza de la vida, el peso cotidiano de las miserias, la creciente indigencia y las restricciones en una proporción tal que nunca se experimentó, y de las que ordinariamente no se ve ni la razón ni la necesidad real. Quien tiene cura de almas, quien puede sondear los corazones, conoce las lágrimas ocultas de las madres, el resignado dolor de muchos padres, las innumerables amarguras de las que ninguna estadística habla ni puede hablar; ve con mirada preocupada crecer cada vez más el cúmulo de tales sufrimientos, y sabe cómo las potencias de la confusión y de la destrucción están en acecho para servirse de ellos para sus tenebrosos designios. Ante las condiciones extraordinarias en que se encuentra el mundo, nadie que tenga buena voluntad y abiertos los ojos podrá negar al poder del Estado el correspondiente derecho excepcionalmente más amplio para atender a las necesidades del pueblo. Pero el orden moral

establecido por Dios exige que, aun en tales circunstancias, se indague con la mayor seriedad y profundidad sobre la licitud de tales medidas y sobre su necesidad real, según las normas del bien común.

## DERECHOS DE LA CONCIENCIA

De todos modos, cuanto más gravosos son los sacrificios materiales exigidos por el Estado a los individuos y a las familias, tanto más sagrados e inviolables deben serle los derechos de las conciencias. Puede pretender los bienes y la sangre, jamás el alma redimida por Dios. La misión que encomendó Dios a los padres, de proveer al bien material y espiritual de la prole y de procurarle una formación armónica, imbuída de verdadero espíritu religioso, no puede arrebatar-seles sin lesionar gravemente el derecho. Ciertamente que esta formación debe tener también por fin preparar la juventud para que cumpla con inteligencia, conciencia y valor los deberes de aquel noble patriotismo que a la patria terrenal ofrece amor, abnegación y colaboración hasta donde fuere justo. Pero, por otra parte, una formación que olvide, o, peor, voluntariamente descuide el orientar la mirada y el corazón de la juventud hacia la patria sobrenatural, cometería una injusticia contra la juventud, una injusticia contra los deberes y derechos inalienables de la familia cristiana; sería una desviación que precisa remediar enérgicamente, aun por el mismo bienestar del pueblo y del Estado. Semejante educación podrá, tal vez, parecer a los responsables de ella una fuente de fuerza y de vigor; en realidad sería todo lo contrario, y sus tristes consecuencias lo demostrarían. El crimen de lesa majestad contra el «Rey de los reyes y Señor de los que dominan» (cf. *I Tim.* VI, 15; *Apoc.* XIX, 16), cometido por una educación indiferente o contraria al espíritu y sentimientos cristianos, tratando de dificultar o impedir aquella divina invitación de Cristo: «Dejad que los niños vengan a Mí» (*Marc.* X, 14), produciría amarguísimos frutos. Por el contrario, el Estado que quita preocupaciones a los corazones ensangrentados y



## APÉNDICE

desgarrados de los padres y de las madres cristianos, devolviéndoles sus derechos, no hace sino fomentar su propia paz interior y asentar las bases de un más feliz porvenir para la patria. Las almas de los hijos, dados por Dios a los padres, consagradas en el bautismo con el sello real de Cristo, son un sagrado depósito sobre el que vigila celoso el amor de Dios. El mismo Cristo que pronunció el «dejad que los niños vengan a Mí», también amenazó, no obstante su misericordia y bondad, con terribles castigos a los que escandalizan a los predilectos de su corazón. Y ¿qué escándalo más dañino a las generaciones y más durable que una formación de la juventud mal dirigida hacia una meta que aleja de Cristo, «camino, verdad y vida», y que conduce a negar a Cristo por una apostasía manifiesta u oculta? Este Cristo, de quien se quiere alejar a las jóvenes generaciones presentes y futuras, es el mismo que ha recibido de su Padre Eterno todo poder en el cielo y en la tierra. Él tiene en su mano omnipotente el destino de los Estados, de los pueblos y de las naciones. En su mano está disminuirles o prolongarles la vida, el crecimiento, la prosperidad y la grandeza. De todo lo que existe en la tierra sólo el alma es inmortal. Un sistema de educación que no respetase el recinto sagrado de la familia cristiana, protegido por la ley santa de Dios, que atentase a sus bases, que cerrase a la juventud el camino a Cristo, a las fuentes de vida y de alegría del Salvador (cf. *Is.* XII, 3) y que considerase el apostatar de Cristo y de la Iglesia como símbolo de fidelidad a una nación o a una clase determinada, pronunciaría contra sí mismo la sentencia de condenación y experimentaría a su tiempo la ineludible verdad de la palabra del Profeta: «Los que se apartan de Ti serán escritos en la tierra» (*Ier.* XVII, 13).

### SUPREMAS LEYES MORALES

La ideología que atribuye al Estado una autoridad ilimitada, no sólo es, Venerables Hermanos, un error pernicioso a la vida interna de las naciones, a su prosperidad y al creciente y ordenado incremento de su bienestar, sino que, ade-

más, causa daños a las relaciones entre los pueblos, porque rompe la unidad de la sociedad supranacional, quita su fundamento y valor al derecho de gentes, conduce a la violación de los derechos de los demás y hace difícil la inteligencia y la convivencia pacífica.

De hecho, aunque el género humano, por disposición del orden natural establecido por Dios, está dividido en grupos sociales, naciones o Estados, independientes los unos de los otros, en lo que respecta al modo de organizar y dirigir su vida interna está, sin embargo, ligado con mutuos vínculos morales y jurídicos en una gran comunidad, ordenada al bien de todos los pueblos y regulada por especiales leyes que protegen su unidad y promueven su prosperidad.

Ahora bien; no hay quien no vea que la pretendida autonomía absoluta del Estado está en abierta contradicción con esta ley inmanente y natural, más aún, la niega radicalmente, dejando a merced de la voluntad de los gobernantes la estabilidad de las relaciones internacionales y quitando hasta la posibilidad de una verdadera unión y de una colaboración fecunda en orden al interés general.

Porque, Venerables Hermanos, es indispensable para la existencia de contactos armónicos y durables y de relaciones fructuosas, que los pueblos reconozcan y observen aquellos principios de derecho natural internacional que regulan su desenvolvimiento y funcionamiento normal. Tales principios exigen el respeto de los derechos que se refieren a la independencia, a la vida y a la posibilidad de un desenvolvimiento progresivo en el camino de la civilización; exigen, además, la fidelidad a los pactos estipulados y sancionados conforme a las normas del derecho de gentes.

No cabe duda de que la condición indispensable para toda pacífica convivencia entre los pueblos y aun el alma de las relaciones jurídicas que rigen entre ellos, es la mutua confianza, la previsión y persuasión de la recíproca fidelidad a la palabra empeñada, la seguridad de que por ambas partes existe el convencimiento de que «es mejor la sabiduría que las armas bélicas» (cf. *Eccl.* IX, 18) y la disposición para discutir

y no recurrir a la fuerza o a la amenaza de la fuerza en caso de que surgiesen tardanzas, impedimentos, cambios y divergencias, todo lo cual puede derivarse no tanto de una mala voluntad cuanto del cambio de las circunstancias y de la oposición entre intereses reales.

Pero, por otra parte, separar el derecho de gentes del áncora del derecho divino, para apoyarlo en la voluntad autónoma de los Estados, es destronar ese mismo derecho y despojarle de los títulos más nobles y más eficaces, abandonándolo al infausto dinamismo del interés privado y del egoísmo colectivo, preocupado únicamente de hacer valer sus propios derechos, desconociendo los ajenos.

### ORGULLOSAS ILUSIONES

Es, sin embargo, cierto que, con el rodar del tiempo y el cambio sustancial de las circunstancias no previstas y que acaso ni se podían prever al tiempo de la estipulación, un tratado o algunas de sus cláusulas pueden resultar o aparecer injustas o inaplicables o demasiado gravosas para una de las partes; y, claro está, ante tal realidad, se debería recurrir oportunamente a una leal discusión para modificar o sustituir el pacto. Pero considerarlos efímeros por principio y atribuirse tácitamente la facultad de rescindirlos unilateralmente, porque no son ya convenientes, echaría por tierra toda la confianza recíproca entre los Estados. Quedaría, entonces, desquiciado el orden natural, y se abrirían fosos de separación, imposibles de llenar, entre los diversos pueblos y naciones.

Hoy, Venerables Hermanos, todos miran con espanto el abismo al que han llevado los errores — que Nos hemos descrito —, y sus consecuencias reales. Ya se han deshecho las orgullosas ilusiones de un progreso indefinido; mas si todavía alguno no estuviese despierto, la actualidad trágica lo sacudiría con las palabras insistentes del profeta: «Sordos, oíd, y ciegos, ved» (*Is. XLII, 18*). Lo que externamente parecía orden era únicamente perturbación invasora: trastorno en las normas de la vida moral, que se habían separado de la

majestad de la ley divina y habían contaminado todos los campos de la actividad humana. Pero dejemos el pasado y volvamos los ojos hacia ese porvenir que, según las promesas de los poderosos de este mundo, una vez que cesen los sangrientos encuentros de hoy, consistirá en un nuevo orden fundado sobre la justicia y sobre la prosperidad. Ese porvenir, ¿será, en verdad, diverso y, sobre todo, será mejor? Cuando termine esta guerra feroz, ¿los tratados de paz, el nuevo orden internacional, estarán animados por la justicia y por la equidad hacia todos, por aquel espíritu que libra y pacifica, o serán, por lo contrario, una lamentable repetición de errores antiguos y recientes? Esperar un cambio decisivo exclusivamente del encuentro de las armas y de su desenlace final es vano, y la experiencia nos lo demuestra. La hora de la victoria es una hora del triunfo externo para quien tiene la fortuna de conseguirla; pero es, al mismo tiempo, la hora de la tentación, en la que el ángel de la justicia lucha con el demonio de la violencia; el corazón del vencedor se endurece con demasiada facilidad; la moderación y la previsor prudencia le parecen debilidad; el hervor de las pasiones populares, atizado por los sacrificios y sufrimientos soportados, muchas veces nubla la vista aun a los responsables y les hace descuidar la amonestadora voz de la humanidad y de la equidad, vencida o extinguida por el inhumano *¡ay de los vencidos!* Las resoluciones y las decisiones tomadas en tales condiciones correrían peligro de no ser sino injusticia bajo la capa de justicia.

## ACTIVIDAD Y DERECHOS DE LA IGLESIA

### ENERGÍAS RENOVADAS

No, Venerables Hermanos; la salvación de los pueblos no viene de los medios externos, de la espada, que puede imponer condiciones de paz, pero no crea la paz. Las energías que deben renovar la faz de la tierra tienen que proceder del interior, del espíritu. El nuevo orden del mundo, de la vida

## APÉNDICE

nacional e internacional, una vez que cesen las amarguras y las crueles luchas actuales, no deberá en adelante fundarse sobre la incierta arena de normas mudables y efímeras, abandonadas al arbitrio del egoísmo colectivo e individual. Deben más bien apoyarse sobre el fundamento inconcuso, sobre la roca inmovible del derecho natural y de la revelación divina. Ahí ha de lograr el legislador humano aquel espíritu de equilibrio, aquel sentimiento eficaz de la responsabilidad moral, sin los que fácilmente se traspasan los límites entre el uso legítimo y el abuso del poder. Únicamente así tendrán sus decisiones consistencia interna, noble dignidad y sanción religiosa, y no fluctuarán a merced del egoísmo y de la pasión. Porque, si es verdad que los males que aquejan a la humanidad actual provienen, en parte, del desequilibrio económico y de la lucha de intereses por una distribución más equitativa de los bienes que Dios ha concedido a los hombres como medios de sustento y de progreso, no es menos verdad que su raíz es más profunda e interna, pues toca a las creencias religiosas y a las convicciones morales, pervertidas cuando los pueblos cada vez se han separado más de la unidad de doctrina y de fe, de costumbres y de moral, en otro tiempo promovida por la labor infatigable y benéfica de la Iglesia. La reeducación de la humanidad, si se quiere que sea efectiva, tiene que ser ante todo espiritual y religiosa; por tanto, debe partir de Cristo, como de su fundamento indispensable, ha de realizarse por la justicia y ha de coronarse con la caridad.

### MISIÓN MATERNAL DE LA IGLESIA

Llevar a cabo esta obra de regeneración, adaptando sus medios a las nuevas condiciones de los tiempos y a las nuevas necesidades del género humano, es el oficio esencial y materno de la Iglesia. La predicación del Evangelio, a ella confiada por su divino Fundador, en el que se inculca a los hombres la verdad, la justicia y la caridad, y el esfuerzo por arraigar sólidamente sus preceptos en los ánimos y en las conciencias, es el más noble y el más fructuoso trabajo en favor de

la paz. Esta misión, por su gran amplitud, parece que debería desalentar los corazones de los que forman la Iglesia militante. Pero el trabajo por la difusión del reino de Dios, que cada siglo ha cumplido a su manera, con sus varios medios, a costa de múltiples y duras luchas, es un mandato al que están obligados todos cuantos la gracia del Señor arrancó a la esclavitud de Satanás, al ser llamados por el bautismo a ser ciudadanos de aquel reino. Y si pertenecer a él, vivir conforme a su espíritu, trabajar por su difusión y hacer asequibles sus bienes aun a aquella parte de la humanidad que todavía está fuera de él, equivale en nuestros días a tener que luchar con oposiciones y obstáculos vastos, profundos y minuciosamente organizados, como jamás lo fueron en tiempos anteriores, esto no dispensa de la franca y valerosa profesión de fe, sino más bien estimula a mantenerse firmes en la lucha, aun a costa de los mayores sacrificios. El que vive del espíritu de Cristo no se deja abatir por las dificultades que se le oponen, antes bien se siente impulsado a trabajar con todas sus fuerzas, confiando plenamente en Dios; no se sustrae a las angustias y necesidades de la hora actual, sino que hace frente a su dura realidad, dispuesto a servir, con aquel amor que no rehuye el sacrificio, que es más fuerte que la muerte y que no se deja apagar por las impetuosas aguas de la tribulación.

Sentimos un íntimo consuelo y un gozo celestial, y por ello diariamente elevamos a Dios Nuestro agradecimiento humilde y profundo, al observar en todas las regiones del mundo católico evidentes señales de un espíritu que valerosamente arrostra las tareas gigantescas de la época actual, y que con generosidad y decisión se afana por juntar en fecunda armonía su primer y esencial deber de la propia santificación con la actividad apostólica para acrecentar el reino de Dios. Del movimiento de los Congresos eucarísticos, promovidos por Nuestros Predecesores con amoroso cuidado, y de la colaboración de los seglares formados por la Acción Católica en el profundo convencimiento de su noble misión, brotan fuentes de gracia y reservas de fuerzas, que en tiem-

## APÉNDICE

pos como los presentes, en los que aumentan las amenazas, las necesidades son mayores y arde la lucha entre el Cristianismo y el Anticristianismo, difícilmente podrían estimarse en lo que valen.

### EL APOSTOLADO DE LOS SEGLARES

Cuando hay que observar con tristeza la desproporción entre el número de los sacerdotes y las tareas que les aguardan; cuando vemos cumplirse aun hoy la palabra del Salvador — «la mies es mucha y los operarios pocos» (*Matth.* IX, 37; *Luc.* X, 2) —, la colaboración de los seglares al apostolado jerárquico, numerosa, animada de ardiente celo y generosa entrega se manifiesta poderoso auxiliar de la obra de los sacerdotes, y muestra posibilidades de desenvolvimiento que justifican las más bellas esperanzas. La súplica de la Iglesia al Señor de la mies para que envíe operarios a su viña (cf. *Matth.* IX, 38; *Luc.* X, 2) ha sido oída de la manera que convenía a las necesidades de la hora actual, supliendo felizmente y completando las energías, muchas veces impedidas e insuficientes, del apostolado sacerdotal. Una ferviente falange de hombres y mujeres, de jóvenes y de doncellas, obedeciendo a la voz del Sumo Pastor, a las órdenes de sus Obispos, se consagran con todo el ardor de su ánimo a las obras del apostolado, para lograr que vuelvan hacia Cristo las masas del pueblo alejadas de Él. A ellos vayan dirigidos, en este momento tan importante para la Iglesia y la humanidad, Nuestro saludo paterno, Nuestro sentido agradecimiento, Nuestra confiada esperanza. Ellos, en verdad, han puesto su vida y su obra bajo la bandera de Cristo Rey, y pueden repetir con el Salmista: «Yo consagro mis obras al Rey» (*Ps.* XLIV, 2). El *adveniat regnum tuum* no sólo es el deseo ardiente de sus plegarias, sino aun la regla directiva de sus acciones. En todas las clases, en todas las categorías, en todos los grupos, esta colaboración de los seglares con los sacerdotes descubre preciosas energías a las que está confiada una misión que los corazones nobles y fieles no podrían desear más

alta y consoladora. Este trabajo apostólico, realizado según el espíritu de la Iglesia, consagra al seglar como *ministro de Cristo*, en aquel sentido que San Agustín explica así: «Cuando oís, hermanos, al Señor que dice: «Donde yo estoy, allí estará también mi ministro», no penséis únicamente en los Obispos y clérigos buenos. Sed también, vosotros, a vuestra manera, ministros de Cristo, viviendo bien, haciendo limosnas, predicando a cuantos podáis su nombre y su doctrina, para que hasta cada padre de familia reconozca que por tal título debe amor paterno a su familia: por Cristo y por la vida eterna amoneste a todos los suyos, los enseñe, los exhorté, los corrija, con ellos use benevolencia, ejercite la disciplina; y así ejercerá en su casa un oficio de sacerdote y en cierta manera casi episcopal, sirviendo a Cristo, para que eternamente viva con Él» (*In Ev. Io. tract. LI, n. 13*).

#### EN TORNO AL HOGAR DOMÉSTICO

En la labor de promover esta colaboración de los seglares en el apostolado, tan importante en nuestros tiempos, toca una especial misión a la familia; porque el espíritu de la familia influye esencialmente en el espíritu de las jóvenes generaciones. Mientras en el hogar doméstico brille la llama sagrada de la fe en Cristo y los padres amolden y plasmen la vida de los hijos según esta fe, la juventud estará siempre dispuesta a reconocer las prerrogativas reales del Redentor, y a oponerse a quien quiera desterrarlo de la sociedad o profanar sacrílegamente sus derechos. Cuando se cierran las iglesias; cuando se quita de las escuelas la imagen del Crucificado, queda la familia como el refugio providencial y, en cierto sentido, inatacable de la vida cristiana. Damos infinitas gracias a Dios al ver que innumerables familias cumplen esta su misión con una fidelidad que no se deja amedrentar ni por ataques ni por sacrificios. Un poderoso escuadrón de jóvenes y de doncellas, aun en aquellas regiones donde la fe en Cristo significa sufrimiento y persecución, permanecen



## APÉNDICE

firmes junto al trono del Redentor con aquella tranquilidad y decisión segura que Nos hace recordar los tiempos más gloriosos de las luchas de la Iglesia. ¡Qué torrentes de bienes inundarían el mundo, qué luz, qué orden, qué paz se seguiría para la vida social; cuántas energías insustituíbles y preciosas podrían contribuir a promover el bien de la humanidad, si en todas partes se concediese a la Iglesia, maestra de justicia y de amor, aquella posibilidad de acción a que tiene sagrado e incontrovertible derecho en virtud del mandato divino! ¡Cuántas desdichas se evitarían, qué felicidad y tranquilidad se crearía, si los esfuerzos sociales e internacionales por establecer la paz se dejasen penetrar por los profundos impulsos del Evangelio del amor, en la lucha contra el egoísmo individual y colectivo!

### TRABAJO PACIFICADOR

Entre las leyes que regulan la vida de los fieles cristianos y los postulados de la genuina humanidad no existe oposición, sino consonancia y mutuo apoyo. Por el interés de la humanidad que sufre y que se ve profundamente sacudida en lo material y en lo espiritual, Nuestro más ardiente deseo es éste: que las actuales angustias abran los ojos a muchos para que consideren en su verdadera luz a Jesucristo Señor Nuestro, y la misión de su Iglesia sobre la tierra; y que todos cuantos ejercen el poder se resuelvan a dejar libre el camino a la Iglesia para trabajar en la formación de las generaciones, según los principios de la justicia y de la paz. Este trabajo pacificador exige que no se opongan obstáculos al ejercicio de la misión confiada por Dios a la Iglesia, no se limite el campo de su actividad y no se sustraigan las masas, y especialmente la juventud, a su benéfico influjo. Por tanto, Nos, como representante en la tierra de Aquel que fué llamado por el profeta «Príncipe de la Paz» (*Is. IX, 6*), apelamos a los gobernantes y a los que de alguna manera tienen influencia en los negocios públicos, para que la Iglesia goce siempre

de plena libertad en el cumplimiento de su obra educadora, anunciando a las mentes la verdad, inculcando la justicia y caldeando los corazones con la caridad divina de Cristo.

Si, por una parte, la Iglesia no puede renunciar al ejercicio de esta misión cuyo fin último es realizar en este mundo el plan divino de «restaurar en Cristo todas las cosas de los cielos y de la tierra» (*Eph. I, 10*), por otra, su obra aparece más necesaria hoy que en época alguna, pues la triste experiencia nos enseña que solos los medios externos y las medidas puramente humanas y los recursos políticos no producen lenitivo alguno eficaz a los males que aquejan a la humanidad.

Enseñados precisamente por el doloroso fracaso de los procedimientos humanos para alejar las tempestades que en su torbellino amenazan arrollar la civilización, con renovada esperanza muchos dirigen su mirada a la Iglesia, roca de la verdad y del amor, a esta Cátedra de Pedro, que, saben ellos muy bien, puede devolver al género humano aquella unidad de doctrina religiosa y de código moral que en otros tiempos dió consistencia a las relaciones pacíficas entre los pueblos.

Unidad, a la que miran con ojos de nostálgica añoranza tantos hombres responsables de la suerte de las naciones, los cuales experimentan diariamente cuán vanos son los medios en los que un día cifraran su confianza; unidad, ansiada por multitudes tan numerosas de Nuestros hijos que invocan diariamente al Dios de paz y de amor (*cf. II Cor. XIII, 11*); unidad, anhelada por tantos espíritus nobles, alejados de Nos, que en su hambre y sed de justicia y de paz, vuelven sus ojos a la Sede de Pedro, esperando su dirección y su consejo.

Todos ellos reconocen en la Iglesia Católica la solidez dos veces milenaria de las normas de fe y de vida, la incommovible firmeza de la Jerarquía eclesiástica, que, unida al Sucesor de Pedro, se prodiga iluminando las mentes con la doctrina del Evangelio, guiando y santificando a los hombres; Jerarquía que es generosa y maternalmente condescendiente con todos, pero firme también cuando, aun a costa de tormentos o del martirio, tiene que pronunciar: *Non licet!*

INJUSTAS SOSPECHAS

Y, sin embargo, la doctrina de Cristo, Venerables Hermanos, la única que puede proporcionar al hombre un sólido fundamento de fe capaz de ensancharle ampliamente la vista y dilatarle divinamente el corazón y darle remedio eficaz en las gravísimas dificultades actuales, y la actuación de la Iglesia para enseñarla, difundirla y modelar los ánimos según sus preceptos, han sido, a veces, objeto de sospechas, como si sacudieran los quicios de la autoridad civil o usurpasen sus derechos.

Contra tales sospechas declaramos Nos con sinceridad apostólica — quedando en vigor todo lo que Nuestro Predecesor Pío XI, de venerable memoria, en su Encíclica *Quas primas*, de 11 de diciembre de 1925, enseñó sobre el poder de Cristo Rey y de su Iglesia — que semejantes intentos son del todo ajenos a la Iglesia, que, cuando se dirige al mundo, abre sus maternales brazos no para dominar sino para servir. No pretende la Iglesia suplantar a las autoridades legítimas en el campo que les pertenece, sino que les ofrece su ayuda, a ejemplo y con el espíritu de su divino Fundador, que «pasó haciendo bien» (*Act. X*, 38).

La Iglesia predica e inculca obediencia y respeto a la autoridad terrena, que recibe de Dios su noble origen, y se atiene a la enseñanza del divino Maestro que dijo: «Dad al César lo que al César pertenece» (*Matth. XXII*, 21); no tiene miras usurpadoras y canta en su Liturgia: «No arrebatara reinos mortales quien da los celestiales» (*Hymn. Fest. Epiph.*). Ella no deprime las energías humanas, sino que las levanta a cuanto es magnánimo y generoso, y forma caracteres que obran en todo según su conciencia.

Tampoco la Iglesia, que ha dado la cultura a los pueblos, ha retardado jamás el progreso de la humanidad, sino, antes, con materno orgullo, se complace y goza de él. El fin de su actividad lo declararon admirablemente los ángeles sobre la cuna del Verbo Encarnado, cuando cantaron gloria a Dios y anunciaron la paz a los hombres de buena voluntad

(cf. *Luc.* II, 14). Esta paz, que el mundo no puede dar, y que fué dejada en herencia por el mismo divino Redentor a sus discípulos: «Os dejo la paz, os doy mi paz» (*Io.* XIV, 27), la han conseguido millones de almas, la consiguen y la conseguirán siguiendo la sublime doctrina de Cristo, compendiada por Él mismo en el doble precepto del amor a Dios y al prójimo. La historia — llamada sabiamente por el gran orador romano «maestra de la vida» (1) — de casi dos mil años demuestra la verdad del dicho de la Escritura, que no tendrá paz quien resiste a Dios (cf. *Iob* IX, 4); pues sólo Cristo es la «piedra angular» (cf. *Eph.* II, 20) sobre la que el hombre y la sociedad pueden hallar estabilidad y salvación.

Sobre esta piedra angular está fundada la Iglesia, y por ello jamás las potencias adversas llegarán a prevalecer contra ella — «las puertas del infierno no prevalecerán» (*Matth.* XVI, 18) —, ni jamás podrán debilitarla; las luchas internas y externas contribuyen más bien a acrecentar su fuerza y a aumentar las coronas de sus gloriosas victorias. Al contrario, cualquier otro edificio que no se asiente con solidez sobre la doctrina de Cristo, se halla apoyado sobre la movediza arena, y su destino es una miserable ruina (cf. *Matth.* VII, 26-27).

## LAS CONSIGNAS DE LA IGLESIA

### ANGUSTIAS DE LA HORA PRESENTE

*Venerables Hermanos:*

La hora en que os llega esta Nuestra primera Encíclica es, en muchos aspectos, la verdadera «hora de tinieblas» (cf. *Luc.* XXII, 53), en la que el espíritu de la violencia y de la discordia derrama sobre la humanidad la copa sangrienta de dolores sin nombre. ¿Necesitamos asegurarnos que Nuestro corazón paternal, en su amor compasivo, está cercano a todos sus hijos, y en modo especial a los atribulados, a los opri-

---

(1) Cic. *Orat.* lib. II, 9.

midos, a los perseguidos? Los pueblos, envueltos en el trágico vórtice de la guerra, quizá están aún al «comienzo de sus dolores» (*Matth.* XXIV, 8): muerte y desolación, lamento y miseria reinan ya en millares de familias. Y la sangre de innumerables seres humanos, hasta no combatientes, levanta un desgarrador grito de dolor especialmente sobre una amada nación, Polonia, que por su fidelidad a la Iglesia, por sus méritos en la defensa de la civilización cristiana, escritos con caracteres indelebles en los fastos de la Historia, tiene derecho a la simpatía humana y fraternal del mundo, y espera, confiada en la poderosa intercesión de María *Auxilium Christianorum*, la hora de una resurrección conforme a los principios de la justicia y de la verdadera paz.

Lo que acaba de suceder, y todavía está sucediendo, se presentaba a Nuestra mirada como una visión cuando, no habiendo desaparecido el último rayo de esperanza, nada dejamos de intentar, en la forma que Nos sugerían Nuestro apostólico ministerio y los medios de que disponíamos, a fin de impedir el recurso a las armas y tener abierto el camino a una inteligencia honrosa para las dos partes. Convencidos de que al uso de la fuerza por una parte se respondería con el recurso a las armas por la otra, consideramos deber imprescindible de Nuestro apostólico ministerio y del amor cristiano hacer cuanto pudiéramos para ahorrar a la humanidad entera y a la Cristiandad los horrores de una conflagración mundial, aun con peligro de que Nuestras intenciones y Nuestros fines fuesen mal interpretados. Nuestras amonestaciones fueron escuchadas con respeto, pero no fueron seguidas. Y, mientras Nuestro corazón de Pastor mira dolorido y preocupado, ante Nuestra vista se presenta la imagen del Buen Pastor, y parécenos un deber Nuestro el repetir al mundo, en su nombre, aquella su lamentación: «¡Oh, si conocieras... lo que hace a tu paz! Pero ahora ¡está oculto a tus ojos!» (*Luc.* XIX, 42).

En medio de este mundo, que hoy ofrece contraste tan estridente con «la paz de Cristo en el reino de Cristo», la Iglesia y sus fieles atraviesan tiempos y años de prueba, cuales rara

vez conoció en su historia de luchas y sufrimientos. Pero precisamente en tales tiempos, quien permanece firme en la fe y tiene robusto el corazón, sabe que Cristo Rey nunca está tan cercano como en la hora de la prueba, que es la hora de la fidelidad. Con el corazón destrozado por los sufrimientos y padecimientos de tantos hijos suyos, pero con el valor y la firmeza que provienen de las promesas del Señor, la Esposa de Cristo avanza hacia las amenazadoras tempestades. Y sabe que la verdad que ella anuncia, el amor que enseña y pone en práctica, serán los consejeros y cooperadores insustituíbles de los hombres de buena voluntad en la reconstrucción de un nuevo mundo, según la justicia y el amor, después que la humanidad, cansada de correr por las sendas del error, haya saboreado los amargos frutos del odio y de la violencia.

#### CAMPO DE LA CARIDAD

Pero entre tanto, Venerables Hermanos, el mundo y todos cuantos sufran el duro golpe de la guerra han de saber que el deber del amor cristiano, que es el quicio y el fundamento del Reino de Cristo, no es palabra vacía, sino una viva realidad. Vastísimo es el campo que se abre a la caridad cristiana en todas sus formas. Confiamos plenamente en que todos Nuestros hijos, y de modo singular todos cuantos están libres del azote de la guerra, imitarán al divino Samaritano, acordándose de los que, por ser víctimas de la guerra, tienen derecho a la compasión y al socorro.

La Iglesia Católica, ciudad de Dios, «cuyo rey es la verdad, cuya ley es la caridad, cuya medida es la eternidad» (S. Aug. *Ep. CXXXVIII ad Marcellinum*, c. 3, n. 17), anunciando sin errores ni disminuciones la verdad de Cristo, trabajando según el amor de Cristo con arrojo materno, se alza cual *bienaventurada visión de paz* sobre el torbellino de errores y pasiones, y espera el momento en que la mano omnipotente de Cristo Rey sosiegue la tempestad y destierre los espíritus de discordia que la provocaron. Lo que está en Nuestro poder para acelerar el día en que la paloma de la paz encuentre

## APÉNDICE

sobre la tierra, sumergida en el diluvio de la discordia, donde posar su pie, seguiremos haciéndolo, confiando en los hombres de Estado eminentes que antes de desencadenarse la guerra trabajaron noblemente por alejar de los pueblos tan terrible azote; confiando en los millones de almas de todos los países y de todos los campos que invocan no sólo la justicia, sino también la caridad y la misericordia; pero confiando sobre todo en Dios omnipotente, a quien diariamente dirigimos esta oración: «A la sombra de tus alas me refugio hasta que pase la borrasca» (*Ps. LVI, 2*).

### ESPERANZAS Y ORACIÓN

Dios lo puede todo: como la felicidad y la suerte de los pueblos, tiene también en sus manos los humanos consejos, y dulcemente los inclina adonde Él quiere. Para su omnipotencia, aun los obstáculos son medios con que plasmar las cosas y los acontecimientos, y dirigir las mentes y las libres voluntades a sus altísimos fines.

Orad, pues, Venerables Hermanos; orad sin interrupción, orad principalmente cuando ofrecéis el divino sacrificio de amor. Orad vosotros, a quienes la valiente profesión de fe impone hoy duros, penosos y no raras veces heroicos sacrificios; orad vosotros, miembros pacientes y doloridos de la Iglesia, cuando Jesús viene a consolar y aliviar vuestras penas. Y mediante un verdadero espíritu de mortificación y con dignas obras de penitencia no os olvidéis de hacer vuestras oraciones más aceptas a Aquel que «sostiene a los que caen y levanta a los abatidos» (*Ps. CXLIV, 14*), para que Él, en su misericordia, abrevie los días de la prueba y se cumplan así las palabras del Salmo: «Clamaron al Señor en sus tribulaciones y los libró de sus angustias» (*Ps. CVI, 13*).

Y vosotros, candidas legiones de niños, tan amados y predilectos de Jesús, al comulgar con el Pan de vida, alzad vuestras ingenuas e inocentes plegarias y unidlas a las de toda la Iglesia. A la inocencia suplicante no resiste el Co-

## LA PRIMERA ENCÍCLICA DEL PADRE SANTO PÍO XII

razón de Jesús, que os ama: orad todos, orad sin interrupción (*I Thess.* 5, 17).

Así pondréis en práctica el sublime precepto del divino Maestro, el testamento más sagrado de su Corazón, «que todos sean una sola cosa» (*Io.* XVII, 21); que todos vivan en aquella unidad de fe y de amor por la que el mundo reconozca el poder y la eficacia así de la misión de Cristo como de la obra de su Iglesia.

La Iglesia primitiva comprendió y practicó este divino precepto y lo expresó en una magnífica oración; uníos también vosotros con los mismos sentimientos que tan bien responden a las necesidades de la hora presente: «Acuérdate, Señor, de tu Iglesia, para que la libres de todo mal y la perfecciones en tu caridad; y reúnela, santificada, de todas las partes del mundo en tu reino, que le has preparado; pues tuyo es el poder y la gloria por los siglos de los siglos» (*Doctrina Apost.* c. 10).

Con la confianza de que Dios, *autor y amigo de la paz*, escuche las súplicas de la Iglesia, en prenda de la abundancia de las gracias divinas y con la plenitud de Nuestro corazón paternal os damos la Bendición Apostólica.

Dado en Castelgandolfo, cerca de Roma, el 20 de octubre del año 1939, primero de Nuestro Pontificado.

PIUS PP. XII



## II

### CARTA AL EMMO. CARDENAL LUIS MAGLIONE, SECRETARIO DE ESTADO, EN LA QUE SE ORDE- NAN ESPECIALES SÚPLICAS, DURANTE EL MES DE MAYO, A FIN DE OBTENER DEL SEÑOR LA ESTABLE TRANQUILIDAD EN EL MUNDO

*Al aproximarse el mes de mayo, dedicado a María, Su Santidad envió, el 20 de abril de 1939, una Carta al Emmo. Sr. Cardenal Luis Maglione, su Secretario de Estado, en la que se ordenan especiales súplicas a la Madre de Dios, singularmente por parte de los niños, para implorar la verdadera y estable concordia entre las naciones y entre los pueblos.*

## PÍO PAPA XII

### AMADO HIJO NUESTRO SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA

**N**OS ASISTES muy de cerca en el gobierno de la Iglesia católica y sabes muy bien con qué vehemente deseo ansiamos y rogamos a Dios que, arreglados todos los problemas y concordados los ánimos todos por la caridad y la justicia, se consolide alguna vez por fin, segura y tranquila, la paz cristiana entre todas las gentes y naciones, ahora tan angustiadas y tan turbadas. Apenas fuimos investidos del Supremo Pontificado, exhortamos paternalmente a lograr aquel don hermosísimo de Dios, no sólo a cuantos por toda la tierra son Nuestros Hijos en Cristo, sino también a todas las Naciones y a sus gobernantes; invitación y ruego que repetimos solemnemente cuando, el día de la Pascua, en la Basílica de San Pedro y rodeados por innumerable muchedumbre, pontificalmente ofrecimos el santo Sacrificio para suplicar a Cristo Señor, vencedor de la muerte y distribuidor de los dones celestiales, la concordia y la tranquilidad para todos.

Acercándose ya el mes de mayo, en el que los cristianos tributan un culto especial a la Virgen Madre de Dios, con toda el alma deseamos que, en todas las diócesis y en las parroquias todas del mundo, las oraciones por aquella intención se multipliquen innumerables. A esta sagrada contienda de oraciones invitamos, de manera muy principal y por título singular, a todos los que Nos, imitando al divino Redentor, cuyo Vicario somos en la tierra, abrazamos con cariñoso

afecto y con amor dulcísimo; esto es, a quienes en la primavera de la vida sonríen por su inocencia, dulzura y gracia. Que con especial piedad procuren todos los padres y madres de familia conducir diariamente hasta el altar de la Santa Madre de Dios a sus hijos, aun los más tiernos; ofrézcanlos a la Santísima Virgen, a la par que le presentan las flores de sus jardines y vergeles junto con sus oraciones y las de los niños.

Y ¿cómo podrá esta Madre celestial rechazar la súplica de tantas voces que le pedirán la paz para los hombres, los pueblos y las naciones? ¿Cómo podrá rechazarlas, cuando con los ángeles del cielo canten orando nuestros pequeñuelos, a quienes bien podemos llamar ángeles del mundo? La Virgen, Madre de Dios, ante la súplica de tan innumerables oraciones, tomará sobre sí la causa que ahora conmueve tanto a todos; e intercediendo propicia ante su divino Hijo, ofendido por tantos y tan grandes pecados, implorará del mismo que, sosegadas las olas tempestuosas, vengan los pueblos a una fraternal concordia de espíritus por medio de una paz cristiana. Y el mismo Cristo Señor, que durante su vida terrenal amó con singular afecto a los niños inocentes hasta reprender a los apóstoles cuando se empeñaban en apartar a los niños de su abrazo, diciéndoles: «Dejad que los niños vengan a mí... pues de ellos es el Reino de Dios» (*Marc. X, 14*); el mismo Cristo Señor, repetimos, ¿qué oraciones podrá admitir con más facilidad que las de los niños, cuando hacia Él y hacia su Madre alcen suplicantes sus manos puras e inocentes?

Y puesto que, según las palabras de Nuestro inmortal Predecesor San León Magno, «ama Cristo a los niños, pues al principio apareció, en el alma y en el cuerpo, igual a ellos; ama Cristo a los niños, maestros de humildad, modelos de inocencia, ejemplares de dulzura» (Migne *PL*, LIV, 258); si en todas las naciones, así en las ciudades como en los pueblos y en las más humildes aldeas, doquier haya llegado la luz del Evangelio, una inmensa muchedumbre de niños llenare durante todo el mes de mayo las iglesias para orar en ellas,

## CARTA PONTIFICIA AL EMMO. CARDENAL MAGLIONE

creemos pueda esperarse el que, una vez apaciguados todos los odios, arregladas las cuestiones y serenados los espíritus, bajo el auspicio de la Virgen Madre de Dios lleguen a sonreír tiempos mejores para toda la sociedad humana.

Por todo ello, Amado Hijo Nuestro, por medio de esta Carta te mandamos que, según más conveniente estimes, a todos hagas conocer estos Nuestros deseos y ruegos paternales, de suerte que bajo la prudente dirección de los Obispos puedan convertirse en feliz realidad.

Confiados, entre tanto, en una muy dulce esperanza, y como saboreando ya en espíritu todos los frutos que esperamos de esta cruzada sagrada de oraciones infantiles, tanto a ti, Amado Hijo Nuestro, como a todos y a cada uno de Nuestros hijitos, tan carísimos, que entusiastas respondieren a esta Nuestra exhortación, os damos en el Señor la Bendición Apostólica, prenda de los dones celestiales y prueba de Nuestro paternal afecto.

Dado en Roma, junto a San Pedro, a 20 de abril del año 1939, primero de Nuestro Pontificado.

PIUS PP. XII

### III

## CARTA AL EMMO. CARDENAL EUGENIO TISSERANT, SECRETARIO DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA IGLESIA ORIENTAL, EN LA SOLEMNE CONMEMORACIÓN DEL 950.º ANIVERSARIO DEL BAUTISMO DE SAN WLADIMIRO Y DE SU PUEBLO

*Con ocasión del 950.º aniversario de la conversión de San Wladimiro y de su pueblo a la Iglesia Católica, el Sumo Pontífice dirigió, el 12 de mayo de 1939, la siguiente venerada Carta al Emmo. Sr. Cardenal Eugenio Tisserant, Secretario de la Sagrada Congregación para la Iglesia Oriental, con el afectuoso y paternal deseo de que la conmemoración de tan gran acontecimiento trajera consigo felices auspicios de un saludable renacimiento religioso.*

## PÍO PAPA XII

### AMADO HIJO NUESTRO SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA

**S**INGULAR ALEGRÍA ha causado a Nuestra alma el saber por ti, Amado Hijo Nuestro, que con tanta solicitud Nos auxilias en la Congregación para la Iglesia Oriental, que dos Colegios Pontificios, el Ruteno de San Josafat y el Ruso de Santa Teresa del Niño Jesús, han decidido celebrar solemnemente en esta Roma el 950.º aniversario del bautismo de San Wladimiro y de su pueblo. Ante tal noticia, Nos no sólo hemos aprobado el solemne triduo que ha de celebrarse en la iglesia dedicada al Santísimo Nombre de Jesús, sino que también hemos determinado celebrar un solemne Pontifical de rito bizantino-eslavo en la Patriarcal Basílica Vaticana el domingo día 21 de este mes, de suerte que se manifieste clarísima Nuestra personal participación en el acontecimiento que constituye la gloria de una parte tan grande y tan selecta de la grey de Cristo.

En verdad que la memoria casi milenaria del bautismo de San Wladimiro y de su pueblo excita en Nos un sentimiento de profunda gratitud hacia la misericordia de Dios, autor de beneficio tan grande, y un recuerdo de veneración devota hacia las generosas almas que lo lograron. ¡Cuántas profesiones de fe se produjeron en aquel feliz momento! ¡Cuán férvidas ardieron las llamas de la caridad en aquel mismo día que amaneció con tan buen auspicio para la salvación de muchos! Desde entonces se puso de relieve con toda claridad que, don-

de la doctrina de Cristo es conocida por los hombres y gobierna la vida de éstos, se mejoran admirablemente aun las mismas condiciones de la sociedad civil, los hombres tienen un mayor conocimiento de la dignidad de hijos de Dios y hallan con mayor prudencia los caminos y modalidades de la justicia y de la paz. Recordar, pues, a San Wladimiro, gloriosísimo príncipe de su pueblo, es recordar sobre todo la llama de la gracia sobrenatural en que ardió su alma al ser regenerado por el agua y el Espíritu Santo. Fué entonces cuando por fin florecieron en él fructíferas las semillas de vida que en su niñez le había infundido, con tanta prudencia, su tía Santa Olga; fué entonces cuando aquel hombre antes tan áspero y tan rudo, por no llamarle fiero y cruel, tornóse humano y al mismo tiempo, sin buscar la gloria terrenal, comenzó a promover felizmente la llegada del Reino de Cristo entre sus súbditos, sentados todavía a la sombra de la muerte. De entonces arranca la gran nobleza de su pueblo que tantos siglos se mantuvo fiel a Jesucristo, a cuyas palabras de vida dió manifiesto testimonio.

Y del mismo modo que no podemos olvidar, Amado Hijo Nuestro, que San Wladimiro tuvo frecuentes relaciones con esta Sede Apostólica, y que le ofreció muchas pruebas de filial devoción y de incesante amistad, tampoco podemos pasar en silencio la fidelidad a la Cátedra de Pedro mostrada y comprobada con efusión de sangre por los católicos de rito bizantino, cuyas muchedumbres, ya en la Europa oriental, ya en las dos Américas, constituyen una parte notable de la Iglesia de Cristo.

Al recordar con alegría todas estas glorias, por medio de esta Carta participamos de muy buen grado en la próxima y fausta conmemoración de tan grato acontecimiento. Pero, al fijar Nuestra mirada en el estado presente del catolicismo en Rusia, no sin angustia y preocupación del alma Nos vemos obligados a lamentar que ese pueblo fiel, que trae su antiguo origen de San Wladimiro y de sus glorias, sufra, ya hace mucho tiempo, a causa de la persecución injusta de la fe católica,

## CARTA PONTIFICIA AL EMMO. CARDENAL TISSERANT

a causa de la nefanda guerra declarada contra el santísimo nombre de Dios, a causa de la persecución, no pocas veces sangrienta, contra quienes confiesan su fe en Cristo, Unigénito Hijo de Dios. Y así, con Nuestra alma suplicante Nos dirigimos a la dulcísima Madre de Dios, a la que tanto venera y ama aquel pueblo, para que se digne benigna inspirar a los gobernantes sentimientos de verdadera justicia, la cual, si no es regida por Dios, a quien todas las cosas están sometidas, es vana e inútil; y a fin de que para sus hijos desolados consiga también que cuanto antes puedan volver a gozar la libertad de la fe, don admirable del Altísimo.

Ya Nuestro Predecesor, de tan grata memoria, Pío XI, se dignó hablar a los alumnos del Colegio Ruteno de San Josafat, el día 21 de septiembre del pasado año en Castelgandolfo, sobre esta solemne conmemoración aniversaria. Haciendo ahora Nuestras sus palabras, Nos te encargamos, Amado Hijo Nuestro, que junto con la felicitación y exhortación paternas seas portador de una amplísima Bendición Apostólica para todos los fieles de rito bizantino-eslavo o de otros ritos que contigo se reunieren para celebrar solemnemente en unión de oraciones y de mutua caridad fraterna, que es vínculo de perfección, el 950.º aniversario del bautismo de San Wladimiro y de su pueblo.

Dado en Roma, junto a San Pedro, a 12 de mayo del año 1939, primero de Nuestro Pontificado.

PIUS PP. XII



#### IV \*

### CARTA AL EXCMO. ARZOBISPO DE ZARAGOZA, MONS. RIGOBERTO DOMÉNECH Y VALLS, AL APROXIMARSE LAS FIESTAS RELIGIOSAS DEL AÑO 1940 EN EL SANTUARIO DEL PILAR

*Al anunciarse las singulares fiestas que habían de celebrarse en el venerado Santuario de la Virgen del Pilar durante el año 1940, Su Santidad envió, el día 24 de mayo de 1939, una Carta al Excmo. Sr. Arzobispo de Zaragoza Mons. Rigoberto Doménech y Valls, por la cual concedía Indulgencia Plenaria a todos los fieles que durante el año 1940 visitaran el Santuario de Nuestra Señora del Pilar.*

PÍO PAPA XII  
VENERABLE HERMANO  
SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA

**D**ELICADAMENTE Nos has informado de que en el próximo año se verificarán piadosas peregrinaciones al templo de la Santísima Virgen del Pilar, en esa ciudad de Zaragoza, celebrando solemnes cultos y congresos de organizaciones católicas. Reintegrada España a la paz y a la concordia de ánimos por tanto tiempo suspirada, acariciamos la dulce esperanza de que innumerables fieles, ya individualmente, ya en grupos, acudirán a ese santuario — en el que los mejores españoles veneran, desde tiempo inmemorial, a la poderosa y clemente Reina de los cielos — ya para implorar la protección de la Madre de Dios, ya para darle gracias por los beneficios recibidos.

Y como nada Nos interesa tanto como el que, en medio de las grandes tristezas y peligros de la hora actual, los hijos desgraciados y afligidos imploren y consigan el consuelo y el auxilio de la dulcísima Virgen, Madre poderosa y celestial, accediendo paternalmente a tus deseos y súplicas, de buen grado concedemos que cuantos, en el decurso del año 1940, visitaren piadosamente el santo templo de la Virgen del Pilar, en la ciudad de Zaragoza, puedan — confesando y comulgando — ganar por una vez indulgencia plenaria.

Anuncio y prenda de estos dones, a la par que testimonio de Nuestra especial dilección, sea la Bendición Apostólica que con todo afecto te damos en el Señor, a ti, Venerable

## APÉNDICE

Hermano, y a todo el clero y pueblo confiado a tu solicitud pastoral.

Dado en Roma, junto a San Pedro, a 24 de mayo, fiesta de la Santísima Virgen bajo el título de Auxilio de los Cristianos, en el año 1939, primero de Nuestro Pontificado.

PIUS PP. XII

## V

### CARTA ENCÍCLICA A LOS CARDENALES, ARZOBISPOS, OBISPOS Y DEMÁS ORDINARIOS DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA, CON OCASIÓN DEL 150.º ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN DE LA JERARQUÍA ECLESIAÍSTICA EN AQUELLA REPÚBLICA

*El día 1.º de noviembre de 1939 el Sumo Pontífice envió a todo el Episcopado de los Estados Unidos la siguiente Carta Encíclica, en la fausta ocasión del 150.º aniversario de la fundación de la Jerarquía Católica en las tierras de aquella República.*

## PIUS PP. XII

DILECTI FILII NOSTRI ET VENERABILES FRATRES  
SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

**S**ERTUM LAETITIAE sanctae augere cupientes animo vastissima transimus maria et ecce coram adsumus vobis, qui centum et quinquaginta fauste revolutos annos ab ecclesiastica Hierarchia in Foederatis Americae Civitatibus constituta una cum universis gregibus vestris concelebratis. Id autem facimus perlibenter, quia in primordio summi pontificatus Nostri, quo sollemnior eo gravior ita obvia Nobis datur occasio palam obtestandi, quam aestimatione, quonam studio validum iuventa inclitum americanum genus prosequamur. Memorias annalium vestrorum replicantibus et eventuum causas considerantibus facile patet ad gloriam prosperitatemque, qua vestra gaudet patria, haud paulum contulisse divinae religionis triumphum, quae, quamvis e caelo orta institutis et legibus homines ad sempiternam beatitatem perducatur, mortalem etiam vitam tot perfundit beneficiis, ut non posset maiora tribuere, si nata esset ad terrigenas felicitate ornandos, dum heic breviter vivunt. Libet cognita in memoriam revocare. Cum Pius Pp. VI Ioannem Carroll americanum civem Baltimorensibus praeficiens primum episcopum vestratibus dedit, tum tenuis et exiguus istic fuit catholicorum numerus simulque Foederatarum Civitatum condicio ita periculosa, ut ipsarum unitas et compago in discrimen vocaretur, propterea quod, cum diu immane arsisset bellum, ingenti aere alieno premebatur fiscus, iacebant industriae, defessi calamitatibus cives in contrarias partes scindebantur. Afflictas, immo laben-

tes res erexit ille celeberrimus Georgius Washington, pectoris constantia et mentis sagacitate illustris. Hic autem cum sacro Baltimorensi praesule firma in amicitia erat. Parens ideo patriae ac ista in dilecta terra primus Ecclesiae sacer pastor benevolentiae nexibus iuncti ad perpetuum posterorum exemplum inque serae aetatis documentum, veluti dexteris mutuo datis, significabant americanae genti sanctum sollemneque esse Christi fidem vereri, quippe quae recti honestique fundamentum continens communis salutis ubertatisque afferat elementa.

Multae vero fuerunt causae, cur istic catholica Ecclesia prospere floruerit: unam attingimus memoratu dignam. Sacerdotes, qui saevientibus vexationibus, istuc appulerant, memorato sacro pastori optata auxilia attulerunt eidemque adiutricem operam dantes pretiosa germina severunt, unde virtutum seges crebuit; quin etiam ex iis nonnulli episcopali postea dignitate induti de catholici nominis incrementis splendidius meriti sunt. Itaque, ut, historia teste, evenire plerumque solevit, exortis insectationum procellis, non cohibetur, sed latius funditur apostolicus ignis, si is fide non ficta et sincera caritate alitus generosa pectora adurit.

Cum centum complerentur anni, ex quo eventus, qui vos meritis perfundit gaudiis, contigit, felicitis recordationis Leo Pp. XIII Litteris datis *Longinqua oceani* recoluit et recensuit emensam istic ab Ecclesia viam, addens monita et praecepta, in quibus benevolentiae sapientia par. Quae ab augusto Decessore Nostro egregie tunc scripta sunt, perpetua sunt consideratione proseguenda. Postremis autem quinquaginta annis istic Ecclesiae cursus non remisit, quin potius se patentius protendit et maiores assecutus est auctus.

Florens enimvero istic viget vita, quam Spiritus Sancti gratia intimo in pectoris sacrario alit; conferti ventitant ad domos Dei fideles; frequentatur Mensa, ubi Angelorum Panis, esca fortium sumitur; ignatianae commentationes, quae saeptis locis tenentur, magno studio celebrantur; multi divinam vocem ad sublimiora arcessentem secuti, sacerdotium aut religiosae vitae statum capessunt. Nunc temporis undeviginti

sunt istae provinciae ecclesiasticae, centum et quindecim dioeceses, ferme ducenta sacra Seminaria, innumera exstant templa, ludi litterarii pueris educandis, domicilia maiorum disciplinarum, collegia, valetudinaria, egentium refugia, coenobia. Iure meritoque advenis admirationi est temperatio et forma, qua scholae vestrae uniuscuiusque ordinis reguntur, generoso dispendio christifidelium innixae, vigilantia cura praesulum custoditae, turbas prodentes bene cordatorum moratorumque civium, qui divinas humanasque leges verentes Ecclesiae et patriae robur, flos et honor rite esse aestimantur. Consociationes vero missionales, praesertim Pontificium Opus a propagatione fidei, firmitate et operositate praestantes in exemplum prece, stipe, praesidiis varii generis Evangelii praecones iuvant, qui infidelium terris salutiferae Crucis inferunt vexillum. Temperare Nobis non possumus, quin modo aperto praeconio Nostro honestemus missionalia opera nationi vestrae peculiaribus, quae catholici nominis amplificationi solerti studio incumbunt. Hisce nominibus nota eadem sunt: «Catholic Church Extension Society», sodalitas piorum benefactorum gloria praeclara; «Catholic Near East Welfare Association», quae rei christianae in Oriente multis necessitatibus laboranti provida auxilia praestat; «Indian and Negroes Mission» coeptum a Concilio Baltimorensi tertio sancitum (cf. *Acta* eiusdem Concilii, cap. II) quod confirmamus et commendamus, quia eximia erga concives caritas id exigit. Fatemur namque Nos in Nigritas accolae vestros, adflante Deo, impensa caritate ferri, quia novimus eos, ad religionem et animorum cultum quod spectat, peculiaribus curis et solaciis indigere eaque mereri. Quapropter uberrimam caelestem opem adprecamur et salutaria cupimus iis, qui generosa virtute de eisdem solliciti sunt. Hoc amplius, ut pro inenarrabili accepto integrae fidei dono Deo magis congrua ratione grates reddantur, vestrae strenue agere cupidi missionalium exercitui confertos mittunt manipulos, qui tolerantia laboris, invicta patientia et egregiorum inceptorum vi pro regno Christi promovendo promerita metunt, quae tellus admiratur Caelumque aequis retribuet coronis.

## A P É N D I C E

Neque minus invalescunt istic opera, quae in patriae gremio Ecclesiae filiis vario usui sunt: dioecesana caritati exercendae officia, apte accomodateque disposita ac temperata, curionibus consulentibus, religiosis familiis opitulantibus, egenis, inopibus, infirmis christianae largitatis munera afferunt, miserias levant: hoc autem in pernobili ministerio absolvendo Christus acutis ac dulcibus fidei oculis cernitur, benignissimus Redemptor intelligitur, cuius sunt pauperes afflictique mystica dolentia membra. Prae ceteris laicorum hominum Conso- ciationibus quas cunctas enumerare longum est, haud caducae gloriae lauros sibi pepererunt Actio catholica, Congregatio- nes mariales, Sodalitium a christiana doctrina fructibus iam laeta, futurae segetis spe autem laetiora, itemque Consociatio quae a Ssmo. Nomine vulgo appellatur, ad religionis cultum fovendum pietatemque excolendam ductrix optima. Multi- plici autem catholicorum hominum operositati, in varias pro- vincias prout ratio temporis postulat exserenti vires, praeest Consilium illud, cui nomen inditum est «National Catholic Welfare Conference», ad episcopale ministerium vestrum ex- pedita instrumenta suppeditans. Ex his praecipua carptim mense Octobri anno MDCCCXXXVI invisimus, cum, trans- marino itinere suscepto, vos vestraque de facie cognoscere Nobis gratissimum fuit. Numquam occidua et iucunda haeret animo imago rerum, quas tunc oculis Nostris conspeximus.

Hac de causa debito cum observantiae obsequio vobiscum Deo persolvimus grates, canimus laudes: «Confitemini Deo caeli, quoniam in aeternum misericordia eius» (*Ps. CXXXV, 26*). Ipse, cuius nullis circumscripta terminis est bonitas, sicut tellurem vestram benignitatis suae cumulavit largitate, ita ecclesiis vestris dedit operandi virtutem, earumque impigros labores fructibus cumulavit. At rite persoluto gratiarum actio- num debito Deo, a quo omnia bona principium ducunt, agno- scimus, dilectissimi Nobis, etiam acri ingenio, sedulae ope- rositati pastorum oviumque, queis istic Christi grex coalescit, deberi uberem huiusmodi fecunditatem, quam gaudentes nunc vobiscum contuemur; agnoscimus eam deberi clero vestro, qui ad strenue agendum proclivis generoso studio mandata



vestra exsequitur, religiosis viris omnium Ordinum et Congregationum, qui virtutum ornamentis praeclari certatim agrum Dei excolunt, itemque religiosis feminis, quae, lilia Christi ac delectamentum Sanctorum, innumerae ac saepe silentes et ignotae hominibus, divinae caritatis aestu percitae, Evangelii causae in exemplum se devovent. Salutaris Nostra sit laus. Oportet enim gestarum rerum consideratio non otiorum relaxationem inducat, non inanis gloriae delectationem animos titillantem progignat, sed nova studia incendat, ut arceantur mala et quae salutaria, provida et laudatione digna sunt firmiore soliditate adolescant. Christianus, si sui servat nominis dignitatem, numquam non apostolus; numquam Christi militi e proelio excedendum est, cuius participationi mors tantum finem imponit. Nostis, ubi oporteat expergitior vestra evigilet cura et quonam advocanda sit sacerdotum fideliumque opera, ut Christi religio, amotis impedimentis, teneat mentes, regat mores et, una causa salutis, civilis consortionis penetret venas intimosque meatus. Quodsi bonorum externorum et corporis progressio, aptiora et copiosiora commoda afferens vitae, haud parvi facienda est, nequaquam tamen ea sufficit homini, ad praestantiora et sublimiora nato. Is namque ad imaginem et similitudinem Dei conditus, Deum ineluctabili animi impulsu appetit, semper lugens ac tristis, si ibi ponit delectum amoris, ubi veritas summa bonumque infinitum abest. Ad Deum autem, a quo recedere est interire, ad quem converti est vivere, in quo stare est splendescere, non acceditur corporei spatii transvectione, sed Christo duce, sinceræ plenitudine fidei, intemerata rectae voluntatis conscientia, operum sanctitudine, comparata et adhibita veri nominis illa libertate, cuius sacratas normas Evangelium promulgavit. Si contra divina praecepta despiciatui sunt, non solum sempiterna desperanda est beatitas ultra terrestris vitae breve aevum locata, sed nutat ipsa basis, in qua haud fallax cultus et humanitas consistit et lacrimandae expectandae sunt ruinae: quae enim ad aeterna ducunt temporalium tenax sunt vigor tutumque firmamentum. Quomodo reapse publicum bonum urbanitatisque decus stare possunt, pessumdatis iuribus atque

derelictis et contemptis virtutibus? Nonne Deus est iurium auctor et stator, nonne est virtutum altor et praemium Ipse, cui nullus est similis in legislatoribus? (cf. *Iob XXXVI, 22*). Haec est — fatentur omnes qui sapiunt — ubique gentium amara fecundaque malorum radix divinae maiestatis ignorantia, caelestium praescriptorum neglectus aut lamentabilis quaedam inconstantia, qua inter fas et nefas, inter rectum et pravum claudicatur. Illinc caecus et immodicus amor sui, voluptatum sitis, ebrietatis vitium, sumptuosus et impudicus vestium habitus, crebra flagitia eademque nec in immatura aetate insueta, potiundae potestatis cupiditas, pauperum incuria, iniquarum divitiarum fames, agrorum desertio, in matrimoniis contrahendis ludificatio, nuptiarum repudia, familiarum dissipatio, frigans mutua parentum filiorumque caritas, vitata liberorum procreatio, gentis extenuatio, in magistratus languida verecundia aut servile obsequium aut obstinata voluntas, officiorum in patriam inque hominum genus negligentia.

Id valde licet paterne conquerimur, quod istic tot in scholis, saepe spreto aut ignorato Christo, quidquid ad mundum et humanum genus attinet, natura et ratione tantum ducibus, explicatur et ad iuventutem educandam novae temptantur viae et rationes, ex quibus fieri nequit, quin in fingendis animis moribusque tristes nationi isti fructus maturescant. Simili modo domestica vita, sicut servatis Christi mandatis veri nominis felicitate fruitur, ita abiecto Evangelio, misere perit vitiisque vastatur: «Qui quaerit legem, replebitur ab ea: et qui insidiosae agit scandalizabitur in ea» (*Eccli. XXXII, 19*).

Quid iucundius, quid laetius in terra est quam christiana familia? Orta coram Domini ara, ubi amor sanctus appellatus est nexus perpetuoque mansurus, eodem amore, quem superna gratia alit, solidatur et crescit. Illic «honorabile conubium in omnibus et torus immaculatus» (*Hebr. XIII, 4*); tranquillae domus parietes non resonant iurgia, non vident secreta martyria ob vastras patefactas adulterorum insidias; solidissima fiducia suspicionis aculeos depellit; mutuo benevolentiae affectu leniuntur dolores, augescunt gaudia. Illic

nati non gravia pondera, sed dulcia aestimantur pignora; neque foeda commodorum ratio sterilisque voluptas efficiunt, ut munus prohibeatur vitae ac fratrum sororumque suavis desuescat appellatio. Quo studio illic incumbunt parentes, ut filii validis adolescant viribus ac, maiorum terentes rectas saepe memoratas semitas, purissima fide morumque honestate relucescant. Tot autem commoti benefactis filii hoc debitum sibi rentur esse maximum honorare parentes, optatis eorum obsequi, seniles eorum annos fido auxilio fulcire, canitiemque delectare amore, qui morte non fractus in superna aula caeli gloriosior reddetur et plenior. In adversis rebus non queruli, in secundis autem non ingrati christianae incolae domus nullo non tempore confidunt Deo, cuius imperio oboediunt, in cuius voluntate requiescunt, cuius auxilia haud frustra praestolantur.

Ad familias idcirco secundum Evangelicae sapientiae normam constituendas et servandas crebro debent compellere fideles ii, qui in ecclesiis rectorum et doctorum ministerio fungentes adsidua enituntur sollertia, ut plebs Domino pareretur perfecta. Hac ipsa de causa summopere curandum est, ut dogma, quod adserit divino iure individuum perpetuumque matrimonium vinculum, a nuptias contrahentibus religiose retineatur sancteque custodiatur. Quod catholicae doctrinae caput plurimum valere, ut constent familiae, societas civilis prospere cedat, polleant sanitate populi, genuina humanitatis laus splendeat, haud pauci confitentur etiam a fide nostra alieni, civili sapientia insignes. Utinam patria vestra alieno experimento potius quam proprio usu novisset damnorum cumulum, quem divortiorum licentia parit! Suadeat religionis reverentia, suadeat erga nobile americanum genus pietas, ut dire invalescens curetur et avellatur morbus, cuius consecraria ita nervose et vere Leo Pp. XIII descripsit: «Divortiorum causa fiunt maritalia foedera mutabilia: extenuatur benevolentia: infidelitati perniciose incitamenta suppeditantur: tuitioni atque institutioni liberorum nocetur: dissuendis societatibus domesticis praebetur occasio: discordiarum inter familias semina sparguntur; minuitur ac deprimitur dignitas

mulierum, quae in periculum veniunt, ne, cum libidini virorum inservierint, pro derelictis habeantur. Et quoniam ad perdendas familias, frangendas regnorum opes nihil tam valet quam corruptela morum, facile prospicitur prosperitati familiarum ac civitatum maxima inimica esse divortia» (Litt. Enc. *Arcanum*).

Minime dubitamus, quin apud vos in nuptiis celebrandis, quas contrahentium alteruter de catholico dogmate dissideat aut baptismatis sacramentum non receperit, Codicis iuris canonici praescripta diligenter serventur. Huiusmodi enim matrimonia — id ipsi e crebris exemplis comperistis — saepe diuturna felicitate non utuntur et Ecclesiae catholicae magna detrimenta afferre solent.

Quo tanta nocumenta abscedant, id potissimum confert, si divinae veritatis plenitudo singulorum mentibus affulgeat et populis integre innotescat via salutis. Quam ob rem enixe sacerdotes hortamur, ut divinarum humanarumque rerum scientia abundant; ne contenti vivant scientia iuvenili hausta aetate; legem Domini, cuius eloquia argento sunt puriora, attento animo considerent; continenter gustent delibentque castas Sacrarum Scripturarum delicias; Ecclesiae res gestas, dogmata, sacramenta, iura, praescripta, ritus, sermonem altius, labentibus annis, pervestigent, ut tum virtute tum veri ornatu et instructu crescant. Litterarum quoque studia et profanas disciplinas praesertim eas, quae cum religione maiorem habent necessitudinem, colant, ut facunde et nitide valeant salutifera tradere praecepta et docta quoque ingenia levi Christi sarcinae iugoque subicere. O quam felix Ecclesia, si ita «fundabitur in sapphiris» (cf. *Is.* LIV, 11). Ratio praeterea temporis flagitat, ut laici quoque homines imprimis qui ecclesiasticae Hierarchiae adiutricem operam dant, non ieiunam et exilem sed uberem solidamque sibi comparent in rebus sacris doctrinam, libris, disceptationibus, circulis adhibitis, ut ipsi sibi prosint, indoctos instruant, contumaces refellant, bonos sodales iuvent.

Haud exiguo cum animi gaudio novimus istic scripta, quae typis eduntur, strenue catholicam causam agere et mar-

conianum instrumentum, quo vox emissa illico ubique terrarum percipitur — mirum inventum apostolicae fidei humani generis universitatem amplectentis imago — saepe et utiliter adhiberi, ut quae ad Ecclesiam pertinent quam latissime circumsonent. Fauste acta laudamus. At caveant qui huiusmodi officia praestant, ut etiam in re sociali explicanda vel promovenda ecclesiastici magisterii institutionibus haereant; propriae utilitatis obliviosi, gloriolae non cupidi, non factionum partes sectantes, loquantur «sicut ex Deo, coram Deo, in Christo» (*II Cor. II, 17*).

Quo optimarum artium disciplinarumque cultus istic magis magisque invalescat, feliciter datam arripientes occasionem, avemus profiteri Universitatem studiorum Washingtonensem quam maxime Nobis cordi esse. Id meminisse nunc Nos iuvat flagrantibus votis Leonem Pp. XIII istud doctrinae insigne domicilium, cum id oriretur, salutavisse et singularis amoris significationes ei semel iterumque Romanum Pontificem Decessorem Nostrum impertivisse. Hic persuasissimum siquidem habebat, si istud magnum Lyceum meritorum messe iam laetum magis magisque viguerit et inclaruerit, non solum Ecclesiam, verum etiam vestratum gloriam prosperitatemque civilem incrementa percepturas esse. Eiusdem spei participes, vos has per litteras convenimus, ut id habeatis commendatum quam quod maxime, nulli parcentes labori, ut gratia vestra tectum aspera evincat et felicioribus semper auctibus egregiam expectationem in se collocatam cumulate adimpleat. Hoc insuper valde probamus quod Romae Pontificio Collegio adolescentibus ex America septentrionali ad sacra fingendis augustiores et aptiores vultis aedes erigere. Quodsi quidem utiliter lectissimi ingenio iuvenes ad politiorum doctrinam hauriendam longinquas petunt oras, felix diutinus usus vitae demonstrat ad sacerdotalia munera candidatis permagno adiumento esse, si ii heic penes Petri Sedem educantur, ubi purissimus bibitur fidei fons, ubi tot christianae antiquitatis monumenta sanctorumque vestigia ad fortia exantlandi generosa pectora accendunt.

Aliud attingimus, quod maximi est ponderis, quaestionem scilicet socialem, quae insoluta diu et dire exagitat civitates et in civium ordinibus semina iacit invidiae ac dimicationis. Quomodo haec istic se habeat, quasnam afferat difficultates concitationesque opus non est consciis profundere verba. Cuius praecipuum caput id exigit, ut bona, quae pro hominibus universis Deus creavit, aequa ratione ad omnes affluent, iustitia duce, caritate comite. Pauperes et divites semper fuisse cunctarum memoria aetatum docet, eosdem semper fore inflexibilis humanarum rerum condicio portendit. Honorabiles sunt timentes Dominum pauperes, quorum est Regnum caelorum quique facile spiritualibus affluent gratiis; divites autem, si recti probique sunt, terrestrium bonorum Dei sunt dispensatores et procuratores; supernae Providentiae administri egenis opitulantur, per quorum manus saepe dona quae ad animos spectant percipiunt, quorum ductu sperant se vitam assecuturos sempiternam. Deus, rerum provisor optimus, statuit, ut ad exercendas virtutes et probanda merita divites sint in mundo simulque et pauperes; at non vult alios nimis affluere copiis, alios autem in extremas angustias adduci, ita ut usibus vitae necessariis careant. Bona verum est virtutum parens honesta paupertas, quae cotidiano labore comparat victum, iuxta illud: «Mendicitatem et divitias ne dederis mihi: tribue tantum victui meo necessaria» (*Prov. XXX, 8*). Quodsi locupletes et opulenti debent in inopes facili misericordia moti liberaliter agere eo vel magis iisdem debent iusta tribuere. Opificum igitur salaria, sicut fas est talia sunt, quae ipsis eorumque familiis sustentandis sufficiant. Gravia hoc de officio sunt Pii Pp. XI Decessoris Nostri verba: «Omni igitur ope enitendum est, ut mercedem patresfamilias percipiant sat amplam, quae communibus domesticis necessitatibus convenienter subveniat. Quod si in praesentibus rerum adiunctis non semper id praestari poterit, postulat iustitia socialis, ut eae mutationes quamprimum inducantur, quibus cuivis adulto operario eiusmodi salaria firmentur. Non abs re erit hic merita laude prosequi eos omnes, qui sapientissimo utilissimoque consilio varias experti sunt atque tenta-

verunt vias, quibus merces laboris ita oneribus familiae accommodetur, ut, his auctis, amplior illa numeretur; immo, si id obtingat, extraordinariis necessitatibus fiat satis» (Litt. Enc. *Quadragesimo anno*). Eveniat insuper ut quisquis viribus pollet ad comparandum sibi suisque cotidianum victum aequam operis habeat copiam. Vehementer dolemus sortem conditionemque eorum, qui bene multi istic quamvis robusti valentes ac volentes labores quos quaeritant suscipere non possunt. Moderatorum rei civilis sapientia, provida herorum largitas, serenioris temporis citus eventus efficiant, ut tam iusta optata communi omnium profectu perficiantur.

Praeterea, cum homines natura sint congregabiles et fas sit coniunctis viribus honestas utilitates provehere, sicut heris ita et operariis et agricolis non potest sine iniuria denegari aut minui libera facultas societates ineundi, quarum ope ipsi sua tueantur iura et maiorem in modum emolumenta, quae ad bona animi et corporis et ad innoxias quoque suavitates vitae spectant, acquirant. Huiusmodi collegiis, quae exactis aevis christianae rei publicae immortalem laudem et artibus mirum splendorem compararunt, non potest una ubique locorum disciplina et temperatio imponi, quae quidem pro ingenio populorum et adiunctis temporum et rerum alibi alia esse quit: ea tamen semper e sanae libertatis principiis vitalem motum sumant, celsis iustitiae et honestatis normis informantur harumque sub ductu et auspicio ita agant, ut in suae classis provehendis commodis neminem laedant, concordiae studia servant, civilis societatis commune bonum vereantur.

Memoratum nuperrime pontificalis magisterii Documentum necnon similis generis Encyclicas Litteras Leonis Pp. XIII *Rerum novarum*, ubi ad Evangelii et perennis philosophiae praecepta quaestio socialis absolvitur, gratum est Nobis nosse istic diu multumque considerari a lectissimis quibusdam, quos generosa voluntas ad caritatem atque societatem humanam restaurandam compellit, herosque ipsos nonnullos, huiusmodi ad placita cum mercenariis semper rediviva discidia velle componere, communi utilitate et humanarum personarum dignitate animadversis. Quae erit laus, si americanum genus,

quod ad magnificentiam et munificentiam natura est proclive, feliciori aevo iecerit fundamentum, salebrosa et annosa sociali quaestione tutas per vias Evangelii iubare illustratas plene et bene persoluta. Quod ut auspicato fiat, non frangendae sunt dissipatione vires, sed iunctione quam maxime augendae. Ad quam salubrem consiliorum unitatem consensionemque, magnorum altricem facinorum, caritate compulsi eos quoque invitamus, quos Mater Ecclesia a se divulsos deflet. Plerique ex iis, cum Decessor Noster sanctorum somno quievisset et Nos, brevi exacto ab eius excessu tempore, inscrutabili divinae pietatis consilio Petri Solium conscendissemus — id Nos non fugit — ore scriptisque sensus prodiderunt obsequii et insignis nobilitatis plenos; quapropter — id aperte fate-mur — de iis spem cepimus, quam tempus non rapit, quam praesaga mens alit, quae Nobis inter aspera et dura solacio est.

Laborum magnitudo, qui pro benignissimi Redemptoris gloria animorumque paranda salute sollerter suscipiendi sunt, ne terreat, dilectissimi, vos, sed divino fretos auxilio extimulet, siquidem ardua opera robustiores gignunt virtutes, rutilantiora proferunt merita. Nisus, quibus hostes confertis agminibus Regnum Christi destruere contendunt, nobis incitamento sint, ut concordii voluntate id astruamus, firmemus, provehamus. Nihil felicius contingere potest singulis hominibus, familiis et nationibus quam obtemperare Auctori salutis, Eius sequi mandata, Eius amplecti regnum, quo liberi efficimur et bonis operibus divites: «regnum veritatis et vitae, regnum sanctitatis et gratiae, regnum iustitiae, amoris et pacis» (*Praef. Missae Christi Regis*). Plurimum ominantes, ut vos ovesque, quarum commodo seduli pastores consulitis, ad cotidie meliora et praestantiora potienda progrediamini ac ex statis quoque sollemnibus virtutum messem excipiatis optimam, Apostolicam Benedictionem, benevolentiae Nostrae testem, in Domino vobis impertimus.

Datum Romae apud Sanctum Petrum die I mensis Novembris anno MDCCCXXXIX, in festo omnium Sanctorum, Pontificatus Nostri anno primo.



## PÍO PAPA XII

### AMADOS HIJOS NUESTROS Y VENERABLES HERMANOS SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA

**D**ESEANDO hacer más radiante la corona de vuestra santa alegría, con el pensamiento atravesamos el vasto espacio del mar y vednos en espíritu en medio de vosotros, que junto con todos vuestros fieles celebráis el fausto hecho de cumplirse siglo y medio desde que en los Estados Unidos de América se constituyó la Jerarquía eclesiástica. De buen grado lo hacemos, pues la ocasión que ahora se Nos ofrece de mostrar con un documento público Nuestra estima y Nuestro afecto al gran pueblo Americano, de juventud tan ilustre y vigorosa, Nos resulta tanto más grata cuanto más solemne es, y porque viene a coincidir con los principios de Nuestro pontificado.

## LO PASADO

### LOS PRIMEROS TIEMPOS

A quien recorre las páginas de vuestra historia y reflexiona sobre las profundas causas de los acontecimientos que la entretienen, aparece muy claro que la gloria y la prosperidad de que actualmente goza vuestra Patria se ha logrado en no pequeña parte gracias al triunfal desarrollo de la religión divina. Bien es verdad que ésta, por ser nacida del cielo, está destinada a conducir, mediante sus enseñanzas y sus leyes, los hombres a la eterna felicidad; pero es indudable también que ella colma la vida terrena con tamaños beneficios que no

podría darle más, aunque la principal razón de su existencia fuera el hacer felices a los hombres durante su breve jornada terrenal.

Nos place recordar algunos hechos bien sabidos. Cuando Pío VI dió a vuestros compatriotas el primer Obispo en la persona del ciudadano americano Juan Carroll, al ponerlo al frente de la sede de Baltimore, el número de los católicos era ahí bien exiguo y de poca importancia. De otra parte, por aquel tiempo, la situación de los mismos Estados Unidos era tan peligrosa que una grave crisis política ponía en sumo riesgo su misma trabazón y unidad política: a causa de una guerra aniquilante y prolongada el erario estaba agobiado por las deudas, las industrias languidecían y los habitantes, exasperados por las consecuencias de tantos contratiempos, se desgarraban en opuestos partidos. A situación tan dolorosa como catastrófica puso buen remedio el celeberrimo Jorge Washington, hombre distinguido así por su firme carácter como por la penetrante sagacidad de su mente. Íntima era su amistad con el citado Obispo de Baltimore. Y así la amistosa unión entre el padre de la patria y el primer pastor de la Iglesia en esa tierra, por Nos tan amada, fué un perpetuo ejemplo para la posteridad y una perenne enseñanza para los tiempos venideros, aun los más remotos: al estrechar sus diestras significaban al pueblo americano que habría de tener como norma de vida sacra y solemne el respeto a la fe cristiana, pues que ésta, al defender y revalorizar los supremos principios éticos, es salvaguardia de la prosperidad pública y fuente de verdadero progreso.

Muchas fueron las causas a que ha de atribuirse el estado floreciente de la Iglesia católica en vuestro país. Pongamos de relieve siquiera una, muy digna de toda atención. Numerosos sacerdotes, obligados a emigrar ahí por la furia de las persecuciones, pudieron ofrecer al citado obispo Carroll el auxilio de que tan necesitado se hallaba, a la vez que con su activa colaboración en el sacro ministerio sembraron una preciosa simiente que fué luego abundante y hermosa mies de

virtudes. Algunos de aquéllos llegaron más tarde a ser Obispos, y entonces les correspondió mayor mérito aún en los consoladores progresos de la causa católica del reino de Dios. Sucedió lo que la historia demuestra que suele siempre suceder: cuando las tormentas de las persecuciones se desencadenan, el fuego apostólico, lejos de extinguirse, se dilata por superficies más vastas cuando, alimentado por una fe libre de ficciones y movido por una caridad sincera, enciende el pecho de los héroes.

### INTENSA ACTIVIDAD CATÓLICA

Cien años habían pasado desde aquel acontecimiento, que ahora os llena de tan legítima alegría, cuando el Papa León XIII, de feliz memoria, con su Carta *Longinqua oceani* quiso medir el camino ahí recorrido por la Iglesia desde sus comienzos: a su reseña añadió exhortaciones y normas en las que la paternal benevolencia corría parejas con una iluminada sabiduría. Lo escrito entonces por Nuestro Predecesor merece perenne consideración. En los últimos cincuenta años el progreso de la Iglesia nunca se ha interrumpido, antes bien ha logrado la más amplia expansión intensificada por un más robusto crecimiento. Exuberante es la vida que la gracia del Espíritu Santo hace florecer en lo más íntimo de los corazones; consoladora es la tan frecuente asistencia a las iglesias; son muy numerosos los fieles que se acercan a la Sagrada Mesa para recibir el Pan de los Ángeles, alimento de los fuertes; con gran fervor se practican en completo retiro los ejercicios de San Ignacio; muchos, dóciles a la invitación divina, que los llama a ideales más altos, reciben el sacerdocio o abrazan el estado religioso. Actualmente existen entre vosotros diecinueve Provincias eclesiásticas, ciento quince diócesis, unos doscientos Seminarios; innumerables son los templos, las escuelas elementales, las superiores, los colegios, los hospitales, los asilos para pobres, los monasterios. Con razón se admiran los extranjeros de vuestra organización en los distintos grados de las escuelas, a cuya sub-

sistencia proveen los fieles con generosidad, vigiladas siempre por el asiduo cuidado de los prelados, por cuanto de ellas salen multitud de ciudadanos, relevantes por sus mentes y corazones, respetuosos de las leyes divinas y humanas: ellos son considerados como el nervio, la flor y la honra así de la Iglesia como de la Patria. Las instituciones misionales, especialmente la «Pontificia de la Propagación de la Fe», sólidamente establecidas y ejemplarmente activas, con sus oraciones, con sus limosnas y con toda clase de recursos ayudan a los heraldos del Evangelio que se consagran a plantar en tierras de infieles la bandera de la Cruz redentora y salvadora. A este propósito queremos alabar públicamente las instituciones misionales privativas de vuestra nación, que con tanto entusiasmo e interés se preocupan de la difusión del catolicismo. Pregonemos sus nombres: la «Catholic Church Extension Society», asociación muy gloriosa por su piadosa beneficencia; la «Catholic Near East Welfare Association», que tan providenciales auxilios presta a los intereses del Cristianismo en Oriente, donde tan grandes son las necesidades; la «Indian and Negroes Mission», institución que, aprobada por el Concilio III de Baltimore (cf. Actas del mismo Concilio, c. II), Nos confirmamos y recomendamos, pues que así lo exige una razón de exquisita caridad hacia vuestros conciudadanos. Confesamos que Nos sentimos penetrados de un singular amor paterno, ciertamente inspirado por el Cielo, hacia los Negros que con vosotros conviven, porque en su asistencia espiritual y religiosa se hallan necesitados de especiales cuidados y consuelos, que muy bien se merecen. Invocamos, pues, copiosas las bendiciones divinas con el mejor deseo de los más fecundos resultados para cuantos, movidos por generosa virtud, se preocupan ahí de los Negros con especial solicitud.

Además de todo esto, vuestros compatriotas, en su afán de agradecer a Dios el don inestimable de la integridad y de la conservación de la fe, ansiando santas empresas, envían fuertes cohortes al ejército formado por los misioneros: son los

héroes que con el sufrimiento en los trabajos, con la paciencia invicta y con la energía polarizada en nobles iniciativas para promover el reinado de Cristo, cosechan méritos que la tierra admira, que el Cielo coronará con adecuados premios.

No menor vitalidad tienen las instituciones que son de tanta utilidad, dentro de la patria, para los hijos de la Iglesia: los organismos diocesanos de caridad, regidos por criterios tan prácticos como prudentes, gracias a los párrocos y al concurso de las familias religiosas, llevan a los pobres, a los enfermos y a los necesitados los preciosos dones de la misericordia cristiana, y alivian las miserias; cuando se cumple este ministerio de tanta importancia, los ojos de la fe, dulces y penetrantes, hacen ver a Cristo presente en los necesitados y en los afligidos, que son místicos miembros doloridos del benignísimo Redentor.

Entre las asociaciones de seglares — enumerarlas todas sería demasiado largo — han logrado ahí laureles de impeccedera gloria la «Acción Católica», las «Congregaciones Marianas», la «Asociación de la Doctrina Cristiana», ricas ya en frutos logrados y exuberantes en la esperanza de una mies aun más copiosa para lo por venir, como también la «Asociación del Santo Nombre», excelente abanderada para promover el culto y la piedad cristianos. Esa laboriosidad de los seglares, que a tono con las exigencias de los tiempos se desarrolla múltiple en los más varios sectores, hállase encuadrada y regida por la benemérita «National Catholic Welfare Conference», cuya singular misión es procurar pronta y cumplidamente todos los medios necesarios a vuestro ministerio episcopal.

Grandísimo fué Nuestro gozo al conoceros personalmente y contemplar el campo de vuestras actividades cuando, en el viaje transatlántico de octubre de 1936, pudimos visitar detalladamente las principales entre todas esas asociaciones. Imborrable y dulce permanecerá siempre en Nuestro corazón el recuerdo de cuanto con Nuestros ojos pudimos entonces contemplar y admirar.

## A P É N D I C E

Justo es, por lo tanto, que con sentimientos de adoración demos gracias a Dios por todo ello con vosotros, cantándole el himno de gratitud: «Alabad al Dios del cielo; porque su misericordia dura para siempre» (Ps. CXXXV, 26). El Señor, cuya bondad no tiene límites, como ha llenado vuestra tierra con la abundancia de sus dones, también ha concedido a vuestras iglesias energía y actividad y ha conducido a plena madurez todos sus trabajos. Rendido ya el obligado tributo de gratitud a Dios, de quien procede todo bien, reconozcamos, dilectísimos, que esa fecundidad tan exuberante que hoy admiramos con vosotros, se debe también al espíritu de iniciativa y a la persistente actividad de pastores y fieles en todas sus empresas. Reconozcamos deberse también a vuestro clero, que, al distinguirse siempre por la eficacia en el trabajo, cumple con celo vuestros mandatos; a los miembros de todas las Órdenes y de todas las Congregaciones, tan eminentes por la virtud como por la porfía de prodigarse en el cuidadoso cultivo del campo de las almas; a las innumerables religiosas, que, a menudo en silencio y desconocidas del mundo, abrasadas por la llama interior del amor divino, con una entrega ejemplar se consagran totalmente a la causa del Evangelio, siendo verdaderos lirios en el jardín de Cristo y motivo de suave complacencia para los Santos.

## LO PRESENTE

### PRINCIPALES PELIGROS ACTUALES

Deseamos, empero, que Nuestra alabanza sea saludable. La consideración del bien logrado no debe producir el descanso precursor de la pereza ni engendrar la nociva dulzura de la vanagloria; más bien ha de obrar como estimulante, de suerte que con renovada energía se impidan los males y con más robusta firmeza crezcan aquellas iniciativas que sean útiles, prudentes y dignas de encomio. El cristiano digno de su nombre es siempre apóstol: del soldado de Cristo desdice apartarse de la batalla, pues que sólo la muerte pone fin a

su milicia. Os es muy patente dónde conviene que sea más despierta vuestra vigilancia y qué programa de acción conviene señalar tanto a los sacerdotes como a los fieles para que la religión de Cristo, vencidos todos los obstáculos, sea faro luminoso para la inteligencia del hombre, rectora de sus costumbres y, cual única causa de salvación, penetre en lo más íntimo de la medula y de las arterias de la sociedad humana. Gran estima merece, en verdad, el progreso de los bienes exteriores y materiales, pues comunican a la vida tan múltiples y apreciables utilidades; pero no basta al hombre, nacido para más altos y fúlgidos destinos. Creado, en efecto, a imagen y semejanza de Dios, busca a Dios con irresistible aspiración y sufre y llora con secreto llanto cuando en la selección de su amor queda desterrada la suma Verdad y el Bien infinito. Pero a Dios, del que quien se aleja muere, al que quien se convierte vive, en el que quien se fija es glorificado, no se llega venciendo el espacio corpóreo, sino bajo la guía de Cristo, con la plenitud de una fe sincera, con la conciencia inmaculada de una voluntad recta, con la santidad en las obras, con la conquista y la práctica de aquella genuina libertad cuyas sacras normas están promulgadas en el Evangelio. Si, por el contrario, se desprecian los divinos mandamientos, no sólo no se consigue la felicidad colocada más allá del breve tiempo de la vida terrenal, sino que se resquebraja aun la misma base de la verdadera civilización, no siendo de esperar sino ruinas, que inútilmente se llorarán con lágrimas ya tardías; la verdad es que cuanto conduce a la consecución de los bienes eternos ofrece una tenaz consistencia a la par que una defensa segura aun a los mismos bienes temporales. Pues ¿cómo puede tener garantía de estabilidad el bien público y la gloria de la vida civilizada, cuando se subvierte el derecho y cuando la virtud es despreciada y burlada? Pero Dios, que es la fuente del derecho, es el mismo que inspira y premia las virtudes, sin que haya semejante a Él entre los legisladores (cf. *Iob XXXVI*, 22). En todas partes — según la clara y concorde confesión de

## APÉNDICE

cuantos tienen buen entendimiento — la raíz amarga y fértil en males no es otra que el desconocimiento de la divina Majestad, el desprecio de las leyes morales de celestial origen o una detestable inconstancia que hace vacilar entre lo lícito y lo ilícito, entre la justicia y la iniquidad. Efectos inmediatos son el desenfrenado y ciego egoísmo, la sed de placeres, el alcoholismo, la moda desvergonzada y pródiga, la criminalidad no rara ni entre los menores de edad, la ambición del poder, el desprecio de los pobres, el ansia de injustas riquezas, el absentismo de los campos, la ligereza en contraer matrimonio, los divorcios, la división en las familias, el enfriamiento del mutuo amor entre padres e hijos, la limitación en la natalidad, la depauperación en la raza, la falta de respeto a las autoridades, el servilismo, la rebelión, el incumplimiento de los deberes para con la patria y la humanidad.

Elevamos también Nuestro serio y paternal lamento porque ahí, en muchas escuelas de vuestro país, Cristo es con frecuencia despreciado o ignorado; la explicación de cuanto al mundo y al hombre se refiere queda limitada entre el naturalismo y el racionalismo, y se ensayan nuevos sistemas pedagógicos, llamados a no dar en el orden intelectual y en el moral sino los más tristes resultados.

### EL DIVORCIO: SUS MALES

Igualmente, la vida familiar, así como florece en plena felicidad cuando se observa la ley de Cristo, así, cuando se repudia el Evangelio, parece miserablemente y es asolada por los vicios: «Quien busca la ley, será colmado de bienes; mas quien obra con ficción, en aquélla encontrará ocasión de caída» (*Eccli.* XXXII, 19). ¿Qué puede haber en la tierra más alegre y gozoso que la familia cristiana? Nacida cabe el altar del Señor, donde el amor es proclamado santo vínculo indisoluble, se solidifica y crece por el mismo amor alimentado con la gracia sobrenatural. Allí «es honrado el matrimonio en todos y el tálamo es inmaculado» (*Hebr.* XIII, 4); tranquilas las paredes no resuenan con riñas, ni son testigos



de secretos martirios al revelarse las astutas maquinaciones de la infidelidad; una firmísima confianza aleja las espinas de la sospecha; en el mutuo amor se amortiguan los dolores, se acrecientan los gozos. Allí los hijos no son estimados pesos graves, sino dulces prendas; ni un vituperable convencionalismo ni un afán de estéril voluptuosidad hacen que se impida el don de la vida ni que caiga en desuso el dulce nombre de hermano y hermana. Grande es allí la diligencia de los padres en cuidar de que sus hijos no sólo crezcan físicamente vigorosos, sino que también, siguiendo las huellas de sus abuelos cuyas virtudes les recuerdan con frecuencia, brillen con la luz debida a la profesión de una fe purísima y a una integridad moral. Conmovidos por beneficios tantos, los hijos creen máximo deber suyo el honrar a sus padres, el cumplir sus deseos, el sostenerlos en la vejez con su fiel ayuda, el alegrar su ancianidad con un amor que, sin extinguirse por la muerte, se tornará más glorioso y más completo en la regia mansión del cielo. Los que componen una familia cristiana ni son querellosos en la adversidad ni desagradecidos en la prosperidad, y siempre están llenos de confianza en Dios, a cuyo imperio obedecen, en cuya voluntad descansan y cuyo auxilio no en vano esperan.

Constituir y mantener las familias según las normas del Evangelio: a tal deber serán exhortados los fieles frecuentemente por quienes en las iglesias tienen oficio de autoridad o de predicación, preparando así al Señor un pueblo perfecto. Suma necesidad es, por la misma razón, cuidar de que el dogma de la unidad y de la indisolubilidad del matrimonio sea estimado en toda su trascendencia religiosa y santamente respetado por quienes aspiran a celebrar sus bodas. Que este punto capital en la doctrina católica tenga fuerte eficacia para mantener la firmeza de la estructura familiar, para el incesante desarrollo y prosperidad de la sociedad civil, para la salud de los pueblos y para una civilización cuya luz no sea falsa y fatua, es reconocido hasta por no pocos que, aun alejados de nuestra fe, gozan de gran autoridad por su

prudencia política. ¡Ojalá que vuestra patria hubiese conocido por experiencia ajena, no por ejemplos de sus hijos, el cúmulo de daños que produce la plaga del divorcio! Que la reverencia a la religión, que la piedad al gran pueblo americano aconsejen enérgicas medidas para que sea radicalmente extirpado ese contagio tan avasallador, cuyas consecuencias son descritas con estilo tan lapidario por el Papa León XIII: «A causa de los divorcios, el pacto nupcial queda sometido a mutabilidad; se debilita el amor; la infidelidad conyugal rebusca perniciosos incentivos; reciben gran daño el cuidado y la educación de la prole; se da fácil ocasión para resquebrajar el hogar; se siembran las semillas de discordia entre las familias; se rebaja y se deprime la dignidad de la mujer, que queda expuesta al peligro de ser abandonada por el marido, luego de haberle servido como instrumento de placer. Y por cuanto nada contribuye tanto a arruinar la familia y a minar el vigor de los Estados como la corrupción de las costumbres, fácilmente se ve que el divorcio es el mayor enemigo de la prosperidad de las familias y de las naciones» (*Enc. Arcanum*).

En cuanto a la celebración de aquellos matrimonios en los que una u otra parte no acepte el dogma católico o no estuviere bautizada, Nos estamos muy seguros de que observaréis con toda exactitud las prescripciones del Código de Derecho canónico. Es una realidad que tales matrimonios — según sabéis muy bien por una frecuente experiencia — raramente son felices y suelen causar graves daños a la Iglesia católica.

#### EL CLERO: CIENCIA SAGRADA Y CIENCIA PROFANA

El medio eficaz para evitar daños tan graves es que cada uno de los fieles reciba en toda su plenitud la enseñanza de las verdades divinas y que los pueblos conozcan con claridad el camino que conduce a la salvación. Exhortamos por ende a los sacerdotes a procurar que su ciencia de las cosas divi-

## CARTA ENCÍCLICA AL EPISCOPADO DE LOS ESTADOS UNIDOS

nas y humanas sea copiosa; no se contenten con los conocimientos adquiridos en la edad juvenil; investiguen con cuidadosa atención la ley del Señor, cuyos oráculos son más puros que la plata; gusten y saboreen las castas delicias de la Sagrada Escritura; a medida que avanzan en años, estudien con mayor profundidad la historia de la Iglesia, los dogmas, los sacramentos, los derechos, las prescripciones, la liturgia y la lengua, de modo que el progreso intelectual corra paralelo al de la virtud. Cultiven también los estudios literarios y las ciencias profanas, especialmente las más conexas con la religión, para que con lucidez de pensamiento y con elocuencia de palabras puedan comunicar la enseñanza de la gracia y de la salvación, siendo capaces de someter aun a los doctos ingenios al suave peso y yugo del Evangelio de Cristo. Feliz la Iglesia, si de esta suerte «se fundare sobre zafros» (cf. *Is.* LIV, 11). Los tiempos actuales exigen que también los seglares, y en especial los que coadyuvan al ejercicio del apostolado jerárquico, se procuren un tesoro de conocimientos religiosos, no pobre e inconsciente, sino sólido y rico mediante las bibliotecas, las discusiones y las asambleas culturales: a las ventajas que lograrán para sí mismos, añadirán la de poder enseñar a los ignorantes, refutar a los adversarios obstinados y ser útiles a los amigos buenos.

Con gran alegría hemos sabido que entre vosotros es muy poderosa la prensa defensora de la verdad católica y que la Radio de Marconi — admirable invento, elocuente imagen de la fe apostólica que abraza a todo el género humano — es utilizada con tanta utilidad como frecuencia para lograr la máxima propaganda de todo cuanto, en hechos y doctrina, a la Iglesia se refiere. Alabamos el bien realizado. Mas cuiden, quienes tal ministerio desempeñan, de seguir las normas directivas del magisterio de la Iglesia cuando se enfrentaren con la doctrina social: olvidados de la propia utilidad, desprecien la vanagloria e, imparciales, hablen siempre «como de Dios, delante de Dios, en Cristo» (*II Cor.* II, 17).

Para que el progreso científico, en todo su conjunto, se consolide cada vez más entre vosotros, aprovechando esta

## A P É N D I C E

ocasión que se Nos presenta oportuna, deseamos significaros Nuestro interés más cordial por la Universidad Católica de Wáshington. Recordáis el entusiasmo tan ardiente con que el Papa León XIII saludó este templo del saber, en el momento de su creación, y también cuán repetidas pruebas de singular afecto le dió el Romano Pontífice Nuestro inmediato Predecesor, pues se hallaba íntimamente persuadido de que si esta gran institución, tan rica ya en méritos, se consolidara más aún y lograra mayor fama, habría de contribuir no sólo al incremento de la Iglesia, sino también a la gloria y prosperidad pública de vuestros compatriotas. Abrigando las mismas esperanzas, Nos dirigimos a vosotros por esta Carta para recomendaros dicha Universidad. No perdonéis sacrificio alguno hasta que esa Universidad, protegida por vuestra benevolencia, venza todos los obstáculos y, con sus incesantes y cada vez más felices éxitos, llene cuantas esperanzas están cifradas en ella. También os agradecemos profundamente vuestra decisión de deparar un edificio, mayor y más adecuado a su noble destino, como nueva sede del Pontificio Colegio que en Roma acoge a los jóvenes de los Estados Unidos para la formación eclesiástica. Si siempre es de gran utilidad que los jóvenes más distinguidos por sus talentos vayan a lejanos países para perfeccionar allí sus conocimientos, una larga y feliz experiencia pone de relieve la máxima utilidad de que los candidatos al sacerdocio sean educados en la Urbe junto a la Sede de Pedro, donde la fuente de la fe es purísima y donde tantos monumentos de la antigüedad cristiana y las huellas de tantos Santos excitan los corazones generosos a empresas magnánimas.

## LO POR VENIR

### LA CUESTIÓN SOCIAL: SOLUCIÓN CRISTIANA

Cuestión de suma importancia queremos tocar ahora, la cuestión social, cuya no solución agita desde tanto tiempo y con tanta intensidad a los Estados sembrando semillas de odio y de mutua hostilidad entre las diversas clases de ciudadanos.

Bien conocéis sus características, sus dificultades y sus conflictos: no procede, por lo tanto, que Nos extendamos sobre tal materia. Principio fundamental en la cuestión social es que los bienes, creados por Dios para todos los hombres, deben llegar equitativamente a todos según las normas de justicia y de caridad. En todos los tiempos ha habido ricos y pobres: lo dice la historia y la misma condición humana inflexible presagia que así será siempre. Dignos de gran honor son los pobres que temen a Dios, pues de ellos es el reino de los cielos y porque con facilidad abundan en gracias espirituales. Por su parte los ricos, si fueren rectos y probos, cumplen en la tierra el oficio de dispensadores y mayordomos de los dones materiales de Dios; a fuer de siervos de la Providencia divina ayudan a los pobres, por medio de los cuales reciben a veces dones que tocan al espíritu y cuya mano los conducirá — así lo pueden esperar — a la vida eterna.

Dios, que a todo provee con los designios de su bondad suprema, ha establecido que, para probar los méritos y ejercitar la virtud, haya en el mundo ricos y pobres; pero Dios no quiere que unos naden entre exageradas riquezas mientras otros se agitan en tal penuria que hasta les falta lo necesario para la vida. Buena madre y gran maestra de virtudes es, sin embargo, la honrada pobreza, cuando se alimenta con el trabajo cotidiano, según el dicho de la Escritura: «No me des (¡oh Dios!) pobreza ni riquezas; manténme con el pan necesario para mi sustento» (*Prov. XXX, 8*). Pues si los ricos y opulentos tienen el deber, por misericordia, de ayudar con liberalidad a los necesitados, más obligados están en consecuencia a darles lo que les debieron por razón de justicia. Y justicia es que los salarios de los obreros sean tales que basten para sustentar tanto a ellos como a sus familias. Gravísimas son, a este propósito, las palabras de Nuestro inmortal Predecesor Pío XI: «Por todos los medios ha de lograrse que los padres de familia perciban una remuneración tal que baste para proveer a las ordinarias necesidades domésticas. Que, si las circunstancias presentes de la sociedad no permiten hacerlo



## APÉNDICE

siempre, la justicia social exige que lo antes posible se vayan introduciendo aquellas reformas que aseguren semejantes salarios a todo obrero adulto. Singular alabanza merecen ciertamente quienes, con miras tan sabias como prácticas, han ensayado ya e intentado los más diversos sistemas para retribuir el trabajo en razón de las cargas de familia, de suerte que, al aumentar éstas, aquél se aumentare también; y aún, lo que fuera mejor, que llegare también a satisfacer hasta las necesidades extraordinarias» (Enc. *Quadragesimo anno*).

Lógrese, pues, que todos cuantos se hallan con fuerzas para trabajar tengan la justa posibilidad de ganar por medio del trabajo el alimento cotidiano para sí y para los suyos. Profundamente compadecemos, por lo tanto, a quienes, en gran número entre vosotros, aun siendo robustos, capaces y bien dispuestos para el trabajo, no pueden encontrar la ocupación que tan afanosamente andan buscando.

La previsión de los gobernantes, la providente generosidad de los amos y el restablecimiento de unas circunstancias externas más favorables, cuya realización ansiamos solícitos que se produzca lo antes posible, hagan que tan justos deseos lleguen a cumplirse en beneficio de todos.

### LIBERTAD EN LA SINDICACIÓN

Natural exigencia del hombre es la sociabilidad, por lo que mediante la unión de fuerzas es lícito promover cuanto sea útil honestamente; por lo tanto, ni a las clases productoras ni a las obreras y agrícolas puede negarse, sin clara injusticia, la libre facultad de unirse libremente en asociaciones que defiendan sus propios derechos a la vez que logren las mejoras tocantes ya a los bienes del cuerpo, ya a los del espíritu, ya a honradas comodidades que mejoren la vida. Pero a semejantes asociaciones, cuyas precursoras en siglos pasados realzaron el cristianismo con gloria inmortal y las artes con extraordinario esplendor, no puede imponerse, en todas partes y sin distinción, un mismo tenor y ordenamiento, pues éstos habrán de variar a tono con la idiosincrasia peculiar de los pueblos y con la

mutabilidad de las circunstancias. Esencial condición es que tales corporaciones procedan en toda su actividad de acuerdo con los principios imprescriptibles de una sana libertad y que sean regidas por las excelsas normas de la justicia y honestidad, de tal suerte que, al inspirarse en éstas, obren siempre en defensa de los intereses de clase, pero sin lesionar los derechos de los demás, a la par que se distingan teniendo como ideal la armonía y respetando el bien común de la sociedad civil.

#### NECESIDAD DE CONCORDIA Y DE UNIÓN

Nos place saber que entre vosotros, así la citada encíclica *Quadragesimo anno* como también la *Rerum novarum*, del Sumo Pontífice León XIII, que proponen la solución de la espinosa cuestión social según los postulados del Evangelio y de la filosofía perenne, son singular objeto de un estudio cuidadoso y continuado por parte de selectos espíritus a quienes un generoso entusiasmo empuja hacia la restauración social y hacia un afianzamiento de los lazos de amor entre los hombres, y que hasta algunos patronos han querido arreglar, por sí mismos pero según las normas de aquéllas, las cuestiones suscitadas con los obreros, dejando siempre a buen recaudo así el bien común de la sociedad como la excelsa dignidad de la persona humana. Gran gloria, en verdad, sería la del pueblo americano — inclinado ya por su natural condición a las grandes empresas y a la liberalidad — si solucionara plena y perfectamente la antigua e intrincada cuestión social según las normas seguras e iluminadas por la luz del Evangelio, y señalara así las bases de una época más feliz. Y para que esto suceda como se desea, preciso es que las fuerzas no se disgreguen con la desunión, antes aumenten por la concordia. Unión de pensamientos y de voluntades cuya resultante serían magníficas hazañas, y a la que, secundando un impulso de caridad, invitamos también aun a aquellos que la Iglesia llora como separados de ella. Muchos de éstos, cuando Nuestro Predecesor descansó en el sueño de los justos, y cuando Nos

## APÉNDICE

por arcano designio de la bondad divina subimos al Trono de San Pedro, muchos de éstos — no se Nos oculta — de palabra o por escrito expresaron sentimientos que significaban rendido homenaje y revelaban miras elevadas. Actitud semejante — con sinceridad os lo confesamos — Nos hace concebir cierta esperanza, que el tiempo no arrebatara, y como buen presagio alimenta la mente y Nos sirve de consuelo entre los duros y ásperos afanes del ministerio universal.

No os desanime, oh dilectísimos, la dificultad del trabajo que con fervoroso entusiasmo ha de emprenderse por la gloria del benignísimo Redentor y por la salvación de las almas; antes bien os estimule por la plena confianza en el divino auxilio; las grandes empresas engendran las más robustas virtudes y producen los méritos más espléndidos. Abatir el cetro de Cristo es el empeño de los enemigos, que atacan en escuadrón cerrado; que tal empeño y unión sirva de estímulo para que, con la máxima concordia, establezcamos, consolidemos e intensifiquemos ese reinado. A individuos, familias y naciones nada les puede tocar más feliz que obedecer al Autor de la salvación humana, cumplir sus mandamientos, aceptar su reinado, que a todos nos hace ricos en buenas obras a la par que libres: «reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz» (*Praef. Missae Christi Regis*). Deseándoos de corazón, a vosotros y a la grey espiritual confiada a vuestra solicitud de diligentes pastores, que caminéis siempre hacia metas cada vez mejores y más altas, y que en la presente conmemoración recojáis fecunda cosecha de virtudes, os damos en el Señor la Bendición Apostólica, prenda de Nuestra benevolencia.

Dado en Roma, junto a San Pedro, a 1 de noviembre, fiesta de Todos los Santos, del año 1939, primero de Nuestro Pontificado.

PIUS PP. XII



## VI

# EXHORTACIÓN APOSTÓLICA A LOS SACERDOTES Y A LOS CLÉRIGOS LLAMADOS A LAS ARMAS

*Desde el comienzo del nuevo y feroz conflicto que el mundo sufre, las preocupaciones del Supremo Pastor se concentran de modo especial en los sacerdotes y alumnos del Santuario obligados a las armas. Véase el texto de la Exhortación Apostólica, ardiente en celo, que Su Santidad les envió el día 8 de diciembre de 1939, festividad de la Inmaculada Concepción.*

**A LOS SACERDOTES Y CLÉRIGOS  
LLAMADOS AL SERVICIO MILITAR**

**S**UMAMENTE CONMOVIDOS por la angustia y la preocupación de la guerra que por todos los medios, mas en vano, tratamos de evitar, Nos dolemos con toda vehemencia de vuestra suerte y estado, amadísimos sacerdotes y clérigos, porque, sorprendidos por tan repentina tempestad, habéis tenido que abandonar la actividad de vuestro sacro ministerio y la tranquilidad de vuestra sacra enseñanza para ser incorporados a las armas bajo banderas militares.

Sin hábito para el género de vida que ahora lleváis, las circunstancias os han obligado de súbito a servir militarmente en cuarteles, en hospitales, en ambulancias del frente de batalla, a fuer de sacerdotes consagrados a la asistencia espiritual de los soldados, pero que habéis de cumplir en gran parte labores no conformes a vuestra singular vocación.

En cualquier situación vuestra, los Vicarios castrenses o los Capellanes mayores os cuidan con paternal preocupación y vigilancia. Tranquila descansas Nuestra confianza en su actividad, que no conoce el descanso y se funda en muy discreta prudencia. Y así no cabe dudar de que ellos mismos desarrollarán un trabajo tan sumamente estimado por sus respectivas patrias como rico en los mejores frutos, ya que, conscientes de su deber, se hallan dispuestos a los mayores sacrificios. Sabed que tan diligente actividad goza de Nuestra confianza; por ello os habréis de mostrar tan agradecidos como obedientes a

## APÉNDICE

vuestros superiores, porque éstos no pueden realizar sin trabas los mandatos confiados a ellos sino cuando sus súbditos les obedecen espontáneamente en cuanto ellos ordenaren.

Para que ni a vosotros ni a los confiados a vuestra solicitud pastoral falten los debidos consuelos, es Nuestra intención añadir nuevas facultades extraordinarias a las que ya hemos concedido a los Vicarios castrenses y a los Capellanes mayores de las naciones o regiones actualmente beligerantes o movilizadas, o que lo fueren en lo futuro. Ello será una manifiesta prueba de la efusión del paternal amor que os tenemos en medio de tantas molestias y angustias como las que ahora os tocan.

Pero las facultades otorgadas a los Vicarios castrenses y a los Capellanes mayores no Nos eximen de comunicaros directamente los sentimientos de Nuestra alma, ni de exhortaros a que, en medio de tantos peligros, advirtáis con diligencia y cumpláis con devoción, según la dignidad y llamamiento de vuestra vocación, los deberes que vuestra nueva vida os impone.

Exteriormente habéis cambiado vuestro traje, mas nunca habéis de despojaros del espíritu que de ordinario regía vuestra actividad anteriormente. Que entre las horrissonas armas os anime aquel mismo espíritu que durante la paz os animaba, cuando cumplíais vuestros ministerios sacerdotales. El Padre celestial, que os llamó a los altares, es quien ha consentido que se interrumpan los piadosos estudios y trabajos a que ya estabais acostumbrados. Tened muy presente que Él os llamó, no sólo para consagraros al culto divino, que no es toda la razón del sacerdocio en la Iglesia católica, sino también a fin de que seáis pregoneros de la palabra de Dios, sembradores del Evangelio y legados de Cristo para difundir su conocimiento, excitar su deseo y encender su amor cuanto posible os fuere. Vuestro ideal sea el del apóstol San Pablo, que se gloriaba de no saber otra cosa, ni predicar otra cosa a las gentes que Cristo, y éste crucificado. Cristo fué predicado por él, no menos con el ejemplo de su vida que con la fuerza de su palabra, en

todos los lugares, en todos los tiempos, en privado y en público, ya a la luz del sol, ya cuando estaba aherrojado entre cadenas. Hallándose en la cárcel, no contento con recibir a cuantos a él venían, predicándoles con toda libertad el reino de Dios, escribía a los de Filipos: «Sabed, hermanos, que cuanto me sucede redunda en mayor provecho del Evangelio» (*Phil.* I, 12).

Dios ha permitido ahora que, dejados vuestros ministerios ordinarios, hayáis sido obligados a incorporaros al ejército, con hombres muy distintos en educación, en costumbres, en conocimientos y disposiciones, en religión, a veces enemigos de Dios, o ignorantes de Jesucristo y del Evangelio, desconocedores hasta de los más ligeros rudimentos de la fe, a la par que muy preocupados mucho más de todos los negocios que de las cosas tocantes al alma y a la suprema bienaventuranza. La misericordia de Dios, en su misteriosa providencia, os ha enviado a aquellos que tal vez os despreciaban, que se negaban a recibir de vosotros la palabra de la salvación y la gracia de nuestro Salvador Jesucristo; y ahora los inclina hacia vosotros, como compañeros de vuestros trabajos y peligros, de vuestras angustias y tristezas.

Estimad en todo su valor cuanto os ofrece el momento presente. No juzguéis según el criterio y prudencia humanos las circunstancias que han determinado la actual tormenta; ved más bien en ellas la voluntad del Padre celestial, que de los males saca siempre los mejores y adorables bienes, y que desea, sirviéndose de vuestro servicio militar y entre tantas ruinas, conducir a los desviados y a los errantes hacia la senda de la verdadera fe y las costumbres de la moral cristiana. En vuestro empeño todo os será de gran provecho, porque cuanto mayor es el celo apostólico del sacerdote, tanto más frecuentes son las ocasiones favorables que se le ofrecen, y tanto más abiertas encuentra todas las puertas. Y, sobre todo, al militar bajo las patrias banderas, militad también por la Iglesia de tal suerte que en vosotros brille el apostolado con los vivos caracteres de Cristo. Y así sucederá, aunque no hablareis, si con el fiel cumplimiento de vuestros de-

beres y con una absoluta integridad en vuestras costumbres honrareis vuestra vocación.

Os avisamos, pues, con aquella misma exhortación con que el apóstol San Pablo conjuraba a los filipenses, para que, al tener trato con los gentiles, así en la vida ordinaria como en la convivencia social, honrasen con el brillo de las virtudes la fe que profesaban: «Vivid dignamente de acuerdo con el Evangelio de Cristo» (*Phil.* I, 27). Y más tarde: «Hacedlo todo sin murmurar y sin discutir, irreprochables y sencillos, hijos de Dios, sin mancha en medio de esta generación mala y perversa, donde resplandecéis cual antorchas del mundo» (*Phil.* II, 14-15).

Brille siempre en vosotros el carácter de ministros de Dios. Y, siendo tales, seréis muy observantes de vuestro deber, ejemplarmente obedientes a vuestros superiores, dentro de la ley de Dios, y alegres en el sufrir los trabajos más duros; pero nunca jamás ni por razón alguna condescendáis con cuanto de fútil, corrompido o vituperable os rodeare. Caracterizados por la severidad en las costumbres, dispuestos a nunca pactar ni a contemporizar con lo malo, o a tolerarlo, seréis la censura de los vicios ajenos, siquiera con vuestros ejemplos. Pero tal severidad en las costumbres — tan conforme por lo demás a la disciplina militar, cuyo privativo carácter es la fortaleza de un pecho impávido — no prohíbe en modo alguno el que, al ir en vosotros acompañada por evangélica mansedumbre, os hagáis todo para todos a fin de así ganar a todos para Cristo. Y en el mismo valor habéis de distingueros de tal suerte entre todos los demás, que doquier, pública y libremente, aparezcáis claramente como sacerdotes o candidatos al sacerdocio.

Y si llevados del espíritu del Evangelio, espíritu de libertad, os hicieréis, a imitación del Apóstol de las Gentes, siervos de todos, siendo libres de todos, a fin de ganarlos en mayor número para Cristo (*I Cor.* IX, 19), habéis de recordar con frecuencia los saludables consejos del mismo Apóstol, tan llenos de sabiduría, que sean la norma de toda vuestra actuación: «Todo me es lícito, pero no todo conviene. Todo me es lícito, pero no todo edifica» (*I Cor.* X, 22-23).

Y si siempre obrareis así, moveréis con saludable autoridad a cuantos os rodearen, de tal suerte, que, consciente o inconscientemente, depositaréis en lo íntimo de las almas alguna semillita buena que, al caer en la tierra, como enseña el Señor, germina y crece, aunque entonces permanezca inactivo el sembrador (*Marc. IV, 26 ss.*). Así será como llegaréis a la persuasión de que no habéis abandonado los mandatos confiados a vuestra fidelidad, y de que al mismo tiempo habéis confesado a Jesucristo, vuestro divino Maestro, cuanto posible os era, ante las más variadas clases de hombres.

A todos los ciudadanos de cualesquiera clases, a los intelectuales y a los obreros, a los doctos y a los indoctos, a los tratables y a los intratables por su carácter, entre el horrrisono ruido de las armas, daréis a conocer la nueva evangélica; y en modo alguno cometeréis la falta de inducir a vuestros camaradas a pensar que, en los seguidores de Cristo, y — lo que fuera más triste — en los abanderados de la vida eterna, no están de acuerdo las palabras y los hechos. Ganaréis para la Iglesia la benevolencia y la adhesión de muchos; y, al militar heroicamente en el ejército patrio, os haréis muchos amigos, que sin gran dificultad llevaréis al camino de la fe o los tornaréis en auxiliares vuestros.

Finalmente, que jamás se borre de vuestra alma aquella exhortación dada por el apóstol Pablo a los fieles en aquel tiempo de gloria en que el triunfo de la Iglesia maduraba entre tormentos y sufrimientos: «No te dejes vencer por el mal, antes vence al mal con el bien» (*Rom. XII, 21*).

Contemplad pues, amados Hijos, el dilatado campo que la providencia de Dios confía en cultivo a vuestra generosa virtud, al arrancaros del tranquilo desempeño de vuestro ministerio sacerdotal y de los Seminarios. Razón hay para que sinceramente os gloriéis gustando los puros consuelos, capaces de disminuir las adversidades y asperezas todas de la guerra, ya que no puedan hacerlas desaparecer por completo.

Pero ¿no es verdad que el dolor fecunda nuestras palabras, nuestras enseñanzas y nuestras acciones? Mejor testimonio damos a la Verdad con el sufrir que con el obrar.

## APÉNDICE

De otra parte, en las presentes circunstancias podréis adquirir muchas cosas harto provechosas para vuestras almas. Las variadas y dolorosas incidencias de la milicia os suministrarán un conocimiento tal de los hechos y de los hombres, que, si de una parte añadirá sabiduría a vuestra prudencia, de otra comunicará a vuestra virtud y a vuestra labor apostólica cierta madurez de viril energía. Ganancias, y no pérdidas, procurará a vuestro sacerdocio este tiempo, que aparece como pernicioso corte en la carrera de vuestra vida, si fuereis prudentes, si anduviereis ante el Señor, si no os apartareis jamás de su mano que, a través de una tierra desierta, descaminada y seca, os llama a cosas más altas y mejores, por las que mereceréis perpetua alabanza.

Pero andar ante Dios y no abandonar jamás su rectora mano derecha es tanto — bien lo sabéis — como entregarse a cultivar con afición la piedad cristiana: sólo por ésta el alma asciende a lo alto y arde sin cesar en deseos de obrar bien. Pero ¿podrá la flor de la piedad crecer entre las espadas y los proyectiles? No hay duda alguna. Sin buscar otros argumentos, traed a vuestra memoria el recuerdo de aquellos que, procediendo de la clase militar, brillaron con la luz de la santidad. Ellos, obligados por una disciplina no distinta de la vuestra, vivieron muy unidos con Dios y por Dios: sólo buscaban un ideal, el de cumplir la divina voluntad al cumplir todos sus deberes. Ea, pues, también vosotros cuidaréis con todo empeño de conocer siempre y doquiar la voluntad de Dios, y de uniros a ella, aun contra la voluntad de la naturaleza; sea ésta vuestra labor cotidiana, sea éste el camino abreviado — fácil y seguro — para una piedad tal que os sea fiel defensa de vuestra condición sacerdotal en el estado y condición presentes, a la vez que fuerte estímulo y aguijón en el resto de vuestra vida, para acometer las más generosas empresas.

Para que sea constante vuestro propósito y grande vuestro deseo de cumplir la voluntad divina, es necesario — nadie lo dudará — que en vosotros, al ocuparos en el cumplimiento de

vuestros deberes, no languidezca ni se entibie el espíritu de la oración, antes bien se dilate en fuego íntimamente ardiente. Fuego que asiduamente se alimentará tanto por el sacrificio de la Eucaristía devotamente celebrado o el Pan de los fuertes fervorosamente recibido, como por todos aquellos medios, bien comprobados por la práctica cotidiana de los fieles, que, con la gracia confortante del Espíritu Santo, conducen principalmente a las almas de los hombres en el abstenerse de toda culpa y en el caminar incansables tras las más sólidas virtudes. Ni aun las más graves molestias y ocupaciones podrán impedir a los fieles cristianos, y singularmente a los sacerdotes, el que, concentrándose en su interior, se dediquen a piadosas meditaciones con frecuencia, examinen con atención lo bueno y malo que hicieren, y el que con ardiente amor adoren a su divino Maestro y Señor ante los sagrados tabernáculos — por desgracia, muchas veces tan abandonados — donde con la efusión de su gracia Él suele ilustrar y fortificar a cuantos se le acercan.

Amadísimos Nuestros, procuraos cuanto pudiereis esta piedad, enriqueceos con ella: con tal guía los peligros en que os encontráis, tolerados por el Señor, se trocarán en copiosos méritos para vosotros y en ricos frutos de salvación para vuestros camaradas; que el ministro del Evangelio, ora por la cooperación en el trabajo, ora por la indulgencia en la compasión, siempre está preparado para darlo todo a sus prójimos.

Blanco como sois de la curiosa observación de todos los hombres y en todos los aspectos, honrad vuestro sacerdocio, honrad la Iglesia, cuya carga, en gran parte, tomáis sobre vosotros. Muy bien mereceréis de la patria si con vuestro ejemplo relevante edificareis a vuestros conciudadanos en los mayores peligros, tranquilizando sus ánimos a la vez que excitándoles a obrar con heroísmo y cumplir bien los más graves deberes a que se vieren obligados. Las madres y las esposas os darán gracias a porfía, al sentirse tan consoladas por la ayuda que habréis prestado a sus amados. Premio os será la conciencia de haber obrado bien: ésta os dirá interiormente que aun en



## A P É N D I C E

todo este tiempo vuestro sacerdocio, lejos de sentirse disminuido, se ha aumentado por la gracia del Espíritu Santo, revelada en la eficacia del obrar y en la propensión a la piedad. Y ante todo — lo cual estimaréis en mucho — tened muy presente que Dios, incapaz de engañar, os aprueba; y que a vosotros, en vuestra humildad, compatible con una sincera alegría, os cuadra bien la promesa evangélica, cual sentencia anticipada de Cristo que os ha de coronar: «A todo el que me confesare ante los hombres, también yo le confesaré ante mi Padre, que está en los cielos» (*Matth. X, 32*).

Con la firme confianza de ver cumplidos Nuestros deseos y esperanzas, os acompañamos con paternos votos, ansiando vuestra salud material y espiritual, y suspirando por que siempre estéis libres de peligros. Y, mientras rogamos a Dios que a vosotros y a todos los hombres abrevie el tormentoso tiempo de la guerra y que, reintegrada pronto la paz a los pueblos, os devuelva a la tranquilidad de vuestro ministerio sacerdotal y a vuestros ansiados estudios sagrados, de buen grado y con la mayor complacencia del alma os damos la Bendición Apostólica cual prenda de Nuestra paternal benevolencia.

Dado en Roma, junto a San Pedro, a 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, en el año 1939, primero de Nuestro Pontificado.

PIUS PP. XII

## VII

# CARTA AL EMMO. CARDENAL LUIS MAGLIONE, SECRETARIO DE ESTADO, CON UN CALUROSO LLAMAMIENTO A TODA LA CRISTIANDAD PARA RECURRIR SINGULARMENTE A LA MADRE DE DIOS

*Como ya en el año precedente, cuando sobre la humanidad se cernía la guerra, tristemente amenazadora, así ahora, cuando cada vez se delinea más vasta prueba tan grande, el Supremo Pastor, al acercarse el mes de mayo, llama a todos los fieles, y singularmente a las cándidas legiones de niños, para que se dirijan al Señor con ardientes oraciones por medio de la misericordiosa intercesión de la Virgen Madre. Todo ello se expone en una Carta del Padre Santo al Emmo. Sr. Cardenal Luis Maglione, su Secretario de Estado, fechada el 15 de abril de 1940.*

## PÍO PAPA XII

### AMADO HIJO NUESTRO SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA

**N**EGRAS NUBES entenebrecían el horizonte mientras un horrísono estruendo de armas, augurio de guerra, hacía temblar a todos en el año pasado; y entonces Nos, que paternalmente compartimos los dolores y las angustias de todos los hijos, te dirigimos ya (1) una Carta (*Nos asistes*, 20 de abril de 1939) en la cual, por mediación tuya, exhortábamos a todo el pueblo cristiano a elevar, durante el mes de mayo, cercano a la sazón, oraciones y fervientes votos a la excelsa Madre de Dios, para que Ella, la dulcísima Madre, se dignara hacernos propicio, en nuestra desgracia, su Hijo ofendido por tantos pecados; y para que, arreglados justamente los intereses en litigio y aplacados los ánimos, se restableciese la paz entre los pueblos. Ahora, habiendo empeorado la situación y ardiendo furiosa la guerra, que ha causado innumerables daños y dolores, no podemos menos de rogar encarecidamente de nuevo a todos Nuestros hijos, esparcidos por todo el mundo, que todos los días del próximo mes de mayo, consagrado a María, se postren ante el altar de la Virgen Madre de Dios, a fin de elevarle suplicantes oraciones.

Todos saben muy bien que Nos, desde el principio de la guerra, nada dejamos sin hacer de cuanto podíamos para

---

(1) Cf. el texto en este vol., pág. 499.

exhortar por todos los medios a Nuestro alcance — documentos públicos, discursos, coloquios y negociaciones — al restablecimiento de aquella pacífica concordia que ha de fundarse en la justicia y tener su perfección en la mutua caridad fraterna. Tú, Amado Hijo Nuestro, que tan de cerca Nos asistes en el gobierno de la Iglesia Universal y que con Nuestra persona tienes relaciones tan estrechas, sabes muy bien que Nuestra aflicción por los sufrimientos y angustias de los pueblos en guerra es tan profunda, que podemos repetir y hacer Nuestras, a este propósito, aquellas palabras del apóstol San Pablo: «¿Quién enferma, que no enferme yo con él?» (*II Cor. XI, 29*). Por otra parte, Nuestro ánimo rebosa de profunda tristeza, no sólo por las espantosas desgracias que atormentan a los pueblos beligerantes, sino también por los peligros cada vez más inminentes que amenazan a las demás naciones. Pero si bien es verdad, como decimos, que nada hemos omitido de cuanto el humano poder y la prudencia Nos sugerían para ahuyentar tal cúmulo de males, toda Nuestra esperanza reposa exclusivamente en el único que todo lo puede, que sostiene el mundo con la palma de su mano, en cuyo arbitrio están así los destinos de los pueblos como los pensamientos y las decisiones de quienes los gobiernan. Por tanto, Nuestro deseo es que todos unan sus plegarias a las Nuestras, para que el Señor de las misericordias con su poderosa mano ponga pronto fin a esta horrenda tempestad.

Y puesto que, como afirma San Bernardo, «es voluntad de Dios que lo obtengamos todo por medio de María» (*Sermo in Nat. B. M. V.*), acudan todos a María, ante cuyo altar depositen sus oraciones, sus lágrimas y sus angustias; y pídanle alivio y consuelo. Lo que nuestros padres hacían con toda solemnidad en las grandes dificultades y peligros, según sabemos por la historia, logrando ellos tantas gracias, no dejemos de hacerlo nosotros, que seguimos confiados sus pisadas, en el actual peligro que tan angustiosamente nos aflige. De hecho, ante Dios y su Unigénito Hijo, la Bienaventurada Virgen es tan poderosa que, como canta Dante Alighieri, pretende volar

sin alas quien deseando la gracia no recurriere a Ella (1). Ella es poderosísima Madre de Dios y al mismo tiempo, cosa para nosotros tan suave, amantísima Madre nuestra; con filial confianza, pues, debemos acogernos todos a su amparo y defensa, descansando por completo en su maternal bondad.

Y deseamos de modo particular, Amado Hijo Nuestro, que también el próximo mes de mayo cándidos escuadrones de niños llenen de nuevo los templos sagrados de la Virgen, medianera de la paz, a fin de, por su intercesión, pedir a Dios tiempos tranquilos para todos los pueblos y naciones. Reúnanse todos los días ante el altar de la Madre celestial: dobladas las rodillas y alzadas las manos, juntamente con sus plegarias ofrezcan sus flores, ellos que son las flores del místico jardín de la Iglesia. Grande es Nuestra confianza en las súplicas de aquellos cuyos «ángeles... están siempre viendo la cara del Padre» (*Matth.* XVIII, 10); cuyo rostro exhala inocencia, y cuyas pupilas parecen reflejar el esplendor de los cielos. Sabemos que el divino Redentor los ama con singular afecto y que su santísima Madre tiene para ellos especial cariño; sabemos que las plegarias de los inocentes penetran los cielos, desarman la justicia divina y alcanzan los favores celestiales para sí y para todos los demás.

Unidos, pues, en una santa emulación de oraciones, no cesen de suplicar por el cumplimiento de las aspiraciones de todos, acordándose de la promesa de Nuestro Señor: «Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá» (*Matth.* VII, 7; *Luc.* XI, 9).

Haga Dios benignísimo, movido a misericordia por las voces suplicantes de tantos, y principalmente por las de los niños tan inocentes, que, de nuevo pacificados y unidos fraternalmente los ánimos, y restablecida la tranquilidad por medio de la justicia, brille cuanto antes el iris de la paz y se inicien tiempos más felices para la sociedad humana.

Y tú, Amado Hijo Nuestro, del modo más oportuno que juzgares, harás conocer estos Nuestros deseos y esta Nuestra

---

(1) Cf. *Par.* XXXIII, 13-15.

## A P É N D I C E

exhortación a todos, y en forma particular a los sagrados Pastores de todo el mundo católico, siempre tan concordes con Nuestra voluntad y de cuyo celo pastoral tantas pruebas tenemos.

Mientras tanto, como prenda de los celestiales favores y cual testimonio de Nuestra paternal benevolencia, de todo corazón te damos a ti, Amado Hijo Nuestro, a todos cuantos de buen grado respondan a Nuestro llamamiento, y singularmente a los innumerables niños tan queridos, la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, a 15 de abril del año 1940, segundo de Nuestro Pontificado.

PIUS PP. XII

## VIII

# CARTA ENCÍCLICA AL CARDENAL PATRIARCA DE LISBOA, A LOS ARZOBISPOS, OBISPOS Y DEMÁS ORDINARIOS DE PORTUGAL Y SUS POSESIONES DE ULTRAMAR, EN EL OCTAVO CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA DE LA NACIÓN Y EN EL TERCERO DE SU RESTITUCIÓN A LA LIBERTAD

*Recién firmado el Concordato y el Convenio Misional entre la Santa Sede y la República de Portugal, precisamente el 13 de junio de 1940 — fiesta del glorioso San Antonio, orgullo de Lisboa y de Portugal no menos que de Padua —, el Augusto Pontífice dirigía una Carta Encíclica al Emmo. Sr. Cardenal Manuel Gonçalves Cerejeira, Patriarca de Lisboa, y a todos los demás Prelados de Portugal y de sus Posesiones de ultramar, al cumplirse el siglo octavo de la independencia de aquella Nación y el tercer siglo de su restitución a la libertad.*

## PIUS PP. XII

DILECTE FILI NOSTER, VENERABILES FRATRES  
SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

**S**AECULO EXEUNTE octavo a Lusitania proprii iuris facta, tertio vero ab eadem in libertatem restituta, hunc faustitatis eventum — quem quidem, Dilecte Fili Noster ac Venerabiles Fratres, pernobilis Natio vestra gloriis referta memoriisque, coniunctis omnium animis hoc est anno celebratura — ut Apostolica haec Sedes, pro vigili cura sua, ita Nos, qui erga christianorum gentes universas paternum gerimus animum, silentio oblivioneque praeterire non possumus.

Quin immo peculiare aliquid in causa est, cur Nos una vobiscum adeptam a vobis libertatem commemoremus, quandoquidem ex Romanorum etiam Pontificum opera, ut explorata res est, olim patria vestra fuit libera Civitas iure constituta.

Acta, quibus saeculo XII Decessores Nostri Innocentius II, Lucius II et Alexander III ab Alphonso Henrico Lusitaniae Comite primum, postea Rege, praestitae excipiebant oboedientiae officia, ac suam eidem polliciti tutelam, territorio omni, quod a Maurorum dominatu, strenue eluctando repugnandoque, recuperaverat, legitimam declarabant attributam libertatem, expetitum amplissimumque fuere praemium, quo Petriana Sedes generosum Lusitaniae populum, ob eximia eius in catholica tuenda fide acquisita merita, remunerata est.

Quae quidem catholica fides, ut vitalem quodammodo umorem praebuit, qui Lusitanorum Nationem inde ab origi-



nibus aluit, ita si non unica, at praecipua saltem vis ac virtus existit, quae patriam vestram ad suae fastigium gloriae evehit, eamque religionis propagantem imperiique fines (1), et omnibus humanitatis ornamentis excultam reddidit et de sacris Missionalium inceptis optime meritam. Idque historia ipsa loquitur, rerumque gesta luculentissime testantur.

Cum enim filii Ioannis I Regis eum rogarunt ut primam peragi sineret transmarinam expeditionem, qua urbs Septa in libertatem vindicata est, magno illi pioque Principi cordi fuit ab iisdem sciscitari utrum id, annon, utilem in Dei famulatum conferret operam. Ita pariter omnes, quae secutae sunt, expeditiones eo potissimum spectarunt ut illa propagaretur fides, quae ad bellum cruce signatos in occidentis regionibus impulerat, itemque equestres animaverat Ordines adversus Maurorum dominatum strenua virtute dimicantes.

In iisdemque navibus, in quibus candidum pandebatur vexillum, purpurea exornatum Divini Redemptoris cruce, una cum intrepidis patriae vestrae exploratoribus, qui ad africana occidentis litora vicinarumque insularum oras contendebant, Missionales quoque vehebantur, qui idcirco ad barbaras proficiscebantur regiones, ut eas — quemadmodum nobilis ille dynasta Henricus Navigator aiebat, qui tantopere vestrarum coloniarum sacrarumque expeditionum incrementa provexit — suavi Iesu Christi iugo subiicerent.

Atque Lusitanorum exploratorum princeps Vascus de Gama dum ancoras moliebatur ut suum ad Indias fortunatum iter auspicaretur, duos secum una ducebat religiosos viros ex Ordine SS. Trinitatis, quorum alter, cum Indorum gentibus Evangelii lumen apostolico ardore impertiisset, operosum munus suum martyrii palma decoravit. At, quemadmodum omnibus Ecclesiae aetatibus, ita eo tempore in longinquis illis regionibus, huius Martyris ceterorumque Missionalium Lusitaniae herorum cruor veluti christianorum semen existit; eorumque praeclara exempla catholicum orbem, imprimisque

---

(1) Cf. Camões, *Lusiadas*, I, 2.

animosos patriae vestrae cives, ad apostolatus opera latius promovenda summpere excitavit.

Et cum ob aerumnosas rerum vicissitudines haud paucae Europae gentes ab gremio Ecclesiae abstrahebantur, quae eas sapienti studiosaque cura quasi mater educaverat, tum cernere licuit populum vestrum germanamque Hispanorum Nationem nova aperire itinera mysticae Iesu Christi Sponsae, amplissimumque eidem tribuere laboris campum in paene immensis Africae, Asiae et Americae terris; atque in iisdem innumeros parere Ecclesiae filios pro iis, qui ab eius sinu miserrime descivissent. Tum dioeceses, paroeciae, sacricolarum seminaria, monasteria, valetudinaria ac publica pupillorum hospitia, fere ubique in regionibus illis excitata, vitalem vim virtutemque perennem catholicae Ecclesiae demonstrarunt, cuius incrementa divinus eius Conditor valida sua prece impetrat, cuiusque operae Paraclitus Spiritus tristissimis etiam temporibus suo obsecundat afflatu.

At undenam evenit ut vos, etsi non multi, multa tamen in christianae rei publicae bonum patraretis facinora? (1). Undenam Lusitanorum populus strenuam illam hausit fortitudinem, qua animatus tot potuit Africae et Asiae litora suo dominatu amplecti et ad longinquas etiam Americae terras pertinere? Id procul dubio ex eo evenit, quod gens ista, ut summus Lusitaniae poeta concinit, ardenti tenacique fide, praestitit, et patriae vestrae moderatores ita christiana sapientia prudentiaque enituere, ut ipse Providentissimus Deus Natione vestra quasi pretioso docilique uteretur instrumento ad optima edenda praeclaraque gesta.

Etenim, cum eximii viri, gravissimi sui officii memores, ut Alphonsus de Albuquerque, ut Ioannes de Castro, Lusitanas colonias recte prudenterque moderantur, cumque tutelam auxiliumque suum probis Missionalibus impertiunt — quos Reges amplissimi, ut Ioannes III, ad regiones, suae gubernationi creditas, libenti animo mittendos curant — tum Civitas vestra universo terrarum orbi admirationi est ob imperii sui

---

(1) Cf. Camões, *Lusiadas*, VII, 8.

potentiam operamque egregiam, qua barbarae terrae ad humaniorem cultum reducuntur. At contra, cum catholica fides elanguescit, cum sacrarum Missionum studium torpescens decidit, cum denique rei publicae rectores apostolatus incepta praepediunt, nedum tueantur, atque religiosorum virorum Ordines dissipantes, divini verbi praeconum instituta enervant ac debilitant, tum primum est actuosum illum rerum navitatumque ardorem una cum christiana fide caritateque deficere, quae quidem eundem ardorem gignunt atque alunt.

Si vos, Dilecti Fili Noster ac Venerabiles Fratres, ad has quoque res, quae avitae gloriae luce non fulgent, mentem converteritis animumque vestrum, non id erit pro certo utilitate vacuum. At Nostrum est in praesens, dum per sollemnia pluries saecularia praeclaros inclitae patriae vestrae fastos celebraturi estis, paterna vos adhortari voluntate ut egregia illa facinora memoria repetatis, quae tam multi e vestratibus edidere evangelicae veritatis satores; ita enim vos esse sentietis ad hoc avitum apostolatus studium etiam atque etiam excitatos.

Quoniam vero haec faustitatis vestrae celebratio, non sine Providentis Dei consilio, ad nascentem apud vos in praesens spiritualis vitae vigorem adiungitur; ac sollemnes conventiones — quae nuper, in rebus etiam ad sacras Missiones pertinentibus, mutuas rationes inter Apostolicam Sedem ac Civitatem vestram mutuamque in agendo concordiam composuere feliciter — optima auspicia faciunt meliorum temporum, idcirco rei consentaneum est id efficere ut, ex hac data opportunitate, apostolici vestrorum Missionalium labores nova, quae vetera aemulentur, incrementa suscipiant.

Ac quisnam, apostolico studio animatus, sine cura neglegenterque consideret ex hominum multitudine, qui ad centiens centena milia terras Lusitanae ditioni subiectas incolunt, longe maximam partem evangelii lucem adhuc praestolari? Quisnam e generosa gente vestra id non accuret ut quod, hoc in rerum genere, Lusitanorum populo non modo summae fuit laudi, sed summae quoque utilitati, nullo non tempore vigeat ac magis cotidie magisque promoveatur?

\* \* \*

Nos igitur, Dilecte Fili Noster ac Venerabiles Fratres, dum patriae vestrae illustres eiusmodi memoriae gloriaeque mentem voluptate replent animumque Nostrum, dumque ad paene innumeros homines respiciatis cupimus, qui in coloniis vestris illos opperiuntur adhuc, qui eos Dei veritatem doceant, iisdemque «investigabiles divitias Christi» (*Eph.* III, 8) impertiant, haec hortamenta ac verba, a Divino Redemptore Apostolis habita, vobis iteramus: «Levate oculos vestros et videte regiones, quia albae sunt iam ad messem» (*Io.* IV, 35); «Messis quidem multa, operarii autem pauci. Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam» (*Luc.* X, 2).

Utique «operarii autem pauci»! Veteres Lusitanae Africae dioeceses magna praeconum divini verbi afficiuntur penuria, amplaeque terrarum circumscriptiones paucis sunt Missionariis concreditae.

«Rogate ergo Dominum messis»; imprimisque rogate ut benignissimus Deus cum in Lusitaniae populo, tum in indigenarum gentibus vestrae dicioni subiectis, quam plurimos dignetur, vel sacerdotes, vel adiutores fratres religiosasque feminas, vel denique catechistas, ad huius apostolatus munus afflatu suo vocare.

In singulorum sacerdotum precibus haec sancta altissimaque ratio praecipuam partem habeat; ac peculiari hac de causa ii comprecantur, qui in sacros umbratilis vitae Ordines adsciti sunt; neque christifideles, cum praesertim Rosarium recitant, tantopere a B. Virgine Maria Fatimana commendatum, eidem Deiparae Virgini supplicare praeterrittant, ut divinam ad missionale munus vocationem, uberi cum fructu, quam pluribus impetret.

Ac necessarium omnino videtur peculiare statuere dies, quibus, Augusto altaris Sacramento adorationi proposito, atque opportunis habitis sermonibus, sacrarum expeditionum opera foveantur. Idque cupimus fiat quovis anno in singulis

paroeciis, in iuvenum collegiis sacrorumque Seminariis. Accurent omnes ut, statutis hisce diebus, Ecclesiae sacramenta participant; ac iuventus potissimum ad Eucharisticam mensam accedat, ut panem fortium ac «frumentum electorum» (*Zach.* IX, 17) sumat: tum enim forsitan hoc evenerit ut ex hisce non pauci divinum afflatum divinamque id genus vocationem, summo cum animi gaudio, sentiant.

At quisnam aptius quam clerus poterit haec sanctissima incepta fovere? Venerandos igitur Lusitaniae sacerdotes paterno compellamus animo eosque enixe adhortamur ut in missionalem cleri consociationem libenter coeant. Haec pia sodalitas, ut profecto nostis, quam proximi Decessores Nostri tantopere commendarunt, ac spiritualibus ditaverunt largitionibus, quamque Nosmet ipsi, bene eidem omnia precantes, summis honestamus laudibus, in fere omnibus Nationibus iam exstat, atque christiani populi conscientiam voluntatemque ad actuosum missionalium rerum studium excitat atque conformat.

Id etiam atque etiam in votis Nobis est, ut nempe missionalis Lusitani cleri consociatio, quae in initio est, citato gradu plena quamprimum incrementa capiat; quandoquidem ex sacerdotibus potissimum consociationis huius sollertem illam obventuram speramus operam, qua parvulae illae arbusculae studiose seligantur atque educentur, quas Christus Dominus idcirco in vinea sua excitaverit, ut aliquando in sacrarum Missionum campum transponantur.

Immo etiam Deus ipsemet praecipuum aliquid atque primum ab administris suis exspectat, hoc est ut agros diligenter apparent atque excolant, in quibus eiusmodi arbusculae germinare queant. Sacerdotum enim est missionalium rerum cognitionem inter fideles omnes propagare, in eorumque animis incendere apostolatus huius flammam; quapropter — quod Decessor Noster fel. rec. Pius XI admonuit — nemo unus habeatur sacerdos qui caritate erga sacras expeditiones non ardeat (cf. *A. A. S.* 1926, p. 71).

Vobis igitur, Dilecte Fili Noster ac Venerabiles Fratres, haec verba atque mandata iteramus, quae in Encyclicis Lit-

teris *Rerum Ecclesiae* habentur: «Consociationem cleri missionalem apud vos aut iubeatis constitui, aut iam constitutam ad acriorem in dies actionem consilio, hortatu, auctoritate vestra incitetis» (Ibidem).

Ac principio, sodalitatis huius officium esto typis editas hisce de rebus scriptiones omni ope fovere ac propagare. Si quae prelo excudentur de gravissima hac causa silebunt deque ingentibus Missionalium necessitatibus, tum procul dubio de iisdem non modo christianus populus sed clerus etiam fere nihil pensi habebunt.

Ephemeridi igitur, quam Lusitani cleri consociatio missionalis edit, quaeque inscribitur «O clero e as missões» bene ex animo dicimus, optamusque vehementer ut magis quotidie vigeat, omnesque Lusitaniae sacerdotes eorum memores officiorum reddat, quae ad catholicam promovendam fidem pertineant; eosdemque actuosiore apostolatus huius ardore inflammet.

Ceteris item hac de re commentariis, qui Religiosarum Communitatum opera prostant, bene pari voluntate dicimus; iisdemque ominamur ut, populum edocendo excitandoque, uberiores in dies felicioresque fructus afferant.

At peculiarem Benedictionem sacerdotibus illis impertimus, qui missionalem cleri consociationem generoso animo propagare contendunt. Iisdem eorumque navitati bene omnia precamur; idque nominatim ut apostolicum illud, quo flagrant, studium innumeras iisdem vias rationesque praebeat, quibus sanctissimum propositum suum assequi queant.

Ac cupimus praeterea ut in ipsis sacrorum Seminariis sacerdotii candidatos exquisita imbuat ac solida missionarium rerum cognitio, quae quidem tantopere valet ad sacerdotalem animorum conformationem roborandam, quaeque valde erit cuivis muneri opportuna, Providentis Dei consilio singulis sacricolis destinando.

Quodsi, Dilecti Fili Noster ac Venerabiles Fratres, ex benignissima Dei voluntate aliquis eorum ad sacras suscipiendas expeditiones vocetur, «iam nulla vos aut cleri penuria, aut dioecesis necessitas exanimet atque ab consentiendo deti-

neat, cum populares vestri, salutis adiumenta ad manum, ut ita dicamus, habentes, longe absint minus a salute, quam ethnici... Data vero eius rei occasione, aequo animo, ob Christi animarumque caritatem, alicuius e clero iacturam faciatis, si quidem iactura dicenda est; quem enim amiseritis adiutorem laborumque vestrorum socium, eundem, vel copiosiore gratiarum in dioecesim effusione, vel aliis excitatis sacri ministerii tironibus, divinus Ecclesiae Conditor profecto supplebit» (*A. A. S.* 1926, p. 70 sq.).

Id autem potissimum Nobis cordi est ut, quemadmodum in Goana Archidioecesi Sacerdotes ac Religiosi sodales ex ea gente delecti abunde affluunt, ita in ceteris quoque regionibus, Lusitaniae subiectis, ecclesiasticae eorum locorum circumscriptiones, initum hoc in genere opus generose provehendo, clerum indigenam in exemplum florentem quam primum habeant; neque inibi, necessitatibus pares, sacrae desint virgines ex eadem terra ortae, in qua suum obeant munus.

Quandoquidem vero patriae vestrae nullo non tempore honori ducitur transmarinos dicionis suae populos cum Lusitanorum fortuna consociare, eosdemque ad eundem suae christianae culturae gradum efferre, Nos ex laudabili eiusmodi more vestro futurum confidimus ut quod, aetate hac nostra, summis Ecclesiae in votis est — clerum nempe ex indigenis rite institui atque educari — id feliciter ad effectum deducatur. Vos igitur, Dilecte Fili Noster ac Venerabiles Fratres, quidquid in facultate vestra est, pro certo effecturi estis ut haec spes ne irrita cadat, sed maturrime exitum sortiatur optimum.

\* \* \*

At non satis est multorum Missionalium dilectum haberi; sed hoc praesertim necessarium est, sancte nempe conformare ad omneque instruere officii munus evangelicae veritatis praecones.

Habetis apud vos, ac procul dubio cordi vobis est insigne illud monumentum sollicitudinum Apostolicae Sedis erga eos, qui ad sacras expeditiones suscipiendas rite instituuntur; hoc

est Lusitana Societas catholicis promovendis transmarinis Missionibus, quam Decessor Noster im. mem. Pius XI sapienti consilio volentique animo excitavit, quaeque, ut Nobismet ipsis peculiari curae est, ita Nos peculiari quoque spe recreat. Neque minus Apostolica haec Sedes operae navitaeque confidit Religiosorum Ordinum ac Congregationum utriusque sexus, quandoquidem semper ex iisdem est, per aetatis decursum, optimorum Missionalium maxima pars orta. Quamobrem in hisce Ordinibus ac Congregationibus magnam Nos expectationem reponimus, magnamque sacrae ipsae Missiones reponunt. Et cum spirituales Lusitanarum coloniarum necessitates probe noscamus, valde cupimus ut Religiosis illis Communitatibus, quae huiusmodi iam expeditionibus dant operam, aliae quoque adiungantur laboris sociae, quas quidem locorum Ordinarii studiose foveant ac tueantur, ut magis cotidie magisque sacrorum operariorum numerus in amplissimis, Nationi vestrae subiectis, regionibus succrescat.

Collegiorum rectoribus, quae memorata Societas completitur, itemque ceterarum Religiosarum Sodalitatum moderatoribus Nostrum pandere volumus animum, ut aperte cernant summopere Nos apostolicis sollicitudinibus affici, vehementerque exoptare ut missionalis muneris candidati et rite excolantur, et ad solidam doctrinam virtutemque conformentur.

Diligenter iidem perpendant neminem posse difficile arduumque apostolatus huius iter ingredi, qui ad id non sit peculiari Dei gratia vocatus: parique modo neminem posse susceptum hoc iter persequi, qui divino afflatui divinaeque vocationi non digne respondeat.

Siquidem evangelicae veritatis praeco non modo quod sit divinitus vocatus, idcirco homo Dei sit necesse est, sed etiam quod eidem se plene perpetuoque devoveat. «Etenim — ut Decessor Noster f. r. Benedictus XV per mirabilem Epistolam Apostolicam *Maximum Illud* edocet — homo Dei sit oportet, qui Deum praedicat; oderit peccatum, qui odisse peccatum iubet. Maxime apud infideles, qui sensu potius, quam rationibus ducuntur, multo plus proficitur fidem exemplis praedicando quam verbis» (A. A. S. 1919, p. 449).



Agitur heic, Dilecte Fili Noster ac Venerabiles Fratres, de vitae sactimonia, quae altas in animis radices egerit, non vero de manca illa ac ieiuna probitate, quae corruptis ethnicorum moribus facile inficiatur. Qui enim a Paulo describuntur «habentes speciem quidem pietatis, virtutem autem eius abnegantes» (*II Tim. III, 5*), non ii profecto erunt sal terrae, qui corruptelarum vulnera persanet, neque lux mundi, quae sedentes in umbra mortis viam redemptionis edoceat. Atque utinam ne fiant ipsimet, averruncet Deus, corruptelis hisce misere obnoxii, vel earundem, quod peius est, infelices magistri.

Ac praeterea necessarium est sacrarum Missionum candidatum ad ea omnia rite conformari, quae tum ad solidam doctrinam, tum ad pastorale munus pertineant, ita ut quasi «sapiens architectus» (*I Cor. III, 10*) Regni Dei exsistere queat.

Neque satis est amplam eum atque exquisitam adeptum esse sacrarum rerum scientiam, sed profanas etiam disciplinas, quae ad munus suum pertineant, pernoscat oportet; quarum quidem sacrarum profanarumque disciplinarum si sit expers, soloque ardore suo ductus, in mobili arena exstruendae fabricae fundamenta ponat.

Divini Magistri vestigiis insistens. «qui pertransiit benefaciendo et sanando» (*Act. X, 38*), eiusque mandatis obsequens, qui edixit: «curate infirmos» (*Luc. X, 9*) et «docete omnes gentes» (*Matth. XXVIII, 19*), Missionalis, non modo docte sapienterque de Regno Dei loquatur, sed tot etiam corporibus sanandis, infectis morbo miseriisque, ad rem opportune instructus ac Iesu Christi caritate permotus, manus admoveat; atque ita una simul mentes erigat, animosque superstitionum impietati addictos, et in incomptam barbariam ingurgitados, ad humaniorem vitae cultum relevet, iisdemque illucescere iubeat evangelicae doctrinae lumen.

Enimvero, prope sacras Dei aedes, in regionibus praesertim Missionali demandatis, nullo non tempore Ecclesia, a Spiritu Sancto edocta, non modo pupillorum hospitia ac valetudinaria excitavit, sed litterarum etiam ludos. At quis-

nam alius erit, nisi apostolicus hic christianae veritatis prae-  
co, «sapiens architectus» horum sanctissimorum operum?  
Quomodo vero id efficiat, nisi sit a necessariis omnibus animi  
ornamentis, disciplinis virtutibusque instructus?

Quae adhuc, de Missionalibus edisserendo, hortamenta  
impertivimus, iis etiam omnibus eadem iteranda sunt, qui pla-  
cido, sed operoso ac benefico, exercitui rite instituendo dant  
operam, qui quidem ex religiosarum virginum agminibus  
constat, quarum pia navitas necessaria praebet adiumenta sa-  
cris fovendis expeditionibus.

Novimus sacrarum virginum Congregationes in Lusitania  
magis in dies magisque increbrescere; in iisdem igitur sedulo  
accurateque earum dilectus fiat, quae ad Missiones adiuvan-  
das divina sint gratia vocatae; ita quidem ut maiore cotidie  
numero, aptioreque cotidie conformatione praeditae ad hoc  
munus ingrediendum illae proficiscantur, quae et aegrorum  
ministrae, et iuventutis institutrices, et catechesis magistrae,  
ea omnia efficere valeant, quae ab iisdem peculiaria aposto-  
latus huius officia postulent.

Probe illi considerent, ex quorum opera eiusmodi gravis-  
sima causa pendet, tanto maiora incrementa hac in re Missio-  
nales esse Sorores feliciter edituras, quanto aptior ac dili-  
gentior fuerit religiosa earum mentis animique institutio.  
Atque utinam, adspirante Deo, ad sollertem earum navitatem  
actuosa etiam accedat multarum sanctissimarumque indige-  
narum Sororum navitas.

At haec pertractantes, non vos, dilectissimi filii, oblivioni  
dedimus, qui iam Divini Magistri mandato illi obtemperastis:  
«Duc in altum» (*Luc. V, 4*). Sollicita enim mente vos consa-  
lutamus omnes, vobisque voluntatem confirmamus et addimus,  
qui, in medio iam mari eluctando fatigandoque, Dei Regni  
fines producere contenditis. Ac postquam animum ereximus  
vestrum, vos singulos universos Apostoli gentium verbis ob-  
testamur: «Sollicite cura teipsum probabilem exhibere Deo,  
operarium inconfusibilem» (*II Tim. II, 15*). «Exemplum esto

fideliū in verbo, in conversatione, in caritate, in fide, in castitate» (*I Tim.* IV, 12). Atque una cum eodem Apostolo, necessaria vobis adiumenta suggerere cupientes, quibus haec adhortamenta ad rem deduci queant, id unum atque potissimum vobis commendamus: «Sectare... pietatem» (*I Tim.* VI, 11). Etenim si divina gratia vestros imbuerit animos, in ea omnia non influere non poterit, quae circa vos sunt, quandoquidem hac lege Dei Regnum regitur. Nam «simile est Regnum caelorum fermento, quod acceptum mulier abscondit in farinae satis tribus, donec fermentatum est totum» (*Matth.* XIII, 33).

Vestri sacrarum expeditionum annales divinae huius legis veritatem luculenter testantur. Siquidem, dum laicorum hominum missiones, ut aiunt, quas nonnulli in catholicarum Missionum locum subdere conati sunt, paene nullos edidere fructus, at contra apostolici illi viri, ut Franciscus Xaverius, ut Ioannes de Brito, non modo ad spiritualem animarum salutem, sed ad auctiorem etiam Lusitaniae fortunam tantopere contulerunt. Eos igitur digna aemulatione prosequamini!

Hoc anno, ut nostis, die XV mensis martii, quantum expletum est saeculum, ex quo S. Franciscus Xaverius ad sacras fuit Lusitanae Indiae expeditiones divinitus vocatus. Quae quidem divina vocatio per epistolam eidem innotuit, quam Ioannes III, Lusitaniae Rex, eo consilio Romam misit legato suo, ut probatos Missionales requireret omnique virtute praeditos, qui ad Indiarum regiones proficiscerentur. Ac procul dubio asseverari potest Sanctum illum sacrarum Missionum Patronum uberrima mercede Nationem esse vestram remuneratum ob pretiosissimum auxilium, quo eadem apostolico huic viro opitulata est ad divinae vocationi suae ultro libenterque respondendum. Nihil enim maius ille pro certo in Lusitaniae bonum operari potuisset, si ex patria vestra fuisset ortus. Videtis, dilectissimi filii, quam magna sit, quamque benefica sanctitatis virtus; ex ea igitur imprimis muneri quoque vestro felices exitus sperare licet. Quapropter, quod S. Franciscus Xaverius ac B. Ioannes de Brito ceterique e gente vestra apostolici viri institutum atque propositum in sacris

## CARTA ENCÍCLICA AL EPISCOPADO PORTUGUÉS

expeditionibus suis, summo cum religionis Nationisque Lusitanae emolumento, sibi sumpserunt, idem vobis esto in hisce Divini Magistri verbis significatum: «Sanctifico meipsum, ut sint et ipsi sanctificati» (Io. XVII, 19).

In praesens autem, antequam dicendi finem facimus, generosum Nobisque carissimum Lusitanum populum appellamus.

Christus Dominus iis omnibus, qui divinis iam Redemptionis beneficiis fruuntur, id officii commendat, ut cum fratribus suis, caelestis huius gratiae expertibus, eadem beneficia participant. Iamvero amplissimas colonias vestras fratres incolunt, ad centena milia bene multa, qui a vobis peculiari modo evangelicae veritatis lucem postulant atque opperiuntur.

Vos igitur adhortamur omnes, ut, sanctissima inter vos instituta contentione, sacras Missiones vestras omni, qua potestis, ope provehatis.

Quemadmodum olim maiores vestri, quorum praeclarissima gesta hoc anno commemorando celebratis, suos duces et equites circumsaepiebant, cruce signatorum vexillum agitantes, ac vel eosdem animose comitabantur, vel — facultate hac non data — precibus, studiosa voluntate, auxiliisque suis eos prosequabantur, ita vos honori summo vobis tribuite, si filios vestros, si supplicationes, si adiumenta sacris fovendis Missionibus destinaveritis.

Ac peculiari modo haec sanctissima, de qua loquimur, contentio ad eos pertineat, qui in pacificis Catholicae Actionis agminibus militant.

Benignissimus Deus procul dubio, ut generosa eiusmodi incepta, ita nobilissimam Lusitanorum gentem suarum cumulabit benedictionum largitate. Ac Beata Virgo Maria a S. Rosario, quae Fatimae colitur, eademque Magna Dei Parens, quae prope Naupactum magnam reportavit victoriam, potentissima tutela sua vobis aderit; vobisque itidem aderunt et S. Franciscus Xaverius, Sacrarum Missionum Patronus ac patriae vestrae quasi ex adoptione filius, et B. Ioannes de Brito, una simul cum ceterorum Lusitaniae sanctorum Missionalium inclita phalange.

## A P É N D I C E

Interea autem, caelestium gratiarum auspex, paternaeque benevolentiae Nostrae testis, Apostolica sit Benedictio quam vobis, Dilecte Fili Noster ac Venerabiles Fratres, ac singulis gregibus, unicuique vestrum commissis, effusa caritate impertimus.

Datum Romae, apud Sanctum Petrum, die XIII mensis Iunii, in festo S. Antonii, anno MDCCCCXXX, Pontificatus Nostri secundo.

PIUS PP. XII

## PÍO PAPA XII

### AMADO HIJO NUESTRO Y VENERABLES HERMANOS SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA

**S**IGLO OCTAVO se cumple de la fundación de Portugal, y tercero de su restauración; estos alegres fastos, que vuestra noble y gloriosa Patria celebra este año con tanta solemnidad y unión tanta de corazones, no podían pasar inadvertidos a la atenta vigilancia de esta Sede Apostólica, ni mucho menos dejar indiferente Nuestro corazón de Padre común de todos los fieles.

Motivo especial tenemos, además, para junto con vosotros conmemorar vuestra primera independencia, pues la Santa Sede, como es sabido, colaboró para darle su constitución jurídica.

Los diplomas con que Nuestros Predecesores del siglo XII, Inocencio II, Lucio II y Alejandro III, aceptaron el homenaje de vasallaje rendido por Alfonso Enríquez, Conde primero y luego Rey de Portugal, y en los que, al prometerle su protección, declaraban la independencia de todo el territorio que a costa de durísimas luchas había recuperado valerosamente del dominio moro, fueron el premio altamente deseado con que la Sede de Pedro premiaba al generoso Pueblo portugués por sus extraordinarios méritos en pro de la fe católica.

## GLORIAS PASADAS

### PORTUGAL, NACIÓN MISIONERA

Fe católica que, como en cierto modo fué la savia vital que alimentó a la Nación portuguesa desde la cuna, fué también, si no la única, ciertamente la fuente principal de energía, gracias a la cual se elevó vuestra Patria al apogeo de su gloria de nación civilizada y nación misionera, «dilatando a fé e o império» (1).

La historia lo refiere, los hechos lo comprueban.

Efectivamente; cuando los hijos de Juan I le pidieron que autorizase la primera expedición ultramarina, en la que Ceuta había de encontrar su liberación, el grande y piadoso monarca quiso asegurarse, antes que de otra cosa, de si sería o no en servicio de Dios la empresa proyectada.

Y, como ésta, todas las empresas ulteriores tuvieron igualmente como fin principal la propagación de la fe, de aquella fe que animó a «la Cruzada del Occidente» y a las Órdenes militares en la épica lucha contra el dominio de los moros.

En las carabelas que, llevando como enseña el níveo pendón rubricado con la cruz de Cristo, condujeron a los intrépidos descubridores lusitanos hasta las playas occidentales de África e islas adyacentes, navegaban también Misioneros, que allá iban «para atraírem as nações bárbaras ao jugo de Cristo», según se expresó el gran pionero de la expansión colonial y misionera de Portugal, el infante don Enrique el Navegante.

El príncipe de los descubridores portugueses, Vasco de Gama, cuando levó anclas para iniciar su feliz viaje de las Indias, llevaba consigo dos Trinitarios: uno de ellos, luego de haber predicado el Evangelio con celo apostólico en los pueblos de la India, había de coronar más tarde con el martirio la carrera de su laborioso apostolado.

La sangre de éste y de otros heroicos Misioneros portugueses fué entonces, en aquellas tierras tan alejadas, como lo

---

(1) Camões, *Lusiadas*, I, 2.

fué doquier y en todo tiempo, semilla de cristianos; y sus luminosos ejemplos fueron para todo el mundo católico, pero sobre todo para sus generosos compatriotas, altísimo llamamiento e inquietante despertador de apostolado misionero.

Y entonces — precisamente cuando una serie de funestos acontecimientos arrancaba una gran parte de pueblos de Europa del seno de la Iglesia, que con tanta sabiduría y cariño maternal los había educado — vióse cómo Portugal y su nación hermana, España, abrían a la mística Esposa de Cristo inmensas regiones antes desconocidas, y traían a su maternal regazo, cual compensación a los desgraciadamente perdidos, otros innumerables hijos en los vastos continentes de África, Asia y América. Diócesis y parroquias, seminarios y conventos, hospitales y orfanatos, surgían y se multiplicaban doquier por aquellas tierras, cual demostración de la perenne vitalidad de la Iglesia católica, por la cual intercede eficazmente el divino Fundador, y en la cual, hasta en las horas más trágicas, obra sin cesar el Espíritu Paráclito.

Pero ¿de dónde vino

que vós, por muito poucos que sejais,  
muito fazeis na santa cristandade? (1).

¿De dónde vino a Portugal fuerza tamaña con que abrazar en su dominio tierras tantas del África y del Asia, y extenderlo hasta las lejanas tierras de América? ¿De dónde, sino de aquella ardiente fe del Pueblo lusitano, cantada por su mayor poeta, y de la cristiana prudencia de sus gobernantes, que hicieron de Portugal un dócil y precioso instrumento en manos de la Providencia para realizar obras tan grandiosas como benéficas?

Y así, cuando los Albuquerque, los Castro y otros varones igualmente célebres, conscientes de su propia responsabilidad, gobiernan con rectitud y prudencia las diversas colonias portuguesas, y prestan auxilio y protección a los celosos pregoneiros de la fe que grandes monarcas, como Juan III, procuran enviar a aquellos países, Portugal se impone entonces a la

---

(1) Camões, *Lusiadas*, VII, 2.



admiración del mundo entero por el poderío de su imperio y por su gigantesca obra civilizadora. Mas, por el contrario, cuando declina la fe, cuando el celo misionero va muriendo, cuando los gobernantes, en vez de amparar, dificultan, y en vez de fomentar, paralizan la vitalidad misionera, principalmente con la supresión de las Órdenes religiosas, entonces, lógicamente, con la fe y la caridad decae hasta desaparecer aquella primavera de bien, que de ellas nacía y se alimentaba.

Una mirada aun a esas sombras, Amado Hijo Nuestro y Venerables Hermanos, no deja de ser provechosa, y se presta a útiles reflexiones.

Pero es en el esplendor de vuestras incomparables glorias misioneras donde queremos fijar vuestra atención durante este año multicentenario, destinado a la evocación histórica de los magníficos fastos de vuestra ínclita Patria, para que en vuestros corazones se mantenga siempre vigoroso el espíritu misionero de vuestros antepasados.

Coinciden providencialmente estas fiestas centenarias con un período de renacimiento espiritual del Pueblo portugués; y el solemne Concordato poco ha ratificado junto con el Convenio misional, para regular las relaciones y promover la amistosa colaboración de la Iglesia y del Estado, presagian aun tiempos mejores.

Por todo ello la hora actual es singularmente propicia para dar entre vosotros nuevo incremento a un espíritu misional que pueda emular el ardor de los antiguos Misioneros portugueses.

¿Cómo podrá, quien se hallare animado de tal espíritu, contemplar con indiferencia los casi diez millones de almas que viven en los dominios portugueses y que en su inmensa mayoría esperan aún la luz del Evangelio?

¿Qué portugués, digno de tal nombre, dejará de hacer cuanto en su mano estuviere para mantener siempre vivo, dándole mayor incremento cada día, aquello que forma, no sólo una de las más hermosas glorias, sino también uno de los mayores intereses de su Patria?

## PROBLEMAS ACTUALES

### ROGAD AL SEÑOR DE LA MIES...

Nos, pues, Amado Hijo Nuestro y Venerables Hermanos, cuando con la mente y el corazón rebosantes por las gloriosas tradiciones misioneras de la Nación portuguesa, os señalamos las muchas almas que en vuestras colonias esperan quien les predique la palabra de Dios y les reparta «las insondables riquezas de Cristo» (*Eph.* III, 8), os repetimos la llamada y la exhortación del divino Redentor a sus apóstoles, diciéndoos también a vosotros: «Alzad los ojos, y ved los campos, porque ya blanquean para la siega» (*Io.* IV, 35). «Mucha es la mies, pero pocos los obreros. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies» (*Luc.* X, 2).

¡Pocos son los obreros!

Las antiguas diócesis del África portuguesa sufren escasez grande de apóstoles: vastas circunscripciones misioneras están confiadas a muy pocos obreros evangélicos.

¡Rogad, pues, al Señor de la mies!

Y primeramente orad al Señor para que se digne suscitar muchas vocaciones misioneras, tanto en Portugal como entre los indígenas de sus Dominios; y no sólo vocaciones de sacerdotes, sino también de Hermanos Coadjutores, de Religiosas y de Catequistas.

Que todos los sacerdotes consagren una parte de sus oraciones a esta intención, tan santa y altísima; oren, sobre todo, las Órdenes contemplativas; y los fieles, al rezar el Rosario, tan recomendado por Nuestra Señora de Fátima, no dejen de invocar a María Santísima en favor de las vocaciones misioneras.

No basta esto; es preciso organizar peculiares Días de las vocaciones misioneras, con exposición del Santísimo y sermones apropiados; y esto cada año, en todas las parroquias, en los colegios de jóvenes y en los seminarios. Que en tales días todos reciban los sacramentos de la Iglesia; que especialmente la juventud se acerque a la sagrada mesa, para alimentarse

con el Pan de los fuertes y el «trigo de los escogidos» (*Zach.* IX, 17): para muchos será aquél, tal vez, el bendito y feliz momento en que el Señor les hará oír su llamamiento, la vocación misionera, acompañada de un singular gozo interior.

## EL CLERO Y LAS MISIONES

Y ¿quién habrá de promover tan santas iniciativas? Primero, y más que nadie, el Clero.

Dirigiéndonos, pues, al venerando Clero portugués, le exhortamos, con todo el ardor del corazón, a alistarse en la Unión Misional del Clero. Esta piadosa asociación, bendecida y enriquecida con gracias especialísimas por Nuestros inmediatos Predecesores, y que Nos igualmente bendecimos e intensamente recomendamos, ya existe en casi todos los países católicos, mostrándose doquier cual medio eficacísimo para formar entre los fieles la conciencia misionera.

Vivo deseo Nuestro es que la Unión Misional del Clero portugués, recién constituida, se desarrolle con rapidez, pues entre sus miembros es donde cabe la esperanza de encontrar aquellos cultivadores celosos y experimentados que con amorosa solicitud sepan escoger y educar las tiernas plantas que Nuestro Señor Jesucristo hace brotar en su viña para trasplantarlas oportunamente a las Misiones.

Pero el Señor espera antes de sus ministros un trabajo más fundamental: que roturen y preparen el terreno donde germinen las vocaciones misioneras. Corresponde, en efecto, al sacerdote — y, como declaró Nuestro Predecesor de venerable memoria, el papa Pío XI, no debería haber sacerdote que no se sintiera inflamado por el amor de las Misiones (cf. *A. A. S.* 1926, pág. 71) — el primer lugar cuando se trata de difundir entre los fieles el conocimiento del problema misionero y encender en sus corazones el celo de tal apostolado.

Os repetimos, pues, Amado Hijo Nuestro y Venerables Hermanos, las autorizadas palabras de Nuestro gran Predecesor en su encíclica *Rerum Ecclesiae*: «Procurad fundar entre

## CARTA ENCÍCLICA AL EPISCOPADO PORTUGUÉS

vosotros la Unión Misional del Clero, o, si ya está fundada, animadla con vuestra autoridad, consejos y exhortaciones a una actividad cada día más intensa» (Ibidem).

Deber primero de la Unión Misional del Clero en Portugal será el promover y difundir por todos los medios la prensa misionera. Sin una prensa que haga conocer los graves problemas y las urgentísimas necesidades de las Misiones, ni el clero ni mucho menos el pueblo las tomarían con la importancia que se merecen.

Bendecimos, por ello, de todo corazón la revista de la Unión Misional del Clero en Portugal «O clero e as Missões», para que en todos los sacerdotes de Portugal renueve y mantenga la llama del celo misionero y les recuerde sus deberes tocantes a la propagación de la fe.

Bendecimos también las otras revistas misioneras de las Órdenes o Congregaciones religiosas, que tanto contribuyen a la propaganda misional entre los fieles, y hacemos votos para que cada día produzcan frutos mejores y más abundantes.

Reservamos, empero, una bendición especial para los sacerdotes que generosamente quieran encargarse de una celosa propaganda de la Unión Misional del Clero, para que Dios fecunde su actividad: un verdadero celo de las almas les inspirará ciertamente mil industrias, santas y eficaces, para llevar a efecto su santa empresa.

Deseamos, además, que en los Seminarios se oriente la educación de los candidatos al sacerdocio de tal forma que adquieran una sólida y profunda conciencia misionera, tan a propósito para robustecer la formación sacerdotal, con grandes ventajas para el futuro ejercicio de su ministerio en cualquier puesto a que la Providencia los destinare.

Y si alguno de ellos, por benignísima voluntad del Altísimo, se sintiera llamado para las Misiones, «ni la escasez de clero, ni necesidad alguna de la diócesis os habrá de desanimar o disuadir de darle vuestro consentimiento; pues vuestros compatriotas, al tener a mano, digámoslo así, los medios de salvación, están mucho menos alejados de ésta que los infie-

## A P É N D I C E

les... En tal caso, pues, sufrid de buen grado, por amor a Cristo y a las almas, la pérdida de alguno de vuestros clérigos, si pérdida puede llamarse, y no, más bien, ganancia; ya que, si os privareis de algún colaborador y compañero en vuestros afanes, el divino Fundador de la Iglesia lo suplirá ciertamente con creces, ora derramando mayor abundancia de sus gracias sobre la diócesis, ora suscitando nuevas vocaciones para el sagrado ministerio» (*A. A. S.* 1926, pág. 70 ss.).

### NECESIDAD DE CLERO INDÍGENA

Pero Nuestro mayor y más ardiente deseo es que, a imitación de la Archidiócesis de Goa, donde entre los oriundos del país abundan las vocaciones sacerdotales y religiosas, así también las otras circunscripciones eclesiásticas de los Dominios portugueses, si cuidaren desarrollar generosamente la labor ya comenzada, posean en breve un ejemplar Clero indígena, y numerosas Hermanas, hijas del mismo pueblo en que hayan de ejercer su apostolado.

Gloria de Portugal es haber asociado siempre a la fortuna de la Metrópoli los pueblos de sus tierras de Ultramar, cuidando de elevarlos al mismo nivel de civilización cristiana; con esta loable tradición contamos Nos para la realización de este sueño, que es uno de los más acariciados por la Iglesia en nuestros últimos tiempos: la formación del Clero indígena.

Vosotros, Amado Hijo Nuestro y Venerables Hermanos, haréis por vuestra parte todo lo posible para que no resulten fallidas tamañas esperanzas, sino que en breve se tornen consoladora realidad.

### GARANTÍAS PARA LO FUTURO

#### PREPARACIÓN DE LOS MISIONEROS

No basta, sin embargo, reclutar muchas vocaciones; precisa, sobre todo, formar santos y competentes misioneros.

Tenéis vosotros, y sin duda lo apreciáis en todo su valor, un monumento insigne de la solicitud que merece a la Sede

Apostólica la educación de las vocaciones misioneras, la «Sociedade Portuguêsa das Missões Católicas Ultramarinas», fundada por la providencia y energía de Nuestro inmortal Predecesor Pío XI, de venerable memoria; ella es también, por Nuestra parte, objeto de singulares cuidados y de fundadas esperanzas.

No menor confianza tiene la Santa Sede en las Órdenes y Congregaciones religiosas, masculinas y femeninas, que en todo tiempo fueron y son siempre los vergeles donde florecieron y se formaron la mayor parte de los Misioneros. Mucho esperamos de unas y de otras; mucho esperan también las Misiones.

Conociendo las necesidades espirituales de las Posesiones portuguesas, es Nuestro vivísimo deseo que, junto a las Órdenes y Congregaciones religiosas dedicadas ya a las Misiones, se destaquen aún otras nuevas, que los Ordinarios deberán distinguir con su apoyo y favor, consagradas a fin tan urgente como santo, de suerte que también en estos institutos se multipliquen los obreros evangélicos destinados a las Misiones de vuestras vastas Colonias.

Así a los Directores de los Colegios de la mencionada «Sociedade Missionária» como a los Superiores de otras Congregaciones religiosas, queremos abrir Nuestro corazón; que vean bien Nuestras preocupaciones apostólicas y hasta qué punto deseamos que las vocaciones misioneras sean debidamente cultivadas y sólidamente formadas.

Recuerden que nadie ha de encaminarse por las sendas espinosas y heroicas de las Misiones si no fuere llamado por singular privilegio del Señor; y, de igual forma, tampoco a ninguno se debe permitir continuar por aquel camino si no quisiere corresponder dignamente al divino llamamiento.

El Misionero ha de ser hombre de Dios, no ya sólo por vocación, mas también por la entrega completa y perpetua de sí mismo. «Verdaderamente, enseña la admirable encíclica *Maximum illud* de Benedicto XV, de venerable memoria, preciso es que sea hombre de Dios quien a Dios predica; que odie el pecado quien enseña a odiar el pecado. Especialmente

entre los infieles, que se mueven más por el sentimiento que por la razón, la predicación de la fe logra mayores progresos por el ejemplo que por la palabra» (*A. A. S.* 1919, pág. 449).

Nos referimos, Amado Hijo Nuestro y Venerables Hermanos, a la santidad profundamente arraigada en el alma, no a una probidad superficial, llamada a desaparecer al primer contacto con la corrupción del paganismo. Hombres que, según la frase de San Pablo, «tienen ciertamente la apariencia de la piedad, pero que repudian su virtud» (*II Tim.* III, 5), seguramente no serán la sal de la tierra, que cure la corrupción de las costumbres paganas, ni la luz del mundo, que muestre el camino de la salvación a los que yacen en las sombras de la muerte.

¡Y plegue a Dios que por desgracia no lleguen ellos mismos a corromperse y — lo que fuera peor — a convertirse en maestros de corrupción!

Preciso es, además, que el futuro Misionero reciba una educación completa, tanto científica como pastoral, de tal suerte que pueda realmente ser un «sabio arquitecto» (*I Cor.* III, 10) del Reino de Dios. No le basta una extensa y profunda ciencia teológica; deberá conocer también las ciencias profanas, y de modo especial las relacionadas con el ejercicio de su cargo; porque si le faltasen estos conocimientos sagrados y los profanos, el Misionero, al guiarse únicamente por su celo, correría el riesgo de edificar sobre arena.

A semejanza, pues, del divino Maestro, que «pasó haciendo bien y sanando» (*Act.* X, 38), y obedeciendo a su mandato: «curad los enfermos» (*Luc.* X, 9), «enseñad a todas las gentes» (*Matth.* XXVIII, 19), el Misionero abre sus labios para hablar del reino de Dios con sabiduría y doctrina, y extiende sus manos, convenientemente preparadas y movidas por la caridad cristiana, para aliviar los cuerpos en las dolencias y miserias que los afligen; juntamente con los cuerpos, aliviará las almas. Sepa también elevar las inteligencias de tantos pobres esclavos de supersticiones degradantes, sumergidos «en

las sombras de la muerte» (*Luc. I, 79*); a la par que los realce a la civilización, con la instrucción abrirá sus inteligencias para que en ellas penetre la luz del Evangelio.

Junto a la Casa de Dios, según cuenta la historia, la Iglesia, enseñada por el Espíritu Santo, levantó doquier — pero sobre todo en las tierras de Misión — orfanatos, hospitales y escuelas.

Y ¿quién sino el Misionero habrá de ser el «sabio arquitecto» de estas santas obras? ¿Cómo lo sería, si no tuviera la necesaria preparación?

Recomendaciones idénticas hacemos a todos cuantos trabajan en la formación de aquel ejército silencioso, pero laboriosamente benéfico, auxiliar casi indispensable de las Misiones, que son las Hermanas Misioneras.

Sabemos que en Portugal, por bondad de Dios, se van multiplicando las Congregaciones religiosas femeninas. Sea singular el cuidado en reclutar y educar las vocaciones misioneras, de modo que las Hermanas, dispuestas a partir para tierras de infieles, sean cada vez más numerosas y estén mejor preparadas para ejercer con provecho los oficios de maestras, enfermeras o catequistas; en una palabra, los menesteres todos peculiares del Apostolado misionero.

Consideren bien todos aquellos a quienes corresponde esta obligación, que las Hermanas Misioneras podrán cosechar frutos tanto mayores cuanto más adecuada y completa fuere su formación, no sólo la religiosa, sino también la intelectual.

¡Y plegue a Dios que junto con las Hermanas Misioneras veamos muy pronto colaborar muchas y celosas Hermanas indígenas!

#### MANDATOS Y CONSEJOS A LOS MISIONEROS

No os olvidamos, Amadísimos Hijos, a vosotros que ya obedecisteis a la orden del divino Maestro: «¡Mar adentro!» (*Luc. V, 4*). A vosotros, que ya os halláis en alta mar, luchando y fatigándoos por dilatar el reino de Dios, corre más solí-



## APÉNDICE

cito Nuestro pensamiento y más cordial se dirige Nuestro saludo y exhortación.

Y, después de daros nuevos alientos, rogamos y conjuramos a todos y a cada uno en particular, con las palabras del Apóstol de las Gentes: «Esfuézate por mostrarte, en el servicio de Dios, obrero digno e irreprochable» (*II Tim.* II, 15). «Sé ejemplo de los fieles en la palabra, en la conducta, en la caridad, en la fe y en la castidad» (*I Tim.* IV, 12).

Con el mismo San Pablo y para poner su exhortación en práctica, os sugerimos los medios necesarios, resumiendo todos ellos en este consejo: «Sectare pietatem»: *entregaos a la piedad* (*I Tim.* VI, 11).

Si en vuestros corazones morare la gracia de Dios, no dejará de difundirse a su vez sobre todos vuestros trabajos, pues que ésta es la ley del reino de Dios: «El reino de Dios es semejante a la levadura, que una mujer toma y esconde en tres medidas de harina, hasta que todo fermenta» (*Matth.* XIII, 33).

La historia de vuestras Misiones muestra elocuentemente la verdad de esta ley divina. Mientras las llamadas Misiones laicas, que debían substituir a las Misiones católicas, fueron siempre infructíferas, ¡cuán inmensos bienes, no sólo espirituales, sino también — como natural consecuencia — temporales, en provecho de Portugal, obraron un San Francisco Javier y un Beato Juan de Brito! ¡Procurad imitarlos con santa emulación!

El 15 de marzo de este año se ha cumplido el cuarto centenario de la divina vocación de Javier para las Misiones de la India portuguesa. Esta vocación divina le fué manifestada por la carta que Juan III, rey de Portugal, escribió a su Embajador en Roma, encargándole que procurara sabios y virtuosos Misioneros para las Indias.

¡Magnífica fué la recompensa de Javier a Portugal por el valiosísimo auxilio que éste prestara a la divina vocación del Santo Protector de las Misiones! No hubiera podido, en verdad, hacer más en servicio de Portugal, aunque fuera por

tuagués de nacimiento. Ved la bienhechora eficacia de la santidad. En ella está el secreto del feliz éxito que cabe esperar para vuestra misión.

Sea, pues, vuestro programa misionero entre los infieles el del divino Maestro: «Me santifico a mí mismo, para que ellos sean santificados» (Io. XVII, 19); fué también el programa de San Francisco Javier, el del Beato Juan de Brito y el de toda la gloriosa cohorte de los santos misioneros portugueses, a quienes tanto deben la religión y la patria.

## «DIOS LO QUIERE»

### LA MODERNA CRUZADA

Y, para terminar, una palabra al generoso y querido Pueblo portugués.

Cristo Señor Nuestro confió a los que ya gozan de los incomparables beneficios de la redención el encargo de repartirlos con los hermanos que aun carecen de ellos. En vuestras magníficas Colonias tenéis millones de hermanos cuya evangelización os está confiada de modo particular: os la piden ellos y la esperan de vosotros.

Por ello Nos os convidamos a todos para que, en la mejor forma posible y en santa porfía, toméis parte en una santa Cruzada a favor de vuestras Misiones.

Como vuestros gloriosos antepasados, el recuerdo de cuyas gestas celebraréis en este año, se congregaban en torno a sus Capitanes y Caballeros que tremolaban la bandera con la cruz, o, cuando no podían seguirlos, los acompañaban con sus oraciones, con su solidaridad y con el auxilio pecuniario, enorgulleceos por igual vosotros en dar vuestros hijos, vuestras oraciones y vuestro óbolo generoso a las Misiones.

Privilegiada participación corresponde en esta santa Cruzada a cuantos militan en las filas de la Acción Católica.

Dios bendecirá esta vuestra empresa y a vuestra caballerosa Nación. Nuestra Señora del Rosario de Fátima, la

## A P É N D I C E

Señora del Rosario que venció en Lepanto, os asistirá con su poderoso patrocinio. San Francisco Javier, el Santo Patrono de las Misiones católicas, portugués por adopción, el Beato Juan de Brito y todos los demás santos misioneros portugueses, ínclita falange, serán también vuestros protectores.

Sea entre tanto prenda de las gracias celestiales y testimonio de Nuestra paternal benevolencia la Bendición Apostólica que a vosotros, Amado Hijo Nuestro y Venerables Hermanos, y a todos y a cada uno de vuestros fieles damos con toda la efusión del corazón.

Dado en Roma, junto a San Pedro, en la fiesta de San Antonio, 13 de junio del año 1940, segundo de Nuestro Pontificado.

PIUS PP. XII

## IX

### CARTA A LOS CARDENALES, ARZOBISPOS Y OBISPOS DE FRANCIA

*Inmediatamente después de los acontecimientos de junio de 1940, el Episcopado francés rindió ante el Padre común de todos los fieles un fervoroso homenaje, implorando su palabra de consuelo y de bendición para la difícil empresa de reanimar la Nación sometida a una prueba sin precedentes. Véase la consoladora Carta de respuesta enviada por el Sumo Pontífice a aquellos Prelados el 29 de junio de 1940.*

## PÍO PAPA XII

A NUESTROS AMADOS HIJOS Y VENERABLES HERMANOS  
LOS CARDENALES, LOS ARZOBISPOS Y OBISPOS DE FRANCIA  
SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA

**E**L homenaje de filial devoción que Nos habéis tributado al día siguiente del desastre sin precedentes que acaba de caer sobre vuestra patria, y la petición que Nos hacéis suplicándonos una palabra de consuelo, responden a Nuestro vivo deseo de estar en estos momentos entre vosotros, muy Amados Hijos y Venerables Hermanos, a fin de comunicaros la profunda impresión de Nuestro corazón de Padre ante la tormenta que ha sumido a Francia en tamaño duelo. Y si este sentimiento de amor muy paternal Nos ha permitido participar con tanta frecuencia, así de lejos como de cerca, en la alegría de vuestros fastos religiosos, ahora no Nos consiente permanecer alejados en el día de vuestra desgracia, cuando a través de Francia corren las lágrimas tan abundantes como la sangre generosa que durante esta guerra le han entregado sus heroicos jóvenes con tan noble sacrificio.

Vednos, pues, con vosotros, Obispos, sacerdotes y fieles; y vednos conmovidos por vuestra suerte a la par que consolados por encontrar siempre en vosotros durante el tiempo de la prueba, con toda su dignidad, el alma católica de esa Francia que, si la prosperidad pudo a veces extraviar de sus más hermosas tradiciones, jamás ha sido abatida por la desgracia, que con tanta frecuencia la ha aproximado a Dios para devolverla, más vigorosa y consciente, a su gran misión espiritual

y cristiana. Nuestra voluntad es invitaros a que alcéis ahora vuestros ojos y vuestras mejores esperanzas precisamente hacia esa misión — para Francia su título más hermoso de gloria —, de tal suerte que estéis bien persuadidos de que, en esta hora tan triste de vuestra historia, vuestro destino providencial subsiste en todo su valor. Sí, hasta las mismas desgracias con que Dios visita hoy a vuestro pueblo, serán, Nos no lo dudamos, en los adorables planes de la Providencia, una condición propicia para mejor asegurar el trabajo espiritual tan necesario así para la restauración de la Nación entera como para su mayor rendimiento en el conjunto de la sociedad cristiana.

¿Y no es ésta acaso la verdadera grandeza de un pueblo, como también de todo hombre consciente de su dignidad y del valor de la vida? ¿No es acaso en el dolor donde todos hemos podido abrir mejor los ojos a la Verdad eterna y encontrar de nuevo los caminos de la Sabiduría para nuestra verdadera felicidad?

No desconocemos las reservas espirituales que Francia atesora para entrar por ese camino y para recuperarse en su alma, trocando la desgracia en impulso para una nueva ascensión espiritual, que le será la prenda de una sólida y duradera felicidad.

Esas reservas son tan numerosas y tan potentes que no esperarán — Nos estamos bien seguros de ello — la estabilización de la paz para mostrarse activas y ofrecer al mundo el espectáculo de un gran pueblo, digno de sus seculares tradiciones, que en su Fe y en su Caridad infatigable encuentra la fuerza para enfrentarse con la adversidad y para reanudar su marcha por el camino del honor y de la justicia cristianos.

Esperamos también que todos vosotros, amados Obispos y sacerdotes de Jesucristo, luego de haberlo dado todo a la Patria entre los horrores de esta guerra, os apresuraréis ahora por volver a vuestros puestos; y que, en el laborioso reanudarse de la vida de vuestra patria, consideraréis deber vuestro

## CARTA AL EPISCOPADO DE FRANCIA

el acudir, como el buen Samaritano del Evangelio, a vuestras ovejas heridas, a fin de curar sus llagas y consolarlas en sus desgracias por los innumerables medios de caridad en los que tan singularmente se ha distinguido siempre vuestro país.

Con esta confianza Nos dirigimos, Amados Hijos y Venerables Hermanos, a vuestra alma de Obispos y de padres para llevar a la gran familia francesa, unida hoy más que nunca en torno a sus Pastores, Nuestra palabra de consuelo con la luz de aquel Dios que jamás humilla a sus hijos, como no sea para realzarlos en la justicia y hacerlos dignos de Él.

Con Nuestro corazón lleno de la mayor compasión hacia todos esos queridos hijos de Francia, a quienes abrazamos paternalmente en Jesucristo, Nos enviamos a todos — Obispos, sacerdotes y fieles —, como prenda de Nuestro muy especial amor, la Bendición Apostólica.

Dado en el Vaticano, a 29 de junio de 1940, en la festividad de los Santos apóstoles Pedro y Pablo.

PIUS PP. XII

## X

### CARTA AL EMMO. CARDENAL ERNESTO VAN ROEY, ARZOBISPO DE MALINAS

*Su Santidad quiso que también al pueblo belga le llegara, el 31 de julio de 1940, su aliento paternal con el tesoro de su consuelo por medio de la siguiente Carta enviada al Arzobispo de Malinas y Primado de Bélgica, Emmo. señor Cardenal José Ernesto van Roey.*



**PÍO PAPA XII**  
**AMADO HIJO NUESTRO**  
**SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA**

**C**UANDO LA TRISTEZA llena Nuestro corazón a causa de los dolorosos acontecimientos que afligen al mundo y que han sembrado la ruina en vuestras apacibles regiones, por un delegado tuyo Nos ha sido posible percibir un eco de las angustias del episcopado, del clero y aun de toda Bélgica, que lloran su común dolor y que entre gemidos alzan a Dios su oración con la plena confianza de hijos del Padre celestial. Cuanto ya sabíamos o temíamos sobre el lamentable estado a que vuestro noble país ha sido reducido por los horrores de la guerra, Nos ha sido ahora confirmado por tu pluma con detalles que causan el más profundo pesar y que proyectan sombría luz sobre la situación material y religiosa a que de repente se ha visto lanzado ese pueblo católico tan querido.

Pero entre tantos desastres Nos es muy consolador haber conocido por tu carta que el sentimiento del deber jamás se ha debilitado en los pastores de almas y que todos los Obispos permanecen con valor en su puesto, haciendo honor a su oficio y compartiendo con sus ovejitas las tristezas del momento presente. Su actuación merece Nuestro especial reconocimiento, y quisiéramos Nos que todos supieran el amor tan tierno con que Nos les estamos unidos en el dolor, en la oración y en la firme confianza en Dios.

## A P É N D I C E

Muy dulce os será, por lo demás, ponerlos en manos de la divina Providencia, mientras cumplís vuestros difíciles deberes y hacéis todo lo posible para mantener la Fe y el valor de vuestros fieles. Colocad en Dios vuestras esperanzas y velad para que el alma religiosa de la amada Bélgica, en vez de sufrir a causa de la tempestad que se ha desatado, pueda sacar de ella un feliz incremento de vida y de piedad cristianas. Con tales sentimientos no cesamos de elevar a Dios Nuestras peticiones y Nuestras súplicas, rogándole que conceda sus gracias proporcionadas a los sufrimientos de todos esos queridos hijos y que prepare a Bélgica un nuevo porvenir de paz y de prosperidad por medio de la justicia.

Felices al saber que Nos estáis unidos en la oración para obtener de Dios las luces y la fuerza que necesitamos en estos tiempos, os pedimos que continuéis haciendo violencia al Cielo, pero sin olvidar que la gloria de todos nosotros se halla en las tribulaciones — «*gloriamur in tribulationibus*» (*Rom. V, 3*) — y que es por la fe como el cristiano, en medio de sus sufrimientos, triunfa sobre el mundo. Consolados por la visión de esa victoria espiritual, te expresamos Nuestros más fervientes votos para tu persona y tu diócesis, para todo el episcopado, el clero entero y los fieles todos de Bélgica, mientras enviamos a todos, como prenda de Nuestro paternal amor, la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, a 31 de julio de 1940, año segundo de Nuestro Pontificado.

PIUS PP. XII

## XI

### CARTA AL EMMO. CARDENAL LUIS MAGLIONE, SECRETARIO DE ESTADO, SOBRE SOCORROS A LOS QUE SUFREN POR CAUSA DE LA GUERRA

*Multiplicadas las ruinas diseminadas sobre el mundo por el feroz conflicto, el paternal corazón del Vicario de Cristo hace un llamamiento especial a la caridad de los fieles, y singularmente a la generosidad de los pequeños en favor de tantos coetáneos suyos sometidos a toda suerte de privaciones, de tristezas y de angustias. El llamamiento, escrito en vísperas de la Santa Navidad, el 21 de diciembre de 1940, se contiene en una Carta de Su Santidad al Emmo. Sr. Cardenal Luis Maglione, su Secretario de Estado.*

## PÍO PAPA XII

SEÑOR CARDENAL:

**E** COS DOLOROSOS de la guerra devastadora llegan de todas las partes, hasta durante la gran fiesta de la paz — la Navidad del Señor —, ecos de las voces de hijos que se revuelven entre grandes sufrimientos e imploran auxilio.

Tamaña suma de males y de dolores, cada día más agravados y dilatados, no puede menos de encontrar el más doloroso eco en Nuestro corazón de Padre, que sin distinción acoge los dolores y las lágrimas de todos Nuestros hijos; y así, en medio de tan universal perturbación, nada ansiamos tanto como socorrer a los cuerpos y levantar los espíritus. Éste ha sido el blanco a que hemos dirigido, y no sólo ahora, todas Nuestras posibilidades; nada hemos dejado sin intentar para que sobre un tan gran cúmulo de miserias pueda desplegarse la compasión de aquel Jesús — a quien indignamente representamos en la tierra — sembrando su bien y recogiendo sus frutos.

Y, sin embargo, muchos de Nuestros esfuerzos se han estrellado en dificultades de toda clase, más graves aún que en la otra guerra mundial, inherentes las unas a la naturaleza misma del azote que se agita cruel, pero inventadas las otras — hemos de decirlo también — por la voluntad de los hombres.

Testigos no insensibles de tan lamentable estado de cosas, y no armados sino con las armas de la Verdad, de la Justicia y de la Caridad cristianas, lo que Nos podemos hacer una

vez más es invitar a todos los fieles a la oración propiciatoria y a la actividad benéfica. La oración es una fuerza que, al hacer por sus misteriosos caminos cierta especie de violencia al Cielo, obra luego suave e irresistiblemente sobre las voluntades humanas, y llega hasta Dios con particular eficacia, cuando se eleva de puros e inocentes corazones. Deber de todos y cada uno es aquella actividad a la que ya se hallan consagradas diversas iniciativas públicas, y que en horas graves, como las que atraviesa Europa, tiene un altísimo valor de fraternal solidaridad. Si es piadosa y humana, Nos la bendecimos con gratitud, cualquiera que sea su origen; y, exhortando a coordinarla en todas las formas posibles, a fin de lograr su máximo rendimiento, esperamos que todos perseveren en ella sin cansarse ni desanimarse.

Entre todos los que sufren señalamos de modo especial a los niños: en estos días ellos nos traen el vivo recuerdo del Niño de Belén, el amigo de los pequeñuelos y de la inocencia. Él, que por defenderlos del mal se alzó severo contra todas las formas de escándalo tocante a ellos, se yergue hoy por medio de Nuestra voz para defenderles de los males terrenos, extiende por ellos la mano y repite por ellos, que son los primeros entre sus más pequeños hermanos: «Hambre tuve, y me diste de comer... Sin techo estuve, y me hospedaste... Desnudo andaba, y me vestiste» (*Matth.* XXV, 35 ss.). El corazón Nos tiembla cuando pensamos en la desventura de esos tiernos brotes que, apenas nacidos a la vida, ya están tan presto condenados a no saborear sino sus amarguras y a experimentar la crueldad tan grande de los corazones de los hombres, cuya mayor gloria debería ser procurarles felicidad.

Abrazamos Nos y bendecimos a estos pequeñuelos con tanto mayor afecto cuanto más desproporcionadas son Nuestras posibilidades de socorro frente a necesidades tantas; y una vez más tenemos la confianza de que los poderosos harán honor a las buenas tradiciones de la verdadera civilización, no permitiendo que hasta la misma infancia de las naciones beligerantes, o de las trastornadas en cualquier suerte por la

guerra, sufra una pena inmerecida en estas circunstancias tan calamitosas. Por Nuestra parte, además, así como ya otra vez invitamos a la oración a todos los niños buenos y cristianos, así queremos hoy exhortarles a que se acuerden de sus hermanitos sin pan, sin vestidos, sin familia. Nos halaga la dulce esperanza de que la Navidad con sus aguinaldos para todos, y la fiesta de los Inocentes con el recuerdo de las primeras florecillas segadas para Cristo, inspirarán mil iniciativas a los corazones de todos los niños que todavía gozan en la paz y en el bienestar de sus familias tranquilas; de tal suerte que todo niño abandonado, séalo o no por causa de la guerra, gracias a aquéllos tenga un pan, un regalo, un socorro.

Y si, a causa de múltiples obstáculos, por ahora no es posible pensar en una organización verdadera, propia y general dedicada al auxilio de las víctimas de la guerra, y si por desgracia en no pocos casos hasta es sobremanera difícil poder utilizar beneméritas instituciones particulares ya existentes para hacer llegar los socorros a donde la necesidad se siente más aguda, cada uno haga lo que pueda, donde pueda y como pueda. Multiplíquese doquier la actividad benéfica; despierten las energías de los buenos con la honrosa ambición de conseguir, aun a través de las distancias, una victoria sobre los malos. «Vence el mal con el bien» (*Rom. XII, 21*). «Dilátense los espacios de la caridad» (*S. August. Sermo LXIX, De verbis Evangel., c. 11: Migne PL, XXXVIII, 440-441*).

Mientras tanto, no queremos callar Nuestro elogio y Nuestra gratitud a cuantos Nos han ayudado en la obra de caridad que hasta aquí Nos ha sido posible realizar. Y en esta materia Nuestro pensamiento y Nuestra gratitud vuelan especialmente hacia el Episcopado Americano, pues, aunque alejado de los horrores de la guerra, una vez más ha querido mostrar plena comprensión de las necesidades de la Iglesia en su sufrir, y, apelando a la tradicional generosidad de aquellos católicos (y singularmente de los compatriotas de países afligidos por el azote), ha coadyuvado con tanta abundancia a la caridad benéfica del Padre común. Vaya a él, plena e íntegra, Nues-

## APÉNDICE

tra gratitud, y vaya además Nuestra Bendición, como irá con no menor afecto a cuantos Nos permitan entregar con una mano más generosa todo cuanto la otra recibiere.

Con esta confianza rogamos a Dios que abrevie los días de prueba a la sufriente humanidad. Y con el vivo deseo de que las santas fiestas navideñas traigan a la trabajada familia cristiana algún buen auspicio de tiempos mejores, bendecimos a todos, implorando sobre cada uno el consuelo de las divinas misericordias.

Finalmente, Señor Cardenal, al daros el encargo de publicar, en la forma más oportuna, estos Nuestros sentimientos e intenciones, de corazón os concedemos una particular Bendición Apostólica.

Dado en el Vaticano, a 21 de diciembre de 1940, fiesta del apóstol Santo Tomás.

PIUS PP. XII

## XII

### CARTA AL EMMO. CARDENAL LUIS MAGLIONE, SECRETARIO DE ESTADO, PARA SOLICITAR DE NUEVO ORACIONES ESPECIALES DURANTE EL MES DEDICADO A MARÍA

*El 20 de abril de 1941 fué dirigida una nueva invitación del Padre Santo al mismo Emmentísimo Sr. Cardenal Luis Maglione, a fin de que, durante el hermoso mes de mayo en que los católicos acuden especialmente a la misericordiosa intercesión de la Madre de Dios, se multiplicaran las oraciones para obtener en favor del mundo la vuelta de la suspirada paz.*



## PÍO PAPA XII

### AMADO HIJO NUESTRO SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA

**P**LENA CONFIANZA abrigamos de que los fieles, y singularmente los niños, bajo la guía de sus padres, al recordar Nuestro llamamiento (1) del año pasado (cf. *A. A. S.* 1940, página 144), acudirán presurosos, en el próximo mes de mayo, ante el altar de la Santísima Virgen Madre de Dios, a fin de suplicar la paz para la acongojada y temblorosa humanidad; deseamos, sin embargo, repetir a todos la misma exhortación con esta Carta que te dirigimos. Cuanto más tempestuosamente angustia y desgarrar la guerra a los espíritus; cuanto más horrendos son los peligros de toda especie que amenazan a tantas naciones y pueblos, tanto más confiadas queremos que sean las súplicas que se eleven al Cielo; tan sólo de allí podemos esperar, entre tan profundos extravíos de los ánimos y perturbación tan universal, que vengan tiempos mejores. Y si hasta ahora Nuestras oraciones y Nuestros votos no han alcanzado el suspirado éxito, no por ello debe desfallecer nuestra confianza, pues que todos con fervor constante e insistente hemos de continuar «en la tribulación sufridos, perseverantes en la oración» (*Rom.* XII, 12).

No conocemos los designios de Dios; pero sabemos que, por numerosas y graves que sean las culpas que al Cielo claman justo castigo, el Señor es, sin embargo, «Padre de las

---

(1) Cf. Carta *Negras nubes* en este vol., pág. 557.

misericordias y Dios de todo consuelo» (cf. *II Cor.* I, 3), sin que el amor y la benevolencia que nos tiene reconozcan límites.

Contamos, además, con otro motivo de confianza y de esperanza: ante el trono del Altísimo tenemos a la benignísima Madre de Dios y Madre nuestra, que con su omnipotente intercesión puede seguramente alcanzárnoslo todo de Él. A su patrocinio confiamos, por lo tanto, nuestras personas y todas nuestras cosas. Tome Ella como suyas nuestras oraciones y nuestros deseos, y avalore las obras de expiación y de caridad, que hemos de multiplicar cuanto nos sea posible, hasta que la Majestad divina se nos torne propicia. Enjague Ella tantas lágrimas, consuele tantas angustias y mitigue tantos dolores, al hacérmolos más suaves y más llevaderos con la esperanza de los bienes eternos.

Y si nosotros, al recordar nuestras culpas, nos juzgamos indignos de su maternal amor, conduzcamos a nuestros niños en nutridos grupos ante su altar sagrado, singularmente en el próximo mes de mayo: aboguen por nuestra causa, ellos que tienen alma y labios inocentes, ellos que con sus límpidos ojos parecen recibir y reflejar los destellos de la luz celestial. Unidas sus plegarias con las nuestras, nos obtengan que allá donde ahora ansiosa serpentea la codicia, aletée cuanto antes el amor; que allá donde ahora se recrudecen las mutuas injurias, reine el perdón; que a la discordia, desgarradora de almas, suceda la concordia que las una y las robustezca; finalmente, que allá donde sin cesar se hacen ahora más agudas y más profundas las enemistades, trastornándolo todo miserablemente, se concierten nuevos pactos de amistad, que deparen la serenidad a los espíritus y por doquier la tranquilidad de un nuevo orden fundado en la justicia. Que todos ellos imploren de la benignísima Madre de Dios los consuelos celestiales sobre todos cuantos gimen, y de un modo particular sobre los prófugos, los desterrados, los prisioneros y los heridos que sufren en los hospitales; pidan a Ella insistentemente, con sus inocentes labios, que los días de esta tan grave desventura se abrevien de tal suerte que, después

## CARTA AL EMMO. CARDENAL MAGLIONE

de haber sido «afligidos por nuestros pecados, respiremos merced al consuelo de la divina gracia» (cf. Brev. Rom., *Dom. IV in Quadrag.*); y que, como feliz resultante, vuelva a brillar cuanto antes bajo nuestro cielo una paz completa, sólida y duradera, que, al estar moderada por la sagrada majestad de la justicia e informada por la virtud de la caridad, no encierre gérmenes latentes de discordias y de rencores, ni oculte semillas de futuras guerras, sino que, hermanando a todas las naciones con lazos fraternales y amistosos, y ayudándolas a gozar, tranquilas y libres, los frutos de su trabajo, las acompañe y las dirija seguras, por los senderos de la peregrinación terrena, hacia la patria celestial.

Entre tanto te encargamos, Amado Hijo Nuestro, que des a conocer a todos, en la forma que más oportuna juzgares, estos Nuestros deseos y estas Nuestras exhortaciones, y en primer lugar a los sagrados Pastores, que ciertamente mostrarán el mayor interés en hacérselos saber a la grey que les está encomendada.

Como prenda de las gracias divinas y como testimonio de Nuestra paternal benevolencia, con todo el afecto en el Señor te damos la Bendición Apostólica a ti, Amado Hijo Nuestro, y a todos aquellos — de modo especial a los niños — que con fervor de espontánea piedad correspondieren a esta Nuestra exhortación.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 20 de abril, Dominica in Albis, del año 1941, tercero de Nuestro Pontificado.

PIUS PP. XII

## XIII

### **MENSAJE PONTIFICIO AL CONSEJO FEDERAL HELVÉTICO EN OCASIÓN DEL 650.º ANIVER- SARIO DE LA CONFEDERACIÓN SUIZA**

*El Sumo Pontífice quiso participar en las  
fiestas de toda la Confederación Helvética,  
dedicadas a celebrar el 650.º aniversario de su  
constitución, con este venerado Mensaje de  
felicitación dirigido, el 18 de julio de 1941,  
al Consejo Federal.*

## PÍO PAPA XII

### SALUD, VARONES ILUSTRÍSIMOS

**S**UPIMOS poco ha que la Confederación Helvética se dispone a celebrar, a principios del mes de agosto, el 650.<sup>o</sup> aniversario de su feliz constitución. Con suma complacencia participamos también Nos mismo en la alegría de esa amada Suiza, a la que pertenece la selecta cohorte que, tantos siglos ha, custodia sin cesar, a veces con heroica fidelidad, la persona del Romano Pontífice. Vuestra Nación, ilustrísimos varones, con la múltiple variedad de lenguas y de costumbres, ofrece un hermosísimo ejemplo de convivencia interior familiar y nacional que, providencialmente, puede ser ejemplo e invitación de mutuo amor y de paz para los demás pueblos. Sumamente honrada es, en efecto, entre vosotros la caridad cristiana, a la cual se debe que vuestra Nación, no siendo enemiga de nadie, se esfuerce por auxiliar a los naturales de los demás Estados, sobre todo a los que más han sufrido los horrores de la nefanda guerra. Os felicitamos Nos por ello una y otra vez, y con vosotros damos gracias a la bondad de Dios por haberos protegido hasta ahora en forma tan singular. Os felicitamos también, ilustrísimos varones, públicamente, por la paz y concordia que, gracias a los hombres de buena voluntad, reina hoy en vuestros cantones; por la sabiduría e inteligencia con que, entre tantos peligros, gobernáis ese Pueblo y os esforzáis — lo cual es lo principal y lo que sobre todo Nos complace — porque

## APÉNDICE

los derechos y los deberes de la religión se conserven siempre sacros e inviolables. Con suma complacencia queremos también recordar que los Gobernantes de Suiza nunca dejan de usar, en el ejercicio de su autoridad, el nombre de Dios con fe y reverencia, y que, siguiendo tradicional costumbre que les honra, en los decretos públicos encomiendan a la protección de Dios sus personas y sus ciudades. Con ello no hacéis sino seguir las huellas de aquellos antepasados vuestros que, al comenzar el mes de agosto del año 1291, renovaron entre sí una perpetua alianza «en el nombre del Señor».

Ansiando que vuestros ciudadanos sientan y obren como el Beato Nicolás de Flue, que se distinguió tanto por su piedad cristiana como por su amor a la Confederación Suiza, Nuestro más fervido deseo para vuestro Pueblo es que el reinado de Cristo arraigue cada vez más entre sus hijos, y que, con el aumento de toda clase de prosperidades, cada día pueda realizar mejor el destino que Dios le ha confiado. A Él rogamos con insistente súplica, en esta solemne conmemoración, que proteja siempre a la preclara Suiza, que aparte de ella toda clase de males y de peligros y que se digne derramar con benigna abundancia toda clase de bienes celestiales sobre sus Gobernantes y sobre todo su pueblo.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 12 de julio del año 1941, tercero de Nuestro Pontificado.

PIUS PP. XII

# ÍNDICES

## CRITERIO DE LOS ÍNDICES Y DE LA EDICIÓN

ÍNDICES. Nada tenemos que añadir a lo escrito en los tomos anteriores.

Insistimos en que se entrecruzan naturalmente las relaciones entre ellos, y que, por detallados que sean, no dispensan de la lectura íntegra de los Discursos, así como de los criterios que cada lector tenga en su utilización de la doctrina pontificia.

CRONOLOGÍA DEL TOMO III. Corresponde este tomo al tercer año del pontificado de Su Santidad (2 de marzo 1941 a 1 de marzo 1942). Procede, sin embargo, hacer una indicación cronológica, así sobre los Discursos como sobre el Apéndice.

El último Discurso (XLIV: 11 III 1942 «La mujer en la familia: II. La esposa y la madre, sol y alegría del hogar doméstico») corresponde ya al cuarto año. La edición milanesa — y nosotros con ella — acogió dicho discurso en el tomo tercero por ser continuación del XLIII, para terminar, de momento, la doctrina relativa a «La mujer en la familia». Su Santidad había reservado para el año cuarto (discursos de los días 11 y 18 de abril 1942) la correspondiente a «El hombre en la familia».

El Apéndice, en cambio, del tomo cuarto comprenderá documentos del año tercero (por ejemplo, las cartas al epis-



copado de España y al de Bolivia) que, escritos en 1941, no se publicaron sino en 1942 (*Acta Apostolicae Sedis*, 1 de agosto).

APÉNDICE. Al principio de este tomo (pág. VII) hicimos notar la novedad introducida a partir del tomo tercero en la edición milanese — el *Apéndice* de algunas cartas solemnísimas (encíclicas) o solemnes (escogidas) del Padre Santo. Recordemos la autorización benévola de añadir, en la edición española, alguna o algunas especialmente relacionadas con nuestra patria. En el presente volumen se ha intercalado la Carta dirigida por Su Santidad al Arzobispo de Zaragoza. Ésta, como las que en lo sucesivo se añadieren, va señalada con un asterisco junto al número romano correspondiente.

La edición italiana publica la primera Encíclica («*Summi Pontificatus*») en su texto latino y en el italiano, pero sólo ofrece el texto latino de las otras dos encíclicas dirigidas al episcopado de los Estados Unidos y al de Portugal. Nuestra edición ofrece traducidas estas dos encíclicas.

En el lugar correspondiente de los *Índices* se han recogido las ideas y nombres de las tres encíclicas, pero con referencia toponímico-bibliográfica tan sólo al texto español.

TÍTULOS DE NUESTRA EDICIÓN. El tomo tercero de la italiana puso títulos en algunos Discursos, esto es, en los señalados (ed. española) con los núms. XIII, XXVII, XXVIII, XXXII y XLII. Hemos respetado todos los títulos existentes en aquéllos; pero en el XIII (Cincuentenario de la *Rerum novarum*) hemos añadido, por nuestra cuenta, algunos a los que ofrecía el texto italiano. Todos los demás títulos, intercalados en los Discursos, son propios de la edición española: siempre se ha tenido en cuenta que respondan con fidelidad al texto, a veces literalmente, del original correspondiente.

TÍTULOS DE LAS ENCÍCLICAS. Las subdivisiones y títulos de las tres encíclicas corresponden privativamente a nuestra edición. Para la primera Encíclica («*Summi Pontificatus*») hemos aprovechado, en gran parte, los títulos y las subdivi-

siones con que el texto italiano apareció en la primera edición oficiosa hecha por el *Osservatore Romano*; dado el carácter periodístico de ésta, hemos introducido algunas pequeñas modificaciones, siempre de acuerdo con el esquema dominante en el texto auténtico y oficial (latino e italiano en el *Acta Apostolicae Sedis*).

**ERRATA CORRIGE.** Algunos ejemplares pueden ofrecer estas tres erratas que rogamos sean corregidas oportunamente: pág. 263 [lín. 3] sueño (*lege* suelo); pág. 291 [lín. 3 fin.] Kleper (*lege* Kepler); pág. 394 [lín. 8 fin.] de esta vida del resurgir de la fe (*lege* de esta vida, del resurgir de la fe).

**NOVEDAD EN NUESTRA EDICIÓN.** Con referencia a la novedad anunciada en el tomo segundo (págs. 442-443) y que prometíamos ya para el tomo III, razones editoriales nos obligan a aplazar para otro tomo, D. m., tal vez para el correspondiente al año 1944-1945, lo que entonces señalábamos como novedad que con soberana benevolencia se nos había permitido.

**ESTADO DE LA EDICIÓN ITALIANA Y DE LA ESPAÑOLA.** Aparece este tomo tercero, en sus dos partes III-I y III-II, cuando ya se ha publicado el tomo octavo de la edición italiana, y mientras las prensas de «Gráficas Marina», a las cuales corresponde tan gran mérito en la edición española, trabajan ya en los tomos cuarto y quinto. Por nuestra parte, nos hallamos al corriente de la italiana, y están traducidos por completo, con todos sus trabajos complementarios, los tomos sexto, séptimo y octavo. Los lectores españoles y de lengua española sabrán ahora corresponder debidamente al esfuerzo que la Acción Católica Española realiza con esta edición. Y corresponderán, no tanto por gratitud al trabajo editorial, cuanto — sobre todo — por el ansia de leer y releer convenientemente la Palabra del Papa, que nunca pierde interés y cada día aumenta, si es posible, en autoridad (nos referimos aun a los no católicos). ¡Ojalá que el mundo entero hubiese escuchado al Papa! ¡Ojalá que alguna vez se decida a escucharle!

## CRITERIO DE LOS ÍNDICES

Y, mientras continúa nuestra edición, y en tanto que los acontecimientos humanos, bajo la mano providente y justa de Dios, se desarrollan llenos de interrogantes, por encima de aciertos y desaciertos humanos suena, paternal y amonestadora, la dulce voz del Vicario de Cristo, por quien todos tenemos que rogar, a quien todos debemos obedecer, pues (el Señor) «puso *sus* palabras en *su* boca, y... (*le ha* constituido) sobre los pueblos y sobre los reinos para arrancar y destruir, para asolar y demoler, para edificar y plantar»; por ello «guerrearán contra *él*, mas no *le* podrán, pues con *él* está para librarle, dice el Señor» (cf. *Ier.* 1, 10 y 19).

MONS. P. GALINDO ROMEO

# I. - ÍNDICE CRONOLÓGICO (\*)

(2 MARZO 1941 - 1 MARZO 1942)

## AÑO 1941

			pág.
I	5	III Los esposos, ministros del sacramento del matrimonio (I) . . . . .	3
II	7	III Paternales palabras para la noble y católica España (E) . . . . .	11
III	19	III El misterio de la paternidad (I) . . . . .	15
		<i>Al Capítulo de los Santos Celso y Julián</i> (I) . . . . .	22
IV	27	III A la archicofradía napolitana de la Santísima Trinidad de los Peregrinos. Luminosa tradición de beneficencia y de caridad (I) . . . . .	25
V	30	III Al nuevo Ministro de la Orden de Malta (I) . . . . .	33
VI	13	IV Radiomensaje de Pascua al mundo. El buen combate por la paz con las armas de la oración, de la exhortación y del consuelo (I) . . . . .	39
VII	20	IV A la juventud universitaria y a los laureados de Acción Católica. Programa de vida y de actividad (I) . . . . .	49

(\*) La numeración romana, en el índice cronológico, indica el orden de los Discursos, que inmediatamente se detalla, cuanto a la fecha de cada uno, empleándose la numeración romana para indicar el mes.

La inicial entre paréntesis, a continuación del título del Discurso, significa la lengua en que fué pronunciado. Las abreviaturas, aunque fáciles de entender, son las siguientes: A: alemán; E: español; F: francés; I: italiano; Ig: inglés; L: latín; P: portugués.

# ÍNDICE CRONOLÓGICO

			pág.
VIII	27	IV En las fiestas centenarias de la Compañía de Jesús. Las glorias seculares de la insigne Milicia (I) . . . . .	65
IX	1	V A la archicofradía de la Adoración perpetua y de socorro a las iglesias pobres. Ofertas generosas al Rey del universo (I) . . . . .	75
X	7	V Primavera de la naturaleza. Primavera de la Iglesia. Primavera de las familias cristianas (I) . . . . .	83
XI	22	V A una numerosa delegación de la Juventud Femenina de Acción Católica. La Cruzada de la pureza cristiana (I) . . .	91
XII	1	VI Demostración de gratitud al Sacro Colegio por su felicitación en el día onomástico de Su Santidad. La Iglesia, «campo de los que esperan» (I) . . . . .	103
XIII	1	VI El cincuentenario de la «Rerum novarum». Uso de los bienes materiales. El trabajo. La familia (I) . . . . .	111
XIV	26	VI Radiomensaje al IX Congreso Eucarístico Nacional de los Estados Unidos (Ig.) . .	129
XV	29	VI Radiomensaje al mundo en la festividad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo. Consideraciones sobre la Providencia divina en los acontecimientos humanos (I).	137
XVI	2	VII Eficacia de la oración (I) . . . . .	149
XVII	9	VII Más sobre la eficacia de la oración (I).	157
XVIII	17	VII Al nuevo Embajador de la República del Perú (E) . . . . .	165
XIX	30	VII Amor pagano y amor cristiano (I). . .	171
XX	1	VIII Al nuevo Ministro del Reino de Rumania (F) . . . . .	179
XXI	13	VIII Los heroísmos de la vida cristiana (I). .	185
XXII	20	VIII Los heroísmos de los esposos cristianos (I)	191
XXIII	10	IX «La autoridad en la familia»: I. Marido y mujer (I) . . . . .	199

# ÍNDICE CRONOLÓGICO

			pág.
XXIV	24	IX «La autoridad en la familia»: II. Padres e hijos (I) . . . . .	211
XXV	3	X Inauguración del año jurídico de la Sacra Rota Romana. La santidad y los fines del matrimonio en la inmutable doctrina de la Iglesia (I) . . . . .	221
XXVI	8	X El Rosario en la familia (I) . . . . .	231
XXVII	26	X A las Señoras de Acción Católica y a sus colaboradoras. La educación de la niñez (I) . . . . .	237
XXVIII	2	XI A la Juventud Italiana de Acción Católica, en la entrega de premios del Concurso nacional de cultura religiosa y de canto sagrado. El joven católico, discípulo y soldado de Cristo en la perseverante cooperación a la gracia (I) . . .	251
XXIX	9	XI Radiomensaje al VIII Congreso Eucarístico Nacional de Chile (E) . . . . .	261
XXX	12	XI Con el corazón abierto (I) . . . . .	269
XXXI	22	XI Al nuevo Embajador de la República Argentina (E). . . . .	279
XXXII	30	XI Inauguración del VI año de la Pontificia Academia de las Ciencias. El hombre ante la Creación y frente a Dios (I). . .	285
XXXIII	6	XII En la clausura de los Santos Ejercicios Espirituales en el Vaticano (I) . . . .	299
XXXIV	9	XII A las delegaciones reunidas en Roma para la Beatificación de Magdalena de Canosa. La elegida heroína de Cristo y sus admirables empresas (I) . . . . .	305
		<i>A un grupo de nuevos esposos</i> (I). . .	313
XXXV	14	XII A una delegación comercial de Eslovaquia (A) . . . . .	315
XXXVI	15	XII A los dirigentes y celadores de la Obra Pía de Santa Dorotea. El primer centenario de una preciosa institución de asistencia parroquial (I). . . . .	319
XXXVII	24	XII La Alocución de la Santa Navidad al Sacro Colegio. Férvida unión de la Jerarquía con el Supremo Pastor (I). . . .	327

## ÍNDICE CRONOLÓGICO

			<i>pág.</i>
XXXVIII	24	XII Radiomensaje navideño al mundo. Las condiciones para un nuevo orden internacional (I) . . . . .	339
XXXIX	26	XII A la Guardia Noble Pontificia. Naturaliza, prerrogativas y virtud de la nobleza que viene de Dios . . . . .	359

## AÑO 1942

XL	5	I Al Patriciado y a la Nobleza Romanos. Dignidad y privilegios; oficios y deberes (I) . . . . .	367
XLI	21	I «Por qué hablamos [Nos] a los recién casados» (I) . . . . .	375
XLII	17	II A los Párrocos y a los Cuaresmeros de Roma. Las verdades de la segunda parte del Símbolo Apostólico (I) . . . . .	383
XLIII	25	II La mujer en la familia: I. Responsabilidad de la mujer en la vida conyugal (I). . . . .	401
XLIV	11	III La mujer en la familia: II. La esposa y la madre, sol y alegría del hogar doméstico (I) . . . . .	409

## II. - ÍNDICE SISTEMÁTICO

(2 MARZO 1941 - 1 MARZO 1942)

### FASTOS Y CONMEMORACIONES

	<i>pág.</i>
En las fiestas centenarias de la Compañía de Jesús (27 IV 1941). Las glorias seculares de la insigne Milicia ... ..	65
A las delegaciones reunidas en Roma para la beatificación de Magdalena de Canosa (9 XII 1941). La elegida heroína de Cristo y sus admirables empresas ... ..	805
A los dirigentes y celadores de la Obra Pía de Santa Dorotea (15 XII 1941). El primer centenario de una preciosa institución de asistencia parroquial ... ..	319

### RADIOMENSAJES

Radiomensaje de Pascua al mundo (13 IV 1941). El buen combate por la paz con las armas de la oración, de la exhortación y del consuelo ... ..	39
El cincuentenario de la «Rerum novarum» (1 VI 1941). Uso de los bienes materiales — El trabajo — La familia ... ..	111
Radiomensaje al IX Congreso Eucarístico Nacional de los Estados Unidos (26 VI 1941) ... ..	129
Radiomensaje al mundo en la festividad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo (29 VI 1941). Consideraciones sobre la Providencia divina en los acontecimientos humanos ... ..	137
Radiomensaje al VIII Congreso Eucarístico Nacional de Chile (9 XI 1941) ... ..	261
Radiomensaje navideño al mundo (24 XII 1941). Las condiciones para un nuevo orden internacional ... ..	339

### A LOS EXCMOS. SRES. CARDENALES, EXCMOS. OBISPOS, A PRELADOS, A SACERDOTES

Demostración de gratitud al Sacro Colegio por su felicitación en el día Onomástico de Su Santidad (1 VI 1941). La Iglesia, «Campo de los que esperan» ... ..	108
--	-----



# ÍNDICE SISTEMÁTICO

	pág.
En la clausura de los Santos Ejercicios Espirituales en el Vaticano (6 XII 1941) ... ..	299
La alocución de la Santa Navidad al Sacro Colegio (24 XII 1941)	
Férvida unión de la Jerarquía con el Supremo Pastor ... ..	327
A los Párrocos y a los Cuaresmeros de Roma (17 II 1942). Las verdades de la segunda parte del Símbolo Apostólico ... ..	383

## A EMBAJADORES, A MINISTROS

Al nuevo Ministro de la Orden de Malta (30 III 1941) ... ..	33
Al nuevo Embajador de la República del Perú (17 VII 1941).	165
Al nuevo Ministro del Reino de Rumania (1 VIII 1941) ... ..	179
Al nuevo Embajador de la República Argentina (22 XI 1941).	279

## A LOS ESPOSOS

Los esposos, ministros del sacramento del matrimonio (5 III 1941) ... ..	3
El misterio de la paternidad (19 III 1941) ... ..	15
Primavera de la naturaleza. Primavera de la Iglesia. Primavera de las familias cristianas (7 V 1941) ... ..	83
Eficacia de la oración (2 VII 1941) ... ..	149
Más sobre la eficacia de la oración (9 VII 1941) ... ..	157
Amor pagano y amor cristiano (30 VII 1941) ... ..	171
Los heroísmos de la vida cristiana (13 VIII 1941) ... ..	185
Los heroísmos de los esposos cristianos (20 VIII 1941) ... ..	191
«La autoridad en la familia»: I. Marido y mujer (10 IX 1941)	199
«La autoridad en la familia»: II. Padres e hijos (24 IX 1941).	211
El Rosario en la familia (8 X 1941) ... ..	231
Con el corazón abierto (12 XI 1941) ... ..	269
«Por qué hablamos [Nos] a los recién casados» (21 I 1942) ...	375
La mujer en la familia: I. Responsabilidad de la mujer en la vida conyugal (25 II 1942) ... ..	401
La mujer en la familia: II. La esposa y la madre, sol y alegría del hogar doméstico (11 III 1942) ... ..	409

## PARA CEREMONIAS INAUGURALES

Inauguración del nuevo año jurídico de la Sacra Rota Romana (3 X 1941). La santidad y los fines del matrimonio en la inmutable doctrina de la Iglesia ... ..	221
Inauguración del VI año de la Pontificia Academia de las Ciencias (30 XI 1941). El hombre ante la Creación y frente a Dios ... ..	285

# ÍNDICE SISTEMÁTICO

## EN DIVERSAS CIRCUNSTANCIAS

*pág.*

Paternales palabras para la noble y católica España (7 III 1941)	11
A la Archicofradía napolitana de la Santísima Trinidad de los Peregrinos (27 III 1941). Luminosa tradición de beneficencia y de caridad ... ..	25
A la juventud universitaria y a los laureados de Acción Católica (20 IV 1941). Programa de vida y de actividad ... ..	49
A la Archicofradía de la Adoración perpetua y de socorro a las iglesias pobres (1 V 1941). Ofertas generosas al Rey del universo ... ..	75
A una numerosa delegación de la Juventud Femenina de Acción Católica (22 V 1941). La Cruzada de la pureza cristiana	91
A las Señoras de Acción Católica y a sus colaboradoras (26 X 1941). La educación de la niñez ... ..	237
A la Juventud Italiana de Acción Católica, en la entrega de premios del Concurso nacional de cultura religiosa y de canto sagrado (2 XI 1941). El joven católico, discípulo y soldado de Cristo en la perseverante cooperación a la gracia ... ..	251
A una delegación comercial de Eslovaquia (14 XII 1941) ...	315
A la Guardia Noble Pontificia (26 XII 1941). Naturaleza, prerrogativas y virtud de la nobleza que viene de Dios ... ..	359
Al Patriciado y a la Nobleza romanos (5 I 1942). Dignidad y privilegios; oficios y deberes ... ..	367

## A P É N D I C E (\*)

	<i>pág.</i>
I La primera Carta Encíclica de Su Santidad el Papa Pío XII: «Summi Pontificatus» (20 octubre 1939)	
texto latino ... ..	421
versión española ... ..	461
II Carta al Emmo. Card. Luis Maglione, Secretario de Estado, en la que se ordenan especiales súplicas, durante el mes de mayo, a fin de obtener del Señor la estable tranquilidad en el mundo (20 abril 1939) ... ..	501
III Carta al Emmo. Card. Eugenio Tisserant, Secretario de la Sagrada Congregación para la Iglesia Oriental, en la solemne conmemoración del 950.º aniversario del Bautismo de San Wladimiro y de su pueblo (12 mayo 1939)	507
IV* Carta al Excmo. Arzobispo de Zaragoza, Mons. Rigoberto Doménech y Valls, al aproximarse las fiestas religiosas del año 1940 en el Santuario del Pilar (24 mayo 1939)	513
V Carta Encíclica a los Cardenales, Arzobispos, Obispos y demás Ordinarios de los Estados Unidos de América, con ocasión del 150.º aniversario de la fundación de la Jerarquía Eclesiástica en aquella República (1 noviembre 1939)	
texto latino ... ..	517
versión española ... ..	529
VI Exhortación Apostólica a los sacerdotes y a los clérigos llamados a las armas (8 diciembre 1939) ... ..	547
VII Carta al Emmo. Card. Luis Maglione, Secretario de Estado, con un caluroso llamamiento a toda la cristianidad para recurrir singularmente a la Madre de Dios (15 abril 1940) ... ..	557

---

(\*) Todos los originales de estos documentos, a excepción del XI (italiano) y de los IX y X (francés), están redactados en latín.

# **ÍNDICE SISTEMÁTICO**

**pág.**

VIII	Carta Encíclica al Card. Patriarca de Lisboa, a los Arzobispos, Obispos y demás Ordinarios de Portugal y sus posesiones de Ultramar, en el octavo Centenario de la independencia de la nación y de su restitución a la libertad (18 junio 1940)	
	texto latino ... ..	568
	versión española ... ..	577
IX	Carta a los Cardenales, Arzobispos y Obispos de Francia (29 junio 1940) ... ..	598
X	Carta al Emmo. Card. Ernesto van Roey, Arzobispo de Malinas (31 julio 1940)... ..	599
XI	Carta al Emmo. Card. Luis Maglione, Secretario de Estado, sobre los socorros a los que sufren por causa de la guerra (21 diciembre 1940) ... ..	603
XII	Carta al Emmo. Card. Luis Maglione, Secretario de Estado, para solicitar de nuevo oraciones especiales durante el mes dedicado a María (20 abril 1941) ... ..	609
XIII	Mensaje pontificio al Consejo Federal Helvético, en ocasión del 650.º aniversario de la Confederación Suiza (12 julio 1941) ... ..	615

### III. - ÍNDICE ANALÍTICO

- ABISMO MORAL. El — producido por la anemia religiosa y la des-cristianización 345 c.
- [ABSENTISMO]. Peligros del — para la vida social 346 a.
- ACADEMIA DE LAS CIENCIAS. *Inauguración del VI año de la Pontificia* — (30 XI 41) 285-298. Cf. Gemelli, Pío XI.
- ACADÉMICOS PONTIFICIOS. Pío XII concede a los — el título de Excelencia 287 b.
- ACCIÓN CATÓLICA. Antigüedad de la — 51 c; misión de la — 51 b-c; la — ante la lucha contra la Igl. 51 c; colaboración de la — 487 c; la — y el apostolado profesional 59; la — y la Cruzada de las Misiones 589 c; la — en Chile 266-267; la — en los Estados Unidos 533 b. Cf. Apostolado profesional, Bernareggi, Boetto, Concurso..., Chile, Injustas sospechas, Juventud, Íd. fem. de A. C., Íd. ital. de A. C., Íd. universitaria, Lacio, Laureados de A. C., Lavitrano, Montini, Pío XI, Programa, Profesional, Roma, Salotti, Seglares, Señoras de A. C., Sospechas, Traglia.
- ACILIOS. Cf. Romanos convertidos.
- ACONTECIMIENTOS HUMANOS. La providencia de D. y los — 144 a; diverso juicio de los — para los hombres y para D. 143 b-c.
- ACTIVIDAD. La — de la Iglesia. Cf. Iglesia.
- ACTIVIDAD APOSTÓLICA. La — en todas las regiones del mundo 487 c.
- ACTIVIDAD BENÉFICA. Se multiplique e intensifique la — 605 b.
- ACTIVIDAD MISIONERA. La — y la variedad de pueblos 475 b.
- ADOLESCENCIA. Educación de la voluntad en la — 246-247.
- ADORACIÓN. *A la Archicofradía de la — perpetua y de socorro a las iglesias pobres* (1 V 41) 75-82.
- ADORADORAS. Las — unen los oficios de Marta y de María 80 c-81 b.
- ÁFRICA. Nuevas conquistas para la Igl. en — 579 a-b.
- AGNOSTICISMO. Errores derivados del — religioso y moral 472 c.
- AGUSTÍN (San). Labor de — 55 c; doctrina de — sobre los bienes y males 44-45; íd. — sobre el trabajo apostólico de los seglares 489 a; temeraria presunción, criticada por san — 59 c-60 b.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- ALBUQUERQUE. Los —, gobernadores de colonias 579 c.
- ALEJANDRO III. Portugal y — 577 c.
- ALFONSO ENRIQUEZ. Vasallaje de Portugal a la S. Sede por —, Rey-  
Conde 577 c.
- ALFONSO XIII. [El rey —] consagró España al Sagrado Corazón  
14 a; el P. ante la enfermedad y muerte del rey don — 11, 18.
- ALMA. El — no es insensible a las excitaciones, atractivos y peli-  
gros 96 b. Cf. Guerra.
- ALMAS. Resurrección espiritual de las — 894-895; las — y la cari-  
dad cristiana 87-88; necesidad de predicación a las — 898-899.  
Cf. Amor de Dios, Fecundidad generosa, Hijos, Padres, *Salus  
animarum*.
- ALTA SOCIEDAD. Cf. Matrimonios romanos.
- Alleluia. El — pascual, para las víctimas de guerra 44 c; para los  
perseguidos en algunos países 46 c; envió del — a Roma y al  
mundo entero 41 a-b.
- AMENAZA COMÚN. La conciencia de una — 465 a.
- AMÉRICA. Nuevas conquistas en — para la Igl. 579 a-b.
- AMÉRICA LATINA. Primer contacto del P. con la — 281-282.
- AMERICANO. Estima del P. al pueblo — 529 b.
- AMERICANOS. Cf. Episcopado am., Católicos americanos.
- AMÉRICAS. Los católicos (de rito biz.) en las dos — 508 c.
- AMOR. El — y la autoridad familiar 217-218.
- AMOR CRISTIANO. El — de los esposos 177 b.
- AMOR DE DIOS. El — a todas y cada una de nuestras almas 88 a;  
el — tiene sus miras particulares sobre cada uno de nosotros  
88 b; seguridad de los esposos en el — 88 c; el — señala el ca-  
mino que han de recorrer los esposos 89 b. Cf. Esposos, Manda-  
mientos.
- AMOR IGUAL. Debe ser — el de las madres a todos los hijos 249 a.
- AMOR PAGANO. — y amor cristiano (30 VII 41) 171-177.
- Anástasis. La — en la Igl. primitiva 395 b.
- ANCIANOS. El rosario de los — 235 c.
- ANEMIA RELIGIOSA. Efectos de la — 345 c.
- ANTENAS [GUERRERAS]. Hay — que sólo gritan exasperación y acri-  
tud 113 b.
- ANTENAS [VATICANAS]. Las — sólo transmiten palabras animadas por  
espíritu consolador 113 b-c; las — son instrumento providencial  
de apostolado activo y pacífico 114 b.
- ANTICRISTIANISMO. Lucha del Cristianismo y del — 488 a.
- APOLOGÍA DEL CRISTIANISMO. Las angustias presentes, — 469.
- APOSTASÍA. La — de C. y de la Igl., falso símbolo de la fidelidad  
nacional 482 c; la — europea, compensada por Esp. y Port. 579 a.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- APÓSTOL DE LAS GENTES. El —, heraldo de la unidad de la familia humana 473 b, 474 a.
- APOSTOLADO. El — del cristiano 534 c; — de los seglares 488 a-b. Cf. Agustín (S.), Ap. profesional, Cristiano, Ministros de Cristo, Trabajo ap., Universitarios, Vida de un pueblo, Vida interior, Virtudes.
- APOSTOLADO ACTIVO Y PACÍFICO. El — de las antenas (vaticanas) 114 b.
- APOSTOLADO DE LA CUNA. Organización auxiliar para las jóvenes esposas 241-242.
- APOSTOLADO PROFESIONAL. El — exigido por el honor de la A. C. 59.
- APÓSTOLES. Ministerios de los — 378 b.
- ARCHICOFRADÍA NAPOLITANA. *A la — de la Santísima Trinidad de los Peregrinos* (27 III 1941) 25-31.
- ARIAS SCHREIBER (Diómedes). El embaj. extr. y plenip. de la república del Perú, —, presenta sus credenciales a S. S. 165, 167 b.
- ARISTÓTELES. Cf. Homero.
- ARMAMENTOS. Cf. Guerra.
- ARMAS. Las — solas no bastan para determinar los tratados de paz 485 b; las — del Papa son la verdad, la justicia y la caridad cristianas 43 b-c, 44 a-b, 603 c; las buenas — para la paz 38-48. Cf. Tratados de paz.
- ARTE DE LAS ARTES. Hacerse buen cristiano es el — 258 a.
- ARTE Y LITURGIA. El — en las iglesias 79-80.
- ASIA. Nuevas conquistas para la Igl. en — 579 a-b.
- ASISTENCIA PARROQUIAL. *El primer centenario de una preciosa institución de asistencia parroquial* (15 XII 41) 319-325.
- ASISTENCIA SOCIAL. Obligación de las obras de — 283 a.
- ASOCIACIONES. Labor de las — 117 b.
- ASOCIACIONES DE CARIDAD. Cf. Archicofradía napolitana, Asistencia profesional, Cattani, Frassinetti, Gregorio XVI, Gremigni, Iglesias pobres, *Mater Domini*, Nápoles, Obra p. de Sta. Dorotea, Piazza, Pignatelli di B., «Socorro de urgencia».
- ASOCIACIONES SINDICALES. Libertad para las — 542 c; las — deben proceder con libertad y justicia 543 a; no puede imponerse la uniformidad en las — 543 a. Cf. Gremios.
- [ASTRONOMÍA]. Cf. Astros, Estrellas, *Galaxias*, Kepler, Masas nebulares, Newton, Noches astronómicas, *Supergalaxias*, *Grupos o Masas Nebulares* 291-292.
- ÁTOMO. Estructura del — 293 a; el — químico 293 a.
- AUGUSTO. Intentos de — para mejorar la familia 175 b.
- AUTONOMÍA. Pretendida — absoluta del Estado 483 b.
- AUTONOMÍA HUMANA. La — no basta para mantener el derecho humano 478 b. Cf. Fuerza moral.
- AUTORIDAD. Condiciones para el ejercicio de la — 214-218, 616 a;

## ÍNDICE ANALÍTICO

- la — y su preeminencia moral 215; la —, la dulzura y la firmeza 215-216; la sinceridad en la — de los padres 216, 217; el amor y la — familiar 217-218; la ejemplaridad en la — 218. Cf. Amor, Dulzura, Ejemplaridad, Firmeza, Gobernantes, Gobiernos.
- AUTORIDAD DE DIOS. Negación de la —, y sus consecuencias 477 b-478 b.
- AUTORIDAD DE LOS PADRES. Cf. Sinceridad.
- AUTORIDAD FAMILIAR. El amor y la — 217-218.
- AUTORIDAD HUMANA. Cf. Vínculo matrimonial.
- AUTORIDAD ILIMITADA. No existe la — del Estado 482 c.
- AUTORIDAD TERRENA. La Igl. y la — 492 c; obediencia a la — 492 b-c.
- AVEDILLO. El Vizconde de Santa Clara de —, emb. de España, presenta al P. un grupo de españoles (7 III 41) 11.
- ¡Ay de los vencidos!* 485 c.
- BALTIMORE. Cf. Carroll.
- BANQUETE PASCUAL. Cf. Comunión de los Santos.
- Beata pacis visio.* La Igl. — entre las luchas terrenales 43-44.
- BÉLGICA. Angustias del episcopado, clero y pueblo de — (1940) 599 b-c; alma religiosa de — 600 a. Cf. Malinas.
- BELIGERANTES. Absténganse los — de usar instrumentos más mortíferos 41-42. Cf. Pueblos.
- BENDICIÓN. La — de D. sobre las nuevas casas 159 b-c.
- BENEFICENCIA. *Luminosa tradición de — y de caridad* (27 III 45) 25-31.
- BERNAREGGI (Adriano) Mons. —, con Mons. Montini, acompañan a los Laureados universitarios de A. C. 49.
- «BIEN COMÚN». Significado genuino del — 120 b. Cf. Estado.
- BIENES. Derecho de todas las naciones a los — todos de la naturaleza 351 b.
- BIENES ESPIRITUALES. Nuestra época necesitada de — 463 a-b; los — que los padres deben procurar a sus hijos 22 b.
- BIENES EXTERIORES. Insuficiencia de los — 535 a.
- BIENES MATERIALES. *Uso de los —. — El trabajo. — La familia* (1 VI 41) 111-127; fin natural y derecho originario de los — 119-120; uso de los — 118-119; derecho fundamental de los — 119 b-120 a, y la dignidad humana 119-120.
- BIENES Y MALES. Uso que debemos hacer de los —, según S. Agustín 44-45.
- BIOLOGÍA. Cf. Ciencias naturales.
- BOETTO. El card. Pedro —, con el card. Lavitrano, presentan a S. S. los Laureados universitarios de A. C. 49.
- BORGONOVO. El padre —, de los Oblatos Misioneros de Rho, dirige los santos Ejercicios espirituales en el Vaticano 299.



## ÍNDICE ANALÍTICO

- BRITO** (Bto. Juan de). 588 c, 589 a.
- BUEN COMBATE.** *El — por la paz, con las armas de la oración, de la exhortación y del consuelo* (13 IV 41) 39-48.
- BUEN PASTOR.** La imagen del — dolorido sobre la ruina del mundo 494 c.
- BUENOS AIRES.** Arzobispo de — 261; XXXII Congreso Eucarístico Internacional de — 279, 281-282.
- CAMINO DE SALVACIÓN.** El matrimonio es — para los esposos 10 b.
- CAMINO DE SANTIDAD.** La unión de los esposos cristianos es — 190.
- CAMPO CATÓLICO.** Defensa del — de la pureza por las jóvenes 93 b-c.
- Campo de los que esperan.* La Iglesia, — (1 VI 41) 103-109.
- CANCILLERÍA APOSTÓLICA.** Excavaciones y descubrimientos en el palacio de la — 230.
- CANDIDATOS AL SACERDOCIO.** Conveniencia de que los — sean educados en la Urbe, junto a la Sede de Pedro 540 b.
- CAPELLANES MAYORES.** Autoridad de los — y facultades a ellos concedidas 547 c-548.
- CARABELAS.** Las — de Portugal y la Cruz 578 b; los misioneros en las — de Portugal 578 c.
- CARÁCTER.** Educación del — en los niños 244-245.
- CARDENALES.** Doce — presentes en la inauguración del VI año de la Pont. Acad. de Ciencias 285. Cf. Ejercicios espirituales, Pignatelli, Sacro Colegio.
- CARIDAD.** La —, mandato peculiar de Cristo 27 c; junto a la —, la santificación 28 b-c, 29 a-b; la verdadera — sobrenatural, frente a la filantropía 308; la — no es humillación, sino la fuerza de C. y de su Igl. 308-309; vastísimo es el campo de la — cristiana durante la guerra 495 b. Cf. Actividad benéfica, Compasión obligada, Cuerpos, «Día del sacrificio», Divino Samaritano, Espíritu, Filantropía, Hospitalario, Instituciones particulares, Lesiones violentas, Libro de la vida, Mandato, Nuevo mandato, Obras, Papa, Peregrinos, Pignatelli (Fab.), Pobres, Pobreza, Socorros, *Tempus dilectionis*, Testamento, Unidad, Verdadera riqueza, Verdadero amor, Víctimas de la guerra.
- CARIDAD CATÓLICA.** La —, sustituida por formas fríamente administrativas 36 b c.
- CARIDAD CRISTIANA.** La — atiende a las almas, no sólo a los cuerpos 37-38. Cf. Suiza.
- CARIDAD DE CRISTO.** La — en la maternidad espiritual de las educadoras 249-250.
- CARIDAD HUMANA.** Cf. Solidaridad.
- CARNE.** La resurrección de la — 394 c, 395-396. Cf. Culto pagанизado.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- CARROLL (Juan). Pío VI nombró a — primer Obispo (de América del N.) en Baltimore 530 a.
- CASA. Cada —, un santuario 159 c.
- CASTRO. Los —, grandes gobernadores de colonias 579 c.
- CASUALIDAD. Dios nada ha dejado en nuestra vida a merced de la — 88 b-c.
- CATECISMO. El — en la educación 247 c.
- CÁTEDRA DE PEDRO. Cf. Europa.
- CATOLICISMO. Cf. Energía natural, Falsos sistemas, Honor católico, Ideología cristiana, Iglesia católica, Naciones, Países, Rusia, Ruso.
- CATÓLICOS. Gratitud del P. a todos los — 42 b.
- CATÓLICOS AMERICANOS. Generosidad de los — durante la guerra 605 c.
- CATTANI (Federico). El card. —, protector de la archicofradía de la Adoración perpetua y de socorro a las iglesias pobres, que presenta a S. S. 75.
- CAUSALIDAD. Cf. Sacramentos.
- CAUSAS MATRIMONIALES. Las —, delicadas y complicadas 225-226. Cf. Rota Romana.
- CENTENARIO. Cuarto — de la Compañía de J. 65 ss.; cuarto — de la vocación de san Fco. Javier 588 c, 589 a.
- CENTENARIOS. Aniversario 650.º del bautismo de S. Wladimiro y su pueblo, 507-509. Cf. Confederación Helvética, Doménech y Valls, Jerarquía ecl., Portugal, Obra pía de Sta. Dorotea.
- CETRO DE AMOR. El de la mujer en la familia es — 202 a.
- CIELO. El —, patria de todos 44 c; violencia al — por la oración 604 a. Cf. Gracia divina.
- CIENCIA. Cf. C. divina, Íd. profana, Íd. religiosa, Ciencias, C. naturales, Concordancia, Conocimientos rel., Cultura. etc., D. omnisciente, Divorcio, Dos verdades, Edad Media, Equilibrio, Escuela de D., Mente humana, Oposición, Pensamiento cristiano, Perfección intelectual, Íd. moral, Profunda c. religiosa, Saber, Sabiduría, Temeraria presunción, Universidad cat. de Milán, Íd. de Washington, Universitarios, Vida de un pueblo, Vida interior, Virtudes.
- CIENCIA DIVINA. La ciencia humana es reflejo de la — 297 c.
- CIENCIA HUMANA. La —, reflejo de la ciencia divina 297 c; la —, espada de dos filos 297-298.
- CIENCIA PROFANA. La profunda — debe ir unida a la ciencia religiosa 59-60.
- CIENCIA RELIGIOSA. Cf. Ciencia profana.
- CIENCIA SACERDOTAL. Cómo debe ser la — 589 a.
- CIENCIAS. No hay oposición entre las — y el entendimiento o la Filosofía 294 b-295 b; Dios, Maestro de las — y de toda ciencia

## ÍNDICE ANALÍTICO

- 294 c, 295 c, 296 a-b. Cf. Astronomía, Ciencias nat., Filosofía, Física, *Macrocosmo*, Mecánica terrestre, *Microcosmo*, Morfología. [CIENCIAS NATURALES]. Las — (paleontología, biología y morfología) sobre el origen del hombre 289-290.
- CINCUNETENARIO. El — de la "*Rerum novarum*" (1 VI 41) 111-127.
- CIRCUNSTANCIAS DE LOS TIEMPOS. No bastan las — para explicar las obras de los fundadores 68-69.
- CIUDAD DE DIOS. Cf. Iglesia.
- CIUDAD ETERNA. La — no ha conocido aún los horrores de la guerra, pero sí sus consecuencias 106 a-b.
- CIUDAD SANTA. Cf. Salvador.
- CIUDADES. Cf. Superpoblación.
- CIVILIZACIÓN. La — apartada de D. 109 a; la — y la Igl. 477 a, 492 c; torbellino contra la — 491 b. Cf. León XIII.
- CIVILIZACIÓN CRISTIANA. La — en la Edad Media 55 c.
- CLASE OBRERA. Influencia de la encíclica *Rerum novarum* en la — 117 b.
- CLERO. El — y las vocaciones misioneras 582 b, 583 b-c, 585 a-b; el — en la Rep. Argentina 283 b.
- CLERO INDÍGENA. Necesidad de — para las misiones 584 a-b; la Igl., y el — que desea en los varios países 476 a. Cf. Goa, Misiones, Portugal.
- COLABORACIÓN. La — de todos los pueblos a la futura paz 349 b.
- COLABORADORES. El amo de la mies llama — para la siembra y la siega 256 a.
- COLEGIO AMERICANO. Nuevo edificio para el Pont. — en Roma 540 b.
- COLONIAS PORTUGUESAS. Millones de almas, sin la luz del Evangelio, en las — 580-581, 589 c.
- COLONNA (Marco Antonio). El príncipe don —, felicita a S. S., por la Nobleza y el Patriciado romanos 367, 369 a.
- COMPAÑEROS. Los — de niños y jóvenes 246 c.
- COMPAÑÍA DE JESÚS. En las fiestas centenarias de la — (27 IV 41) 65-73; alma de la historia de la — 68 c.; fidelidad de la — a la Igl. 68 a-b; las dos fuerzas de la joven — 69; la — y la educación de la juventud 70-71; métodos pedagógicos e ingenios de la — 71 b-c; concurso ofrecido y ayuda prometida por la — al P. 72 a-b; relicario de los santos de la — ofrecido al P. 72 c.; la — y la historia de la Igl. 73 a-b; numerosas obras de la — 73 a-b. Cf. Centenario, Ejercicios, Gregorio XIII, Insigne milicia, Ledóchowski, Marcelo II, Papa, Paulo III, Pedagogía, *Religioni...*, Reliquias.
- COMPASIÓN. La — de D. para las debilidades de los hombres 148 b-c.
- COMPASIÓN OBLIGADA. La — de todos, por los perseguidos 185 b.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- COMUNIDAD DE DESTINO. La — de la gran familia humana 170 a.
- COMUNIÓN DE LOS SANTOS. La — se sublima en el banquete pascual 392 b-c.
- COMUNIÓN FRECUENTE. La— y el ministerio parroquial 898 a.
- CONCIENCIA MISIONERA. Formación de la — en los seminarios 588 c.
- CONCIENCIAS. Los derechos de las —, sacros e inviolables 481 a; la Igl., luz y guía de las — 282 c.
- CONCORDANCIA. La — entre la perfección moral y la intelectual 57 c-58.
- CONCORDATO. Cf. Letrán, Portugal, Rumania.
- CONCORDIA. Cf. No católicos.
- CONCURSO NACIONAL de cultura religiosa. Cf. Juventud ital. de A. C.
- CONDICIÓN DEL OBRERO. La — y León XIII 116 b.
- CONDICIONES SOCIALES. La guerra y las — 846-847.
- CONFEDERACIÓN HELVÉTICA. Aniversario 650.<sup>o</sup> de la — 613-616. Cf. Nicolás de Flue.
- CONFESORES. Necesidad de buenos — 394 b.
- CONFIANZA. La — en D., y la oración 152 a-b; verdadera naturaleza de la — en D. 143-144.
- CONGREGACIONES. Cf. Ordenes, Santos.
- CONGREGACIONES MISIONERAS. Las — y las vocaciones religiosas para misiones 583 b-c, 585 a-b.
- CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL. Cf. Buenos Aires.
- CONGRESO EUCARÍSTICO NACIONAL. (VIII) de Chile. Cf. Copello, Chile, Santiago de Chile. (IX) de los Estados Unidos. Cf. Dougherty, Estados Unidos.
- CONGRESOS CATÓLICOS. Movimiento de los — 487 c.
- CONOCIMIENTOS RELIGIOSOS. Los — de los seglares 539 c. Cf. Candidatos al sacerdocio, Clero, Seglares.
- CONQUISTA DEL UNIVERSO. La — por el hombre 291-292.
- CONSAGRACIÓN. Celébrese especialmente en este año [1939] la — al S. C. de J. 464 b.
- CONSIGNAS. Las — de la Iglesia 498 ss.
- CONSOLADORAS VISIONES. Mezcla de — con males, dolores y ruinas, en el momento actual 141 b - 142 a.
- Contar los años. — por el número de maridos [divorcios] 205 b.
- CONVALIDACIÓN. Cf. Matrimonio.
- CONVENIO MISIONAL. El — de Portugal 580 b.
- CONVIVENCIA DOMÉSTICA. Alegría y amabilidad de la — 203 b.
- COOPERACIÓN. Necesidad de la — a la gracia 255-256.
- COPELLO (Santiago). El card. —, arz. de Buenos Aires, Legado pontificio en el VIII Congreso eucarístico nacional de Santiago de Chile 261.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- CORAZÓN. Misión del — 271 a-b; educación del — en los niños 245 b-c.
- CORAZÓN ABIERTO. *Con el* — (12 XI 41) 269-277; el —, vértice del santuario doméstico 277 a.
- CORAZÓN DE JESÚS. Consagración del mundo, por León XIII, al — 461-462. Célebrense particularmente en este año (1939) la consagración al — 464 b.
- CORDERO DE DIOS. Cf. Precursor del Señor.
- CORREGIDOS. Peligros de no ser — los hijos a su tiempo 248 b-c. Cf. Incorregibles.
- CORRUPCIÓN. La— romana 173 c.
- CREACIÓN. *El hombre ante la — y frente a Dios* (30 XI 41) 285-298. Cf. Igualdad humana.
- CRISTIANDAD. La estrella de Navidad en el cielo de la — 341 c; cómo las naciones integraron la — 55 c.
- CRISTIANISMO. Dogma central del — 470 c; el — ha cumplido su misión 344; rebelión de los hombres contra el — 344 c; lucha del — y del Anticristianismo 488 a; apología del — 469 b. Cf. Apología, Cristiandad, Dogma central, Familia católica, Fidelidad a C., Moros, Naciones, Occidente, Rebelión, Solidaridad.
- CRISTIANO. Ser — 258 a; el — es siempre apóstol 534 c. Cf. Nobleza.
- CRISTIANOS PRIMITIVOS. Cf. Iglesia primitiva, Lino.
- CRISTO. A Dios sólo se llega por — 535 b; es — el gran Peregrino, en busca de la descarriada humanidad 29 b; dolores de — y de la Virgen 146 b; presencia de — entre nosotros 386 b-c; —, Juez final de los tiempos 386-387; fidelidad a — 44 c; sólo — dará la paz verdadera 31 a; en la hora de la prueba — está más cercano 495 a-b; el trabajo ennoblecido por — 107 a; la unidad y la jerarquía en el matrimonio restablecidas por — 205-206; la infancia y — 502 c; — y el matrimonio crist. 203 c, 205-206. Cf. Jesucristo.
- CRISTO DESTRONADO. Cf. Indigencia espiritual.
- CRISTO REY. Bajo la bandera de — 465 a; la fiesta de — 463 a; bajo la bandera de — 465 a; la prim. enc. bajo el signo de — 465 a; reconocimiento de los derechos de — 468-469. Cf. Pilatos, Pío XI.
- CRUZ. La —, camino, verdad y vida 145-146; la —, don de D. 145 a; la — y el Sermón de la Montaña 462 c, 464 a; la — en las carabelas de Port. 578 b.
- CRUZADA DE LA PUREZA. La — 93 a-c, 101 c, 102 a.
- CRUZADA DE ORACIONES (mayo). El P. llama a — (1939) 501 c, especialmente a los niños 502-503; (1940) 558-559; (1941) 610.
- CRUZADA MISIONAL. El P. llama a los portugueses a — 589 b-c.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- CRUZADAS. Recuerdos históricos de las — 98 b.
- CUARESMEROS. Cf. Párrocos.
- CUERPO. Nobleza del — 396 c.
- CUERPO MÍSTICO DE CRISTO. La Eucaristía perfecciona la unidad del — 266 a, 267 a.
- CUERPOS. Cf. Caridad cristiana.
- CUESTIÓN SOCIAL. Importancia de la — 540 c; principio fundamental de la — 541 a; misión de la Igl. en la — 115 a-c; el poder público en la — 115 a-b; agudeza extrema de la — al terminar la guerra 353 c; el deber de todos en la — 126-127; obligación de los principios católicos en la — 267 a; necesidad de concordia en la — 543; la — y Pío XI 108 c. Cf. [Absentismo], Asistencia social, Asociaciones, Asociaciones sindicales, Bien común, Bienes, Íd. exteriores, Íd. materiales, Cincuentenario, Ciudades, Clase obr., Condición del obr., Cuestiones económicas, Íd. sociales, Deber de todos, Deberes soc., Derecho, Der. del trabajo, Der. originario, Desigualdades sociales, Dignidad humana, Dign. nacional, Distribución, Doctrina soc., Economía, Egoísmo colectivo, Emigración, Íd. humana, Empresas, Encíclicas soc., Espacio vital, Espacios vitales, Estados, [Gremios], Iglesia, Interés privado, Intereses de clase, Justicia soc., León XIII, Libertad, *Magna Charta*, Mensaje social, Norma de vida soc., Nuevo orden. Obras, Obrero, Papa (*passim*), Patrim. familiar, Pío XI, Política soc., Preeminencia soc., Previsión soc., Principios católicos, Progreso indefinido, Propiedad fam., *Quadragesimo anno*, *Rerum novarum*, Ricos, Riqueza, Salario fam., Sal. obrero, Sermón de la Montaña, *Sertum laetitiae*, Sindicación, Sindicatos, Superpoblación, Trabajo, Verdadera riqueza, Visión profética.
- CUESTIONES ECONÓMICAS. Cambios operados por las — 118 a.
- CUESTIONES SOCIALES. Cambios operados por las — y económicas 118 a.
- CULTO PAGANIZADO. El — de la carne 396 c.
- CULTURA. Cf. Cultura greco-romana, etc.; Perfección intelectual, Íd. moral, Universidades y escuelas superiores.
- «CULTURA FÍSICA». La — y la Igl. 396 b.
- CULTURA GRECO-ROMANA. Los Padres de la Igl. y la — 55 c.
- CULTURA RELIGIOSA. Equilibrio entre la — y la universitaria 56 b, 57 b.
- CULTURA SUPERIOR. La Igl. y los Centros de — 56 a. Cf. Divorcio, Pensamiento cristiano.
- CULTURA UNIVERSITARIA. Equilibrio entre la — y la religiosa 56 b - 57 b; la — y el pensamiento católico 54 c. Cf. Cultura religiosa, Cultura superior, Pensamiento católico, Pens. cristiano.
- CUNAS. Las —, santificación de la madre de familia 407 c.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- CURA DE ALMAS. La administración de la justicia es función de la — 223 c.
- CHIGI DELLA ROVERE (Francisco). El Capitán com. de la Guardia noble Pont., príncipe don —, felicita a S. S. 359, 361 a.
- CHILE. *Radiomensaje al VIII congreso eucarístico nacional de* — (9 XI 41) 261-268; la primera misa en el nacimiento de — 263 b-c; nacionalidad de —, consolidada 264 c; visión de — 265 a; gratitud y deberes de — 265-266; vocaciones en — 266 b; deber de todos y de la A. C. en — 266-267; relaciones de — con la S. Sede 267 b-c. Cf. Mastai, Pío latino americano.
- DANZAS. Las — y la inmoralidad 95 c.
- DEBER. El heroísmo en el — 196-197; el — del trabajo 122 a-b. Cf. Sentimiento cristiano.
- DEBER DE TODOS. El — en la cuestión social 126-127.
- DEBERES. Cf. Virtudes cristianas.
- DEBERES SOCIALES. Responsabilidad colectiva en los — 126 a-b, Cf. Responsabilidad colectiva.
- DEPORTES. Los — y la inmoralidad 95 c.
- DERECHO. El — a los bienes 119-120. Cf. Fuerza, Majestad del derecho.
- DERECHO DE GENTES. El —, inseparable del derecho divino 484 a. Cf. Estado.
- DERECHO DEL TRABAJO. El — y León XIII 117 c.
- DERECHO DIVINO. Del — es inseparable el derecho de gentes 484 a. Cf. Derechos reales de C., Hombre, Humanidad, Naciones, Nuevo orden.
- DERECHO HUMANO. Cf. Autonomía.
- DERECHO INTERNACIONAL. Moralización del — 169 b-c. Cf. Principios de der. natural.
- DERECHO MATRIMONIAL. El —, León XIII y Pío XI 225 a.
- DERECHO NATURAL. El —, fundamento obligado del nuevo orden 484 c, 485 a. Cf. Nuevo orden, Principios de —.
- DERECHO ORIGINARIO. El — al uso de los bienes materiales 119-120.
- DERECHOS. Cf. Conciencias.
- DERECHOS REALES DE CRISTO. Reconocimiento de los — 468 b; vuelva la humanidad a los — 469 a.
- DERECHOS Y DEBERES PERSONALES. Principales —, que el Estado tiene que respetar totalmente 122-123.
- DESARROLLO FÍSICO. El — de los niños y sus futuros rasgos, aun morales 243 a.
- DESCRISTIANIZACIÓN. La — individual y social 345 a; efectos producidos por la — 345 c; la trágica cosecha de la — 464 a.
- DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS. Cf. Cancillería.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- DESIGNIOS DIVINOS. Los — sobre los esposos, en las vicisitudes de cada día 89 b.
- DESIGUALDADES SOCIALES. Inevitables — 371 b-c; — queridas por Dios 371-372; desviaciones producidas por las — 372 a-b. Cf. Familias crist., Justicia.
- DESTINO. El verdadero — del hombre 535 b; comunidad de — de la familia humana 170 c. Cf. Igualdad humana.
- DESTINOS DE LOS PUEBLOS. Los —, sólo en manos de D. 482 b.
- DESVENTURAS. Las — de la guerra, previstas por el P. 468 b-c.
- DEVOCIÓN. Cf. Santo Rosario.
- DÍA DE LAS MISIONES. Cf. Misiones, Vocaciones misioneras.
- «DÍA DEL SACRIFICIO». El —, retoño de hermosa costumbre de los cristianos 253 c.
- DIÁCONOS. Elección y ministerios de los — 378 a-b.
- Dies irae, dies illa!* 387 b.
- DIGNIDAD HUMANA. Los bienes materiales y la — 119-120.
- DIOS. Infinita sabiduría y justicia de — 388-389; —, Maestro de las ciencias y de toda ciencia 294 c, 295 c, 296 a-b; a — se llega bajo la guía de C. 535 b; sólo — tiene en sus manos el destino de los pueblos 482 b; miras de — sobre cada uno 88 b; en manos de — están los humanos consejos 496 b; —, *autor y amigo de la paz* 497 b; sólo — es iniciador de todo paso en el mundo sobrenatural 257 c; por qué — no siempre acoge nuestras oraciones 153 c-154 a; es — el único refugio, ante la guerra 42 a-b; gratitud a — 534 a-b. Cf. Acontecimientos humanos, Autoridad, Casualidad, Ciencia, Ciencias, Civilización, Compasión, Confianza, Creación, Destino de los p., Esposas, Esposos, Gratitud, Guerra, Hombre, Hombres, Hora de D., Hora presente, Iglesia, Infinitamente grande, Inviolabilidad, Justicia, Mundo sobrenatural, Nosotros y D., Nuestras peticiones, Omnipotencia creadora, Oración, Oraciones, Orden sobrenat., Padre celestial, Paternidad, Peregrinación, Pobres, Ricos, Sabiduría de D., Universo, Vida.
- DIOS OMNISCIENTE. El Señor, —, creador del universo y del hombre 288-289; —, maestro del hombre 289-290.
- DISGREGACIÓN ESPIRITUAL. La — realizada por ciertos sistemas 54 c.
- DISOLUCIÓN DEL VÍNCULO. Cf. Requisitos, Vínculo matrimonial.
- DISTRIBUCIÓN. En la justa —, no en la abundancia de bienes, está la verdadera riqueza 121 b-c.
- DIVINO SAMARITANO. Imiten todos al —, con las víctimas de la guerra 495 c.
- DIVINOS MANDAMIENTOS. Consecuencias espirituales y sociales del desprecio de los — 535 c.
- DIVORCIO. Tristes consecuencias del — 538 a-b; manía por el — 229.



## ÍNDICE ANALÍTICO

- Cf. León XIII. El — entre el pensamiento cristiano y los hombres de cultura superior 54 a.
- DOCTRINA CRISTIANA. Cf. Causalidad (Sacramentos), Comunión frecuente, Íd. de los Santos, Cruz, Cuerpo místico de C., Juicio final, Párrocos, Pastores de almas, Patria, Pecado original, Pecados, Peor enemigo, Polémica, Reino de Dios, Resurrección, Sacramentos, Símbolo apostólico, Unidad y variedad, Víctimas y sacrificio.
- DOCTRINA DEL AMOR. Cf. Humanidad.
- DOCTRINA SOCIAL. Normas de la Iglesia en la — 539 c.
- DOGMA CENTRAL. Negación del — del cristianismo 470-471.
- DOLOR. El — en la vida humana 145 b.
- DOLORES. Los — de C. y de la Virgen 146 b.
- DOMÉNECH Y VALLS (Rigoberto). Carta del P. al arz. de Zaragoza monseñor — sobre las fiestas [centenarias] del Pilar 511, 513.
- DON DE DIOS. La cruz [el dolor] es — 145 c.
- Donaria*. Los antiguos — a iglesias y santuarios 77 c.
- DOS VERDADES. Divorcio y antagonismo entre las — (ciencia y religión) 55 a-b; las —, amigas en la mente humana 55 b.
- DOUGHERTHY (Dionisio). El card. —, arzobispo de Filadelfia, Legado de S. S. en el IX Congreso eucarístico nacional de los EE. UU. 129, 132 a.
- DULZURA. La — y la firmeza en la autoridad 215-216.
- ECONOMÍA. Predominio de las empresas en la — 345-346. Cf. Cuestiones sociales.
- ECONOMÍA NACIONAL. Fin de la verdadera — 121 b.
- EDAD MEDIA. El pensamiento y la civilización cristiana de la — 55 c; los errores y la ideología cristiana durante la — 54 b.
- EDUCACIÓN. Grandeza y obligación de la — en el hogar doméstico 240 b-c; La obra de la — exige preparación seria 240-241; la — y el catecismo 247 c; padres y maestros en la — 248 a-b. Cf. Adolescencia, Carácter, Caridad, Íd. católica, Íd. cristiana, Íd. de Cristo, Íd. humana, Catecismo, Compañeros, Corazón, Corregidos, Cruzada de la pureza, Culto paganizado, Cultura física, Danzas, Deportes, Ed. de los hijos, Íd. de la juventud, Íd. religiosa, Educadoras, Educadores, Ejemplos, Ejercicios físicos, Escuelas anticristianas, Fecundidad generosa, Grabados, Hogar doméstico, Incorregibles, Inmoralidad, Inteligencia, Jóvenes, Juventud, Luchas, Madre, Madres, Maestros, Maternidad especial, Misión sublime, Misteriosas cuestiones, Modestia, Moda, Modas, Mujeres cristianas, Niñez, Niño, Niños, Nodrizas, Nuevas generaciones, Pastores de almas, Pecado original, Perfecta higiene, Pío XI, Preparación, Pudor, Pureza, Religión, Sensibilidad de los niños, Sentimiento del pudor, Voluntad.
- EDUCACIÓN DE LA JUVENTUD. Crimen de lesa majestad en la — 481 b-c,

## ÍNDICE ANALÍTICO

- 482 a; la — debe ser hacia el fin sobrenatural 481 b; la —, derecho de los padres inalienable 481 a-b.
- EDUCACIÓN DE LOS HIJOS. Graves deberes de los padres en la — 239-240.
- EDUCACIÓN RELIGIOSA. Cf. Madres, Sacerdote.
- EDUCADORAS. La caridad de C. en la maternidad de las — 249-250; maternidad especial de las — 249 b-c; misión sublime de las — 250.
- EDUCADORES. Preparación de los padres para ser buenos — 239 c.
- EGOÍSMO. Condenable — en el matrimonio 8 a-b, 9 a, c.
- EGOÍSMO COLECTIVO. Dinamismo del — 484 a, 486 a.
- EGOÍSMO CULPABLE. El — de algunos padres 245 c.
- EJEMPLARIDAD. La — en la autoridad 218.
- EJEMPLOS. Los ejemplos de los padres para sus hijos 21-22.
- EJERCICIOS ESPIRITUALES. *En la clausura de los santos* — (6 XII 41) 299-303; Los —, palestra del alma 69 c; los — y los religiosos de la Compañía 70 b.
- EJERCICIOS FÍSICOS. La Iglesia y los — 396 b.
- EMIGRACIÓN. Verdadera naturaleza y condiciones de la — (humana) 124-125.
- EMIGRACIÓN HUMANA. Derechos y deberes de los Estados en la — 124 c-125 a.
- EMPRESAS. Predominio de las — en la economía 345-346.
- ENCÍCLICA. *La primera Carta — de S. S. el Papa Pío XII «Summi Pontificatus»* (20 X 39) 419-497. — [al Episcopado] *de los Estados Unidos de América, con ocasión del 150.º aniversario de la fundación de la Jerarquía eclesiástica en aquella República* (1 XI 39) 515-544. — [al Episcopado] *de Portugal...*, *en el octavo centenario de la independencia de la Nación, y en el tercero de su restitución a la libertad* (13 VI 40) 561-590.
- ENCÍCLICAS SOCIALES. Voz insistente de las — 125 b-c; Estudio y cumplimiento de las — en los EE. UU. 543 b.
- ENERGÍA NACIONAL. La fe católica, fuente de — 578 a.
- ENERGÍAS HUMANAS. La Iglesia y las — 492 c.
- ENERGÍAS RENOVADORAS. Las — deben proceder del espíritu 476, 485-486.
- ENRIQUE EL NAVEGANTE. El infante don —, pionero colonial y misionero 578 c.
- EPISCOPADO. El — y la guerra 594 c, 599 c. Cf. Bélgica, Estados Unidos, Francia, etc.
- EPISCOPADO AMERICANO. Elogio y gratitud al — por su organización y caridad 605 c.
- ÉPOCA ACTUAL. En la — ya no hay peregrinos como antes 29 c.
- EQUILIBRIO. El — entre la cultura religiosa y la universitaria 56 b-57 b.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- ERRORES. Los — de los tiempos presentes 470 a; — nuevos se añaden a las desviaciones doctrinales de lo pasado 470 b-c.
- ERRORES MODERNOS. Raíz de los — 470 a-b. Cf. Agnosticismo, Laicismo, Estado, Tradiciones.
- ESCUELA DE DIOS. El mundo, — para el hombre 297 a; todos los hombres, hermanos en la — 297-298.
- ESCUELAS. Las — en las Misiones 587 a.
- ESCUELAS ANTICRISTIANAS. Cf. Estados Unidos.
- ESFUERZO HUMANO. Vanidad y amargas consecuencias de todo —, por sustituir la ley de C. 471 c-472 a.
- ESLOVAQUIA. *A una delegación comercial de* — (14 XII 41) 315-317. Cf. Kapala.
- «ESPACIO VITAL». Cf. *Rerum novarum*.
- «ESPACIOS VITALES». Los verdaderos — 124-125.
- ESPAÑA. La — y la paz 485 c.
- ESPAÑA. —, en Roma, ante una tumba cerrada [Alfonso XIII] 13 b; gozo de los hijos de — al hallarse en la Casa del Padre 18 c; *Paternales palabras para la noble y católica España* (7 III 41) 11-14; —, protegida por la Virgen del Pilar y Santiago 14 b; fervor eucarístico en — 264 b; —, consagrada al S. Corazón 14 a; adhesión de — a la Sede de Pedro 14 a; amor del P. a — 13-14; el heroísmo de —, celebrado por el P. 13 c; Portugal y — abren nuevas tierras para el Evangelio 579 a. Cf. Alfonso XIII, Avedillo, Apostasía, Españoles, Nuevos descubrimientos, Portugal, Santiago, Virgen del Pilar.
- ESPAÑOLES. Grupo de — presentados a S. S. por el embajador de España 11; los mejores —, y su veneración a la Sma. Virgen del Pilar 513 b. Cf. Avedillo.
- ESPÍRITU. Energías renovadoras del — 476, 369 c, 485-486.
- ESPÍRITU DE CARIDAD. El —, necesario en este desgraciado mundo 81 b-c.
- ESPÍRITU DE DIOS. Cf. Fundadores.
- ESPÍRITU MISIONAL. Nuevo incremento del — en Portugal 580 c.
- ESPÍRITU SANTO. Fe en el — 389 b-c; poder, caridad y maravillas del — 389-390.
- ESPOSA. La —, sol de la familia 411 c-412; responsabilidad de la — en la felicidad dom. 413-414. Cf. Amor, E. cristiana, E. y madre, Esposas, Heroína de la familia, Jóvenes esposas, Lamuel, *Mater parvulorum*, Maternidad, Mujer, Mujer casada, Mujer fuerte, Sacrificios.
- ESPOSA CRISTIANA. Cf. Esposo, Maternidad.
- ESPOSA Y MADRE. La —, *sol y alegría del hogar doméstico* (11 III 42) 409-416.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- ESPOSAS.** Colaboración de los esposos con las — 415 c; singular independencia de las — 208 b; sumisión de las — 206 c, 207-208.
- ESPOSO.** Cf. Marido, Esposos, Hogar fam., Nuevos esposos, Sacrificios.
- ESPOSOS.** *Los —, ministros del sacramento del matrimonio* (5 III 41) 3-10; fe y confianza de los — 86-88; los — se deben dar a Dios, y dejarse guiar por Él 89; sólo en la vida cristiana encontrarán los — las virtudes necesarias 90 a-b; los — ante el altar y el sacerdote 5 b; amor cristiano de los — 177 b; la unión de los — cristianos es camino de santidad 10 b, 190; libertad y responsabilidad de los — en la transmisión de la vida 8-9; cooperación de los — a la omnipotencia creadora 7 c, 9; los —, instrumentos de D. 7 b-c; ansia de los — por ir al Vicario de C. 5 c, 17 b; los —, extraños entre sí 272 a-b; la mutua comunicación de los —, alimento de felicidad 272 c; cómo debe ser esta comunicación 273-274; el amor de los — en el amor de D. 273 a-b; la concordia y preocupación de los — 275-276; colaboración de los — con las esposas 415 c. Cf. Amor cristiano, Íd. de Dios, Amor profano, Designios de D., Esposas, Familia, Nuevos esposos, Omnipotencia creadora, Oraciones, Sacrificios, Transmisión de la vida, Vicario de C., Vida, Íd. conyugal, Íd. natural.
- ESTADO.** Error de elevar el — a fin último 477-478, 479 b-c; la misión del — 478-479; límites de los poderes excepcionales del — 480-481; el —, ni es fin último, ni tiene autoridad ilimitada 477-478, 479 b-c; autonomía absoluta del — 479 b-c, 482 c; la voluntad autónoma del — no basta para asegurar el derecho de gentes 483 b; el — debe respetar los derechos y deberes personales 122-123; el — y la cuestión social 117 c; teoría, poder y extralimitaciones del — cuanto al bien común 120 b-c. Cf. Autonomía, Autoridad ilimitada, Derechos y deberes personales, Familia, Persona y familia.
- ESTADO ANTICRISTIANO.** El — y el individuo 346 c.
- ESTADOS.** Derechos y deberes de los — en la emigración (humana) 124 c-125 a. Cf. Cuestión social, Emigración, Falsos sistemas, Guerra, Naciones, Países, Paz, Persona y familia.
- ESTADOS UNIDOS.** Siglo y medio de la Jerarquía eclesiástica en los — 529 a-b; gloria y prosperidad de los — 529 c; situación peligrosa de los — (s. XVIII) 529 c; escuelas anticristianas y falsos sistemas pedagógicos en los — 99 b; el divorcio en los — 586 b; *Radiomensaje al IX Congreso eucarístico nacional de los —* (26 VI 41) 129-136. Cf. América, Americano, Americanos, Carroll, Católicos am., Encíclica, Encíclicas sociales, Iglesia cat., Jerarquía ecl., Libertades hum., Misiones, No católicos, Papa, Universidad cat. de Washington.

## ÍNDICE ANALÍTICO

ESTRELLAS. Cf. Astronomía.

ESTUDIOS GENERALES. Los — y la Iglesia 54 a-b.

ESTUDIOSOS. Fuerte vida interior de los — 58 b-c; virtudes exigidas a los — 60 c-62 c.

EUCARISTÍA. La —, fuente de unidad y amor 132-133; víctima y sacrificio en la — 133-134; la —, perfección de la unidad del cuerpo místico de C. 266 a, 267 a; misterio, adoración y finalidad de la — 131-132; energías derivadas de la —, pero con lucha 258 b-c. Cf. Cuerpo míst. de Cristo, España, Unidad y amor, Víctima.

EUGENIO. Fiesta de san —, de pura y serena alegría familiar 106 a; suave y caritativa imagen de san — 106 c.

EVANGELIO. El — y la familia cristiana 537 b-c. Cf. España, Portugal.

*Ex nihilo nihil fit* 288 c.

EXASPERACIÓN. La — de algunas antenas (guerreras) 113 b.

EXCAVACIONES Y DESCUBRIMIENTOS. — en el palacio de la Cancillería Apostólica 230.

ÉXITOS MATERIALES. Inconsistencia de los —, en la vida social (política) 478 b-c.

FALANGE CELESTIAL. La — de santos y beatos 363 b-c.

FALSOS SISTEMAS. Cf. Abismo moral, Agnosticismo, Anemia religiosa, Antenas, Anticristianismo, Apostasía, Apóstol de las Gentes, Armas, Autonomía, Íd. humana, Autoridad ilimitada, Bienes espirituales, Cristianismo, Derecho de gentes, Derechos y deberes personales, Descristianización, Destino, Disgregación espiritual, Divinos mandamientos, Divorcio, Dogma central, Dos verdades, Energía nacional, Errores, Errores modernos, Esfuerzo humano, Estado, Estado anticristiano, Éxitos materiales, Fe católica, Fin último, Fuerza, Fuerza moral, Gran comunidad, Hombre, Hora de tinieblas, Humanismo paganizante, Ideología, Indigencia espiritual, Individuo, Injustas sospechas, Inmoralidad multiforme, Íd. moderna, Laicismo, Ley natural, Leyes morales, Liberalismo económico, Libertad, Materialismo, Medios externos, Mitología, Moralidad, Movimientos anticristianos, Mundo moderno, Nacional (fidelidad), Negación, Negro paganismo, Norma de vida social, Nuevo orden, Íd. internacional, Nuevo paganismo, Nuevos errores, Orgullosas ilusiones, Paganismo, Pasado, Patria, Pecado original, Pedagógicos (sistemas), Persona humana, Íd. y familia, Poderes excepcionales, Poderosos, Política, Preeminencia social, Principios erróneos, Progreso técnico, Íd. indefinido, Redención, Sinaí, Socialismo materialista, Sociedades particulares, Solidaridad, Íd. fraterna, Íd. y caridad, Sospechas, Tablas del Sinaí, Tiempos presentes, Tradiciones multiseculares, Trágica cosecha, Unidad, Íd. y variedad, Valores religiosos, Variedad de pueblos, Vencedores, Ver-

## ÍNDICE ANALÍTICO

dadera grandeza, Vida de una nación, Virtudes, Voluntad autónoma de los Estados.

**FAMILIA.** La —, trastornada en el mundo pagano 204-205; la —, anterior al Estado 479 c; derechos propios de la — 480 b-c; angustias y sufrimientos de la — 480 c; doble y firme vínculo de la — 213 a; alegría, gozo y dignidad de la — 536-537; misión especial de la — en nuestros tiempos 489 b-c; la —, refugio de la vida cristiana 489 c; *La autoridad en la* — (10 IX 41) 198-209; (24 IX 45) 211-219; la nueva — (esposos) no puede desconocer ni olvidar las otras dos familias 276 b-c; el *rosario* de toda la — 236 a; la — y el patrimonio familiar 123-124; la mujer en la — 202 c; la — y Augusto 175 b. Cf. Amor, Casa, Cetro de amor, Césares, Convivencia doméstica, Desigualdades, Evangelio, Esposa, Familia cristiana, Familias, Íd. cristianas, Felicidad del hogar, Fieles, Heroísmo de la familia, Heroísmos, Hogar familiar, Jefe de familia, Jerarquía familiar, Leyes Julias, Marido, Mujer, Misión sublime, Morada doméstica, Nazaret, Nuevas casas, Nuevos hogares, Padres, Patrimonio familiar, Recién casados, *Rerum novarum*, Rosario, Santuario.

**FAMILIA CATÓLICA.** Solidaridad de la — 465 a-b, 466 a.

**FAMILIA CRISTIANA.** Alegría de la — 536 c; elogio de la — 536-537.

**FAMILIA HUMANA.** Solidaridad y caridad, unidad e igualdad de la — 472 c; unidad y variedad de la — 474-475. Cf. Apóstol de las Gentes.

**FAMILIAS.** Se deben constituir las — según las normas del Evangelio 537 b-c; el primer puesto, en las —, corresponde al Salvador 177 a. Cf. Felicidad.

**FAMILIAS CRISTIANAS.** Esplendor de las — 175 b-c; la caridad ante las desigualdades, en las — 372 b-c; heroísmos ordinarios en las — 194 b.

**FAMILIAS ROMANAS.** Corrupción de las — 175 a-b.

**FÁTIMA** (Nuestra Señora de). 581 c, 589 c.

**FE.** Afirmación de la —, con humildad y caridad 63 b-c. Cf. Malta, Vuelta a la fe.

**FE CATÓLICA.** La —, fuente de energía nacional 578 a.

**FECUNDIDAD GENEROSA.** La — de ciertas almas 9 b.

**FELICIDAD.** La verdadera — de los individuos, familias y naciones 544 b.

**FELICIDAD DEL HOGAR.** La — y la mujer 404 ss. Cf. Esposa.

**FELICITACIÓN.** Cf. No católicos, Papa.

**FELIPE NERI.** El espíritu de san — 27 c.

**FIDELIDAD A CRISTO.** Que nadie viole su — 44 c.

**FIELES.** Sean exhortados los — a constituir familias según las normas del Evangelio 537 b-c.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- FILANTROPÍA. La caridad verdadera, frente a la — 308.
- FILOSOFÍA. Cf. Ciencias, Oposición.
- FIN NATURAL. El — de los bienes materiales 119 b-c.
- FIN SOBRENATURAL. Cf. Educación de la juventud, Igualdad humana.
- FIN ÚLTIMO. El Estado no es — 477-478, 479 b-c.
- FIRMEZA. La — en la autoridad 215-216.
- FÍSICA. Las nuevas conquistas extienden el imperio de la — 292 a.
- FLAVIOS. Cf. Romanos convertidos.
- FRANCIA. *Carta [al Episcopado] de* — (29 VI 40) 591-595. Desastre sin precedentes caído [1940] sobre — 593 b; alma católica y destino de — 593 c; reservas espirituales y tradiciones seculares de — 594 b c.
- FRANCISCO JAVIER (San). Las misiones y — 588 b-c; 589 a, 590 a. Cf. Centenario, Juan III.
- FRASSINETTI (José). El siervo de Dios —, fundador de la Obra pía de Sta. Dorotea 321 c.
- FRASSINETTI (Paula). Fundación, por —, de su primera casa en Roma 321 b.
- FRATERNIDAD UNIVERSAL. Cf. Patria.
- FUERTE VIDA INTERIOR. La —, necesaria a los estudiosos y profesionales 58 b-c.
- FUERZA. La — no crea el derecho 346 b; la idea de la — perturba la norma del derecho 343 b.
- FUERZA DE LA IGLESIA. Las órdenes y congregaciones representan la — 323-324.
- FUERZA MORAL. El derecho humano pierde toda su —, al fundarse en la autonomía humana 478 b.
- FUNDADORES. Los — de órdenes religiosas y las circunstancias de los tiempos 68-69; el espíritu de los — y el Espíritu de D. 69 a.
- FUNDAMENTO HUMANO. Cf. Norma de vida social.
- Galarias*. Cf. Astronomía.
- GEMELLI (Agustín). El padre —, presidente de la Pont. Academia de Ciencias 285, 287.
- GÉNERO HUMANO. Cf. Gran comunidad, Pueblos, Unidad y variedad.
- GENEROSIDAD. La —, acompañada de la humildad (el trabajo anónimo) en las labores para las iglesias y la Eucaristía 78. Cf. Adoradoras, *Donaria*, Iglesias pobres, Inmaculada, Jóvenes generosas, Juventud intrépida, Labores, Rey del universo.
- Gloria in excelsis Deo* 356 b.
- GLORIAS. Las — de los pueblos, y la fraternidad universal 476 b-c.
- GOA. El clero indígena en la archidiócesis de — 584 a-b.
- GOBERNANTES. Relación entre — y gobernados 282 b.
- GOBIERNO DE ALMAS. S. Gregorio llama al — *ars artium* 241 a.
- GOBIERNOS. Responsabilidad de los — 167 b.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- GRABADOS. Los — y la inmoralidad 95 c.
- GRACIA. La — exige cooperación 255-256; horas de — 469 b-c.  
Cf. Cooperación, Gratitud a D., Hora de tinieblas, «Horas de silencio», Ministros, Mundo de la g., Mundo sobrenatural, Oración, Vida matrimonial, Vida de la g., Virtudes cristianas.
- GRACIA DIVINA. La —, compañera en el angosto camino del cielo 259 b; la — es el mayor tesoro para la juventud 259 c.
- GRACIA SANTIFICANTE. Naturaleza de la — 255 a-b.
- GRACIAS. Algunas — no son negadas, sino diferidas 161 b.
- GRACIAS DIVINAS. Parecen tardar las — 152 c. Cf. Oración.
- GRACIAS VICTORIOSAS. Las — sólo se logran por la oración 81-82.
- GRAN COMUNIDAD. La — del género humano 483 a-b.
- GRANDES EMPRESAS. Las — engendran robustas virtudes 544 b-c.
- GRATITUD A DIOS. La — por las maravillas de la naturaleza y de la gracia 131.
- GREGORIO MAGNO (San). Cf. Gobierno de las almas.
- GREGORIO XIII. La Compañía de Jesús y — 71 a.
- GREGORIO XVI. — aprueba la Obra pía de Sta. Dorotea 321 b-c.
- GREMIGNI (Gilla). El padre —, M. S. C., director general de la Obra pía de Sta. Dorotea 319.
- [GREMIOS]. Los antiguos — cristianos, precedentes de las asociaciones sindicales 542 c.
- GRIEGOS. Profundo pensamiento de los —, sobre la perfección 257 a-b.  
*Grupos nebulares.* Cf. Astronomía.
- GRUPOS SOCIALES. Cf. Unidad y variedad.
- GUARDIA NOBLE PONTIFICIA. A la — (26 XII 41) 359-364. Cf. Chigi della Rovere, Nobleza.
- [GUARDIA SUIZA]. Cf. Suiza.
- GUERRA. Preocupaciones y dolores del P. por la — 501 b, 557-558, 603; la — se ha desencadenado ya 468 c; abismo de sufrimientos, apocalípticas previsiones de desventuras ante la — 468-469; el siniestro rayo de una — sin igual 331 b-c; la —, consecuencia de las condiciones sociales no cristianas 346-347; tiempos angustiosos y amargos los de la — 342-343; perturbaciones del alma ocasionadas por la — 343 b-c; heroísmo en la — 342 b-c; sufrimientos y ruinas de la — 343 a-b; D. único refugio ante la — 42 a-b; sufrimientos de los inocentes en la — 41 c; las lesiones violentas y la humanidad en la — 30 b-c; la persecución de la Iglesia durante la — 45 c-46 b; dolor del P. por la duración de la — 223; el P. sufre por la — 332; acción del P. para evitar la —, abreviarla o humanizarla 42 c; la — aun no ha llegado a la Ciudad Eterna 106 a-b; olas imprevistas y problemas nuevos que la — levantará 118 b; temor de una paz frustrada, después de esta gran — 349 a; la caridad y la — 495 b; los niños y la — 604 b, 604-605.



## ÍNDICE ANALÍTICO

Cf. *Alleluia*, Amenaza común, Armas, *Beata pacis...*, Bélgica, Beligerantes, Buen combate, Buen Pastor, Caridad, Ciencias, Ciudad Eterna, Civilización, Compañía de J., Conciencias, Condiciones sociales, Consignas, Consoladoras visiones, Cuestión social, Desventuras, Divino Samaritano, Energías humanas, Episcopado, Estudios generales, Exasperación, Francia, Gobernantes, Heroísmo, Heroísmos, Hora de tinieblas, Íd. presente, Inocentes, Instrumentos más mortíferos, Lesiones violentas, Lucha actual, Luchas, Íd. terrenales, Llamados a las armas, Momento actual, Mundo en ruinas, Niños, «Nuevo orden», Papa, Paz, Paz frustrada, Íd. futura, Persecución, Perturbaciones del alma, Pobres, Poder jud., Polonia, Primavera, Principios de der. natural, Problemas futuros, Providencia, Íd. divina, Sacerdotes y clérigos, Tiempos angustiosos, Trabajo, Universidades, Vicarios castrenses, Violencia, Víctimas de la guerra.

GUERRAS. Las — en la Europa cristiana 472 a-b; excesos en las — 58 a; la eliminación de las — y armamentos 351-352; los heroísmos no son privativos de las — 188 a-b. Cf. Cruzadas.

HABITACIÓN. Cf. Igualdad humana.

HELVÉTICO. *Mensaje pontificio al Consejo Federal — en ocasión del 650.º aniversario de la Confederación Suiza* (12 VII 41) 613-616.

HERENCIA. La — del pecado original 96 a-b, 99-100.

HERENCIAS. Ocultas — transmitidas por los padres 242 b.

HERMANAS MISIONERAS. Las —, auxiliar indispensable en las misiones 587 b.

HERMANOS. Todos los hombres son — en la escuela de Dios 297-298.

HEROÍNA DE CRISTO. *La elegida* — [Bta. Magdalena de Canosa] y sus admirables empresas (9 XII 41) 305-314.

HEROÍNA DEL DOLOR. La mujer, — 196 b-c.

HEROÍNA DE LA FAMILIA. La mujer, esposa, madre, es la — 195-196.

HEROÍSMO. El — durante la actual persecución religiosa 194 a-b.

HEROÍSMO CRISTIANO. Valor del — 146 c.

HEROÍSMOS. Los — de la vida cristiana (13 VIII 41) 185-190; — ocultos 188; — extraordinarios y cotidianos 189 b; Los — de los esposos cristianos (20 VIII 41) 191-198; clases de — 193-194; los — y austeras obligaciones de la guerra 187-188; los — no son privativos de las guerras 188 a-b. Cf. Deber, Familia cristiana, Guerra, Guerras, Vida cotidiana.

HIGIENE. Cf. Niños.

HIJAS DE LA CARIDAD. Instituto de las —, fundado por Magdalena de Canosa 309 b-c.

HIJOS. Las almas de los —, depósito hecho por D. a los padres 482 a; las madres, ángeles de sus — 242 c; causas de la falta de

## ÍNDICE ANALÍTICO

- obediencia en los — 214. Cf. Amor igual, Bienes espirituales, Coregidos, Ejemplos, Madres, Padres.
- «HIJOS DE LA CARIDAD». Instituto de los — 312 c.
- HIJOS DE LA IGLESIA. Cf. Honor católico.
- HISTORIA DE LA IGLESIA. Cf. Cruzadas, Edad media, Iglesia.
- HOGAR DOMÉSTICO. El — y la educación 240 b-c. Cf. Esposa.
- HOGAR FAMILIAR. La mujer y el — 405 b-c; no basta el material — 406 a; diferente relación del — para el marido y la mujer 406 c. Cf. Esposa, Lamuel, Madre, Misión sublime, Morada doméstica, Mujer.
- HOMBRE. El origen del — y las ciencias. Cf. Ciencias naturales. Verdadero destino del — 535 b; compañera dada al — 289 c; el —, príncipe y soberano del reino animal 289 c; la ciencia y la revelación, sobre el origen del — 289-290; grandeza del — 290-291; el —, investigador del universo 291-292; Dios no abandonó al — caído 291 a; el — y la conquista del universo 291-292. Cf. Alma, Apóstol de las Gentes, Cielo, Ciencias naturales, Compasión, Conquista del universo, Creación, Cristo destronado, Cuerpo, Derecho originario, Derechos, Destino, Dignidad humana, Doctrina del amor, Dolor, Don de D., Dulzura, Ejemplaridad, Energías, Espíritu, Fe, Felicidad, Fin sobrenatural, Fraternidad universal, Grandes empresas, Gratitud a D., Griegos, Habitación, Hombres, Grandes empresas, Individuo, Individuos, Infinitamente grande, Luchas, Milicia, Mundo, Nacional (energía), Naturaleza, Negros, Origen, Pablo, Pecado original, Peor enemigo, Peregrinación, Pereza, Perfección, Persona humana, Íd. y familia, Progreso, Redención, Unidad y variedad, Vida, Vida humana, Víctima y sacrificio, Vuelta a la fe.
- HOMBRES. Los —, niños ante D. 143 a; los — y el Cristianismo 344 c. Cf. Acontecimientos humanos, Compasión, Escuela de D., Ley moral.
- HOMERO. El gobierno del universo según — y Aristóteles 295 b.
- HONOR CATÓLICO. El — de ser hijos de la Igl. 391 c.
- HORA DE DIOS. La — es la de misericordia y gozo 144 c.
- HORA DE LA VICTORIA. La — es del triunfo externo, de la tentación y aun de la pasión 485 b; peligros de injusticia en la — 485 c.
- «HORA DE TINIEBLAS». Es — la de la violencia y de la discordia 493 c.
- HORA PRESENTE. La — es de fermentos de males 63 a-b; cómo nos habla D. en la dolorosa — 381-382.
- HORAS DE DESILUSIÓN. Las —, horas de gracia 469 b-c.
- HOSPITALARIOS. Los — y los pobres 36-37.
- HOSPITALES. Los — en las misiones 587 a.
- HUMANIDAD. El progreso de la — por la maravillosa doctrina del

## ÍNDICE ANALÍTICO

amor y de la paz 476 c, 492 c; la — cada vez más alejada de C. 462 c, 463 c; la —, violentamente herida 30 c; la Igl. sufre con la — 332 a; la reeducación de la — ha de ser ante todo espiritual y religiosa 486 c; la Igl. y el progreso de la — 492 c; la — y los derechos reales de C. 469 a. Cf. Amenaza común, Apóstol de las Gentes, Civilización, Comunidad de destino, Cristo, Derechos reales de C., Destino, Íd. de los pueblos, Egoísmo colectivo, Época actual, Familia hum., Género hum., Glorias, Gran comunidad, Grupos sociales, Guerra, Habitación, Hombre, Hum. caída, Iglesia, Igualdad, Internacional, Jesucristo, Pueblos, Solidaridad, Íd. fraterna, Íd. y caridad.

HUMANIDAD CAÍDA. Tendencia de la — 134 b.

HUMANISMO PAGANIZANTE. Disgregación espiritual realizada por el — y otros errores posteriores 54-55.

IDEOLOGÍA. Falsa — del mundo moderno 462 c.

IDEOLOGÍA CRISTIANA. La — en la Edad Media 54 b.

IGLESIA. La — y la autoridad terrena 492 c; la — y el progreso de la humanidad 52 b; Cristo, piedra angular de la — 493 b; el infierno no prevalecerá contra la — 493 b; la —, ciudad de D., *visión de paz*, confiada sólo en D. 495 c; la — respeta las características de cada pueblo 475 a-476 a; misión maternal de la — 486 c, impuesta por D., frente a todas las dificultades 487 a-b; necesidad de conceder a la — libertad de acción 490 a; acción educadora de la — 490 c; necesidad de la acción de la — 491 a; fin de la actividad de la — 492 c; todos dirigen su mirada a la — 491 b; trabajo pacificador de la — 491 a-b; injustas sospechas sobre la — 492 b-c; la —, Esposa de C., avanza, valiente y firme, hacia las amenazadoras tempestades 495 a; la —, luz y guía de las conciencias 282 c; la grandiosa obra secular de la —, gracias a la gigantesca lucha de los instrumentos cooperadores de D. 256-257; la — y los centros de cultura superior 56 a; libertad para la — en un nuevo orden 353 a-b; persecución de la — 353 a, 354 a-b; la — en medio de las luchas 43-44; nuevas conquistas de la — en Asia, África y América 579 a-b; congresos de la — 493 ss.; Pentecostés es la navidad de la — 113 a-b; la — y la cultura 55 c; la — y los ejercicios físicos 396 b; lucha contra la — 51 c; la — sufre con la humanidad 332 a; la — y la cuestión social 115 a-c, 116 a; la — y el trabajo 106; solidez milenaria de la — 491 c; misión y destino de la — 390 b-c; visibilidad de la — 390-391; la — no es reino de este mundo 391 b; amor a la — 391 c; la —, sociedad perfecta 392 a; unidad de la — 392 a-b. Cf. Actividad, Íd. apostólica, Arte y liturgia, «Campo de los que esperan», Caridad, Cátedra de Pedro, Catolicismo, Ciudad de D., Civilización, Compañía de J., Conciencias, Cuestión social, Cultura greco-ro-

## ÍNDICE ANALÍTICO

mana, Íd. superior, Chile, Energías humanas, Íd. renovadas, Episcopado, España, Estados Unidos, Estudios, Igl. católica, Iglesias pobres, Infierno, Injustas sospechas, Jerarquía, Íd. Eclesiástica, León XIII, Lepanto, Luchas, Luchas terrenales, Martirio moderno, Muzi, Naciones, Navidad de la Igl., Oración suplicante, (Orden de) Malta, Órdenes religiosas, Órdenes y congregaciones, Países, Papa, Pascua de Pentecostés, *Patricius Romanorum*, Pensamiento crist., Pentecostés, Persecuciones, Pío VI, [Pío IX], Pío XI, Pobres, Poder judicial, Portugal, Prensa, Primavera, Radio, Regiones desc., Rep. Argentina, Rey del universo, *Salus animarum*, *Sentire cum Ecclesia*, Tempestades, Trabajo, Universidades y escuelas sup., Vicarios castrenses.

IGLESIA CATÓLICA (EE. UU.). Causas del florecimiento de la — en los EE. UU. 530 c-531 a; intensa actividad en la — 531-534; celebrada ya por León XIII 531 b; gloriosa estadística 531 b-c; admirable organización 531-532; instituciones misionales 532; gran número de misioneros 532 c; organismos diocesanos de caridad 533 a; asociaciones de seglares 533 b-c; conocida personalmente por el P. (1936) 533 c; iniciativa, energía y actividad de pastores, sacerdotes, religiosos y fieles en la — 534 a-b; clero en la — 538-539; prensa y radio, según el magisterio de la Iglesia, en la — 539 c.

IGLESIA ORIENTAL. Cf. Américas, Centenarios, Madre de D., Olga (Sta.), Papa, Rito bizantino, Rusia, Ruso, Ruteno, Santa Sede, Tisserant, Wladimiro (S.).

IGLESIA PERSEGUIDA. Cf. Guerra, Naciones, Países, Persecución.

IGLESIA PRIMITIVA. Unidad de la — 497 a. Cf. Acilios, *Anástasis*, Apóstoles, Cristianos prim., Diáconos, Flavios, Justino, Lino, Orígenes, Ostoría, Padres de la Iglesia, Príncipes de los Apóstoles, Romanos convertidos, Sucesor de Pedro.

IGLESIAS. La augusta pobreza de las — 77 b; fe, arte y liturgia en las — 79 c-80 b.

IGLESIAS POBRES. *A la Archicofradía de la Adoración perpetua y de socorro a las* — (1 V 41) 75-82; las —, alegres por la labor de las jóvenes generosas y humildes 78 c, 79 a-b.

IGNACIO DE LOYOLA (San). Carácter de — 69 b-c; Los «Ejercicios» de — 69-70; — y la Compañía ante el Papa 67 c.

IGUALDAD HUMANA. La — en la creación, destino, habitación, fin sobrenatural y redención 473 c. Cf. Familia humana.

INCORREGIBLES. Los jóvenes son —, cuando a su tiempo no fueron corregidos 248 b-c.

INDÍGENAS. Hermanas — para las misiones 587 c. Cf. Clero ind., Hermanas ind., Misiones, Obispos ind., Papa, Pío XI, Vocaciones.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- INDIGENCIA ESPIRITUAL. En la — de los tiempos presentes, el destruir a C. 468 b.
- INDISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO. Transcendencia religiosa y social de la — 537 c.
- INDIVIDUO. El — y el Estado anticristiano 346 c.
- INDIVIDUOS. Cf. Felicidad, Unidad y variedad.
- INFANCIA. Cristo y la — 502 c.
- INFELICIDAD CONYUGAL. Causa de la — 404 b.
- INFIELES. Cf. Programa misionero.
- INFIERNO. Las puertas del — no prevalecerán contra la Iglesia 493 b.
- INFINITAMENTE GRANDE. Lo — y lo infinitamente pequeño 292-293.
- INJUSTAS SOSPECHAS. Las — sobre la misión y actividad de la Iglesia 492 a; doctrina de Pío XI y de Pío XII contra las — en torno a la Iglesia 492 b.
- INMACULADA. Cf. Juventud.
- INMORALIDAD. La creciente —, en su aspecto social 93-95; medios que favorecen la — 49 b-c; para reprimir la — no bastan los medios externos 94-95. Cf. Danzas, Deportes, Grabados, Medios externos, Moda, Modas, Virtudes.
- INMORALIDAD MULTIFORME. Al desprecio de los divinos mandamientos sigue — 535-536.
- INOCENCIO II. Portugal e — 577 c.
- INOCENTES. Finalidad de la providencia de D. en el sufrir de los — 144-145; sufrimientos de los — en la guerra 41 c. Cf. Guerra.
- INSENSIBILIDAD. Vuelta a la dura — del paganismo 36 a.
- INSIGNE MILICIA. *Las glorias seculares de la* — [Compañía de Jesús] (27 IV 41) 65-74.
- INSTITUCIONES PARTICULARES. Dificultad de utilizar las — para socorros, durante la guerra 605 b.
- INSTRUMENTOS MÁS MORTÍFEROS. No usen los beligerantes — 41-42.
- INTELIGENCIA. Educación de la — en los niños 244 b-c.
- INTERÉS PRIVADO. Dinamismo del — 484 a, 486 a.
- INTERESES DE CLASE. Lucha y triunfo de los — 346 b.
- INTERNACIONAL. Principio del derecho natural —, su respeto 483 b.
- INVALIDEZ DEL MATRIMONIO. La certeza en la — 227 b-c.
- ITALIA. Amor del P. y su gratitud a — 467 a-b; nueva situación jurídica y espiritual de — y aun del mundo 467 b; la paz de C. restituida a — 467 a; — reconciliada con la Igl. 467 c.
- JEFE DE FAMILIA. La autoridad del — 201-202.
- JEFES DE ESTADO. Soberanos — y autoridades públicas, en amistosa relación con la Santa Sede 466 c.
- JERARQUÍA. *Férvida unión de la* — *con el Supremo Pastor* (24 XII 41) 327-335.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- JERARQUÍA ECLESIAÍSTICA.** Firmeza y actividad de la — 491 c; Aniversario 150.º de la — en los EE. UU. 529 b.
- JERARQUÍA FAMILIAR.** Sentido de la — 203 b.
- JESUCRISTO.** Sólo — puede dar la paz a la humanidad 47 b; el mandato peculiar de — 27 c. Cf. Caridad, Ciudad Santa, Consagración, Corazón de J., Cristo, Cristo Rey, Derechos reales, Dolores, Europa, Fidelidad, Humildad, Infancia, Jesús Sacramentado, Jóvenes, Juventud intrép., Mandato, Íd. divino, Nombre de J., Nuevo mandato, Paz divina, Íd. verdadera, Pedir, Peregrinos, Piedra angular, [Pilatos], Pío XI, Precursor del S., Reinado de C., Sabiduría encarnada, Salvador, Testamento, Trabajo, Verbo de D., Íd. encarnado, Verdadero amor, Vida eterna, Virgen, Virgen Inmaculada.
- JESÚS SACRAMENTADO.** Pobreza de — 77 b.
- JOVEN.** El *rosario* del — 234 c; el *rosario* de la — 234 b.
- JOVEN CATÓLICO.** El —, *discípulo y soldado de Cristo en la perseverante cooperación a la gracia* (2 XI 41) 251-260.
- JÓVENES.** El pudor en los — 246 b; la pureza en los — 246 c; compañeros de los — 246 c; fidelidad de los (y las) — a Cristo, aun entre persecuciones 489-490. La pureza y las — 93 b-c. Cf. Compañeros, Pudor, Pureza.
- JÓVENES CATÓLICOS.** Cf. Oración.
- JÓVENES ESPOSAS.** Cf. Apostolado de la cuna.
- JÓVENES GENEROSAS.** Las — y humildes que trabajan para las igl. pobres 78 c-79 a-b.
- JUAN I.** Los hijos de — de Portugal, en sus empresas 578 b; afanes de — 578 b.
- JUAN III.** Grandeza de — de Portugal 579 c; — y S. Francisco Javier 588 c.
- JUICIO FINAL.** Conveniencia del — 387-388.
- JUSTA PAZ.** Tardanza de una — 153 a.
- JUSTICIA.** La — de Dios, inspirada por el amor 144 b-c; la administración de la — es función de la cura de almas 223 c; la — y las desigualdades sociales 372 b. Cf. Cura de almas, Paz, *Salus animarum*.
- JUSTICIA SOCIAL.** El problema de la — 168 b. Cf. Salarios.
- JUSTINO.** Labor apologética de — 55 c.
- JUVENTUD.** Vigilancia de las madres en la — 246-247; la religión, poderoso auxilio en la educación de la — 247 b-c; devoción de la — a la Inmaculada 246 c; la gracia divina, el mayor tesoro para la — 259 c; la — y la Compañía de Jesús 70-71. Cf. Educación de la juventud, Gracia divina, Misteriosas cuestiones, Padres, Pío XI, Religión, Virgen Inmaculada.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- JUVENTUD FEMENINA DE A. C.** *A una numerosa delegación de la —* (22 V 41) 91-102. Cf. Traglia.
- JUVENTUD INTRÉPIDA.** Es — y generosa la que se estrecha a Cristo y a su Igl. 253 a-b.
- JUVENTUD ITALIANA DE A. C.** *A la — en la entrega de premios del concurso nacional de cultura religiosa y de canto sagrado* (2 XI 41) 251-260. Cf. Salotti.
- JUVENTUD UNIVERSITARIA.** *A la — y a los laureados de A. C.* (20 V 41) 49-64.
- JUVENTUD UNIVERSITARIA DE A. C.** Predilección de Pío XI por la — 52 a; misión singular de la — 52 c; la — forma grupo distinto 53 a. Cf. Pío XI.
- KAPALA (José).** Mons. —, consejero eclesiástico de la Legación de Eslovaquia 315.
- KEPLER.** Cf. Mecánica terrestre.
- LABORES PARA LAS IGLESIAS.** Generosidad y humildad en las — 78 b.
- LACIO.** Señoras de A. C. del — 237.
- LAICISMO.** Consecuencias del — 471 a-b. Cf. Tiempos presentes.
- LAMENTOS HUMANOS.** Injusticia de ciertos —, aun entre personas piadosas 388-389.
- LAMUEL.** Cántico del rey — a la mujer fuerte 196 a.
- LAUREADOS.** Vocación y deberes de los — 55-56. Cf. Boetto, Universidad Católica de Milán, Universidades.
- LAUREADOS DE A. C.** Cf. Juventud universitaria.
- «LAUREANDOS» Y «LAUREADOS». 52 b, 53 a.
- LAVITRANO (Luis).** El card. —, con el card. Boetto, presentan a S. S. los Laureados universitarios de A. C. 49; el card. —, presidente de la Comisión cardenalicia para la A. C. en Italia, presenta a S. S. representaciones de la Unión de Señoras de A. C. de Roma y el Lacio 237.
- LEDÓCHOWSKI.** Wladimiro —, prepósito general de la C. de J., presenta a S. S. una representación de la misma 65, 67 a, 72 b, 73 c.
- LEÓN MAGNO (San).** Dulzura de Navidad según — 329 b.
- LEÓN XIII.** La inmortal encíclica (*Rerum novarum*) de — 108 a,c; trágico destino de la civilización apartada de Dios, en los versos de — 109 a; intención de — en su mensaje social 114 c; la encíclica de — expone los principios convenientes para mejorar la condición del obrero 116 b; visión profética de — en la cuestión social 118 b-c; — y el derecho matrimonial 225 a; — restableció el título de Gran Maestre en la O. de Malta 35 c; elogio de — por El P. 35 c; — consagró el mundo al S. C. de J. 461-462; pensamientos, intenciones y sabiduría de —, en tal consagración, 461 c; estilo lapidario de — sobre el divorcio 538 a-b. Cf. Derecho del trabajo, Íd. matrimonial, Íd. obrero, Igl. católica (EE. UU.), Men-

## ÍNDICE ANALÍTICO

- saje social, Pecci, Política social, Trabajo, Universidad católica de Washington, Visión profética.
- LEPANTO. 590.
- LESIONES VIOLENTAS. Las — en la guerra 30 b-c.
- LETRÁN (Pactos de). Obra providencial y significado de los — 467 a.
- LEY DE CRISTO. Cf. Especie humana.
- LEY MORAL. Obligación de todos los hombres y naciones sobre la — 349-350.
- LEY NATURAL. Consecuencias de la negación de la — 470 b.
- LEYES JULIAS. Las — para restablecer la familia 175 b.
- LEYES MORALES. Supremacía de las — 482-483.
- LIBERALISMO ECONÓMICO. Fatales consecuencias del — 116 b.
- LIBERTAD. La — en la sindicación 543 a.
- LIBERTADES HUMANAS. Los EE. UU. y las — 134 b.
- LIBRO DE LA VIDA. Nombres escritos en el — 27 a.
- LIGORIO (S. Alfonso de). Doctrina de — sobre la oración 155 b.
- LINO. Los cristianos de Roma y — 140. Cf. Sucesor de Pedro.
- LITURGIA. La — en las iglesias 79-80.
- LUCIO II. Portugal y — 577 c.
- LUCHA. La — contra la inmoralidad 95-96; finalidad de la — por la pureza 97 b, 101 c; unión para la — por la modestia 100-104.
- LUCHA ACTUAL. Atrocidad de la — 41 c.
- LUCHAS. Las — corporales, y las — en el campo interior 187 b.
- LUCHAS TERRENALES. La Igl. como *beata visión* en medio de las — 43-44.
- LLAMADOS A LAS ARMAS. *Exhortación apostólica a los sacerdotes y a los clérigos* — (8 XII 89) 545-554.
- LLOBET (Juan Manuel). El Dr. —, embaj. extr. y plenip. de la República Argentina, presenta las credenciales a S. S. 279.
- Macrocosmo*. 289 a.
- MADRE. Dignidad de la — en la morada doméstica y en la parroquia 241 c. Cf. Amor igual, Cunas, Heroína de dolor. Her. de la familia, Misión sublime, Moda, Morada doméstica, Mujer casada, Obediencia, *Semana de la madre*.
- MADRE DE DIOS. Cf. Ruso.
- MADRE DE FAMILIA. El *rosario* de la — 235 a.
- MADRES. Misión sublime de las — en el hogar doméstico 250; las —, ángeles de sus hijos 242 c; tengan las — amor igual a todos sus hijos 249 a; las — y la moda 100 b-c; las — y el sacerdote en la educación religiosa 247 c. Cf. Amor igual, Hijos, Misión sublime, Misteriosas cuestiones, Moda.
- MADRES DE FAMILIA. Las — son las más íntimas educadoras 240 b. Cf. Unidad.
- MAESTRO DIVINO. El testamento del —, el amor 497 a. Cf. Unidad.



## ÍNDICE ANALÍTICO

- MAESTROS.** Colaboración de padres y — en la educación 248-a-b.
- MAGDALENA DE CANOSA.** *A las delegaciones reunidas en Roma para la beatificación de* — (9 XII 41) 305-314; vida y elogio de la beata 309-312; invocación 313-314. Cf. Heroína de Cristo, Hija de la Caridad, Modas, Piazza.
- MAGLIONE.** Cf. Secretario de Estado.
- Magna Charta.** La *Rerum novarum* es la — de la actividad social cristiana 117 c.
- Maiores y Minores.** Los — según Sto. Tomás 53 c; descristianización de los — 54-55; vida moral intensa de los — 58 a.
- MAJESTAD DEL DERECHO.** La — en el mundo, y en la Igl. 224 b.
- MALES EN EL MUNDO.** Torbellino de — 141 b-142 c. Cf. Consoladoras visiones, Hora presente, Papa.
- MALES PRESENTES.** Duda ante los — 142 b-c.
- MALINAS.** *Carta al Emmo. Card. Ern. van Roey, Arzobispo de* — (31 VII 40) 597-600.
- MALTA (Orden de).** *Al nuevo Ministro de la* — (30 III 41) 33-38. Orden de —, su misión de caridad 36 a-37 a; la — y los pobres 37 a; la —, defensora de la fe 37 c. Cf. León XIII, Pecci.
- MANDAMIENTOS.** La observancia de los —, señal de amor 258-259.
- MANDATO.** El — peculiar de Jesucristo 27 c.
- MARCELO II.** — y la Compañía de Jesús 68 a.
- MARÍA.** Intercesión de —, *Auxilium christianorum* 494 b.
- MARIDO.** Misión y deberes del — 404 c; cómo debe ser la autoridad del — 207, 209 a. Cf. Hogar familiar.
- MARIDO y mujer** (10 IX 41) 199-209.
- MARIDOS.** Cf. Contar los años.
- MARTA Y MARÍA.** Unión de — en las Adoradoras 80 c-81 b.
- MARTIRIO MODERNO.** «Actas» y procedimientos del — 45-46.
- MASAS NEBULARES.** Cf. Astronomía.
- MASTAI (Juan María) [Pío IX].** — estuvo en Chile acompañando al Vicario Apostólico Juan Muzi 267 c.
- Mater Domini.** Santísima Virgen —, advocación del antiguo hospital de Nápoles 28 a.
- Mater parvulorum,** organización auxiliar de las jóvenes esposas 241-242.
- MATERIALISMO.** Consecuencias del — en la vida privada y pública 346 a-b, 347 a.
- MATERNIDAD.** Misión sagrada y dolorosa, pero alegre, de la — 242 a; la —, orgullo de la esposa cristiana 408 a.
- MATERNIDAD ESPECIAL.** La — de las educadoras 249 b-c.
- MATRIMONIO.** Concepto cristiano del — 203 c; la unidad y la jerarquía en el —, restablecida por Cristo 205-206; el derecho al — 225 a-b; unidad y libertad en el — 229 b-c; unidad e indisolubilidad del — 537 c; el — es camino de salvación para los esposos

## ÍNDICE ANALÍTICO

- 10 b, 190; *La santidad y los fines del — en la inmutable doctrina de la Iglesia* (8 X 41) 221-230; fines del — 226; el egoísmo condenable en el — 8 a-b, 9 a, c; la paternidad y la semejanza en el — 20-21; heroísmos extraordinarios y ordinarios del — 189 b, 193-194; el — no suspende la personalidad e imputabilidad 274 a; convalidación del — 227 b; declaraciones de nulidad del — 226-227. Cf. Amor, Íd. igual, Autoridad, Íd. de los padres, Íd. familiar, Bendición, Camino..., Causas matr., Contar los años..., Convalidación, Cristo, Der. matrimonial, Designios divinos, Disolución, Divorcio, Egoísmo, Íd. culpable, Indisolubilidad, Infelicidad conyugal, Invalidez, Marido y mujer, Maridos, Matrimonios, Íd. mixtos, Nulidad, Personalidad, Pío XI, Potestad ministerial, Íd. vicaria, Privilegio paulino, Requisitos, Rom. Pontífice, Rota Rom., Sacrificios, Testigo calificado, Vicario de C., Vida matr., Vínculo matrimonial.
- MATRIMONIOS MIXTOS.** 538 b-c.
- MATRONAS ROMANAS.** Las —, ejemplares 174 a-b; corrupción de las — de la alta sociedad 205 b.
- MAYO** (mes de). Cf. Cruzada de oraciones.
- MECÁNICA TERRESTRE.** La — descubierta en los cielos por Kepler y Newton 291 c.
- MEDIOS EXTERNOS.** No bastan los — para reprimir la inmoralidad 94-95; los — y la salvación de los pueblos 485 c.
- MENSAJE NAVIDEÑO.** Que el — no se agoste ni muera ahogado 334 b-c.
- MENSAJE SOCIAL.** El — de León XIII 114 c.
- MENTE HUMANA.** Cf. Dos verdades.
- Microcosmo* 289 a.
- MIES.** Colaboradores para la — y la siega 256 a.
- MILAGRO DE PENTECOSTÉS.** El —, renovado por la radio 114 b.
- MILÁN.** Cf. Universidad...
- MILICIA.** La vida del hombre es — 187, 408 a.
- MINISTERIO PARROQUIAL.** Cf. Comunión frecuente.
- MINISTROS.** Cf. Sacramentos.
- MINISTROS DE CRISTO.** Cf. Seglares.
- Minores.* Cf. *Maiores.*
- MINORÍAS NACIONALES.** Peculiaridades y derechos de las — en un nuevo orden 350-351.
- Misereor super turbam.* El — reclama el amor del P. 43 c.
- MISERICORDIA.** Cf. Hora de Dios.
- MISIÓN.** La — del cristianismo 344.
- MISIÓN SUBLIME.** Es — la de las madres en el hogar doméstico, y la de las educadoras 250.
- MISIONERO.** Vocación del — 585 c; santidad del — 586 a-b; educación completa del — 586-587.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- MISIONEROS.** Los — en las carabelas de Portugal 578 c; la sangre de los —, semilla de cristianos 578-579. Cf. Carabelas, Papa.
- MISIONES.** El clero y las — 582-584; el clero indígena y las — 584 a-b; vocaciones varias para las — 581 b; las hermanas misioneras en las — 587 b; los orfanatos, escuelas y hospitales en las — 587 a; oración por las — 581 c-582 a. Cf. Actividad mis., África, América, Asia, Brito, Carabelas, Carroll, Clero, Íd. indígena, Colaboradores, Colonias port., Conciencia mis., Congregaciones mis., Convenio mis., Cruzada mis., Día de las misiones, Enrique el Navegante, Escuelas, España, Espíritu mis., Francisco Javier, Goa, Hermanas mis., Hospitales, Indígenas, Infieles, Juan I, Juan III, Mies, Misioneros, *Mucha es la mies...*, Negros, Nuevos descubrimientos, Obispos indígenas, Oración, Orfanatos, Pío VI, Pío XI, Portugal, Prensa, Programa mis., Regiones desconocidas, Seminarios, Sociedades, Trinitarios, Unión mis. del Clero, Vasco de Gama, Vocaciones misioneras.
- MISTERIOSAS CUESTIONES.** Vigilancia de las madres en las — de la juventud 246-247.
- MITOLOGÍA.** Falsa — moderna, nacional e internacional 345 b.
- MODA.** Naturaleza, condiciones y límites de la — 97 c-99 a, 100 a-b, 101 a-b; heroísmo y responsabilidad en la — 99 b, 101 b; responsabilidad de las madres y la — 100 b-c; íd. de las mujeres cristianas ante la — 100-101.
- MODAS.** Las — y Magdalena de Canosa 310 b-c. Cf. Juventud.
- MODESTIA.** Cf. Lucha.
- MODESTIA FEMENINA.** Campaña de — contra las modas, por Magdalena de Canosa 310 b-c.
- MOMENTO ACTUAL.** Caracteres del — 141 b-142 a.
- MONTINI (Juan B.) Mons. —,** con Mons. Bernareggi, acompañan a los Laureados universitarios de A. C. 49.
- MORADA DOMÉSTICA.** La madre en la — 241 c.
- MORALIDAD.** Consecuencias de negar la base de la — 470 c.
- MORFOLOGÍA.** Cf. Ciencias naturales.
- MORIBUNDO.** El *rosario* del — 235 c.
- MOROS.** Lucha de los — en Occidente 577 c, 589 c.
- MOVIMIENTOS ANTICRISTIANOS.** Máxima indigencia y frutos amargos de los modernos — 469 a-b.
- «*Mucha es la mies...*» 581 a-b.
- MUJER.** La — en la familia (25 II 42) y (11 III 42) 401-408 y 409-416; la —, cetro de amor 202 a; la — en la República Argentina 283 b. *Responsabilidad de la — en la vida conyugal* (25 II 42) 401-408. Cf. Esposa, Esposos, Felicidad del hogar, Heroína del dolor, Hogar familiar, Hombre, Madre, Madres, Padres.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- MUJER CASADA. Misión y trabajo de la — 405 a-b, 407 a; la —, esposa y madre 407 b.
- MUJER FUERTE. Cántico del rey Lamuel a la — 196 a.
- MUJERES CRISTIANAS. Responsabilidad de las — y la moda 100 b-c.
- MUNDO. El —, escuela de Dios para el hombre 297 a; el —, necesitado de la caridad 81 b-c; el —, consagrado al C. de Jesús por León XIII 461-462. Cf. *Alleluia*, *Males*.
- MUNDO DE LA GRACIA. Maravillas del — 254.
- MUNDO EN RUINAS. Cf. Buen Pastor.
- MUNDO MODERNO. Falsa ideología del — 462 a.
- MUNDO PAGANO. La familia en el — 204-205. Cf. Pablo.
- MUNDO SOBRENATURAL. En el —, sólo D. es el iniciador de todo paso 257 c.
- MUZI (Juan). Cf. Mastai.
- NACIONAL (energía). Cf. Fe católica.
- NACIONAL (fidelidad). Falso símbolo de la — 482 c. Cf. Apostasía.
- NACIONES. Las — y la Cristiandad 55 c; derecho de todas las — en el orden nuevo 350 b-c. Cf. Antenas, Autonomía, Íd. humana, Autoridad, Íd. terrena, «Bien común», Bienes, Cristiandad, Destino de los pueblos, Exasperación, Fe cat., Felicidad, Gobernantes, Gobierno, Grupos sociales, Heroísmo, Igl. perseguida, Injustas sospechas, Italia, Jefes de Estado, Ley moral, Luchas, Íd. terrenales, Nacional (energía), Nacional (fidelidad), Nuevo orden, Orgullosas ilusiones, Países, Papa, Palabra del P., Paz, Pueblos, Persecución, Íd. religiosa, Persecuciones, Perseguidos, Plebiscito, Poderosos, Política, Preeminencia moral, Principios de der. nat., Santos Apóstoles, Sinaí, Varones religiosos, Variedad de pueblos, Vencedores, Verdadera grandeza, Vicario de C., Vida de una nación, Virtudes.
- NÁPOLES. Cf. *Mater Domini*, Pignatelli di Belmonte.
- NATURALEZA. Cf. Bienes, Gratitud a Dios, Primavera.
- [NAVIDAD]. *Radiomensaje navideño al mundo* (24 XII 41) 339-357; la — del Señor, gran fiesta de la paz 603 b; encanto y alegría de la — 329-330, 341 b. Cf. Cristiandad, León Magno.
- NAVIDAD DE LA IGLESIA. Pentecostés es la — 113 a-b.
- NAZARET. Ejemplo de la Familia de — 416 b.
- NECESIDAD DE LA ORACIÓN. El P. exhorta a todos, especialmente a los niños, sobre la — por la paz 496-497.
- NEGACIÓN. La — de la ley natural 470 b; la — de la moralidad 470 c; la — del dogma central del Cristianismo 470-471.
- NEGRO PAGANISMO. Corriente de — en la actualidad 184 a-b.
- NEGROS (EE. UU.). Amor paternal del P. a los — 582 c; los — necesitados de especiales cuidados 582 c.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- NEWTON. Cf. Mecánica terrestre.
- NICOLÁS DE FLUE. Piedad cristiana del beato —, y su amor a la Confederación suiza 615 b.
- NIÑEZ. *La educación de la* — (26 X 41) 237-250.
- NIÑO. El misterio del — 213-214.
- NIÑOS. Desarrollo físico de los —, y sus rasgos morales 243 a; perfecta higiene en el cuidado de los — 243 a-b; influencia de la nodriza en los — 243 b; precoz sensibilidad de los — 243-244; educación de la inteligencia en los — 244 b-c; íd. del carácter en los — 244-245; íd. del corazón en los — 245 b-c; los compañeros de los — 246 c; el sentimiento del pudor en los — 246 b; el *rosario* de los — 234 a; desventura de los — por la guerra 604-b-c; amor paternal del P. a los — 604-605; los — que no sufren acuérdense de los que tanto sufren 605 a; especialmente los — oren por la paz 496 c, 57-58, 502-503, 558-559, 610. Cf. Carácter, Corazón, Desarrollo físico, Educadoras, Herencia, Higiene, Infancia, Maestros, Nodriza, Oración, Padres.
- NO CATÓLICOS. Muchos, aun —, felicitaron al P. en su elección 466 b-c, 543-544; el P. invita a los — a la unión y concordia 543-544.
- NOBLEZA. *Naturaleza, prerrogativas y virtud de la — que viene de Dios* (26 XII 41) 359-364; la — de la Guardia N. Pontificia 361 a-b; naturaleza de la — 361-362; significado de la — 370 a; deber de la — 373 b; la — y la virtud 352-363, 371 b; la verdadera — del cristiano 255 a-b; la — de los pobres 37 b. Cf. Patriado, Santos.
- NOBLEZA ESPIRITUAL. Glorificación de la — en los santos y beatos 363.
- NOBLEZA Y PATRICIADO ROMANOS. Cf. Colonna.
- Noches astronómicas. Cf. Astronomía.
- NODRIZA. Influencia de la — en los niños 243 b.
- NOMBRE DE JESÚS. Debemos pedir en el — 154-155.
- Non licet!* 491 c.
- NORMA DE VIDA SOCIAL. Insuficiencia de toda — apoyada en fundamento exclusivamente humano 478 a.
- NOSOTROS Y DIOS. Cf. Oraciones.
- NUESTRA ÉPOCA. Es — la más necesitada de bienes espirituales 463 a-b.
- NUESTRAS PETICIONES. Silencio de D. ante — 153 b.
- NUEVAS CASAS. La bendición de D. y las — 159 b-c.
- NUEVAS GENERACIONES. Educación de las — 480 a.
- NUEVO ESPÍRITU. El — necesario en todos los pueblos, para la paz 43 a-b.
- NUEVO MANDATO. El — dado por C. 474 b.

## ÍNDICE ANALÍTICO

**NUEVO ORDEN.** Fundamento del único — posible 485 a; peligros posibles del — que se prometen los poderosos 485 b; el — deberá fundarse en el derecho natural y en la revelación divina 486 a; el P. anuncia su mensaje radiofónico sobre el — 334 a-b; luminosos senderos para el — 334 a-b; el — no puede existir sin la sobrehumana prudencia 335 a.

«NUEVO ORDEN». El — social que seguirá a la guerra 126 c.

**NUEVO ORDEN INTERNACIONAL.** *Las condiciones para un* — (24 XII 41) 339-357; todas las naciones en el — 350 b-c; las minorías nacionales en el — 350-351; derecho a todos los bienes en el — 351 b; eliminación de las guerras en el — 351-352; los pactos en el — 352 b-c; libertad para la Iglesia en el — 353 a-b, 354 a-b; agudeza extrema de la cuestión social en el — 353 c.

**NUEVO PAGANISMO.** El — y los divorcios 229 a.

**NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.** Los — (España y Portugal) compensan a la Igl. en la apostasía europea 579 a; hermosa floración en las tierras de los — 579 a-b.

**NUEVOS ERRORES.** Cf. Falsos sistemas.

**NUEVOS ESPOSOS.** La bendición del P. y los — 159 b; el *rosario* de los — 233 c. Cf. Adolescencia, Amor cristiano, Íd. de Dios, Íd. igual, Íd. pagano, Autoridad, Íd. familiar. Bendición, Camino de salvación, Íd. de santidad, Carácter. Catecismo, Cetro de amor, Corazón abierto, Cunas, Danzas, Deportes, Desarrollo fís., Designios divinos, Educación etc., Educadoras, Educadores, Egoísmo, etc., Ejemplos, Esposa, Falsos sistemas, Familia, Fecundidad gen., Fin sobrenat., Grabados, Herencia, Herencias, Heroína..., Heroísmos, Hijos, Hogar..., Incorregibles, Indisolubilidad, Jerarquía familiar, Jóvenes, Jóvenes esposas, Juventud, Lamuel, Leyes Julias, Madre..., Marido, M. y Mujer, Maridos, *Mater parvulorum*, Maternidad, Misteriosas cuestiones, Moda, Morada dom., Mujer..., Niñez, Niño, Niños, Nodrizas, Nuevas..., Nuevos hogares. Omnipotencia creadora, OSTORIA, Padre..., Padres, Papa, Pastores de almas, *Pater familias*, Paternidad, Perf. higiene, Personalidad..., Preparación, Primavera..., Pureza, Recién casados, Rosario, Sacramentos, Sacrificios, Santidad, Santuario, Semana de la madre, Similitud, Sensibilidad..., Tiempos presentes, Transmisión de la vida, Unidad, Un. de amor, Verdadero amor, Vestidos. Vida..., Vínculo matr., Virtudes cristianas.

«NUEVOS HOGARES». La caridad en los — 313 a-b.

**NULIDAD.** Declaraciones de — de los matrimonios 226-227.

**OBEDIENCIA.** La — en los hijos 214.

**OBISPOS INDÍGENAS.** El P. consagrará —, de diversos pueblos y estirpes, el día de C. Rey 476 a. Cf. Papa.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- OBRA PÍA DE STA. DOROTEA.** *A los dirigentes y colaboradores de la —* (15 XII 41) 319-325; centenario de la — 322; la — es obra parroquial y femenina 322-323. Cf. Frassinetti, Gremigni, Gregorio XVI.
- OBRAERO.** Condiciones del — y León XIII 116 b.
- OCCIDENTE.** Cf. Moros, Órdenes militares, Portugal.
- OLGA (Sta.).** Influencia de — en san Wladimiro 508 b.
- OMNIPOTENCIA CREADORA.** Los esposos y la — 7 c, 9.
- OPOSICIÓN.** No hay — entre las ciencias y el entendimiento o la filosofía 294 b-295 b.
- ORACIÓN.** *Eficacia de la —* (2 VII 41) 149-155. *Más sobre la eficacia de la —* (9 VII 41) 157-164. La —, fuerza para hacer violencia al cielo 604 a; la —, gracia que invoca a otra gracia 260 a-b; la — intensa y continua, para obtener de D. las gracias victoriosas 81-82; condiciones de la — 162 b-c; la — y la salvación 155 b; doctrina de Sto. Tomás de Aquino sobre la necesidad de la — 153-154, 155 b; la — de los jóvenes católicos 259 b; la — por las misiones 581 c, 582 a; la — incesante por una pronta paz 42 b; el P. todo lo espera de la — 333 b. Cf. Adoración, Cielo, Confianza, Cruzada de or., Gracias, Ligorio (S. Alf.), Marta y María, Mayo (mes de), Nombre de J., Oraciones, Pablo (S.), Paz, Pedir, Perseverancia, Peticiones, Providencia div., Salvación, Tomás de Aquino (Sto.).
- ORACIÓN SUPLICANTE.** La — de la Igl. 335 c.
- ORACIONES.** El fruto de nuestras — 160 b; todas las — tienen su efecto 161 a; por qué D. no acoge siempre nuestras — 153 c-154 a; las — de los esposos escuchadas 151 c.
- ORACIONES POR LOS DEMÁS.** Eficacia de las — 163.
- ORDEN.** El — en la naturaleza, en las cosas y en el universo 293-296.
- ORDEN DE MALTA.** Cf. Pecci.
- ORDEN NUEVO.** Verdaderas necesidades, exigencias y condiciones del — 349. Cf. Naciones, Nuevo orden, Países.
- «ORDEN NUEVO».** Condiciones esenciales para un — 349 ss. Cf. Nuevo orden.
- ORDEN SOBRENATURAL.** Nada podemos en el — sin la amistad de D. 259 c.
- ÓRDENES MILITARES.** Las — en la lucha de Occidente 578 b, 589 c.
- ÓRDENES Y CONGREGACIONES.** Las —, fuerza de la Igl. 328-324. Cf. Circunstancias de los tiempos, Espíritu de D., Fecundidad generosa, Fuerza de la Igl., Fundadores, Hijas de la Caridad, «Hijos de la Caridad», Orden de Malta, Órdenes militares, Compañía de Jesús, Santos y beatos.
- ORFANATOS.** Los —, hospitales y escuelas en las misiones 587 a.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- ORGULLOSAS ILUSIONES. Fracasan las — sobre un progreso indefinido 484 c.
- ORIGEN DEL HOMBRE. Las ciencias naturales sobre el — 289-290.
- ORÍGENES. Labor científica de — 55 c.
- OSTORIA. Elogio (inscripción) de la matrona — 174 b, 204-205.
- PABLO (San). El mundo pagano según — 175 b; Dios y la oración de — 154 a.
- Pacta sunt servanda.* 352 b.
- PACTOS. Obligación fundamental de observar los — estipulados 352 b-c, 483 c; posibles modificaciones de los —, sin violencia 483-484, 484 b.
- PADRE. El P., como —, confunde con el suyo el anhelo de todos sus hijos 146-147.
- PADRE CELESTIAL. Cf. Peticiones.
- PADRE DE FAMILIA. El *rosario* del — 235 b.
- PADRES. — *e hijos* (29 IX 41) 211-219; los — tienen en depósito las almas de los hijos 482 a; ejemplos de los — para los hijos 21-22; bienes espirituales que los — han de procurar a los hijos 22 b; el recuerdo de los — en los hijos 218-219; egoísmo culpable de los — 245 c; deberes de los — en la educación 239-240; falta de preparación de los — para su deber de educadores 239 c; colaboración de los — con los maestros en la educación 248 a-b; herencias transmitidas por los — a los hijos 242 b. Cf. Autoridad, Desarrollo físico, Educación de los hijos, Educadoras, Herencias, Hijos, Maestros, Pastores de almas, Semejanza, Sinceridad.
- PADRES DE LA IGLESIA. Los — y la cultura greco-romana 55 c.
- PAGANISMO. Vuelta moderna a la dura insensibilidad del — 36 c; señales de — 471-472. Cf. Tiempos presentes.
- PAÍSES. Algunos — persiguen a la Igl. durante la guerra 45 c-46 b; Dificultades en algunos — contra todos los esfuerzos del P. por la paz 603 c.
- PALABRA DE DIOS. Necesidad de escuchar la — 382.
- PALABRA DEL PAPA. Que la — no se agoste ni muera, antes encuentre tierra fecunda 334 c; la — 379-380.
- PALEONTOLOGÍA. Cf. Ciencias naturales.
- PAN ESPIRITUAL. Hambre de — 381 a-b.
- PAPA [Pío XII]. Su preocupación por la paz cristiana y sus dolores por la guerra 382, 501 b, 557-558, 603; el — nada ha dejado sin intentar por la paz 494-496; visión que desde el principio tuvo el — de la tragedia actual 494 b-c; el — seguirá haciéndolo todo por la paz 495-496; dificultades de toda clase (en algunos puntos) contra los esfuerzos del — por la paz 693 c; el — imparcialmente ha hecho todo lo posible para evitar la guerra, abreviarla o humanizarla 42 c; el — no cesará de trabajar y orar por la paz 31 b,



## ÍNDICE ANALÍTICO

esperándolo todo de la oración 333; angustias del — ante el torbellino de males en el mundo 141 b; compasión, bendición y auxilios del — a todas las víctimas de la guerra 44 b; conmoción del — ante el llamamiento obligado de sacerdotes y clérigos a las armas 547 b; cómo sufre el — con los perseguidos 46 b; consuelo del — a Francia 68, 69, 593 b-c y a Bélgica 599-600; derecho y deber del — a hablar de la paz y sus condiciones 349 b; gratitud del — a todos los católicos (jornada del 24 XI 40) 42 b; cercano está el corazón del — a todos sus hijos 493-494; llamamiento del — a las Potencias ocupantes 45 a-b; reconocimiento del — a la Providencia en el introito de su pontificado 461-462; alfa y omega del pontificado del — 462 a; gratitud del — a todos por su felicitación al ser nombrado 465-466; angustias del — desde el primer momento de su pontificado 465-466; armas del — 467-469, 603-604; santa libertad e independencia del — en su misión 43-44; el — invita a la unión y concordia aun a los no católicos, de los que muchos le felicitaron al ser nombrado 543-544; el — celebra solemne pontifical de rito bizantino-eslavo en la Basílica Vaticana (21 V 39) 507 b; conducta del —, la verdad con la caridad 468 a; amor paternal del — a los negros 532 c; estima y afecto del — al gran pueblo americano 529 b; mandatos y consejos del — a los misioneros 587-588; deber del — en el ministerio de la palabra 379-380. y alegría de hablar a sus hijos 380; el — saluda paternalmente el apostolado de los seglares 488 c; la bendición del — a los recién casados 411 a-b, 416 a; pasos y mirada, pensamiento y oración del — ante la rica exposición de sacros vestidos y ornamentos 77 b-c; gratitud del —, en nombre del divino Maestro, a las jóvenes que trabajan para las iglesias 79 a-b; gozo del —, al ver reunida en torno suyo a la Compañía de Jesús 67 b-c; amor y gratitud del — a Italia 467 a-b; gratitud del — al Sacro Colegio 329 a-b; el — ama igual a todos los pueblos 354 c; el — y Alfonso XIII: 11, 12; elogio de León XIII por el — 35 c; amor del — al pueblo 43 c; gratitud y deber del — 464-469. Cf. [Alfonso XIII], América, Amér. latina, Americano, Apostolado activo y pacífico, Bélgica, Cristo Rey, Cruzada misional, España, Felicitación, Francia, Guerra, Ignacio, Italia, Jefes de Estado. Mensaje navideño, *Misereor...*, [Navidad], Niños, No católicos, Nuevo orden, Nuevos esposos, Oración, Padre, Palabra del P., Paz, Paz cristiana, Íd. futura, Plebiscito, Polonia, Pontificado, Pontifical, Potencias ocupantes, Potestad ministerial, Íd. vicaria, Primera Encíclica, Progreso técnico, *Rerum novarum*, Roma, Sacro Colegio, Sermón de la Montaña, Símbolo apostólico, Universidad cat. de Washington, Vicario de Cristo, Víctimas de la guerra; y *passim*. PAPA [E. P.]. Recuerdo de la juventud del — en tiempos de

## ÍNDICE ANALÍTICO

- León XIII 35 c; dulces recuerdos del — en la parroquia de San Juan de los Florentinos (Roma) 23; primer contacto del — con la América latina 281-282; estancia del — en Buenos Aires 279-281; viaje transatlántico del — en octubre de 1936 y conocimiento personal de la Igl. de EE. UU. 533 c. Cf. América, Amér. latina, Estados Unidos, Eugenio (fiesta de S.).
- PAPP (Daniel). El general —, env. extr. y min. plen. del reino de Rumania, presenta sus credenciales a S. S. 179.
- PÁRROCOS. *A los — y a los cuaresmeros de Roma* (17 II 42) 383-399.
- PASADO. Cf. Errores.
- PASCUA. *Radiomensaje de — al mundo* (13 IV 41) 39-48.
- PASCUA DE PENTECOSTÉS. Solemnidad y gozo de la — 105.
- PASTORES DE ALMAS. Pío XI encargó a los — recordaran a los padres sus deberes en la educación 239-240.
- Pater familias*. Ilimitada potestad del — 204 b.
- PATERNIDAD. *El misterio de la —* (19 III 41) 15-23; — en la Trinidad 17 c-18 b; — de Dios, en la creación 18-19; — y semejanza 20 a-b; — en la vida de la gracia 20 b-c. Cf. Matrimonio, Vida sobrenatural.
- Patres*. 370 b.
- PATRIA. La — de todos es el cielo 44 c; la fraternidad universal no se opone al amor, tradiciones y gloria de cada — 476 b-c. Cf. Salvador.
- PATRICIADO. *Al — y a la Nobleza romanos* (5 I 42) 367-373; significado del — 370-371; el — y la virtud 371 b; *Dignidad y privilegios, oficios y deberes del — y de la Nobleza* (5 I 42) 367-373.
- Patricius* 370-371; — *Romanorum* 371 a.
- PATRIMONIO FAMILIAR, Cf. Familia, *Rerum novarum*.
- PAULO III. La Compañía de Jesús y — 676 b-c.
- PAZ. El P., luego de elegido, exhortó a todos (Gobernantes y Naciones) a la — 501 b-c; la verdadera — 493 a; la — con la justicia 169 a; *El buen combate por la —* (13 IV 41) 39-48; oración incesante por la — 42 b, 66-67, 496-497, 502-503, 557-558, 610; trabajo y oración del P. por la — 31 b, 495-496, 70-71; temores de una — frustrada 349 a-b. Cf. Amenaza común, Antenas (vaticanas), Colaboración, Hora de la victoria, Jesucristo, Justa paz, Mayo (mes), Minorías nacionales, Naciones, [Navidad], Nuevo espíritu, N. orden, Íd. o. internacional, Oración, Oraciones, Orden nuevo, «Orden nuevo», *Pacta*, Pactos, Papa, Pascua, Paz cristiana, Íd. de Cristo, Íd. divina, Íd. frustrada, Íd. futura, Principios del derecho natural, Problemas nuevos, Sma. Virgen, Stos. Apóstoles, Tratado de paz, Vicario de C., Victoria, Violencia.
- PAZ CRISTIANA. Preocupación del P. por la — 501 a-b.
- Paz de Cristo en el Reino de Cristo*. La — 494 c.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- PAZ DIVINA. Sólo Jesucristo puede dar la — a la humanidad 47 b.
- PAZ FRUSTRADA. Cf. Guerra.
- PAZ FUTURA. Cómo debe ser la — según el P. 42 b, 42-43. Cf. Co-laboración, Cristo.
- PAZ VERDADERA. Sólo C. volverá a dar la — 31 a, 493 a.
- PECADO ORIGINAL. Triste herencia del — 96 a-b, 99-100.
- PECADOS. Remisión de los — 393-394.
- PECCI. Familia de los — [León XIII] 35 c; el conde Estanislao —, enviado extr. y min. plen. de la Soberana O. de Malta, presenta sus credenciales 33, 35 b-c.
- PEDAGOGÍA. La — en la Compañía de Jesús 71 b-c.
- PEDAGÓGICOS. Falsos sistemas —. Cf. Estados Unidos.
- PEDIR. Cf. Nombre de Jesús.
- PELIGROS. Los — para el alma 96 b; los — de ciertas cuestiones y polémicas 59 c-60 b.
- PENSAMIENTO CATÓLICO. El — y la cultura universitaria 54 c.
- PENSAMIENTO CRISTIANO. El — en la Edad media 55 c; el — y los hombres de cultura superior 54 a. Cf. Divorcio.
- PENSAMIENTO DE DUDA. Un — ante los males presentes 142 b-c.
- PENTECOSTÉS. La fiesta de — es la Navidad de la Igl. 113 a-b.
- PEOR ENEMIGO. El — en la humanidad caída 134 b.
- PEREGRINACIÓN. La vida en este mundo es — hacia D. 151 b.
- PEREGRINOS. Los — y C. 29 b; los — en la época actual 29 c.
- PEREZA. Cf. Pusilanimidad.
- PERFECCIÓN. La — y los griegos 257 a-b.
- PERFECCIÓN INTELECTUAL. La — y la moral 57 c, 58.
- PERFECCIÓN MORAL. Cf. Perfección intelectual.
- PERFECTA HIGIENE. La — en el cuidado de los niños 243 a-b.
- PERSECUCIÓN. La — de la Igl., durante la guerra, en algunos países 45 c-46 b, 134-135, 353 a, 354 a-b. Cf. Guerra, Heroísmo, Iglesia, Igl. perseguida, Infierno, Injustas sospechas, Martirio moderno, Naciones, Países.
- PERSECUCIÓN RELIGIOSA. El heroísmo ante la — en algunas regiones 194 a-b.
- PERSECUCIONES. Cf. Jóvenes, Sacerdotes emigrados.
- PERSEGUIDOS. El *Alleluia* de los — 46 c; compasión de todos hacia los — 135 b. Cf. Papa.
- PERSEVERANCIA. La — y la oración 161 c, 162-163.
- PERSONA HUMANA. La dignidad de la —, rebajada 346 b. Cf. Con-ciencias, Derechos y deberes profesionales.
- PERSONA Y FAMILIA. La — son anteriores al Estado 479 c.
- PERSONALIDAD. La — en el matrimonio 274 a.
- PERSONAS PIADOSAS. Injustos lamentos humanos de ciertas — 388-389.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- PERTURBACIONES DEL ALMA.** Las — ocasionadas por la guerra 343 b-c.
- PERÚ.** *Al nuevo Embajador de la República del* — (17 VII 41) 165-170. Cf. Arias Schreiber.
- PERUANO.** Civilizaciones y vocaciones cristianas del pueblo — 167 b-c.
- PETICIONES.** Cómo deben ser nuestras — al Padre celestial 160-161. Cf. Silencio de Dios.
- PIAZZA** (Diosdado Juan). El card. —, patriarca de Venecia, preside la representación acudida a Roma para la beatificación de Magdalena de Canosa 305.
- PIEDAD CRISTIANA.** Cf. Adoradores, Ancianos, Cuerpo míst. de Jesucristo, Devoción, Familia, Joven, Padre de familia, Palabra de D., Palabra del Papa, Pan espiritual, Rosario, Sacramentos.
- PIEDRA ANGULAR.** Cristo, — de la Igl., del hombre y de la sociedad 493 b.
- PIGNATELLI** (Fabricio). El bailío de S. Juan de Jerusalén —, fundador del refugio para peregrinos en Nápoles 28 a.
- PIGNATELLI DI BELMONTE** (Jenaro). El card. —, Decano del S. Colegio 327, 329 b; presenta los peregrinos de Nápoles 25, 27 a.
- PILAR.** Santuario de Nuestra Señora del — y sus fiestas centenarias 511, 513 b; peregrinaciones al — 513 b.
- [PILATOS].** — proclama Rey a Cristo 462 c.
- Pfo VI.** Cf. Carroll.
- [Pfo IX].** Cf. Mastai.
- Pfo XI.** Doctrina de — sobre la Igl. 492 b; institución de la fiesta de C. Rey por — 463 a; predilección de — por la A. C. 51 a-b y por la juventud universitaria de A. C. 52 a; las misiones, el clero y — 582-583; respeto por (la Iglesia y) — de los usos y costumbres indígenas 475 c; fundó la *Sociedad Portuguesa das Missões* 585 a; encíclica de — sobre la educación cristiana de la juventud 239-240; — y el derecho matrimonial 225 a; doctrina de — sobre el salario familiar 541-542 y sobre la cuestión social 108 c; — y la Pont. Acad. de Ciencias 287; «La augusta pobreza de las iglesias y de su Huésped, Jesús Sacramentado», según — 77 b. Cf. Minorías, Pastores de almas.
- Pfo XII.** Cf. Papa.
- Pfo LATINO AMERICANO.** La fundación del Pont. Colegio — en Roma, idea de Chile 266 b.
- PLEBISCITO.** El — mundial de felicitaciones al P. 466 b.
- POBRES.** Existencia de — y ricos en todos los tiempos 541 a-b; dignidad de los — en la Igl. 37 b; cartas de nobleza de los — 37 b. Cf. Malta, Hospitalarios.
- POBREZA.** Virtudes de la — 541 b-c.
- PODER JUDICIAL DE LA IGLESIA.** Supremo principio del — 229 c. Cf. *Salus animarum*.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- PODER PÚBLICO. El — y la cuestión social 115 a-b.
- PODERES EXCEPCIONALES. Cf. Estado.
- PODEROSOS. Los — y el nuevo orden 485 b. Cf. Nuevo orden.
- POLÉMICAS. Peligro de ciertas — 59 c-60 b.
- POLÍTICA. Peligroso principio en la — 345 c. Cf. Éxitos políticos.
- POLÍTICA SOCIAL. La — y León XIII: 117 c.
- POLONIA. Recuerdo paternal de — 494 a; grito doloroso de — 494 a-b.
- PONTIFICADO [Pío XII]. Introito, alfa y omega del — 461-462; deber y armas del — 467-468.
- PONTIFICAL. Solemne — en rito biz. eslavo, que celebrará el P. en la basílica Vaticana el 21 de mayo de 1939: 507 b-c.
- PORTUGAL. Centenarios de — 577 b; glorias pasadas de — 578-579; problemas actuales de — 581-584; cruzada de Occidente en — 577 c, 578 b, 589 c; — y España, abriendo nuevas tierras al Evangelio 579 a; —, nación misionera 578-579; grandeza de las empresas de — 579 b-c, admirado por el mundo 579-580; glorias de — en las colonias 584 b; Concordato y Convenio mis. con — 580 b-c. Cf. Albuquerque, Alejandro III, Alfonso Enríquez, Apostasía, Brito, Carabelas, Castro, Colonias, Cruzada misionera, Encíclica, Energía nacional, Espíritu misional, Francisco Javier, Glorias misioneras, Inocencio II, Juan I, Juan III, Lucio II, Misiones, Nuevos descubrimientos, Pueblo portugués, Santa Sede, Vasco de Gama, Vocaciones misioneras.
- POTENCIAS «OCUPANTES». Llamamiento del P. a las — y recordatorio 45 a-b.
- POTESTAD MINISTERIAL. La — del P y los matrimonios 228 b.
- POTESTAD VICARIA. La — del P. en el matrimonio 229 c.
- PRECURSOR DEL SEÑOR. El — muestra el Cordero de D. 462 c.
- PREDICACIÓN. Necesidad de la — a todas las almas 398-399.
- PREEMINENCIA MORAL. La — en la autoridad 215.
- PREEMINENCIA SOCIAL. Derechos y deberes de toda — 373 a.
- PRENSA. La — y la Igl. 539 c.
- PRENSA MISIONERA. La — en Port. 582 a-b; «O clero e as Missões» 583 a-b; otras revistas 583 b.
- PREPARACIÓN. La — para la educación 240-241.
- PRESUNCIÓN. Temeraria — criticada por S. Agustín 59 c-60 b.
- PREVISIÓN SOCIAL. León XIII y la — 117 c.
- PRIMAVERA. — *de la naturaleza*, — *de la Iglesia*, — *de las familias cristianas* (7 V 41) 83-90.
- PRIMERA ENCÍCLICA. La —, colocada por el P. bajo la bandera de C. Rey 465 a.
- PRÍNCIPES DE LOS APÓSTOLES. La sangre de los — consagra a Roma 139 a-b.
- PRINCIPIOS CATÓLICOS. Los — en la cuestión social 267 a.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- PRINCIPIOS DE DERECHO NATURAL. Respeto de los — internacional 488 b.
- PRINCIPIOS ERRÓNEOS. Los —, contrarrestados por las tradiciones multiseculares 478 a.
- PRIVILEGIO PAULINO. El — y el matrimonio 228 b.
- PROBLEMAS NUEVOS. Los — que surgirán de la guerra 118 b.
- PROFESIONAL. El apostolado — y la A. C. 59.
- PROFESIONALES. Fuerte vida interior de los — 58 b-c.
- PROFUNDA CIENCIA RELIGIOSA. La — unida con una ciencia profana, también profunda 59-60.
- PROGRAMA *de vida y de actividad* (20 IV 41) 49-64.
- PROGRAMA MISIONERO. El — entre los infieles 589 a.
- PROGRESO. Cf. Humanidad.
- PROGRESO INDEFINIDO. Fracaso del — 484 c.
- PROGRESO TÉCNICO. El P. no condena el — 347 a-b.
- PROPIEDAD FAMILIAR. Derecho a la — 124 a.
- PROPIEDAD PRIVADA. Falsos conceptos de la — 346 b.
- PROVIDENCIA DIVINA. *Consideraciones sobre la — en los acontecimientos humanos* (29 VI 41) 137-147; la — y los acontecimientos humanos 144 a; la — ante el sufrimiento de los inocentes 144-145. Cf. Acontecimientos hum., Amor de D., Casualidad, Consoladoras visiones, Hombres, Hora de D., «Hora de tinieblas», Hora presente, Horas de desilusión, Inocentes, Lamentos humanos, Ley moral, Libro de la vida, Males en el mundo, Íd. presentes, Misericordia, Momento actual, Mundo, Orden, Papa, Pensamientos de vida, Personas piadosas, Sabiduría de Dios.
- PUDOR. El sentimiento del — en los niños y en los jóvenes 246 b.
- PUEBLO ITALIANO. Misión providencial del — 147 b.
- PUEBLO PORTUGUÉS. Renacimiento espiritual del — 580 b.
- PUEBLOS. Los — al separarse, no rompen la unidad del género humano 474 c; características de los diversos — 474 c, respetadas por la Igl. 475 c-476 a; amor, tradición y glorias de los diversos — 476 b-c; el P. ama por igual a todos los — 354 c; los — y el nuevo espíritu de solidaridad 48 a-b; el destino de los — 482 b. Cf. Naciones, Países, Solidaridad fraterna.
- PUREZA. La — en los jóvenes 246 c; la — en el campo católico 93 b-c.
- PUREZA CRISTIANA. *La cruzada de la —* (22 V 41) 91-102, 93 a-c, 101 c, 102 a. Cf. Campo católico, Cruzada..., Inmaculada, Jévenes, Juventud intrépida, Lucha, Modestia femenina.
- PUSILANIMIDAD. Con — no se conquista el reino de los cielos 258.
- Quadragesimo anno*. La encíclica — y la cuestión social 115 a, 118 a.
- RADIO. La — renueva el milagro de Pentecostés 114 b; la — y la Igl. 589 c.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- RADIO VATICANA. Apostolado de la — 114 b.
- RAGUEL. Cf. Tobías.
- REBELIÓN. La — contra el cristianismo 344 c.
- RECIÉN CASADOS. *Por qué hablamos [Nos] a los* — (21 I 42) 375-382. Cf. Nuevos esposos.
- REDENCIÓN. Cf. Igualdad humana.
- REGIONES DESCONOCIDAS. Las — antes, incorporadas a la mística Esposa de C. 579 a-b.
- REINADO DE CRISTO. Características del — 544 b.
- REINO DE DIOS. Crecimiento y expansión del — 378-379.
- REINO DE LOS CIELOS. El — no se conquista con pusilanimidad ni pereza 258.
- RELIGIÓN. Poderoso auxilio de la — en la educación de la juventud 247 b-c. Cf. Dos verdades.
- Religioni ac bonis artibus*. Trabajo de la Compañía (Colegio Romano) — 71 a.
- RELIQUIAS. Las — de santos y beatos de la Compañía de Jesús 65, 72 c.
- RENOVACIÓN. La — del espíritu 369 c.
- REPÚBLICA ARGENTINA. *Al nuevo Embajador de la* — (22 XI 41) 279-284; clero secular y regular en la — 283 b; actividad social de la mujer en la — 283 b-c. Cf. Buenos Aires, Llobet.
- REQUISITOS. Los — para la disolución del vínculo matrimonial 288 c.
- Rerum novarum*. Cincuentenario de la — 108 a; cómo debe celebrarse y cómo llama a todos el P. 108-109; espíritu de la — 168 c; la — es la *Magna charta* de la actividad social cristiana 117 c; la — y el trabajo 122 a; la — y la familia 123 a-124 a; la — y el patrimonio familiar 123 a-124 a; la — y el «espacio vital» 124 c; recuerdo y alabanza de la — 125 c, 126 c; espléndida mies de la — 116 c, 117 a; *El cincuentenario de la* — (1 VI 41) 111-127. Cf. Clase obrera, Cuestión social, León XIII, Social.
- RESPONSABILIDAD COLECTIVA. La — en los deberes sociales 126 a-b.
- RESURRECCIÓN. La — de la carne 394 c, 395-396; su necesidad 395 c, 396 b; la — espiritual de las almas 394-395.
- REY DEL UNIVERSO. *Ofertas generosas al* — (1 V 41) 75-82.
- RICOS. Oficios que deben cumplir los — y los pobres 541 a-b; graves deberes de los — 541 b-c.
- RIQUEZA. Concepto de la verdadera — 120-121.
- RITO BIZANTINO. Numerosos católicos del — en Europa oriental y en las dos Américas 508 c.
- ROMA. Ruinas y costumbres de — 173 b; felicidad de — consagrada por la sangre de los príncipes de los apóstoles 139 a-b; canto y bendición a — 147 a, 355-356; señoras de A. C. de — 237.

- Cf. *Alleluia*, Ciudad Eterna, Papa [E. P.], *Patricius Rom.*, Pío XI, Sangre romana, Sixto IV, Virtud.
- ROMA ANTIGUA. La grandeza de la — 174 a; corrupción de la — 173 c. Cf. Alta sociedad, Augusto, Cancillería Ap., Descubrimientos arq., Excavaciones, Familias romanas, Leyes Julias, Matronas romanas, OSTORIA, *Pater familias*, *Patres*, *Patricius Rom.*, Roma.
- ROMANO PONTÍFICE. Potestad vicaria del — en la disolución del matrimonio 229 c; potestad ministerial del — en los matrimonios 228 b.
- ROMANOS CONVERTIDOS. Las primeras familias de — (Flavios, Acilios) 175 c.
- ROSARIO. El — en la familia (8 X 41) 221-236; el — es la vida de la familia 235 a. Cf. Ancianos, Joven, Moribundo, Niños, Nuevos esposos, Padre de familia, Santo Rosario.
- ROTA ROMANA. *Inauguración del año jurídico de la Sacra* — (3 X 41) 221-230; misión y autoridad de la — 224 c.; la — y las causas matrimoniales 224 ss. Instalación de la — en la nueva sede de la Cancillería 230.
- RUMANIA. *Al nuevo Ministro del reino de* — (1 VIII 41) 179-183; Concordato con — (1929) 182 a, c; relaciones antiguas 182 a, y actuales 182 b con la Santa Sede; —, Urbano V 182 a, y Sixto IV 182 a. Cf. Papp.
- RUSIA. Preocupación del P. por el catolicismo en — 508 c; difícil situación del catolicismo en — 508-509.
- RUSO. Fidelidad del pueblo — a Jesucristo 508 c; persecución del catolicismo entre el p. — 508-509; amor del pueblo — a la Madre de D. 509 a; el Pont. Colegio — de Sta. Teresa del Niño Jesús 507 b, 509 b.
- RUTENO. El Pont. Colegio — de San Josafat, en Roma 507 b, 509 b.
- SABER. Compenetración entre los dos mundos del — 55 c.
- SABIDURÍA. Cf. Verbo de Dios.
- SABIDURÍA DE DIOS. La — aparecerá clara en el cielo 88 a.
- SABIDURÍA ENCARNADA. Oración a la — 335 b-c.
- SACERDOCIO. Cf. Candidatos.
- SACERDOTE. El — y las madres en la educación religiosa 247 c.  
Cf. Testigo calificado, Madres, Ciencia sacerdotal.
- SACERDOTES EMIGRADOS. Los — de la persecución, más tarde obispos en los EE. UU. 580-581.
- SACERDOTES Y CLÉRIGOS [en la guerra]. Los — sean pregoneros de la palabra de D. 548 c, 551 a-b; vean en todo la voluntad de D. (Padre celestial) 548 a, 549 b; honren el apostolado con sus virtudes 549-550; siempre ministros de D. 550 a-b; censores de los vicios con el ejemplo 550 a-b; cultiven la piedad 558, unidos a la voluntad de D. 552 c; mantengan el espíritu de oración y sean asiduos



## ÍNDICE ANALÍTICO

en la Eucaristía 553 a-b; consuelen a todos 553 c, y confiesen a C. ante los hombres 554 a. Cf. Candidatos al sacerdocio, Capellanes mayores, Ciencia sacerdotal, Llamados a las armas, Papa, Sacerdocio, Sacerdotes emigrados, Servicio mil., Vicarios castrenses, Vocaciones.

SACRAMENTOS. Ministros (instrumento) y causalidad en los — 6 a, 7 a; falta extraordinaria del ministro en los — 8 b-c.

SACRIFICIOS. Los de la esposa, y los del esposo 414-415.

SACRO COLEGIO. *Alocución de la santa Navidad al —* (24 XII 41) 327-335; *Demostración de gratitud al — por su felicitación en el día onomástico de Su Santidad* (1 VI 41) 103-109; gratitud del P. al — 329 a-b. Cf. Papa, Pignatelli.

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS. Cf. Alfonso XIII, Consagración, Corazón de Jesús, España.

SALARIO FAMILIAR. Cf. Pío XI.

SALARIOS OBREROS. Los — en justicia 541 c; naturaleza de los — [sal. familiar] 541-542. Cf. Justicia social, León XIII, Pío XI.

SALOTTI (Luis). El card. —, ob. suburb. de Palestrina, presenta a S. S. la Juventud ital. de A. C. 251.

*Salus animarum*. La —, supremo principio en el poder judicial de la Iglesia 229 c.

SALVACIÓN. La — y la oración 155 b.

SALVADOR. El —, su patria y la Ciudad santa 476 c; al — le corresponde el primer puesto en las familias 177 a.

SANGRE ROMANA. La — y la virtud en el trono pontificio 362-363.

SANTA SEDE. Parte de la — en la constitución jurídica de Portugal 577 c. Cf. Alfonso Enríquez, Arias Schreiber, Avedillo, Bélgica, Concordato, Chile, Eslovaquia, España, Españoles, Estados Unidos, Francia, Igl. Católica, Inocencio II, Italia, Jefes de Estado, Kapala, Letrán, Lucio II, Llobet, Malta, Mastai, Muzi, Papp, Polonia, Portugal, Pueblo ital., Rumania, Sacro Colegio, Sangre romana, Sixto II, Suiza, Trono pont., Urbano V, Virtud, Washington, Wladimiro (S.).

SANTIAGO. España y — 14 b.

SANTIAGO DE CHILE. Congreso eucarístico nacional (VIII) en — 261 ss.

SANTIDAD. Cf. Esposos, Iglesia, Matrimonio, Misioneros, Sacerdotes, Santos.

SANTIFICACIÓN. La — junto a la caridad 28-29.

SANTÍSIMA VIRGEN. Oraciones y súplica a la — por la paz 502-503, 557-558, 610.

SANTO ROSARIO. Devoción y práctica del — 233. Cf. Rosario.

SANTO TOMÁS DE AQUINO. Doctrina sobre la oración 162 b.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- SANTOS APÓSTOLES.** *Radiomensaje al mundo en la festividad de los — Pedro y Pablo* (29 VI 41) 187-147.
- SANTOS Y BEATOS.** Cf. Felipe Neri, Frassinetti (S. de D.), Gregorio M., Heroína de Cristo, Ignacio de L., Magdalena de Canosa (Bta.), Nicolás de Flue (Bto.), Nobleza espiritual, Olga (Sta.), Taigi (Bta.), Wladimiro.
- SANTUARIO.** Cada casa, un — 159 c; el corazón y el — doméstico 277 a.
- SECRETARIO DE ESTADO.** *Carta al Emmo. Card. Luis Maglione, Secretario de Estado...* [oraciones mes de mayo]... (20 IV 1939) 499-503; *Carta...* [llamamiento a toda la Cristiandad] para recurrir singularmente a la Madre de Dios (15 IV 40) 555-560; *Carta...* sobre socorros a los que sufren por... la guerra (21 XII 40) 601-606. *Carta...* [solicitando oraciones en mayo] (20 IV 41) 607-611.
- SECRETARIO DE LA S. C. PARA LA IGLESIA ORIENTAL.** *Carta al Emmo. Card. Eugenio Tisserant, —, en la solemne conmemoración del 950.º aniversario del bautismo de S. Wladimiro y de su pueblo* (12 V 1939) 505-509.
- SEGLARES.** El apostolado de los — 487 c, 488 b; los —, ministros de C. 489 a; tesoro de conocimientos religiosos en los — 439 c; los — en los EE. UU. 533 b-c. Cf. Apostolado, Papa, San Agustín, Trabajo apostólico.
- SEMANA DE LA MADRE.** Institución de la —, laudable 241 b.
- SEMEJANZA.** La paternidad y la — 20 a-b.
- SEMINARIOS.** La conciencia misionera y los — 583 c.
- SENSIBILIDAD DE LOS NIÑOS.** La precoz —, y su educación 242-244.
- SENTIMIENTO CRISTIANO.** El — del deber 197 b-c.
- SENTIMIENTO DEL PUDOR.** Cf. Pudor.
- Sentire cum Ecclesia.* 391 c.
- SEÑORAS DE A. C.** *A las — y a sus colaboradoras* (26 X 41) 237-250.
- SERMÓN DE LA MONTAÑA.** El — y la Cruz 462 c., 464 a.
- Sertum laetitiae.* La enc. — y la cuestión social 119 a.
- SERVICIO MILITAR.** Cf. Sacerdotes, Clérigos.
- SILENCIO DE DIOS.** El — ante nuestras peticiones 153 b.
- SÍMBOLO APOSTÓLICO.** *Las verdades de la segunda parte del —* (17 II 42) 383-399; el — en la doctrina del P. 385 a-b.
- SINAI.** Cf. Tablas.
- SINCERIDAD.** La — en el ejercicio de la autoridad de los padres 216-217.
- SINDICACIÓN.** Libertad de la — 542 c.
- SINDICATOS.** Labor de los — 117 b.
- SIXTO IV.** — y Rumania 182 a.
- SOCIAL.** Cf. Cuestión social.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- SOCIALISMO MATERIALISTA. Peligros del — 116 b.
- Sociedade portuguesa das missões*. Pío XI fundó y recomendó la — 110 b-c, 585 a.
- SOCIEDADES PARTICULARES. La dignidad de las — rebajada 346 b.
- «SOCORRO DE URGENCIA». El — en las instituciones antiguas de caridad 29 c.
- SOCORROS. Cf. Actividad benéfica, Instituciones particulares.
- SOLIDARIDAD. La — de la familia católica 465 a-b, 466 a; la fraternal —, obligación de todos en estas horas tan graves 604 b-c.
- SOLIDARIDAD FRATERNA. El nuevo edificio de la — entre los pueblos 43 b.
- SOLIDARIDAD Y CARIDAD. Olvido de la ley de — humana 472 c.
- SOSPECHAS. Las injustas — contra la Iglesia. Cf. Acción Católica, Iglesia.
- SUCESOR DE PEDRO. Lino, —, se presenta a los cristianos 140 c.
- SUIZA. Paz y concordia en — 615 c.; ejercicio de la autoridad, por los gobernantes, en — 616 a; de — procede la selecta cohorte, custodia del R. P. 615 b; — da un hermoso ejemplo de convivencia interior, familiar y nacional 615 c; honor de la caridad cristiana en — 615 c. Cf. Confederación Helvética, Helvético.
- Supergalaxia* Cf. Astronomía.
- [SUPERPOBLACIÓN]. Peligros de la — en las ciudades 346 a. Cf. Vida social.
- TABLAS DEL SINAI. Otras tablas sustituyen a las — 463 c.
- TAIGI. Elogio de la Bta. Ana María — 175-176.
- TEMERARIA PRESUNCIÓN. Una —, criticada por San Agustín 59 c-60 b.
- TEMPESTADES. Contra las — amenazadoras avanza, firme, la Igl. 495 a.
- Tempus dilectionis*. El — cambiado en *tempus odii* 63 b.
- TESTAMENTO. El — más sagrado del divino Maestro, la unidad 497 a.
- TESTIGO CALIFICADO. El sacerdote, — en el matrimonio 6 c.
- TIEMPOS ANGUSTIOSOS Y AMARGOS. Son — estos de la guerra 342-343.
- TIEMPOS PRESENTES. Indigencia espiritual de los — 468 b.; nuevos errores de los — añadidos a los ya antiguos 470 a; señales de paganismo en los — 470-471; laicismo de los — 471 a-b. Cf. Errores, Indigencia espiritual.
- TISSERANT (Eugenio). El P. al card. —, Secretario de la Cong. para la Igl. Oriental 505, 507, 509 b. Cf. *Secretario de la S. C. para la Igl. Oriental*.
- TOBÍAS. Bendición de Raguel al joven — 22 a.
- TOMÁS DE AQUINO. Doctrina de Sto. — sobre la oración 153-154, 155 b.
- TRABAJO. El —, ennoblecido por Cristo, lo ensalza la Iglesia 107 a;

## ÍNDICE ANALÍTICO

- el campo del — humano, iluminado este año por el recuerdo de León XIII 107-108.
- TRABAJO. Necesidad de que todos tengan — 542 a; deber y derecho natural y personal del — 122 a-b. Cf. Cristo, Bienes materiales, *Rerum novarum*.
- TRABAJO APOSTÓLICO. El — de los seglares 489 a.
- TRADICIONES MULTISECULARES. Las — cristianas contrarrestan los efectos de los principios erróneos 478 a.
- TRÁGICA COSECHA. La — que sucede a la descristianización 464 a.
- TRAGLIA (Luis). Mons. —, Viceg. de Roma, presenta a S. S. la Juventud F. de A. C. 91.
- TRANSMISION DE LA VIDA. La — y los esposos 8-9.
- TRATADO DE PAZ. 484 b.
- TRATADOS DE PAZ. Peligros futuros de los —, decididos sólo por las armas 485 b; peligros y leve duración de ciertos — 348-349.
- TRINIDAD. Paternidad en la — 17 c-18 b.
- TRINITARIOS. Dos — con Vasco de Gama 578 c.
- TRONO PONTIFICIO. La virtud en el — y la sangre romana 362-363.
- UNIDAD. La —, testamento el más sagrado del Maestro divino 497 a; la — en la Igl. primitiva 497 a. Cf. Apóstol de las Gentes, Familia humana, Pueblos.
- UNIDAD DE AMOR. La Eucaristía, fuente de — 132-133.
- UNIDAD Y VARIEDAD. La — de los individuos y de los grupos sociales en el tiempo y en el espacio 474-475.
- UNIÓN DE TODOS. Cf. Iglesia primitiva.
- UNIÓN MISIONAL DEL CLERO. Cf. Portugal.
- UNIVERSIDAD CATÓLICA DE MILÁN. Vocación y deberes de los laureados de la — 55-56.
- UNIVERSIDAD CATÓLICA DE WASHINGTON. Interés del P. por la — 540 a; la —, elogiada por León XIII y Pío XI 540 a-b.
- UNIVERSIDADES. La Iglesia y las — 347 b; las — y Estudios Generales, y la Iglesia 54 a-b.
- UNIVERSIDADES Y ESCUELAS SUPERIORES. Vocación y deberes de los laureados de — 55-56.
- UNIVERSITARIOS. Los — en la vida de un pueblo 53 c.
- UNIVERSO. Elocuencia del — 293 c; orden del — 293 c; el —, revelación de D. ordenador 293-294; el orden en el — 295 b, 295 c, 296; D., único soberano y legislador del — 295-296. Cf. Conquista, Dios, Hombre, Homero.
- URBANO V. Cf. Rumania.
- VALORES RELIGIOSOS. Los — en la vida de una nación 181 c.
- VARIEDAD DE PUEBLOS. Cf. Actividad misionera, Familia humana, Iglesia, Unidad.

## ÍNDICE ANALÍTICO

- VASCO DE GAMA. El príncipe de los descubridores portugueses — y los misioneros 578 c.
- VATICANO. Cf. Antenas (vat.), Borgonovo, Colonna, Chigi della Rovere, Ejercicios espirituales, [Guardia suiza], Nobleza, Patriciado.
- VENCEDORES. Fáciles ilusiones y tardías admiraciones de los — 348 c.
- VERBO DE DIOS. Del — se deriva toda la sabiduría 335 a-b; cómo nos habla el — 330-331.
- VERBO ENCARNADO. Cf. Vida eterna.
- VERDADERA GRANDEZA. La — de un pueblo, en las desgracias y en el dolor 594 b.
- VERDADERA RIQUEZA. La — está en la justa distribución 121 b-c.
- VERDADERO AMOR. El —, nacido de Cristo 174-176.
- VESTIDOS. Los — y la inmoralidad 95 c.
- VICARIO DE CRISTO. El — y la Santa Iglesia Católica 390-391; el deber del —, la verdad con fortaleza apostólica, sin consideraciones terrenas 467-468; los esposos y el — 5 c, 17 b.
- VICARIOS CASTRENSES. Autoridad de los — y facultades a ellos concedidas 547 c-548 b.
- VÍCTIMA Y SACRIFICIO. La — en la Eucaristía 133-134.
- VÍCTIMAS. Las — de la gran velocidad mecánica y del progreso moderno 29 c.
- VÍCTIMAS DE LA GUERRA. Bendiciones y auxilios sobre todas las — 44 b; compasión del P. por las — 44 b; el *alleluia* pascual para las — 46 c.
- VICTORIA. La hora de la — y sus peligros 485 b. Cf. Hora de la v., Injusticia.
- VIDA. La — es peregrinación hacia D. 151 b; los esposos y la — 8-9.
- VIDA CONYUGAL. Felicidad y desgracias de la — 403-404.
- VIDA COTIDIANA. Heroísmo de la — 195 a-b.
- VIDA CRISTIANA. La — y la familia 489 c; la — activa y virtuosa de los esposos 90 b. Cf. Alma, Almas, Ancianos, Arte de las almas, Caridad, Íd. católica, Íd. cristiana, Íd. de Cristo, Íd. humana, Comunión de los Santos, Com. frecuente, Conocimientos religiosos, Consoladoras visiones, Cooperación, Cristiano, Cultura, Deber, Deberes, Educadoras, Esposos, Estudiosos, Eucaristía, Falange cel., Fe, Felipe Neri, Fieles, Fuerte vida int., Gobierno de almas, Gracia divina, Íd. santificante, Gracias, Íd. divinas, Íd. victoriosas, Gregorio M., Iglesias (pobres), Joven católico, Jóvenes católicos, Juv. intrépida, Laureados, L. y laureandos, León Magno (S.), Ligorio (S. Alf.), Liturgia, Luchas, Madre de fam., *Maiores*, Mandamientos, Ministerio parroquial, *Minores*, Modestia fem., Moribundo, Mundo sobrenat., Nuestra época, Nuevos esposos, Orden sobrenat., Peligros, Pensamiento católico, Perfección intelectual, Perf. moral, Personas piadosas, Predicación, Presunción, Profe-

## ÍNDICE ANALÍTICO

sional, Profesionales, Pusilanimidad, Reino de los cielos, Renovación del espíritu, Rosario, Santidad, Santificación, Santo Rosario, Santos y beatos, Seglares, Sentimiento cristiano, Temeraria presunción, Trabajo apostólico, Unión de amor, Universitarios, Vida cotidiana, Íd. eterna, Íd. matrimonial, Virtudes, Íd. cristianas, Vuelta a la fe.

VIDA DE LA GRACIA. Cf. Paternidad.

VIDA DE UN PUEBLO. Los universitarios en la — 53 c.

VIDA DE UNA NACIÓN. Los valores en la — 181 c.

VIDA ETERNA. Fe en la — 397 a-b; —, la da el Verbo encarnado 397 b; necesidad de predicar la — 397 c; felicidad de la — 397-398.

VIDA HUMANA. Cf. Comunidad, Dolor.

VIDA INTERIOR. La — que los profesionales deben aumentar 58 b-c. Cf. Estudiosos.

VIDA MATRIMONIAL. Santas e inviolables leyes de la — 194 c.

VIDA NATURAL. Paternidad y semejanza en la — 21 a.

VIDA SOBRENATURAL. Paternidad y semejanza en la — 21 a-b.

VIDA SOCIAL. Peligros (absentismo y superpoblación) en la — 346 a.

VÍNCULO MATRIMONIAL. Disolución del — 228, 229; ninguna autoridad humana puede disolver el — 228 b. Cf. Requisitos.

VIOLENCIA. La hora de la — es «hora de tinieblas» 493 c.

VIRGEN. Dolores de la — y de Cristo 146 b. Cf. Dolores, Fátima, Inmaculada, Lepanto, María, Virgen del Pilar.

VIRGEN INMACULADA. Devoción de la juventud a la — 246 c.

VIRGEN DEL PILAR. España y la — 14 b; los españoles y la — 513 b.

VIRTUD. Cf. Sangre romana.

VIRTUDES. Las grandes empresas engendran robustas — 544 b-c; las — o condiciones de la autoridad 214-218, 616 a. Cf. Autoridad, Esposos, Estudiosos.

VIRTUDES CRISTIANAS. Las — y los deberes, aun heroicos, humanos 62 c.

VISIÓN PROFÉTICA. La — de León XIII en la cuestión social, desarrollada por el P. 118 b-c.

VOCACIONES. Cf. Chile, Portugal.

VOCACIONES MISIONERAS. Las — en Port. y sus Dominios 581 b; día de las — 581 c; — en el clero y en las congregaciones religiosas 582 b, 583 b-c, 585 a-b; preparación y formación de las — 584-586.

VOLUNTAD. Educación de la — durante la adolescencia 246-247.

VOLUNTAD AUTÓNOMA DE LOS ESTADOS. La — no basta para asegurar el derecho de gentes 484 a.

VUELTA A LA FE. Necesidad imperiosa de la — y a sus consecuencias 347-348.

## ÍNDICE ANALÍTICO

WASHINGTON (Jorge). Elogio de — 530 b; amistad de — con Carroll, obispo de Baltimore 530 b-c.

WASHINGTON. Cf. Universidad Católica...

WLADIMIRO (San). Conversión de — 507-509; fidelidad de — a la Sede de Pedro 508 b.

ZARAGOZA. *Carta al Excmo. Arzobispo de —, Mons. Rigoberto Doménech y Valls, al aproximarse las fiestas religiosas del año 1940 en el Santuario de Ntra. Sra. del Pilar (24 V 39) 511-514.*

## IV. - ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Académicos pontificios 287 ss.  
 Acción Católica 487, 589.  
 Adán 9, 19, 20, 96, 99, 201, 205.  
 Agustín, s. 163.  
 Albuquerque 579.  
 Alejandro III 577.  
 Alfonso Enríquez 577.  
 Ana 408.  
 Apostolado de la Or. 73.  
 Arfe 264.  
 [Aristóteles] 291.  
 Arzobispos 419.  
 Asís, Patriarca de — 267.  
 Autoridades públicas 466.  
 Baronio, Card. 302.  
 Belarmino, Card. Roberto 302.  
 Benito, s. 68.  
 Bernardita, sta. 236.  
 Bernardo, s. 68.  
 Borgonovo, P. Justino de — 299, 301.  
 Borromeo, Card. Carlos 302.  
 Borromeo, Card. Federico 302.  
 Borromeo, s. Carlos 301.  
 Brito, bto. Juan de — 588-590.  
 Buenos Aires. Cf. Copello.  
 Canosa, Marqueses de — 305, 307, 310.  
 Canosa : Congregaciones de la bta.  
     Magdalena de — 305 ; parientes de la bta. Mag. de — 305.  
 Capellanes mayores 547, 548.  
 Cardenal Decano 103, 106.  
 Cardenal Vicario (de Roma) 79.  
 Cardenales (de Curia) 299.  
 Carlomagno 371.  
 Carroll, Juan 530.  
 Castro 530.  
 Catón el Cens. 204.  
 Cecilias, las — 99.  
 Celso y Julián, Capítulo de los ss. — 14, 23.  
 Cerejeira, Card. M. Gonç. 561.  
 Césares, los — 77.  
 Colegio Romano 71.  
 Colegios de Eur., Nuevo M. y Oriente 71.  
 Com. cardenalicia para la A. C. en It. 237.  
 Comp. de Jesús, Prim. Prep. gen. de la — 68.  
 Conducátor, de Rumania 183.  
 Confederación suiza 613.  
 Congregaciones marianas 73.  
 Congresos eucarísticos 487.  
 Consulares 77.  
 Copello, Card. Sant. Luis, arz. de B. Aires 261.  
 Cornelia, m. de los Gracos 174.  
 Cruzadas 37, 93.  
 Chigi, Casa de los — 176.  
 Chile, Universidad católica de — 265.



# ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Directores centrales de J. A. C. I. 251.
- Directores diocesanos de la J. A. C. I. 251.
- Doménech y Valls, Rigoberto, Arzobispo de Zaragoza 511.
- Domiciano 175.
- Domingo (de Guzmán) s. 68.
- Ejercicios espirituales 73.
- Enrique el Navegante 578.
- Enrique III 371.
- Esteban el Grande 182.
- Estudiantes, Liga misionera de — 73.
- Eugenio, s. 103, 106.
- Europa, Cf. Colegios.
- Eva, 7. 19, 201, 202, 205.
- Estados Unidos de América 131 ss., 529; Acción Católica 533; Arzobispos 515; Asociación de la Doctrina Cristiana 533; Cardenales 515; Catholic Church Extension Society 532; Catholic Near East Welfare Association 532; Clero 534; Colegio, en Roma 540; Congregaciones relig. 534; Congregaciones marianas 533; Episcopado 605; Indian and Negroes Mission 532; Jerarquía católica 515; National Catholic Welfare Conference 533; Negroes 532; Obispos 515; Órdenes 534; Ordinarios 515; Propagación de la Fe, Obra pont. de la — 532; Religiosas 534; Santo Nombre, Asoc. del — 533.
- Familia, Sagrada 207.
- Faraón 89, 361.
- Felipe Neri, s. 27, 29.
- Filadelfia. Cf. Dougherthy.
- Florentinos, parr. de S. Juan de los 14, 23.
- Flue, bto. Nicolás de 616.
- Francia: Cardenales, Arzobispos, Obispos... 591, 593.
- Francisco, s. 68.
- [Franco] Jefe del Gob. de España 14.
- Gemelli, p. Agustín —, Pres. de la Acad. Pont. de C. 285.
- González de Marmolejo, Rodrigo 263.
- Grazioli, Mons. Julio, Dec. de la Rota R. 221.
- Gregorio XIII 71.
- Homero 295.
- Iglesia Oriental, S. Congr. para la — 505.
- Ignacio de Loy. s. 68, 69 ss., 257.
- Indias 588.
- Ineses, las — 99.
- Inocencio II 577.
- Israel, pueblo de — 361.
- Italia: Arzobispos de — 305; Obispos de — 305.
- Javier, s. Francisco 588, 589, 590.
- Jefes de Estado 466.
- Jerarquía eclesiástica 491.
- Jerusalén celestial 47.
- Jerusalén, prim. conc. de — 391.
- Josafat, Col. Ruteno de s. 507.
- José, s. 23, 207.
- Juan Bta., s. 462.
- Juan, ap. s. 309.
- Juan I, rey de Portugal 578.
- Juan III, rey de Portugal 579, 588.
- Kepler 291.
- Labre, s. Benito J. 29.
- Lateranenses, Pactos 466, 467.
- Latzcou, Princ. v. de Moldavia 182.
- Lázaro, hermanas de 196.
- León XIII 114 ss., 168, 267, 461, 540.
- Lisboa, card. Patr. de — 561.

- Lucio II 577.  
 Luis XIV, Grandes y Damas de — 37.  
 Magdalena, sta. 196.  
 Maglione, Card. Luis, Secr. de Estado, 499, 555, 601, 607.  
 Malinas. Cf. Roey.  
 Malta, orden de — 33 ss.; Gran Maestre de la O. de — 35, 38; Caballeros de — 33 ss.; Hermanos de S. Juan de — 36, 37.  
 Marconi, radio de 539.  
 María 23.  
 Marquette, padre 132.  
 Marta 46.  
 Matronas 77.  
 Méjico 131.  
 Melania, sta. 175.  
 Miguel I, Rey de Rumania 181 ss.  
 Milán, Iglesia de 301.  
 Mimbela, Cde. de —, emb. del Perú 167.  
 Moisés 361.  
 Mónica, sta. 163.  
 Mujeres, piad. — del Ev. 196.  
 Muzi, Juan, Arz. Filipense 267.  
 Naím, viuda de 196.  
 Napoleón 307, 310.  
 Neri, s. Felipe — 302.  
 Nerón 140.  
 Newton 291.  
 Nuevo Mundo. Cf. Colegios.  
 O'Higgins 267.  
 Obispos 419.  
 Obispos indígenas 476.  
 Olga, sta. 508.  
 Ordinarios 419.  
 Oriente. Cf. Colegios.  
 Pablo, s. 137 ss., 469.  
 Pacelli, Card. Eug. 279.  
 Pascual Bailón, s. 264.  
 Patriarcas 419.  
 Paula, sta. 175.  
 Pedro, s. 137 ss., 391.  
 Pedro Canisio, s. 72.  
 Perú, Pres. de la Rep. del — 167 ss.  
 Pignatelli di Belmonte, Decano del Sac. Colegio 103, 106, 327, 329. Cf. Cardenal Decano.  
 Pilar, templo del — 511.  
 Pío V 302.  
 Pío VI 530.  
 Pío VII 267.  
 Pío XI, 115, 267, 279, 301.  
 [Pío XII] 267.  
 Portugal 561, 577, 578, 579, 584, 587; Arzobispos 561; Caballeros 589; Capitanes 589; Directores de los Colegios 585; Embajador en Roma 588; Hermanas indígenas 587; Obispos 561; Ordinarios 561; Seminarios 583; Sociedade Portuguesa das Missoes Católicas Ultramarinas 585; Ultramar, 561, 584; Unión Misional del Clero 582, 583. África port. 581.  
 Prelados de Italia 251.  
 Prelados Romanos 299, 329.  
 Primados 419.  
 Quirites 174.  
 Raguel 22.  
 Rávena, Exarcas de — 371.  
 República Argentina, Vicepres. de la — 281.  
 Roey, Card. Ernesto van —, arz. de Malinas 597.  
 Rota Romana: Abogados 221, Auditores 221, Oficiales 221, de la — 281.  
 Ruiz Guiñazú, Dr. Enrique, ex-emb. de la Argentina 281.  
 Ruso, Col. — de sta. Teresa del N. Jesús 507.  
 Ruteno. Cf. Josafat.  
 Sacramento, la Loca del — 264.  
 Sacro Colegio 329.

## ÍNDICE ONOMÁSTICO

- |  |  |
|--|--|
| <p>Samuel 408.<br/>         Santa Clara de Avedillo, Vizconde de —. Cf. Avedillo (en índ. analítico).<br/>         Saulo 469.<br/>         Soberanos 466.<br/>         Teresa, sta. 311.<br/>         Teresa del Niño Jesús, sta. 507. Cf. Ruso.<br/>         Tisserant, card. Eugenio 505.<br/>         Tobías, padre, 22, 30; —, hijo 22.<br/>         Valdivia 263.</p> | <p>Vicario, Card. 385.<br/>         Vicarios castrenses 547, 548.<br/>         Virgen, Sma. 207; María, <i>Auxilium Christ.</i> 494; Ntra. Sra. del Carmen (Chile) 268; — de Fátima 581, 589; — del Pilar 513; — del Rosario (Chile) 268; — del Rosario 590.<br/>         Washington, Jorge 530.<br/>         Washington, Universidad cat. de — 540.<br/>         Wladimiro, s. 505, 507, 508.</p> |
|--|--|

## APÉNDICE

Académicos pont., S. Agustín, Albuquerque, Alejandro III, Alfonso Enríquez, Alf. XIII, Amér. latina, Arias Sch., Aristóteles, Augusto, Avedillo, Bernareggi, Boetto, Borgonovo, Brito, Castro, Carroll, Cattani, Centenario, Centenarios, Colegio Americano, Colonna, Condición del obrero, Congreso eucarístico..., Copello, Cordero de Dios, Cristo..., Chigi della Rovere, Der. matrimonial, Dolores, Doménech y Valls, Dougherthy, Enrique el Nav., Episcopado, Ep. americano, España, Españoles, Estudios generales, Eugenio, Fátima, Felipe Neri, Flavios, Francisco J., Frassinetti, Gemelli, Gob. de almas, Gregorio M., Gregorio XIII, Gremigni, Guardia N. Pont., [G. Suiza], Guerra, Heroína de Cristo, Hijas de la Caridad, «Hijos de la Caridad», Homero, Hospitalarios, Ignacio de Loyola, Iglesia..., Injustas sospechas, Inocencio II, Insigne milicia, Jesucristo, Juan I, Juan III, Kapala, Lavitrano, Lepanto, Letrán, Libert. humanas, Lino, Lucio II, Magdalena de C., Malta, Marcelo II, María, Marta..., Mastai, Mecánica terr., Modas, Modestia femenina, Montini, Mujer fuerte, Mundo, Muzi, Nápoles, Nazaret, Negros, Newton, Nicolás de F., Nombre de J., Olga, Orden de Malta, Ordenes..., OSTORIA, S. Pablo, Papa, Papa [E. P.], Papp, Pastores..., *Patricius*..., Pecci, Perú, Piazza, Piedra ang., Pignatelli, P. di Belmonte, Pilar, [Pilatos], Pío VI, [Pío IX], Pío XI, Pío lat. americano, Política social, Portugal, Precursor..., Previsión soc., Raguel, Rep. Argentina, Roma, Rota rom., Rumania, Ruso, Ruteno, Sacro Colegio, Sagr. Corazón de Jesús, Salotti, Santa Clara, Santa Sede, Santiago, Santísima Virgen, Santos Apóstoles, Sixto IV, Sociedad..., Sucesor de Pedro, Taigi, Tisserant, Tobías, Sto. Tomás de A., Traglia, Trinidad, Trinitarios, Universidad católica..., Urbano V, Vasco de Gama, Virgen, Washington, Wladimiro.

## V. - ÍNDICE TOPONÍMICO

- África 132, 579.  
 América 579.  
 Américas, 508.  
 Andacollo, mte. (Chile) 263  
 Araucanas (misiones) 267.  
 Asia 132, 579.  
 Asia menor 140.  
 Atenas 204, 344.  
 Australia 132.  
 Baltimore 530.  
 Belén 37, 329, 364.  
 Bélgica 599.  
 Canadá 131.  
 Caribe, mar 131.  
 Castalgandolfo 497, 509.  
 Chile 261 ss.  
 España 579.  
 Europa 71, 132, 169, 307, 604.  
 Europa oriental 508.  
 Francia 591, 593.  
 Galilea 330.  
 Getsemaní 44.  
 Goa 584.  
 Gólgota 132, 145, 309, 398.  
 Horeb, mte. 361.  
 Italia 237, 239, 467.  
 Jerusalén 113, 114, 330.  
 José, Casa de San (Bta. Magdalena de Canosa) 311.  
 Judea 330.  
 Lepanto 371, 590.  
 Loreto 29.  
 Lourdes 236.  
 Mapocho, r. (Chile) 268.  
 Minesota, San Pablo de — (EE. UU.) 129, 132.  
 [Mississipí] 132.  
 Nápoles 25 ss., 29.  
 Nuevo Mundo 71; pueblos del — 264.  
 Oriente 71.  
 Ostiense (vía) 140.  
 Palermo, Parque de — (B. Aires) 282.  
 Palestina 378.  
 Palomar, mte. (Calif.) 291.  
 Polonia 494.  
 Pompeya 236.  
 Quinto, parr. de — 321.  
 Racova 182.  
 Rho 299.  
 Roma 29, 41, 67, 139, 140, 151, 204, 321-324, 344-355, 370-371, 385-390, 398, 467, 503.  
 Tíber 139, 363.  
 Roma: basílicas 233; santuarios 233.  
 Colina Vaticana 113.  
 Vaticano, monte 140.  
 Basílica vaticana 467, 476, 501, 507.  
 San Pedro, Cúpula de — 23.  
 Grutas Vaticanas 174, 205.

## ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Samuel 408.  
 Santa Clara de Avedillo, Vizconde de —. Cf. Avedillo (en índ. analítico).  
 Saulo 469.  
 Soberanos 466.  
 Teresa, sta. 311.  
 Teresa del Niño Jesús, sta. 507. Cf. Ruso.  
 Tisserant, card. Eugenio 505.  
 Tobías, padre, 22, 30; —, hijo 22.  
 Valdivia 263.  
 Vicario, Card. 385.  
 Vicarios castrenses 547, 548.  
 Virgen, Sma. 207; María, *Auxilium Christ.* 494; Ntra. Sra. del Carmen (Chile) 268; — de Fátima 581, 589; — del Pilar 513; — del Rosario (Chile) 268; — del Rosario 590.  
 Washington, Jorge 530.  
 Washington, Universidad cat. de — 540.  
 Wladimiro, s. 505, 507, 508.

## APÉNDICE

Academicos pont., S. Agustín, Albuquerque, Alejandro III, Alfonso Enríquez, Alf. XII, Amér. latina, Arias Sch., Aristóteles, Augusto, Avedillo, Bernareggi, Boetto, Borgonovo, Brito, Castro, Carroll, Cattani, Centenario, Centenarios, Colegio Americano, Colonna, Condición del obrero, Congreso eucarístico..., Copello, Cordero de Dios, Cristo..., Chigi della Rovere, Der. matrimonial, Dolores, Doménech y Valls, Dougherthy, Enrique el Nav., Episcopado, Ep. americano, España, Españoles, Estudios generales, Eugenio, Fátima, Felipe Neri, Flavios, Francisco J., Frassinetti, Gemelli, Gob. de almas, Gregorio M., Gregorio XIII, Gremigni, Guardia N. Pont., [G. Suiza], Guerra, Heroína de Cristo, Hijas de la Caridad, «Hijos de la Caridad», Homero, Hospitalarios, Ignacio de Loyola, Iglesia..., Injustas sospechas, Inocencio II, Insigne milicia, Jesucristo, Juan I, Juan III, Kapala, Lavitrano, Lepanto, Letrán, Libert. humanas, Lino, Lucio II, Magdalena de C., Malta, Marcelo II, María, Marta..., Mastai, Mecánica terr., Modas, Modestia femenina, Montini, Mujer fuerte, Mundo, Muzi, Nápoles, Nazaret, Negros, Newton, Nicolás de F., Nombre de J., Olga, Orden de Malta, Órdenes..., OSTORIA, S. Pablo, Papa, Papa [E. P.], Papp, Pastores..., *Patricius*..., Pecci, Perú, Piazza, Piedra ang., Pignatelli, P. di Belmonte, Pilar, [Pilatos], Pío VI, [Pío IX], Pío XI, Pío lat. americano, Política social, Portugal, Precursor..., Previsión soc., Raguel, Rep. Argentina, Roma, Rota rom., Rumania, Ruso, Ruteno, Sacro Colegio, Sagr. Corazón de Jesús, Salotti, Santa Clara, Santa Sede, Santiago, Santísima Virgen, Santos Apóstoles, Sixto IV, Sociedad..., Sucesor de Pedro, Taigi, Tisserant, Tobías, Sto. Tomás de A., Traglia, Trinidad, Trinitarios, Universidad católica..., Urbano V, Vasco de Gama, Virgen, Washington, Wladimiro.

## V. - ÍNDICE TOPONÍMICO

- África 132, 579.  
 América 579.  
 Américas, 508.  
 Andacollo, mte. (Chile) 263  
 Araucanas (misiones) 267.  
 Asia 132, 579.  
 Asia menor 140.  
 Atenas 204, 344.  
 Australia 132.  
 Baltimore 530.  
 Belén 37, 329, 364.  
 Bélgica 599.  
 Canadá 131.  
 Caribe, mar 131.  
 Castalgandolfo 497, 509.  
 Chile 261 ss.  
 España 579.  
 Europa 71, 132, 169, 307, 604.  
 Europa oriental 508.  
 Francia 591, 593.  
 Galilea 330.  
 Getsemaní 44.  
 Goa 584.  
 Gólgota 132, 145, 309, 393.  
 Horeb, mte. 361.  
 Italia 237, 239, 467.  
 Jerusalén 113, 114, 330.  
 José, Casa de San (Bta. Magdalena de Canosa) 311.  
 Judea 380.  
 Lepanto 371, 590.  
 Loreto 29.  
 Lourdes 236.  
 Mapocho, r. (Chile) 263.  
 Minesota, San Pablo de — (EE. UU.) 129, 132.  
 [Mississipí] 132.  
 Nápoles 25 ss., 29.  
 Nuevo Mundo 71; pueblos del — 264.  
 Oriente 71.  
 Ostiense (vía) 140.  
 Palermo, Parque de — (B. Aires) 282.  
 Palestina 378.  
 Palomar, mte. (Calif.) 291.  
 Polonia 494.  
 Pompeya 236.  
 Quinto, parr. de — 321.  
 Racova 182.  
 Rho 299.  
 Roma 29, 41, 67, 139, 140, 151, 204, 321-324, 344-355, 370-371, 385-390, 398, 467, 503.  
 Tíber 139, 363.  
 Roma: basílicas 233; santuarios 233.  
 Colina Vaticana 113.  
 Vaticano, monte 140.  
 Basílica vaticana 467, 476, 501, 507.  
 San Pedro, Cúpula de — 23.  
 Grutas Vaticanas 174, 205.

## ÍNDICE TOPONÍMICO

Mole Adriana 23.	Santos Lugares 98.
Corpus Domini, igl. del — 75.	Suiza 615, 616.
Diócesis de Roma 79.	Tiberíades, lago de — 160.
Rusia 508.	Venecia 307.
San Cristóbal, cerro de — (Chile) 265.	Verona 307, 310.
	Zaragoza 511, 513.

## APÉNDICE

Acción C., África, América, etc.; Asia, Baltimore, Bélgica, Buenos A., Cancillería Ap., Carabelas, Carroll, Colegio americano, Colonias portuguesas, Congreso eucarístico..., Convenio misional, Chile, Dougherthy, Encíclicas sociales, Eslovaquia, España, Estados Unidos (cf. Colegio americano, Negros, Seglares), Excavaciones..., Fátima, Francia, Frassinetti (Paula), Goa, Guerra, Guerras, Iglesia, Inocencio II, Italia, Juan I, Juan III, Kapala, Lacio, Lavitrano, Lepanto, Letrán, Libertades hum., Lino, Lucio II, Llobet, Malta, Mastai, Matrimonios m., Moros, Mujer, Nápoles, Nazaret, Negros, Nicolás de Flue, Papa, Papa [E. P.], Papp, Perú, Peruano, Piazza, Pilar, Polonia, Portugal, República Argentina, Rumania, Rusia, Ruso, Ruteno, Sacerdotes emigrados, Santa Sede, Santiago de Ch., Seglares, Sinaí (cf. Tablas...), Sixto IV, Suiza, Tablas del Sinaí, Tisserant, Universidad..., Washington.

## VI. - ÍNDICE LITERARIO

(Citas y referencias)

### a) BÍBLICAS

*Gen.* (1, 1-2) 289; (1, 26) 19, 289; (1, 26-27) 473; (1, 26) 19;  
(1, 28) 193; (1, 31) 297; (2, 7) 193, 289; (2, 15) 289; (2, 19-20)  
289; (2, 23) 289; (3, 16) 202; (3: 16, 19, 16-19) 107, 206;  
(3, 18-19) 290; (4, 1) 7; (8, 21) 213; (12, 3) 473; (38, 10) 9.

*Ex.* (3, 14) 361; (12, 11) 469.

*Levit.* (26, 12) 397.

*I Reg.* (1, 7) 408; (2, 3) 288.

*Tob.* (7, 7) 22.

*Iob* (7, 1) 187; (9, 4) 493; (36, 22) 535.

*Ps.* (2, 1-2) 341; (18, 5) 114; (25, 8) 77; (32, 9) 288; (32, 10)  
382; (33, 9) 258; (42, 4) 461; [ps. 44, 2] 488; (45, 5) 463;  
(56, 2) 496; (72: 2-3, 12-14) 389; (77, 34-35) 382; (88, 2) 257;  
(84, 11) 361; (88, 10-13) 331; (90, 5-6) 259; (96) 144; (99, 3)  
362; (101, 27-28) 293; (106, 13) 496; (109, 3) 18; (112, 9)  
239; (132, 3) 155; (135, 26) 534; (141, 2) 155; (143, 15) 467;  
(144, 14) 496; (146, 4) 291; (148, 6) 296.

*Eccl.* (1, 4) 416; (1, 8-10) 94; (3, 8) 63; (7, 11) 94; (9, 18) 483;  
(12, 13) 70.

*Prov.* (8, 30) 288; (22, 6) 70; (30, 8) 541; (31, 11-12) 405; (31,  
25-28) 196.

*Cant.* (2, 1) 85.

*Sap.* (12, 18) 7.

*Eccli.* (1, 5) 335; (26, 16-21) 411; (32, 19) 536.

*Is.* (9, 6) 490; (11, 10) 390; (12, 3) 482; (42, 18) 484; (54, 11)  
539; (55, 8) 143; (66, 9) 18.

*Ier.* (17, 13) 482.

*Bar.* (3: 36, 38) 330.

*Ezech.* (36, 26) 176.



*Am.* (8, 11-12) 381.

*Agg.* (2, 8) 462.

*Zach.* (9, 17) 582.

*Matth.* (1, 23) 81; (5, 14) 390; (5, 45) 143, 388; (6, 4) 78; (7, 7) 559; (7, 7-8) 153; (7, 26-27) 493; (9: 37, 38) 488; (10, 32) 554; (10, 34) 31; (10, 42) 325; (11, 12) 258; (13, 8-23) 382; (13, 33) 588; (13, 47-48) 391; (13, 55) 416; (16, 18) 493; (16: 22, 23) 142; (16, 26) 58; (18, 5) 325; (18, 10) 242, 559; (19, 6) 202, 206, 229; (19, 14) 213; (20, 19) 134; (21, 22) 153; (22, 21) 492; (23, 3) 57; (23, 10) 258; (24, 8) 494; (24, 30) 387; (24, 35) 386; (25, 31 ss.) 27; (25, 35 ss.) 604; (26, 64) 386; (27, 45) 471; (28, 19) 379, 586; (28, 19-20) 51.

*Marc.* (4, 26 ss.) 551; (10, 14) 481, 482, 502.

*Luc.* (1, 66) 213; (1, 77) 394; (1, 79) 587; (2, 14) 493; (5, 4) 587; (7, 13) 196; (8, 1-3) 196; (10, 2) 488, 581; (10, 9) 586; (11, 1) 155; (11, 9) 559; (11, 11-12) 160; (17, 10) 256; (18, 1-8) 82; (18, 9-14) 162; (19, 42) 494; (22, 32) 141, 333; (22, 53) 493; (23, 27) 196.

*Io.* (1, 9) 464; (1: 14, 16) 330; (1, 29) 462; (5, 29) 595; (8, 32) 467; (10, 10) 466; (11, 25-26) 46; (14, 6) 465; (14, 13) 153; (14: 16-17, 26) 389; (14, 27) 493; (15: 5, 10) 259; (15, 12) 474; (15, 16) 153; (15, 20) 46; (16, 21) 242; (16, 23) 153; (16, 7) 389; (17, 3) 397; (17, 19) 589; (17, 21) 497; (18, 37) 334, 467; (19, 14) 462.

*Act.* (4, 32) 114; (10, 38) 492, 586; (12, 5) 333; (15, 7) 391; (17, 26-27) 473.

*Rom.* (1, 14) 379; (1, 21) 472; (1, 22) 126; (1, 31) 36; (4, 5) 336; (5, 3) 600; (6, 4) 394; (7, 22-23) 96; (8, 18) 145; (8, 26-27) 160; (9, 2-3) 41; (10, 18) 114; (12, 12) 609; (12, 21) 551, 605.

*I Cor.* (1, 25) 308; (1, 30) 301, 335; (3, 10) 586; (6, 15) 416; (6, 19) 254, 396; (7, 14) 274; (7, 15) 229; (7, 28) 403; (8, 6) 18; (9, 19) 550; (10, 17) 133; (10, 22-23) 550; (11, 3) 202; (11, 11) 206; (13, 7) 27; (13, 8-13) 61; (18, 11) 57; (15, 20) 395; (15, 55) 395.

*II Cor.* (1, 3) 610; (2, 17) 539; (5, 6) 29; (11, 29) 46, 135, 558; (12, 7) 154; (13, 11) 491.

*Gal.* (3, 26-28) 202.

*Eph.* (1, 10) 491; (1, 15-17) 73; (2, 3) 20; (2, 20) 493; (3, 8) 463, 581; (3, 14-15) 17; (4, 6) 473; (4, 12-18) 474; (4, 15) 468; (5: 22-25, 33) 203; (5, 32) 190.

*Phil.* (1, 12) 549; (1, 27) 550; (2, 7) 291; (2, 14-15) 550.

*Col.* (1, 16) 474; (2, 3) 288; (3, 10-11) 476; (3, 21) 215.

*I Thess.* (2, 13) 380; (4: 1, 3) 303; (5, 17) 497.

## ÍNDICE LITERARIO

*II Thess.* (3, 8-10) 107.

*I Tim.* (1, 7) 60; (2, 5) 474; (2: 13-14, 15) 202; (2, 15) 202, 407; (4, 8) 407; (4, 12) 588; (6, 11) 588; (6, 15) 461, 481.

*II Tim.* (2, 15) 588; (3, 5) 586.

*Tit.* (3, 4) 329.

*Hebr.* (4, 12) 379; (4, 15) 291; (12, 2) 145; (13, 4) 536; (13, 14) 44.

*Iac.* (4, 3) 153.

*I Petr.* (1: 3, 6) 141; (3: 8, 9) 146; (4, 11) 146; (5: 6-7, 10-11) 141.

*I Io.* (2, 1) 386; (2, 16) 214; (3, 18) 258; (4, 8) 308; (4, 16) 87; (5, 19) 51.

*Apoc.* (1, 5) 47, 395; (3, 5) 47; (3, 17) 463; (3, 20) 469; (6, 10-11) 151; (7, 13-14) 255; (7, 16) 381; (15, 3-4) 131; (19, 16) 388, 461, 481; (21, 27) 27.

### b) LITÚRGICAS

*Brev. Rom.:* [Antíf. de Adviento] 335; *In Nativ. Domini, in I Vesp.* 1 Antiph. 342; *Hymn. fest. Epiph.* 492; *Dom. IV in Quadrag.* 611; *Parasc.* 4 respons. 471; *Or. I Dom. post Pentec.* 260; [Himn. de SS. Pedro y Pablo, 29 jun.] 139; *Ord. Missae* 255; *Praef. Missae Christi Regis* 544. [Pontificale Ro.]: [Bendición Apostólica solemne] 47-48.

### c) HISTÓRICAS

(Inscr. de) OSTORIA 174, 204-205. *Liber Pontificalis* (1, 77) 106, (1, 146) 77. Lucas HOLSTENIUS, *Codex Regularum* 37. Niccolò ORLANDINI *Historiae Societatis Iesu Prima Pars* (XV, 3) 68; RAYNALDUS *Ann. Eccl.* (X, a. 1474, 10-11) 182; *Theiner Vet. Mon. Hung.* (II, 99) 182.

### d) JURÍDICAS

*Can.* (1014) 227, (1099) 6, (1118) 228; *Catech. Conc. Trid.* (I, 7, 4) 389, (I, 7, 3-4) 387; *Conc. III de Baltimore (Actas)* 532; *Pactos Lateranenses* 467; *Leyes Julias, de maritandis ordinibus y de adulteriis coercendis* 175; *Lex Papia Poppaea* 175; *Codex Iustin.* (I, 2) 77; *Gaius Inst.* (3, 17) 204; *Ulpianus (L. 195 De v. s. 50, 16)* 204.

*Statuto Organico* (Archicofradía de los Peregrinos, de Nápoles) art. 2: 28.

### e) ROMANOS PONTÍFICES

Urbano V *Carta al Arz. de Praga* (24 julio 1370) 182. Gregorio XVI *Breve Inter praecipuas curas* 321. León XIII: *Enc. Annum*

## ÍNDICE LITERARIO

*Sacrum* 461; *Enc. Arcanum* 538; *Enc. Immortale Dei* 479; *Enc. Longinqua oceani* 531; *Enc. Rerum novarum* 108, 114 ss., 168, 543; *A Iesu Christo ineuntis saeculi auspicia* 109. *Benedicto XV: Enc. Maximum illud* 585. *Pío XI: Casti connubii* 194; *Enc. Divini illius Magistri* 239; *Enc. Quadragesimo anno* 115 ss., 542, 543; *Enc. Quas primas* 492; *Enc. Rerum Ecclesiae* 582, 584; *Discorso alla Presidenza generale e al Consiglio direttivo della Fuci* (11 en. 1925) 52. *Pío XII: Enc. Sertum laetitiae* 119.

### f) ESCRITORES ECLESIÁSTICOS

*Doctrina Apost.* (10) 497.

AGUSTÍN (San) *Confess.* (3, 12) 163; *De Civ. Dei* (1, 8) 45, (10, 32) 386, (19, 14) 206, 207, (22, 30, 1) 398; *Contra Faustum* (22, 74) 63; *De Gen. ad litt.* (1, 19) 60; *In Ioannis Evang.* (5, 15) 6, (26, 6, 13) 132, (26, 13) 266, 267, (51, 13) 489, (73, 3-4) 155; *In Epist. Ioannis ad Parthos* (6, 6-7) 154; *Ep. 118 ad Marcellinum* (3, 17) 495; *Sermo* 69, *De verbis Evang.* (11) 348, 605; *Sermo* 141, 348; *Sermo* 184 *in Natali Domini* 330; *Sermo* 227, 133.

AMBROSIO (San) *Exposit. in Psalm.* 118 (18, 44) 407.

JUAN CRISÓSTOMO (San) *In Epist. I ad Cor.* (24, 2) 133; *In Ioannem* (46, 3) 131.

GREGORIO MAGNO (San) *Regul. Pastor.* (1, 1) 241, 258.

LEÓN MAGNO (San) *Sermo 3 in anniv. die assumpt. suae* 391, [*Sermo* 37 [al. 36] *in Epiphan. solemnitata*] 502, *Sermo* 128 *in Nativitate Domini* 329.

ISIDORO (San) *Etymol.* (6, 19, 27) 77.

BERNARDO (San) *Sermo in Nat. B. M. V.* 558.

TOMÁS DE AQUINO (Santo) *Summa theol.*, 6, 53, 98, 99, 162, 242, 266, 271, 289, 296, 335, 387, 393; *Contra Gent.* 152, 153, 155, 296, 362; *Exposit. in Isaiam proph.* 98; *Exposit. in Epist. I ad Cor.* (10, 4) 133; *Exposit. super Epist. ad Eph.* 19.

IGNACIO DE LOYOLA (San) *Ejercicios espirituales* 257.

ALFONSO DE LIGORIO (San) *Del gran mezzo della preghiera* 155.

BOSSUET *Oeuvres complètes* (III, p. 186 ss.) 37.

### g) OTROS ESCRITORES

ARISTÓTELES *Metaph.* (11, 10) 295. AULO GELIO *Noctium Attic.* (18, 6, 9) 204. HESIODO *Obras y días* (289) 257. HOMERO *Ilíada* (2, 204) 295. HORACIO *Carm.* (3, 6, 17-24) 173, (3, 24, 48) 175. JUVENAL *Satir.* (8, 19-20) 362. LIVIO *Ab Urbe condita libri*

## ÍNDICE LITERARIO

(Praef.) 173, 175, (1, 8, 7) 370, (34, 2) 204. OVIDIO *Metamorph.* (7, 20-21) 100. TÁCITO: *Agricola* (6) 174; *Ann.* (8, 25) 175, (6, 10) 174; *Histor.* (1, 3) 174. SÉNECA *De beneficiis* (3, 16, 2) 205. VALERIO MÁXIMO (4, 4) 174. SPARTIANUS *Aelius Verus* (5, 12) 204.

DANTE *Convivio* (4, 19) 362; *Inf.* (19, 105) 388; *Purg.* (16, 88) 8, 243, (18, 32-33) 297; *Par.* (17, 27) 247, (33, 13-15) 559. PETRARCA *Trionfo dell' Eternità* (13) 152. CAMÕES *Lusiadas* (1, 2) 578, (7, 2) 579. ERCILLA *Araucana* (IX) 263.

ARMELLINI *Trattato di astronomia siderale* 292. BARTOLI *Delle grandezze di Cristo* 294. MANZONI *I Promessi Sposi* 404. PAULSEN *Geschichte des gelehrten Unterrichts* 71.